
LOS OJOS
COMO
ESTRELLAS
RUTH BELVIS

LOS OJOS
COMO
ESTRELLAS
RUTH BELVIS

LOS OJOS
COMO
ESTRELLAS
RUTH BELVIS

Copyright © 2012 Ruth Belvis.
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798186423621
Sello**:** Independently published.

Para los que nos gustaría que ciertos milagros fueran posibles.

ÍNDICE.

CAPÍTULO 1.
CAPÍTULO 2.
CAPÍTULO 3.
CAPÍTULO 4.
CAPÍTULO 5.
CAPÍTULO 6.
CAPÍTULO 7.
CAPÍTULO 8.
CAPÍTULO 9.
CAPÍTULO 10.
CAPÍTULO 11.
CAPÍTULO 12.
CAPÍTULO 13.
CAPÍTULO 14.
CAPÍTULO 15.
CAPÍTULO 16.
CAPÍTULO 17.
CAPÍTULO 18.
CAPÍTULO 19.
CAPÍTULO 20.
CAPÍTULO 21.
CAPÍTULO 22.
CAPÍTULO 23.
CAPÍTULO 24.
CAPÍTULO 25.
CAPÍTULO 26.
CAPÍTULO 27.

CAPÍTULO 28.
CAPÍTULO 29.
CAPÍTULO 30.
CAPÍTULO 31.
CAPÍTULO 32.
CAPÍTULO 33.
CAPÍTULO 34.
CAPÍTULO 35.
CAPÍTULO 36.
CAPÍTULO 37.
CAPÍTULO 38.
CAPÍTULO 39.
CAPÍTULO 40.
CAPÍTULO 41.
CAPÍTULO 42.
CAPÍTULO 43.
CAPÍTULO 44.
CAPÍTULO 45.
CAPÍTULO 46.
CAPÍTULO 47.
CAPÍTULO 48.
CAPÍTULO 49.
CAPÍTULO 50.
CAPÍTULO 51.
CAPÍTULO 52.
CAPÍTULO 53.
CAPÍTULO 54.
CAPÍTULO 55.
CAPÍTULO 56.

CAPÍTULO 57.
CAPÍTULO 58.
CAPÍTULO 59.
CAPÍTULO 60.
CAPÍTULO 61.
CAPÍTULO 62.
CAPÍTULO 63.
CAPÍTULO 64.
CAPÍTULO 65.
CAPÍTULO 66.
CAPÍTULO 67.
CAPÍTULO 68.
CAPÍTULO 69.
CAPÍTULO 70.
CAPÍTULO 71.
CAPÍTULO 72.
CAPÍTULO 73.
CAPÍTULO 74.
EPÍLOGO.
AGRADECIMIENTOS.

CAPÍTULO 1.

Olivia.

Todo eran complicaciones. Mi vida durante el último año no había sido precisamente un camino de rosas. Podía parecer una exageración y desearía que lo fuese, pero la realidad era que, quisiese admitirlo o no, me había visto envuelta en situaciones que me habían dejado marcada para siempre.

Aun así, día a día hacía un esfuerzo enorme por fingir que seguía siendo la misma y que nada había cambiado. Lo intentaba, de verdad. No había nada que desease más que volver a ser la chica de antes, pero por mucho que me esforzara, mi interior ya no se parecía en nada al que solía ser. Ya no me sentía yo misma. Nada importaba de verdad, no recordaba lo que quería, era incapaz de sentir nada y la sola idea de sentirme normal me quedaba tan lejana que ni siquiera era un eco.

«Normal». Nunca me había gustado esa palabra, pero en ese momento lo único que estaba segura de querer de verdad era encontrar esa normalidad. Una rutina, algo con lo que ocupar mi mente, tal y como había hecho los últimos meses con mis estudios. Había acabado la carrera hacía pocos días y no soportaba no tener nada en lo que centrarme. Necesitaba algo que me impidiera dar vueltas sin parar dentro de mi propia cabeza.

Meses atrás había enviado la solicitud para inscribirme en un máster de escritura creativa. Concretamente, en uno de los más prestigiosos del país. Lo hice por puro impulso, por aferrarme a una diminuta parte de mi yo del pasado.

La entrevista fue horrible; ni siquiera quería recordarla. Solo sé que, al despedirme del entrevistador, tuve la certeza de que no

conseguiría plaza. Pero lo logré. Durante la charla me dijeron que habían leído muchos de mis trabajos literarios. No porque los hubiese incluido en el porfolio, sino porque estaban publicados en varias revistas. Incluso estaban al tanto de que había participado en un libro de relatos colectivo. Además, había ayudado a mis amigos con sus cortometrajes —algunos hasta habían ganado concursos—, así que supongo que, aunque la entrevista fue un desastre, mi currículum suplió mi falta de gracia.

Aquel máster podía ser el inicio de la carrera profesional con la que un día había soñado. El problema era que ya no sabía si ese anhelo seguía existiendo en alguna parte de mí o si lo había enterrado junto a la chica que ya no podía ser. Aun así, quería intentarlo; quería seguir el camino que me había marcado durante toda la vida.

Mirando atrás, mi hermano Danilo fue el primero en apoyarme. También fue el primero al que, hace mucho tiempo, le confesé que quería hacer ese máster. Él siempre había sido mi lector estrella y mi fan número uno. De hecho, el primer concurso que gané fue porque él envió un texto mío a traición. Sin ese impulso inicial, jamás me habría atrevido, ni habría ganado todos los premios que vinieron después.

Pero entonces todo cambió. Mi mundo se desmoronó y, por mucho empeño que puse, no logré escribir ni una sola palabra para presentarme al concurso cuyo premio era una beca parcial para el máster. Así que, el sueño, fuese de quien fuese, se derrumbó a mi alrededor, como todo lo demás. Sin esa beca, no podría hacerlo.

Ojalá pudiera decir que me sentí triste o que me dolió quedarme fuera, pero no sentí nada. Pero, necesitaba aferrarme a lo que quería antes de que mi vida se convirtiese en lo que era en ese momento. Tal vez por eso decidí enfocarme en seguir deseándolo y en buscar la manera de cursarlo como fuese.

Tomé una decisión: trabajaría todo el año, ahorraría y el curso siguiente volvería a solicitar plaza. Tenía algunos ahorros, pero no bastaban, y mis

padres no disponían de recursos para costear la matrícula y lo que implicaba mudarme a más de cuatrocientos kilómetros: alquiler, comida, suministros, transporte... Era imposible. Ni sumando todo lo que había guardado podía permitírmelo. Solo la matrícula costaba más del triple de lo que poseía. Si era sincera, jamás había visto tanto dinero junto.

Me dolía aceptar que ese año no estudiaría. No solo por la necesidad de ocuparme, sino porque necesitaba salir de mi bloqueo. Necesitaba volver a escribir, sentir de nuevo cómo las palabras fluían como un río, sin esfuerzo, sin pensarlo demasiado... Quería recuperar la emoción de cuando mi hermano me decía: «No cambies ni una coma». Pero, para lograrlo, tendría que trabajar un año entero —tal vez más— y ahorrar para costearme algo que, más que desear, necesitaba.

Sabía que podría intentarlo el curso siguiente, pero no conseguía quitarme de encima la sensación de fracaso. Aun así, en mi última semana como universitaria no quería seguir dándole vueltas. La graduación era en un par de semanas y había tomado la decisión de no asistir.

Mi madre y mi padre, aunque no lo habían aceptado, tampoco habían insistido en lo contrario. Mi abuela, sin embargo, no había dejado de preguntarme cuándo era el acto, pero en ninguna de todas las veces que me lo preguntó fui capaz de decirle que no asistiría. He de reconocer que mi abuela me aterrorizaba. Supongo que por eso había pospuesto el momento de decirle que no habría acto de graduación, al menos no para mí, tanto como había podido.

Pero el tiempo se había agotado. Allí estaba, cruzando el umbral de la puerta de esa mujer que me infundía una mezcla de terror y respeto que nadie más lograba despertarme.

—¿Cómo estás, abuela? —pregunté acercándome para darle un casto beso formal en la mejilla.

No me malinterpretéis, quería a mi abuela. Había pasado muchas horas en su casa. Pero ella nunca había sido divertida ni cariñosa.

Ese siempre había sido mi abuelo. Sinceramente, no entendía cómo dos personas tan diferentes habían acabado casadas. Mi abuelo siempre había tenido un carácter abierto y alegre; jugaba con nosotros, hacía bromas y nos llenaba de amor. Mi abuela siempre tenía algo que hacer, era muy seria y formal y siempre nos reñía por armar demasiado escándalo. Nunca había sido el prototipo de mujer cariñosa, comprensiva… Era más bien como un sargento. De ahí que en esos momentos me temblaran las piernas.

Cuando la veía, con su cabello blanco, su gesto gélido y sus ojos penetrantes, me bloqueaba. Como si de repente las palabras fuesen incapaces de encontrar la manera de formarse en mi boca para salir de ella.

—Bien. Ocupada. —respondió señalando el ovillo de lana que había sobre la mesa frente a su butaca. —¿Necesitas algo?

Aquel tono firme dejó claro que, si le hacía perder el tiempo, su reacción sería aún peor. Decidí quitarme la tirita de golpe, pero al mirarla me quedé inmóvil, temblando como un flan, incapaz de dar el paso.

—Abuela, he venido a hablar contigo —empecé.

Mi abuela me miró e hizo un gesto que me indicó que estaba absolutamente convencida de que aquello era lo que yo pretendía. Dejó el ovillo de lana y, sin moverse de su butaca, señaló la que estaba justo a su lado. Lo agradecí porque no estaba segura de que mis piernas fuesen a sostenerme mucho más tiempo.

Cuando me senté, me hizo un gesto, indicándome que hablara.

Tomé aire.

—Mi graduación es en un par de semanas, pero no pienso ir —solté sin pensarlo mucho. Sabía que si me lo pensaba dos veces, no lo diría.

—¿Por qué? —preguntó seria.

Podía inventarme una excusa, pero sabía que no funcionaría. Puede que mi abuela no fuese cariñosa, pero tenía un detector de mentiras infalible.

—Tú ya sabes por qué.

Clavé la mirada en el suelo para contener las lágrimas que empezaron a acumularse en mis ojos.

—Quiero que lo digas —pidió seria y amenazante.

—Abuela —supliqué con voz apenada.

—Dilo. —Me lanzó una mirada muy dura.

Podía engañar a mi madre, a mi hermano, a mis tíos o a cualquiera, pero mi abuela sabía exactamente lo rota que estaba con solo mirarme. Yo intentaba no hablar de lo que sentía, pero entre nosotras había un trato implícito: «Si vas a decirme algo, que sea la verdad. Antes que una mentira, prefiero el silencio».

Por eso, las pocas veces que me preguntaba, le respondía con la verdad, aunque fuera escueta. Suspiré e intenté concentrarme para no venirme abajo. Cuando creí tener el control, tomé una profunda bocanada de aire.

—Llevaba casi un año preparándome para soportar una ausencia. Y créeme, estaba dispuesta a hacerlo por mis padres. Pero no puedo soportar dos. —Admití. —Lo siento.

—No se les puede hacer nada a los muertos. —Respondió con sequedad.

—Me da igual. Lo del abuelo lo volvió a remover todo. Todo lo que me había esforzado tanto en ignorar. No puedo, abuela, lo siento.

Intenté disimular el nudo que me apretaba cada vez más la garganta, amenazando con ahogarme.

Mi abuela me miró de arriba abajo analizándome y tomó el ovillo de lana entre las manos para seguidamente empezar a tejer. Estuvimos

unos instantes en silencio. Entonces levantó la vista y me miró, como si hubiese dado con la clave de algo.

—¿Y el máster? —preguntó.

Definitivamente, esa mujer estaba decidida a tocar todas mis heridas hasta que yo me desmoronase. Porque si no, no encontraba sentido a esa tortura.

—No puedo hacerlo este año —mi voz sonó más triste de lo que pretendía.

—¿Y eso? —preguntó centrándose de nuevo en su tarea.

—No tengo el dinero. Trabajaré todo el año y solicitaré plaza el próximo curso.

—Te propongo un trato —me dijo sin modificar ni un ápice su gesto solemne. —Si tú vas a la graduación, yo te daré el dinero de la matrícula.

Por un momento me quedé sin habla. Era obvio que mi abuela lo decía en serio. Dudaba siquiera que ella tuviese la capacidad de bromear. Además, tenía que reconocer que en algún momento yo misma me había planteado pedirle prestado el dinero y trabajar para devolvérselo. Pero había desechado la idea por múltiples razones.

—Te daré lo que necesitas. Y con tus ahorros y lo que trabajes allí podrás pagarte la estancia. —continuó.

La miré. No podía aceptar ese dinero. Hacía poco tiempo que había decidido que, si yo misma no podía costearme todo lo que implicaba estudiar lo que yo quería, no lo haría. Nadie tenía por qué hacer ningún sacrificio por un sueño que después de todo era mío, aunque ni yo misma sabía ya cuánto.

—No puedo, lo siento —dije con tono firme para acabar la conversación.

Ella dejó de tejer y me miró. Esperaba ver frialdad, pero aunque no regalaba esa parte suya muy a menudo, vi que me dedicaba una

mirada tierna.

—Cuando aprendiste a escribir un poquito, empezaste a escribir historias, cartas y cualquier cosa que pasara por tu cabeza. —Suspiró—. Puede que nunca te lo haya dicho, pero tienes un don, Olivia.

—Abuela. Es que yo…

—Deja de poner excusas y acéptalo —dijo muy decidida—. Sé que no soy la más expresiva, ni la más alegre, pero si puedo darte la oportunidad que a mí nadie me dio, lo haré.

Era verdad. A mi abuela la sacaron del colegio siendo una niña. Puede que eso tuviese algo que ver con el carácter distante y frío que tenía, aunque no fuese lo único.

—Pero irás a la graduación. —Ordenó al no obtener respuesta.

Sabía que no podía discutir con ella, pero sí podía negociar.

—Y te devolveré el dinero —añadí. —Solo será un préstamo.

—No es necesario, Olivia. No lo necesito.

Sabía que era cierto. Pero ella también sabía bien cómo era yo y que no cedería en eso. Me gustaba responsabilizarme de mis cosas.

—Igualmente, estaré más tranquila si lo hago.

Mi abuela asintió. Ese era el gesto más cariñoso que obtendría de ella. Aun así, era suficiente. Sabía que eso era lo más cerca que estaría de bajar la guardia.

Rara vez me había mostrado afecto en la infancia, por eso resultaba extraño que fuese ella quien me abriera la puerta a la oportunidad que tanto necesitaba... y, sin saberlo, a algo que lo cambiaría todo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No llores. —dijo con firmeza.

Sacudí la cabeza para apartar las lágrimas.

—Gracias. —Fue lo único que dije.

Mi abuela asintió y siguió tejiendo.

Mientras, yo no sabía si marcharme o si quedarme un rato más. Y no hablaba solo de la casa de mi abuela.

CAPÍTULO 2.

Olivia.

Finalmente, fui a la graduación. Mi padre, mi hermano, mis tíos y mis primos me felicitaron unas cien veces. Mi abuela simplemente asintió al verme con el diploma en la mano y mi madre lloró de emoción al verme subir al escenario. Yo también lloré, aunque escondida en el baño y por un motivo diferente.

El dolor y la falta de aire eran insoportables.

Cuando me tranquilicé, saqué mi kit de maquillaje de emergencia, me arreglé el destrozo que habían hecho mis lágrimas y fui a despedirme de mis compañeros.

El último año no había estado demasiado con ellos. Me había aislado y apenas salía, pero aun así, era raro pensar que esas personas con las que había compartido cuatro años de mi vida iban a tomar su camino. Los miraba y me sentía orgullosa de ver cómo habían crecido y cómo habían conseguido graduarse, cuando en algunos momentos había parecido completamente imposible.

Estaban felices y pletóricos, y aunque yo no sentía ni una ligera sombra de sus emociones, fingí lo mejor que pude que estaba igual de emocionada que ellos. Me despedí de todos y todas con un nudo en la garganta y la promesa de que al menos una vez al año nos reuniríamos. No tenía claro que eso fuese a suceder, pero al menos la intención estaba.

Mi familia y yo nos fuimos a casa tras el acto.

Mis compañeros iban a cenar, pero puse como excusa que me quedaban pocos días para irme, necesitaba prepararlo todo y aún

me quedaba mucho por hacer.

No era del todo cierto. Llevaba dos semanas preparando el viaje y lo tenía casi todo listo para trasladarme unas semanas antes del inicio del curso a la ciudad. Quería buscar trabajo lo antes posible; me negaba a simultanear la búsqueda con el inicio de las clases. Prefería tener un empleo garantizado antes de empezar para estar asentada en septiembre y asegurarme de que podía pagar el alquiler.

Miré habitaciones en alquiler por internet y alquilé una con la esperanza de que se pareciese a las fotos.

Lo alquilaba un chico cuya compañera se había ido, dejando el alquiler al completo a su cargo. Algo complicado de costear por lo que él mismo me explicó. Así que necesitaba a alguien antes del próximo mes.

Fue un regalo del cielo: el precio era increíble, la zona inmejorable y el chico, con quien hablé por teléfono, se mostró encantador. Me aseguró que el día acordado me esperaría allí para entregarme las llaves y concretar los detalles.

Y así, casi sin darme cuenta, me vi sentada en un tren de alta velocidad rumbo a una nueva etapa, un paso más cerca de convertirme en la persona que mi hermano aseguraba que estaba destinada a ser. «Serás de las que muestran su alma al mundo y, con ello, conmueven la de los demás», me repetía siempre.

Sabía de sobra que no sería fácil, pero nunca había destacado por rendirme con facilidad. Era cabezota y persistente; estaba convencida de que no había nada imposible si me lo proponía. A eso se le llama creer en una misma, una virtud que también le debía, en parte, a mi hermano.

Bajé del tren cargando con mi pesada y enorme maleta y me dirigí a la salida de la estación. El olor a tierra mojada y el rumor de la lluvia me devolvieron a la realidad. ¿Cómo se me había ocurrido salir sin paraguas? O peor aún, ¿cómo no había mirado el pronóstico del tiempo?

Eché a correr. La estación se encontraba en pleno centro, así que avancé sin rumbo fijo hasta divisar una cafetería donde resguardarme y buscar en el móvil la ubicación exacta del piso. No conocía la zona y no sabía bien hacia dónde dirigirme. Solo sabía que la vivienda estaba céntrica —motivo principal por el que la elegí, además del precio— y que antes de viajar había comprobado el trayecto desde la estación para ver si necesitaba coger el metro o el autobús. Por suerte, no, se podía ir a pie; estaba solo a diez minutos.

Me acomodé y pedí un café con leche muy caliente para entrar en calor, mientras aprovechaba para situarme y avisar a Marco, mi nuevo compañero, de que ya estaba por el barrio. De paso, escribí a mis padres, a mi hermano y a mi abuela para confirmarles que había llegado bien.

Mientras me preparaban el café, una revista sobre el mostrador me llamó la atención. Alargué la mano y la tomé. En la portada aparecía el hombre del año: cabello oscuro, piel pálida, ojos pardos y una mandíbula esculpida. A pesar de su expresión severa, resultaba innegablemente atractivo.

—Gilipollas —murmuré para mis adentros, dejando la revista en su sitio.

En ese instante, la camarera me sirvió el café humeante con enorme amabilidad y se lo agradecí de corazón.

CAPÍTULO 3.

Fernando.

—¿Has olvidado la reunión con el señor Pérez? —preguntó Clara por el interfono.

—¡Mierda! —maldije levantándome de la silla de un salto y corriendo hacia la puerta.

Abrí y ahí estaba Clara sonriéndome y negando con la cabeza.

—No sé qué haría sin ti —le dije sin detener el paso mientras ella me tendía la carpeta con todo lo necesario.

—¡Arruinar la empresa! —gritó bromeando ya a mi espalda.

La reunión era en diez minutos. El señor Pérez era de esos ricos a los que no les gustaban las oficinas. Prefería un restaurante con vistas a la ciudad y una copa de un buen vino en la mano para hablar de negocios. Es decir, que los negocios le importaban poco; lo que quería era que lo sedujeras.

No estaba mal. No era la peor persona con la que me había topado en los últimos dos años. Su único defecto era que odiaba la impuntualidad. Por suerte para mí, su restaurante favorito estaba cerca de mi empresa y apenas tardaría dos minutos en llegar.

Uno de mis guardias de seguridad intentaba cubrirme con un paraguas mientras me seguía el paso a toda prisa. El móvil me vibró en el bolsillo y lo saqué para comprobar si era el señor Pérez avisando de su llegada. Ni siquiera me dio tiempo a leer el mensaje: choqué contra algo o, más bien, contra alguien que cayó de

espaldas al suelo antes de que yo pudiera reaccionar para evitar el impacto.

Al golpearse contra el pavimento, el agua salpicó en todas direcciones, manchándome los zapatos y el bajo del pantalón.

—¡Joder! —exclamó desde el charco en el que había terminado, con maleta y mochila incluidas.

Desvié mi vista hacia el charco y vi cómo la chica se levantaba maldiciendo entre dientes. Mientras yo solo podía observarla, petrificado.

De pronto, la tenía plantada justo enfrente de mí, empapada, con el cabello rubio oscuro y rizado recogido en una coleta, los labios rosados y perfectamente perfilados, piernas largas y una nariz de proporciones perfectas. Sus ojos, de un verde claro absolutamente inexpresivo, se clavaron en los míos.

—¡Mira! —exclamó irónica. —¡Con el hombre del año hemos ido a toparnos!

—Lo siento. —Me disculpé rápidamente dando un paso hacia ella, a lo que retrocedió. —¿Has estado stalkeándome? —sonreí.

—Lo he visto en una revista de la cafetería —espetó seca, señalando la pequeña cafetería a mi izquierda.

Su mirada se desplazó de mis ojos a la pantalla de mi móvil y torció el gesto mientras se agachaba a recoger la maleta.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté.

—Me has ignorado durante dos años. Sigue haciéndolo —respondió seca.

—Podríamos…

Empezó a caminar bajo la lluvia como si huyese de mí.

—¡Yo también me alegro de verte, Liv! —le grité.

Se dio la vuelta sin dejar de caminar.

—¡Vete a la mierda, Fernando! —dijo resaltando la última palabra con ahínco.

CAPÍTULO 4.

Febrero. Cuatro años y medio antes.

Fernando.

—Tío, ¿qué dices? —le pregunté preocupado.

—Me gusta mucho, Fer. Más que eso, siento cosas por ella. Muchas cosas. —dijo con ojitos de cordero. —Tienes que conocerla.

—¡Le sacas cinco años! —elevé el tono más de lo que pretendía. —¡Tú ya eres casi un hombre y ella es solo una adolescente!

Estaba preocupado por mi mejor amigo. De hecho, pensaba que se había vuelto completamente loco. No me creía que él, el rey de las relaciones desastrosas (por su incapacidad de llegar a tener verdaderos sentimientos), me estuviese diciendo que sentía algo por una chica menor que él a la que apenas conocía. O bueno, más bien sí me lo creía, pero intuía el trágico final de aquella historia.

Andreas era mi mejor amigo, pero era un desastre. Lo quería tal como era y lo habría defendido ante cualquiera, incluso si se hubiese buscado el problema él solito. Pero me agotaba verlo enamorarse en dos minutos y al tercero ponerle los cuernos a su novia, empezar a tontear con otra o ignorarla de repente... Así que mi objeción sobre la edad era simplemente un intento desesperado de que la dejara antes de que la historia se repitiera.

—Ella es increíble. —Fue lo único que dijo para debatir mi objeción a la diferencia de edad.

Entonces apareció. Rondaba el metro setenta, lucía una melena rizada hasta mitad de la espalda de un tono rubio oscuro, piel

bronceada, mejillas sonrosadas, labios rosados y perfectamente perfilados, una nariz simétrica y unos ojos verdes, penetrantes, incapaces de ocultar una sola emoción. Llevaba una falda granate que dejaba sus largas piernas al descubierto y una camisa negra de cuello en pico que resaltaba su pecho discreto. Traía un abrigo en la mano; hacía frío.

—Hola —saludó a Andreas con una sonrisa.

Él la miró atontado y le devolvió la sonrisa. Como si supiera que lo había dejado sin habla, le dio un golpecito cariñoso en el hombro y soltó una risa suave.

Luego me miró a mí. Tenía una sonrisa preciosa, de dientes blancos y alineados que, enmarcados por esos labios, eran el camino directo a la perdición.

—Hola —me saludó. —Soy Olivia. —Me extendió la mano. —Pero si me caes bien, quizá puedas llamarme Liv —concluyó sin dejar de sonreír.

Me quedé un segundo embobado. Definitivamente era muy joven, aunque no tanto como la había imaginado. Poseía un aura magnética. Le estreché la mano.

—Fernando —dije sin saber por qué. —Pero odio ese nombre. Llámame Fer.

¿Me había puesto nervioso? ¿En serio?

Liv se sentó con nosotros. No me perdí ni una sola de sus palabras. La escuché con atención mientras nos tomábamos unas cervezas. O más bien la analicé, convencido de que algún defecto debía tener. Se suponía que la perfección no existía, pero allí estaba ella rompiendo el mito. Seguro que era una cabeza hueca; al menos necesitaba convencerme de eso para no perder el juicio.

Tardé poco en comprobar que de hueca no tenía nada. Era brillante. Y no solo por cursar segundo de bachillerato con notas envidiables —según comentaron ella y Andreas—, sino porque ya le publicaban

relatos cortos en revistas literarias, ganaba concursos de escritura e incluso grababa cortometrajes. Aunque no fue eso lo que más me impresionó.

Al darse cuenta de que yo me estaba quedando al margen de la conversación, buscó la forma de incluirme. Andreas se levantó a por más cervezas y, al quedarnos a solas, me miró fijamente, como si ella también me estuviera examinando.

—¿Quién es tu persona favorita del mundo? —preguntó.

«Tú». Pensé automáticamente. Por suerte, mi pensamiento no llegó a mi boca, así que pude detenerme un momento a pensar. La pregunta era rara; había preguntas más normales.

La miré sin saber qué responder y ella sonrió.

—No deberías tener que pensártelo tanto —dijo metiéndome presión.

—¿Y la tuya? —pregunté un poco a la defensiva.

—Si respondes, quizá te ganes el saberlo. —Levantó una ceja.

—Supongo que John Lennon. —dije al azar porque fue el primer nombre que cruzó mi cabeza.

—Los Beatles están bien, pero me parece triste que tu persona favorita sea un desconocido y que además esté muerto.

Abrí los ojos como platos y me sentí un poco avergonzado.

—¿Y quién es la tuya? —pregunté curioso.

—Mi abuelo, obviamente. —Sonrió. —Pero no se lo digas a mi hermano Danilo. Harías daño a su ego —dijo colocándose la mano al lado de la boca simulando que me lo estaba susurrando como si fuese un secreto.

—¿Por qué es tu persona favorita?

Y ahí fue cuando me di cuenta de lo extraordinaria que era. No solo me elaboró un informe increíblemente detallado de por qué su

abuelo era su persona favorita, sino que fue profundo, como si las palabras salieran directas del fondo de su alma. Hasta terminó por convencerme de que yo también debía adorar a ese hombre.

Entendí perfectamente por qué a la gente le gustaba leer lo que escribía: seguro que te calaba hondo.

Pero no acabó ahí; me soltó otro argumento brillante sobre por qué John Lennon era una pésima elección.

Andreas volvió y derivamos, no sé ni cómo, a uno de los debates más importantes de la humanidad: ¿Tortilla con cebolla o sin cebolla? Ella, sin. Yo con. Andreas, lo que quiera que dijese ella, porque yo sabía que él comía la tortilla como yo.

Fue un debate divertido que ella concluyó con tono de fingida indignación diciendo:

—Su nombre es tortilla de patatas, no tortilla de patatas y cebolla. Fin.

Se rió a carcajadas junto con Andreas, haciendo que me quedara aún más prendado de ella. Pero eso no podía ser.

Cuando el bar cerró, decidimos marcharnos al pueblo vecino, donde había una fiesta. Nos juntamos con algunos de nuestros amigos y ella trajo a una de sus amigas.

A medida que Liv pasaba más tiempo con nosotros, más entendía yo a Andreas. Era preciosa, divertida, inteligente, transparente... Y esa noche solo podía fijarme en lo feliz que se veía mi amigo cada vez que ella lo miraba. Él la contemplaba como si fuera lo más fascinante del planeta. ¿Sería ella la persona por la que él dejaría de ser un bala perdida? Quería aferrarme a esa esperanza, pero lo dudaba: nadie cambia a nadie a menos que nazca de uno mismo, y Andreas jamás había querido hacerlo.

Por mi parte, los observaba a ambos —sobre todo a ella— tratando de encontrarle un puto defecto que la bajara del pedestal al que mi cerebro la había colocado sin permiso.

Me acerqué y pasamos la noche hablando de mil cosas.

Era increíblemente sincera y directa. Yo, que ni con mi mejor amigo me desahogaba, me abrí en canal con ella en una sola noche. Las palabras salieron de forma natural, inconsciente. No pudimos profundizar más porque David, el más inoportuno de mis amigos, no dejó de incordiarla ni un segundo. Si ya me molestaba su actitud, que interrumpiera nuestra conversación me pareció incluso peor. Hablar con ella resultaba tan fácil que se convertía en una necesidad.

Tenía dieciocho años, sí, pero derrochaba una madurez pasmosa. Hablaba como si fuera la voz de la experiencia y su perspicacia era sorprendente, pero además era descarada y divertidísima.

Tras amenazar a David con darle un golpe si no la dejaba tranquila, se acercó al lateral del escenario. Estuvo charlando con los técnicos y los de seguridad y, en cuanto llegó el descanso, se subió al escenario. Más tarde me enteré de que había convencido a los músicos de la orquesta para que la dejaran cantar.

Cantó. No lo hacía precisamente bien —definitivamente ese era su defecto—, pero lo suplía con una gracia arrolladora. Se movía por el escenario con soltura, sin vergüenza alguna y adueñándose del espacio. Le daba igual hacer el ridículo o cantar desafinado; se notaba a leguas que se lo estaba pasando en grande mientras se metía al público en el bolsillo.

Cuando acabó la canción, dijo:

—Esta canción se la dedico a mi «no amigo» David. No me gusta nada y tú tampoco. Me caes fatal, eres un pesado y, al igual que tú, no lo siento.

Andreas y yo estallamos en risas. David la miró mal y luego a nosotros, bastante avergonzado, pero se lo había ganado a pulso: la había estado provocando toda la noche y ella le dio un corte antológico.

Era madura, pero alocada, impulsiva, brutalmente honesta y de las que actúan sin pensar en las consecuencias. Se comunicaba con una facilidad pasmosa, era preciosa, divertida y mil adjetivos más que podría repetir sin cansarme.

Al bajar, caminó hacia nosotros y me dedicó una sonrisa.

—Puedes llamarme Liv —dijo, guiñándome un ojo.

A partir de ese día, pasó a ser una más del grupo.

CAPÍTULO 5.

Olivia.

Definitivamente, la suerte no jugaba a mi favor. Estaba empapada, congelada y agotada de arrastrar el equipaje por el centro de la ciudad. La maleta parecía de plomo por el agua absorbida, y la mochila me pesaba en la espalda mientras intentaba cobijarme de la lluvia sin demasiado éxito.

Por suerte, alcancé el ascensor del edificio y pude tomar aire un momento mientras subía al piso donde Marco me esperaba.

Al entrar al apartamento, él estaba en la entrada. No era muy alto, su piel negra brillaba con luz propia y su gesto era cálido.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó sin ni siquiera saludar. Como si me conociese de toda la vida.

—No traía paraguas —esbocé una sonrisa tímida.

—Parece que te hayas caído en un charco.

—En realidad me han tirado —lo corregí.

De pronto, un chico apareció por el pasillo. Me examinó de arriba abajo con evidente interés mientras esbozaba una sonrisa burlona.

—La gente no tiene mucho cuidado por aquí —afirmó el chico a su lado con voz grave y profunda. —Acostúmbrate, nena.

—Este es Alex —lo presentó Marco.

Alex se acercó y me dio dos besos mientras cogía mi maleta.

—Encantadísimo —me guiñó un ojo sin dejar de sonreír. —Te ayudo.

Quise protestar, pero antes de articular palabra ya arrastraba mi equipaje por el pasillo. Marco lo miró con un gesto extraño, como si estuviera conteniendo las ganas de llamarle la atención. Luego se giró hacia mí y suavizó la expresión.

—Debes estar muy cansada y necesitas urgentemente una ducha si no quieres resfriarte. Así que dúchate y después hablamos como Dios manda —sonrió. —No hay prisa.

El piso tenía dos baños. Al hablar con Marco, me comentó que el azul de las fotos de la web era el suyo. El mío era algo más pequeño y en tonos marrones, pero era perfecto; me recordaba al de mi casa y eso, en cierto modo, me reconfortaba.

Marco se quedó en el salón y yo seguí a Alex hasta mi cuarto. Mientras dejaba la maleta en el suelo de mi habitación, tuve tiempo de observarlo y analizarlo con detalle.

Medía un metro ochenta aproximadamente. Lucía una melena rubia oscura, parecida a la mía, rapada por los lados y ligeramente más larga arriba. Tenía una cicatriz en la ceja que simulaba un corte intencionado, y unas pestañas larguísimas que enmarcaban unos ojos azul oscuro con matices grisáceos y verdes. Sus labios, carnosos y rojizos, destacaban tras una barba de pocos días perfectamente perfilada. Lucía una piel tímidamente bronceada, con los pómulos y los brazos salpicados de pecas claras. Vestía una camiseta blanca con la frase impresa en negro: «Por fin encontré el sentido de la vida. Era para el otro lado», combinada con unos vaqueros cortos y desgastados que le sentaban increíblemente bien. El conjunto remataba con unas Converse blancas. ¿De verdad existían tíos así? Resultaba demasiado perfecto para ser real.

—Me da que no te queda ropa seca —dijo alzando una comisura mientras me repasaba—. ¿Piensas pasearte desnuda desde el primer día? Cuidado con las confianzas que te tomas —añadió en tono guasón—. Aunque te aviso de que no me voy a quejar, nena —me guiñó un ojo.

Y ahí, en cuanto abrió la boca, recordé que la perfección era un mito. No entendía de dónde salía esa soltura para insinuarse y llamarme «nena».

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—Me llamo Liv. Para ti, Olivia —corregí mientras él empezaba a caminar entre las cajas de mi habitación.

—Vale, nena —sonrió con suficiencia abriendo una de ellas.

Eran un par de paquetes que mi padre había enviado por mensajería días atrás para no cargar con todo en el tren; Marco los había abierto a petición mía para comprobar que el contenido estuviera intacto.

—¿Eres un poco cretino, no? —no pude evitar preguntar haciendo una mueca.

De repente, su vista, que había estado clavada en una de mis cajas, se posó en mí y se rió a carcajadas. Tenía una risa ronca y característica. Me gustó mucho, sin ninguna explicación. Supongo que echaba de menos que alguien se riera así a mi lado, sin el temor constante a herirme. Todo el mundo parecía andar de puntillas a mi alrededor.

—Y a ti, por lo que veo, te gusta leer —sacó un libro del paquete y torció el gesto—. Eso significa que eres aburrida. Odio a la gente aburrida —resopló.

—Mejor. Así te mantendrás lejos de mí. Aunque si crees que leer es aburrido, es porque probablemente ni sepas hacerlo. —Apreté los labios y subí las comisuras para que el muy idiota notase que era una sonrisa falsa.

—¡Eh! —exclamó ofendido.

Puse los ojos en blanco, lo ignoré y me agaché para abrir la maleta.

—¿Qué es lo que más te gusta de los libros? —preguntó con curiosidad.

Era mi momento de que viese que no me caía bien y me dejase en paz. No me apetecía aguantar tonterías ese día. Solo quería ducharme y pasar un rato tranquilo conociendo a Marco.

—Los chicos…

—¿Los chicos?

—Sí. En las novelas, al menos son inteligentes. Luego pones un pie en la realidad y el choque es demoledor —lo señalé de arriba abajo con la mano.

—¿No te parece que estás siendo muy ofensiva? —sonrió—. ¡Que nos acabamos de conocer, cuidado con las confianzas! —de nuevo su tono fue burlón y clavó sus ojos en los míos como si me hubiese leído la mente.

¿De verdad no iba a librarme de él? Parecía muy a gusto en aquella situación, incluso divertido.

—Las verdades ofenden —le sostuve la mirada mientras levantaba una ceja.

—Eres una chica dura. Me gusta, rubia —sonrió.

Estupendo. Había cambiado el «nena» por «rubia». Ni siquiera era rubia del todo; tiraba a castaño. Suspiré y rodé los ojos.

—Te traeré algo de ropa; la tuya estará empapada —señaló el equipaje húmedo mientras yo terminaba de abrir la cremallera—. ¿Quieres que te la acerque al baño? —me lanzó una sonrisa traviesa.

—Gracias, pero no será necesario. Déjala sobre la cama.

Se rio de nuevo y salió al pasillo.

Me duché a toda prisa con agua hirviendo. Era justo lo que necesitaba para entrar en calor y recobrar el aliento. Me pasé un poco el secador que me había comprado mi madre por el pelo y crucé el pasillo envuelta en la toalla. Sobre mi colchón encontré una camiseta verde militar de manga corta, gigantesca, que me servía de

vestido, y un pantalón de chándal blanco. Me vestí y, justo antes de asomarme al salón, escuché a Marco hablar con Alex.

—Tío, no la asustes el primer día, ¿vale? —suplicó mi compañero de piso. —Me cae bien.

—No le he dicho nada malo. ¿Por quién me tomas?

—Mi última compañera se fue porque la molestaste sin parar. —Sonó molesto. —En algún momento tendrás que soportar otra presencia femenina a tu alrededor. Esa pose de que todas las mujeres son malas ya cansa.

—Prometo que con ella me portaré bien. Por ti. Y por qué es… —Hizo una pausa como si estuviera pensando cómo describirme. —Interesante.

—Si por fin ha llegado el momento de que te abras a dejar que te guste alguien, por favor, evita que sea mi compañera de piso —sentenció.

Salí de la habitación haciendo ruido a propósito y ellos dieron por finalizada su conversación. Cuando llegué al salón, Marco sonrió al verme.

—Tienes mejor cara —se acercó y me dio un abrazo breve—. Ahora sí, me presento formalmente: soy Marco, tu compañero de piso y tu guía turístico, personal y emocional —sonrió al soltarme—. Y este es Alex, como te decía. Mi mejor amigo y una pesadilla con patas, como irás comprobando.

—Algo he captado —me forcé a sonreír—. Me llamo Olivia, pero puedes decirme Liv.

—¿Por qué él sí y yo no? —hizo un puchero Alex.

Lo ignoré.

—Un placer. —Marco se acomodó en el sofá.

Alex sonrió y me tendió la mano. Se la estreché por pura cortesía, intentando no parecer excesivamente borde; por lo visto, mis pullas

no habían sido lo bastante explícitas para él. Me dio un tirón firme, pegándome a su pecho y abrazándome con más fuerza de la necesaria.

—Encantado de conocerte, Olivia. —Resaltó mi nombre en tono sarcástico, soltándome y sentándose al lado de Marco. Me senté en un sillón que quedaba justo al lado del sofá y resoplé. —¿Un primer día no muy bueno, rubia? —preguntó Alex.

—Un primer día pésimo —confirmé. —Y me llamo Olivia, no rubia.

Volvió a reírse. El sonido retumbó en mi interior como si estuviera tan vacía por dentro que la risa hiciera eco en mi pecho.

—Te adaptarás pronto —afirmó seguro Marco.

—Eso espero —soné más abatida de lo que pretendía—. Necesito encontrar trabajo urgente. Confiemos en que mañana vaya mejor.

—¿En serio? —inquirió Marco—. Mi compañera de la cafetería se acaba de ir; es la misma que vivía aquí y terminó su contrato ayer. ¿Te interesaría? Es de camarera, nada del otro mundo, pero a veces...

—Sí —lo interrumpí sin dudarlo.

Él sonrió.

—El hermano del dueño —prosiguió— necesita refuerzos para eventos de alto nivel y nos ofrecen ir. Esos días se pagan muy bien.

—Con poder pagar el alquiler me doy por satisfecha.

—Yo también me conformo con que puedas hacerlo —sonrió Alex. —No sabes lo difícil que es aguantarlo en su búsqueda de la persona perfecta para vivir en nuestro hogar. —Puso los ojos en blanco.

—Sabes que es un engorro buscar con quién compartir el piso. Y más engorroso todavía encontrar a alguien que no salga corriendo por tu culpa. —Le recriminó a su amigo. —Y tú, me caíste bien desde el primer momento. Creo que será un año interesante. —Me miró a mí directamente.

Sonreí un poco, en señal de agradecimiento.

—Tú tampoco me caes mal —traté de bromear.

—Yo no le caigo mal a nadie —respondió Alex.

—No hablaba contigo. Y eso de que no le caes mal a nadie es lo que tú crees —enarqué una ceja.

Marco estalló en una carcajada.

—¿No te caigo bien? —se llevó la mano al pecho haciéndose el ofendido.

—Déjala en paz. —Marco le dio un puñetazo en el hombro.

—Descuida, Marco. Sé que terminaré cayéndole bien. —Sonrió. —Ya lo verás, rubia.

—Lo dudo. —Apreté los labios y me forcé a sonreír tan falsamente como había hecho en mi habitación.

Y así, sin planearlo, conocí a los que se convertirían en mis dos primeros amigos en la ciudad, incluido mi compañero de piso. Me detuve a observar sus ojos azul cielo y su sonrisa que desarmaba. Estaba segura de que el piso sería una puerta giratoria de ligues.

En cuanto a Alex, me removió sensaciones que llevaba tiempo sin experimentar. Exasperación, para ser exactos. Quizá no fuera la mejor emoción para empezar, pero sentir algo —lo que fuera— ya resultaba peligroso, aunque fuera negativo.

—Las reglas son sencillas. El alquiler se paga del uno al cinco de cada mes. Si alguno de los dos se trae a alguien, debe avisar al otro para que prepare los auriculares o se tome su tiempo en volver. Así evitamos cruzarnos con alguien desnudo por el pasillo, ya sabes. —Hizo un gesto de sexo con las manos ante el que no pude evitar sonreír un poco.

—Si vas a pasearte sin ropa, te agradecería que me avisaras —añadió Alex.

—No es mi estilo. Pero te avisaré para que intentes comportarte como un caballero y no mires —lo amenacé con la mirada.

—A la mierda la caballerosidad; lo que yo quiero es mirar —sonrió con picardía, repasándome sin disimulo.

—Va a pensar que eres un acosador, Alex —lo frenó Marco antes de volverse hacia mí—. Solo busca ponerte nerviosa. Perro ladrador...

—Es broma, rubia. No te hagas ideas raras, solo intentaba romper el hielo.

—Lo dicho —Marco ignoró el apunte de su amigo—. Esas son las reglas. Por lo demás, podemos hacer la compra juntos si te parece bien.

—Genial —procuré sonar entusiasmada.

—¡Ah! —exclamó sorprendiéndome. —Alex pasa mucho tiempo aquí, para que no te sorprenda. Y una salida a la semana es obligatoria. Te llevaré a las mejores fiestas. Tengo contactos. —Me guiñó el ojo. —¿Algo que deba saber? ¿Alergias? ¿Manías? —preguntó divertido.

El fingido entusiasmo fue desapareciendo de mi rostro. Hacía un año que no pisaba una fiesta, pero antes de venir, en la habitación de Danilo me había prometido a mí misma que iba a intentar salir de mi burbuja, así que si Marco colaboraba en ello, genial, no tenía nada que objetar. Sin embargo, sí que había algo que necesitaba que supiese.

—Verás… —Empecé.

—¡No! —exclamó Alex dramáticamente. Lo miré asustada. —Era broma —se rió de mí. —Cuéntanos.

—¿Es necesario que esté aquí?

—Ignóralo.

Le hice caso. No quería molestar a Marco echando a su amigo el primer día.

—Si me escuchas gritar o caminar por la casa alguna noche, no te asustes —me avergoncé.

—¿Eres sonámbula? —preguntó Marco.

—No, no, tranquilo. Solo que a veces me cuesta dormir y suelo tener pesadillas. Cuando eso pasa, me despierto y me resulta imposible volver a dormirme, así que camino o me pongo a hacer cosas porque no aguanto estar en la cama.

Suspiró aliviado y asintió. Alex, en cambio, clavó la mirada en mí y me examinó con curiosidad.

Tenía muchas manías: odiaba salir, odiaba las fiestas, odiaba socializar… No siempre había sido así, pero durante el último año, sí. Me había prometido a mí misma que intentaría vivir una vida lo más normal posible, así que debía intentar retomar mis hábitos. Debía intentar ser un cuerpo con vida, aunque por dentro no quedase rastro de vida alguna.

CAPÍTULO 6.

Fernando.

La reunión había ido bien. La expansión era casi un hecho; así me lo había confirmado el señor Pérez. Sin embargo, a pesar de haber concluido por fin con el acuerdo después de haber estado regalándole los oídos a ese hombre durante semanas, solo podía pensar en una persona: Andreas. Hacía meses que no hablaba con quien había sido mi mejor amigo, prácticamente un hermano.

Supongo que es lo que ocurre cuando te marchas del lugar que ha sido tu hogar toda la vida y tomas distancia. Comprendí un poco mejor a mi padre. Él había construido un imperio en tiempo récord: fundó la compañía con la herencia que le dejó una de sus tías y, en cuestión de pocos años, ya se posicionaba entre los empresarios más acaudalados del país. Se le consideraba un prodigio de los negocios por haber facturado millones desde el primer año, una hazaña inédita que muy pocos lograban. Claro que aquel éxito le costó su matrimonio, sus amistades y su vida en general.

En mi caso, las obligaciones me dejaban poco margen personal. Mi padre viajaba constantemente por los quince países en los que Grupo Córtex se había establecido en los últimos años, mientras que yo me encargaba de pilotar la sede nacional, con todo lo que ello conllevaba.

Tenía que supervisar las colecciones de moda, asistir a las pasarelas para posar junto al diseñador o diseñadora del momento, gestionar las cifras y el entramado financiero, atender las entrevistas oportunas —siempre por escrito y filtradas por Clara, mi apreciada secretaria; jamás presenciales—, presidir galas de premios...

En definitiva, mi rutina giraba en torno a la empresa. Poseía más dinero del que podría gastar en cincuenta vidas y nuestra firma textil no solo lideraba el mercado nacional, sino el de muchos otros países. Contábamos con filiales orientadas a distintos sectores socioeconómicos y habíamos monopolizado prácticamente la industria en cinco de nuestros mercados principales. Además, manteníamos una línea de alta costura exclusiva para la élite, con pujas y subastas en nuestros desfiles que recaudaban millones.

Todo era francamente abrumador. Y en más ocasiones de las que me gustaría admitir echaba de menos cuando todo era simple. Cuando solo podía gastar el dinero que llevaba en el bolsillo, que se resumía al sueldo de haber trabajado como camarero el día anterior o esa misma noche. Eso era lo que hacía mientras estudiaba. Trabajar con algunos de mis amigos en un bar-restaurante. Al acabar, íbamos de fiesta a cualquier pueblo vecino y hacíamos locuras que, si la prensa me viese hacer ahora, destrozarían mi imagen.

—Señor —oí una voz que me llamaba, volviéndome a la realidad. —Hemos llegado —anunció mi amigo y chofer mirándome por el espejo retrovisor.

—Gracias, Gael —ignoré que no me había tuteado mientras bajaba del vehículo.

Por lo general, Gael y yo conversábamos bastante durante los trayectos, pero él, siendo la persona que mejor me conocía en la ciudad, notó desde que me subí al coche que no tenía el cuerpo para charlas. Ni lo más mínimo. Así que me dejó disfrutar del silencio.

Me dejó en la puerta de mi casa, situada en el borde de un acantilado con unas vistas espectaculares al mar. La finca y las cinco hectáreas que la rodeaban eran mías. Habían sido un obsequio de mi padre, por aceptar unirme al negocio familiar.

Entré, me aflojé el nudo de la corbata y me dejé caer en el enorme sofá del salón. Saqué el móvil, vacilé unos segundos sobre si escribir a Andreas y finalmente lo llamé, aunque no obtuve respuesta. Busqué entre mis contactos otro nombre con quien también había

compartido retazos de mi pasado, pero sabía que era imposible llamar a esa persona.

Me cambié la ropa del trabajo por otra más cómoda y me dirigí a mi despacho para continuar con la jornada. Después de todo, el trabajo era lo único que me quedaba.

CAPÍTULO 7.

Olivia.

Marco caminaba a buen paso delante de mí sin dejar de hablar. Yo iba tan concentrada en seguirle el ritmo que ni siquiera lo escuchaba. ¿Cómo podía sacarme apenas unos centímetros de estatura y exigir tres de mis zancadas para igualar solo una suya?

Nos detuvimos en la puerta de la cafetería donde supuse que trabajaba y donde, con algo de suerte, lo haría yo también.

—Aquí es —confirmó mis suposiciones. —No te agobies. Te lo va a dar seguro —sonrió.

Asentí y ambos entramos.

Marco se esfumó por la puerta que conducía al vestuario de empleados. Yo me acerqué al mostrador.

—Hola, ¿está el señor Joel? —pregunté.

—Con él hablas —respondió el hombre desde detrás de la barra.

—Soy la amiga de Marco —le informé nerviosa. —Traigo mi currículum, como le comentó. —Le extendí la hoja de mi currículum.

El hombre me regaló una sonrisa amable y empezó a repasar el folio. Lo observé: tenía un gesto sereno, afable, que me infundió cierta calma.

—Tienes bastante experiencia —se dirigió a mí por fin, tras un par de minutos eternos.

—Sí. Desde los dieciséis he trabajado en el sector de la hostelería intermitentemente —le confirmé sabiendo que lo había leído. —

También he manejado las redes sociales de varios negocios —añadí, aunque suponía que también lo había visto.

—Y tienes una carrera —pareció sorprendido.

—Sí. Estudié filología. —Afirmé. —En septiembre empezaré un máster.

—Dáselo, Joel. Así tendré un buen motivo para dejarme caer por aquí a diario —interrumpió Alex, apareciendo con una sonrisa y acomodándose en un taburete.

Lo miré. Vestía una camiseta rosa palo con la frase: «Hoy no prometo buen comportamiento». Hice un esfuerzo supremo por no soltar un resoplido y rodar los ojos.

—¿Y eso se supone que es algo bueno? —preguntó el hombre.

—Claro, sí soy de tus mejores clientes —sonrió.

—Una pesadilla es lo que eres, Aleixandre —resopló Joel.

—Joel. —Fingí confianza sin siquiera apartar mis ojos de él para mirar a Alex. —¿No tienes reservado el derecho de admisión?

Joel asintió.

—Genial —trasladé mi mirada de él hacia Alex—. Así podré echarte cada día que vengas.

—¡Contratada! —exclamó Joel.

—¿En serio? —preguntamos Alex y yo al unísono. Yo, con más entusiasmo del que pretendía disimular.

—Trabajadora, inteligente y con carácter. Si puedes con este marsupial, puedes con todo. —Puso los ojos en blanco mirando a Alex.

—¡Eh! —exclamó Alex ofendido.

Joel sonrió y caminó hacia el otro extremo de la barra a atender a una clienta que acababa de sentarse.

—De nada por la ayuda —sonrió Alex.

—Eres muy plasta —bufé.

—Tu plasta. —Se acercó y me plantó un beso veloz en la mejilla que, por algún motivo, me aceleró el pulso.

Seguidamente, se dio la vuelta y se marchó. Me quedé en la barra hasta que Joel se acercó a mí de nuevo. Entonces, decidí hablarle de una manera más cortés para que viese que lo de antes había sido algo puntual.

—Muchas gracias por la oportunidad, señor.

—Joel —dijo él dulcemente. —Solo Joel.

—Muchas gracias por la oportunidad, Joel —me corregí. —¿Cuándo empiezo?

Le hablé del horario de mis clases, por si suponía algún inconveniente para contratarme, pero fue muy amable y me cuadró el horario para trabajar siempre por la tarde con Marco. Además, libraría una o dos tardes por semana, según el volumen de trabajo.

Hablamos del sueldo, que, a pesar de no ser nada ostentoso, estaba bien teniendo en cuenta las horas y lo mal pagado que estaba el sector.

En ese momento apareció Marco y nos escuchó ultimar detalles. Se acercó con una sonrisa y con excesivo entusiasmo me dio un abrazo.

—Te he dicho que te lo daría. —dijo alegremente.

—Sabe manejar a Alex, supongo que podrá con lo demás. —Sonrió Joel.

—Sin duda. —Marco puso los ojos en blanco.

—Esta noche hay un evento. —Empezó Joel. —No sé si te ha dicho Marco que a veces mi hermano necesita gente. —Asentí, sabía a qué se refería. —Me ha dicho que necesitaba dos personas, así que si queréis trabajar, os doy la dirección.

—Sería genial. —dije.

Marco me miró sonriente.

—No se diga más. Le mandaré a Samuel vuestros datos y te haré llegar con Marco el horario de la semana.

—Muchas gracias. —Asentí.

—No hay de qué. —Sonrió Joel.

—Debería irme. —dije. —Hasta luego, chicos. —Miré a Marco. —Gracias por ayudarme. Nos vemos en el piso. —Le abracé impulsivamente.

Salí de la cafetería como si estuviese flotando. Tenía trabajo. Podría pagar el alquiler y, con un poco de suerte, empezar a ahorrar para devolverle el préstamo a mi abuela. En ese momento mi móvil sonó con una llamada entrante.

—¿Sí? —respondí.

—Hola. —Saludó Andreas desde el otro lado del teléfono, bajándome de la nube. —¿Qué tal por tu nueva ciudad? —preguntó.

—Ayer fue horrible. —Me recordé completamente mojada, arrastrando mi maleta. —Pero hoy ha mejorado. Ya tengo trabajo.

—¿En serio?

—Sí. Marco me ayudó. Trabajaré con él en la cafetería e iremos a algunos actos de gente pija para conseguir un sobresueldo. Creo que me las apañaré.

—Eso es genial. —Sonó tan poco entusiasmado como yo esperaba.

—¿Pasa algo?

—No, solo… Es que… —tartamudeó.

—Suéltalo.

—¿Por casualidad has visto a Fer? —preguntó sorprendiéndome por completo.

—¿A qué viene eso?

—Ayer me llamó y me preguntaba si había sido porque lo habías avisado de que ibas a la ciudad o si simplemente había sido una coincidencia. —Se puso nervioso.

—Llevo dos años sin hablar ni saber nada de él. No tengo interés en que eso cambie ahora. —dije seca.

—Deberías avisarle de que estás por allí.

—Ya lo sabe. Ayer se chocó conmigo.

—¿Hablasteis?

—No me interesa, Andreas. —Lo corté, más tajante de lo que pretendía, mientras entraba al piso y cruzaba hacia la cocina—. ¡Joder! —exclamé al cruzarme con Alex, que sostenía un vaso de agua—. ¡Menudo susto me has dado! —soltó una carcajada limpia—. No es gracioso.

—¿Qué dices? —preguntó Andreas al otro lado del teléfono.

—Nada. Alex me ha asustado.

—¿No sabías que estaba aquí? —preguntó Alex.

—Obviamente no. ¿Cómo has entrado?

Hurgó en su bolsillo y me mostró un juego de llaves.

—Ya te dijo Marco que paso mucho tiempo por aquí. —Sonrió y, después de beber, dejó el vaso en el lavavajillas.

—Liv… —La voz de Andreas al otro lado del teléfono me recordó que seguía al teléfono.

—Lo siento, Andreas, tengo cosas que hacer. Hablamos más tarde. —Colgué.

—¿Tu novio? —preguntó caminando lentamente hacia mí.

—Mi exnovio, en realidad.

Me miró con gesto confuso y se dispuso a hablar.

—Déjalo. —Lo interrumpí antes de que alguna estupidez saliese de su boca. —Tengo cosas que hacer. De verdad.

Y no mentía: necesitaba hacer la compra. La nevera estaba vacía y las tripas me rugían. Necesitaba provisiones y ni siquiera conocía la ubicación del supermercado más cercano.

—Puedo ayudarte si quieres. Supongo que necesitarás llenar la nevera y la primera compra suele ser la más pesada. Aunque si vives con Marco, no solo será pesada esta. No pisa el supermercado ni por equivocación; prefiere que le traigan comida para llevar. Aunque si ve tus provisiones, tal vez te robe algo.

La verdad era que necesitaba comprar muchas cosas y su ayuda no me vendría mal. En cuanto a Marco… Definitivamente, haríamos la compra conjunta o me saldría caro alimentarlo, al parecer.

—Te lo agradecería mucho.

—¿Tanto como para aceptar una cita conmigo? —preguntó insinuante.

Me quedé descolocada. Él ensanchó esa sonrisa de suficiencia tan suya.

—Tampoco tanto. —Contesté seria para no darle el gusto de dejarme sin palabras.

Se echó a reír y salimos del piso. Por suerte, a un par de calles había un supermercado. Cogí un carrito al entrar. Empezamos a caminar por el supermercado mientras llenábamos el carro.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Alex a la vez que yo tiraba cosas en el carrito de la compra.

—Me defiendo. Me gusta bastante.

—Genial.

—¿Y a ti?

—No he tocado una sartén en mi vida, la verdad.

—Imposible. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—Esa es la edad biológica. ¿Y la mental? —enarqué una ceja.

—¡Mira! ¡Pero si haces bromas! —exclamó sonriente. —Eres una caja de sorpresas, rubia.

—¿Quién te ha dicho que bromeaba? —Puse los ojos en blanco y él me miró como indicando que lo estaba volviendo a hacer. —¿Cómo has sobrevivido hasta ahora sin cocinar? —pregunté desviando el tema.

Se encogió de hombros.

—Rebuscando en los contenedores, supongo —se rio.

¿Se suponía que debía darme gracia? Resultaba bastante desagradable.

—Eres muy seria.

—Supongo —me encogí de hombros.

—¿Nunca te lo pasas bien?

—La diversión no es mi fuerte. Era más bien el de mi hermano mediano. —Solté sin pensar. Aunque, en el fondo, nos parecíamos bastante en eso; yo también había sabido divertirme tiempo atrás.

—¿Era?

Lo había cazado al vuelo. Muy perspicaz.

Asentí.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos. —Respondí.

Pero me paré a pensar un segundo y me obligué a corregirme.

—Uno. Solo uno.

Torció el gesto, algo desorientado. Me sentía tranquila a su lado. De hecho, era la primera persona en un año con la que me pasaba algo así. Agradecía que no me mirara como si fuera una figura de cristal a punto de romperse o una historia trágica. Me devolvía un poco de quien solía ser antes.

No quería entrar en detalles por miedo a que cambiara su manera de ser conmigo y empezara a compadecerme como el resto. Pero tampoco quería ni podía hacer como que la parte de mi vida en la que había perdido a mi hermano no existía. Estaba cansada de fingir.

—Tenía dos. —Aclaré. —Pero ahora, solo tengo uno.

Él me miró, asintió y no dijo nada más sobre el tema. Lo agradecí. Creo que entendió que era un tema delicado y que no me apetecía hablar de ello.

Igual, el primer juicio que había hecho sobre él no había sido del todo acertado. O tal vez escondía su lado amable tras su humor y sus insinuaciones.

Terminamos la compra y, al volcar los artículos en la cinta de la caja, me miró y sonrió.

—¡Menos mal que nunca más volveré a pasar hambre! —gritó en tono solemne y levantó la mano sujetando un fuet.

Aunque intenté aguantarme, esa vez se me escapó una pequeña risita. La cajera y algunos clientes también rieron.

—¡Mira! —exclamó. —Sabe reírse. —le dijo a la cajera burlón.

—No me he reído exactamente. —Me puse seria.

Puse los ojos en blanco y él acercó su boca a mi oreja, provocando que una ola de escalofríos recorriera mi cuerpo.

—Te prometo que conseguiré que te rías de verdad, y a menudo —susurró.

La cajera nos observó con curiosidad mientras yo sentía el rubor subiéndome por las mejillas. ¿En serio? ¿Tenía quince años otra vez? Genial.

CAPÍTULO 8.

Abril. Cuatro años y cuatro meses antes.

Olivia.

Besé a Andreas hasta que prácticamente se me cayeron los labios. Cosa que creo que no ocurrió gracias a que su teléfono no dejaba de sonar insistentemente, recibiendo mensajes sin parar.

—Contesta. —Dejé de besarle un poco.

Sacó su móvil del bolsillo.

—Es Fer. Quiere hacer algo esta noche, pero mañana madrugo.

—Igual quiere venir conmigo y con mis amigas. —No lo pensé ni un segundo.

Andreas asintió y tecleó una respuesta.

—Os recoge en tu casa a las diez. —Me informó.

Asentí y volvimos a besarnos durante unos minutos hasta que tuvimos que despedirnos en la puerta de mi casa.

—Mañana nos vemos. —Se dio la vuelta y desapareció entre los coches aparcados de mi calle.

Escribí al grupo y quedamos las cuatro a las diez en mi casa. Mi carné de conducir seguía «en proceso», es decir, atascado. A las diez en punto sonó el timbre: allí estaban mis tres únicas amigas dispuestas a salir o, lo que era lo mismo, sin novio. Bueno, Julia tenía, pero tenían una relación insostenible. Sinceramente, el tío era un gilipollas y yo ya se lo había dejado claro; le dije que respetaba su noviazgo, pero que eso no me haría callarme lo que pensaba.

Cuando estuvimos las cuatro en la puerta de mi casa, apareció Fer en su viejo todoterreno gris oscuro.

—Ya está aquí. —Informé caminando hacia el asiento del copiloto.

Las cuatro subimos al coche. Julia ya lo conocía, pero se lo presenté a Emilia y a Carla. Ninguna de las dos tardó ni dos minutos en empezar a babear por él y tirarle fichas sin disimulo.

Fer me miraba raro; no lograba descifrar el gesto de su cara. En las últimas semanas había llegado a conocerlo suficiente como para saber que esa no era su expresión habitual.

Cuando aparcó, mis amigas bajaron velozmente del coche. Cuando él hizo el amago de seguirlas, lo cogí del brazo para detenerlo.

—¿Estás bien?

Se limitó a asentir, fijando la vista en la mano con la que lo retenía. La retiré por impulso y él se bajó del coche sin articular palabra. Salí tras sus pasos.

—Dime qué te pasa. —Negó con la cabeza sin dejar de caminar hacia el bar. —Por favor. —Supliqué.

—Solo quiero emborracharme.

Asentí, convencida de que con un par de copas encima sería más fácil sacarle lo que no quería decir sobrio.

Varias horas después, estábamos en el centro de la pista del pub, más ebrios de lo que me gustaría admitir. Fer era un palo, se movía menos que Epi en una cama de velcros. Me hacía demasiada gracia verlo bailar, si es que a esos movimientos pintorescos se les podía denominar así. Decidí que era mi momento.

—¿Qué te pasa, Fer? —le susurré al oído.

—Mi padre va a venir. —Me respondió con su boca en mi oído.

Me había dicho que la relación entre ellos no era muy buena, pero no pensaba que el solo hecho de que viniese de visita lo afectara

tanto.

—¿No quieres que venga? —pregunté de nuevo en su oído.

Negó con la cabeza.

—Cada vez que viene, pasa lo mismo. —Pegó su cuerpo al mío y sus labios a mi oreja. —Tengo veintitrés años. Solo quiero que me deje vivir mi vida a mi manera. Creo que no pido nada descabellado.

Asentí mientras percibía las miradas molestas de mis amigas, que no dejaban de orbitar a su alrededor y sentían que lo estaba acaparando. Sinceramente, las entendía: era guapo, atlético y atractivo.

Empezó a entablar conversación con Carla mientras Julia, Emilia y yo continuábamos bailando y cantando. De pronto, él y Carla se esfumaron. Deducimos que estaban tonteando, así que los dejamos a su aire esperando a que volvieran. Obviamente, eso jamás ocurrió.

Pero Carla solo fue la primera de mis amigas que se acostó con Fer. No entendía por qué le gustaban tanto mis amigas. ¿No había más mujeres? Cuando se acostaban, era una mierda, porque tenía que aguantar que mis amigas me comiesen la cabeza hablándome de él. Obviamente, eran mis amigas, pero él también se había convertido en mi amigo y, aunque podía elegir bando en esa guerra, no quería hacerlo.

Aunque, para ser honesta, siempre les advertí a todas que Fer no buscaba nada serio con nadie. No desde que una exnovia le rompió el corazón años atrás. Que ellas prefirieran ignorarme a mí y a él cuando avisaba de que solo sería cosa de una noche, era una historia aparte.

CAPÍTULO 9.

Olivia.

—Menuda fiesta de estirados. —dijo Marco.

Le hice un gesto de silencio, temerosa de que alguien pudiera oírnos.

—Tranquila. No están pendientes de la plebe.

Cogimos cada uno una bandeja con copas de champán y empezamos a caminar por la sala. Cuando mi bandeja estuvo vacía, caminé de nuevo hacia la barra a por más. Pero en ese momento, el hermano de Joel, Samuel, negó con la cabeza.

—Colocaos todos aquí mirando al frente. Va a entrar el anfitrión y no queremos ningún incidente. Tiene que ser el centro de atención. —Dio instrucciones Samuel. —Además, le gusta saludar a los camareros y al encargado de todo lo referente al catering y la fiesta. Pasará por aquí.

No entendía nada. Colocados así solo conseguíamos llamar más la atención; parecíamos una tribu de pingüinos gracias a nuestros esmóquines.

Repartidos por el salón, al menos éramos invisibles. ¿Qué interés podía tener un tipo que nadaba en billetes —evidente a juzgar por el despliegue— en estrechar la mano de los camareros? Por el amor de Dios.

La gente empezó a aplaudir y Samuel nos miró esperando que hiciésemos lo propio. Empecé a aplaudir, sinceramente, sin saber a quién. Entonces lo vi entrar saludando de manera muy cortés a la gente: Fernando Baviera.

—¡No me jodas! —traté de no alzar la voz.

Marco me miró.

—Nunca esperaste verlo de tan cerca, ¿eh? —preguntó burlón.

En ese instante deseé no solo ser invisible, sino esfumarme de la faz de la tierra. Me negaba rotundamente a enfrentarme a él cara a cara otra vez.

—No creí que fueses de las que babeaban por tíos como ese. Estás hecha un flan, chica. —Me dio un golpecito en el brazo con su codo.

—Necesito que me cubras. —Miré por dónde escabullirme.

—Pero si ni se va a dar cuenta de que existes. —Intentó recalcar como si fuese una obviedad. —Relájate.

—No es por él. —Mentí. —Me cago viva.

Fue la excusa más rápida que encontré para lograr su complicidad.

—Junto a la cocina hay un baño. —dijo con comprensión. —Ve, te cubro.

—Te debo una. —Me escabullí hacia el baño, que por suerte estaba bastante alejado.

Permanecí allí resguardada hasta que la música volvió a sonar. Entonces me armé de valor y salí, dispuesta a mimetizarme entre la multitud y el resto del personal.

—Me has hecho esperar mucho. —dijo una voz conocida detrás de mí, haciendo que me sobresaltara.

¡Mierda! Empecé a caminar hacia la sala sin detenerme.

—¿Por qué huyes de mí? —preguntó siguiéndome.

—Disculpe, señor. No lo conozco. —dije sin detenerme.

—¿En serio, Liv?

—Olivia. —Lo corregí deteniéndome abruptamente.

—¡No me jodas, Liv! —le lancé una mirada amenazante. —¿Ya no somos amigos?

—Nunca lo fuimos. —Contesté, empezando a caminar de nuevo.

Al llegar a la barra, Samuel me encasquetó una bandeja llena de champán y me indicó la zona a cubrir. Avancé mientras los asistentes tomaban copas a mi paso. Marco me guiñó un ojo a lo lejos y le devolví una leve sonrisa. Solo quedaba un vaso cuando una mano se alargó a cogerlo. Seguí con los ojos la copa y me encontré con su mirada: esos ojos pardos eran inconfundibles.

En cuanto me cercioré de que no sostenía ninguna vacía, puse pies en polvorosa hacia la barra.

Samuel me entregó un nuevo servicio y puse rumbo al extremo opuesto del salón. De nuevo, las copas volaban de la bandeja hasta que Fer se cruzó en mi trayectoria, cerrándome el paso. Intenté esquivarlo, pero se movió conmigo.

—Disculpe, señor. —Me vi obligada a decir finalmente para que me dejara pasar.

Él sonrió con suficiencia.

—Sigo siendo Fer, Li… —Le lancé una mirada asesina. —Olivia. —Reculó.

—Mira, si no te quitas de en medio, me vas a buscar un problema con mi encargado. Y a ti tampoco te conviene que te relacionen con el personal —sus ojos se ensombrecieron tras mis palabras—. Ahora, con tu permiso.

Lo esquivé sin que esta vez se atreviera a frenarme.

Sentí el peso de su mirada en la nuca durante todo el trayecto de vuelta a la barra, donde me esperaba Marco.

—Al final te ha echado el ojo. —Me dijo burlón.

—No me hables de ese gilipollas, por favor. —dije sin cambiar mi tono de voz.

—¡Shht! Puede oírte. —Imitó mi voz, recordándome cuando le había llamado la atención por llamarlos estirados.

—Lo que menos me preocupa es que me oiga. De hecho, espero que lo haga. —Afirmé cogiendo una nueva bandeja llena de copas y alejándome de la barra.

Sentía los ojos de Fer siguiéndome con la mirada por la sala. Era extrañamente incómodo. Después de un rato recogiendo bandejas de canapés vacíos y haciendo viajes una y otra vez a la barra para coger las de champán, la mía se vació por milésima vez y me dispuse a volver a la barra cuando alguien me cogió del brazo y tiró de mí, abriendo una puerta y cerrándola a mi paso. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con Fer, sin nadie a nuestro alrededor, en una terraza vacía y escasamente iluminada.

—¿¡No me puedes dejar en paz?! —grité cabreada.

—¿Qué te pasa conmigo? Pensaba que te alegrarías de verme.

Definitivamente, este tío era rematadamente idiota.

—¿Por qué iba a alegrarme?

—Somos amigos. —dijo muy seguro. —Y hace años que no me ves. —Solté una carcajada irónica y él me miró de arriba abajo. —No te pareces en nada a la chica que conocí hace unos años. —dijo en tono decepcionado.

—Ya no soy esa chica. Las personas cambian. —Lo miré de arriba abajo.

—¿Qué puede hacer a una persona cambiar tanto?

Negué con la cabeza, incrédula.

—Soy tu amigo —insistió.

La rabia se apoderó de mí.

—¿Amigo? —pregunté irónica. —¡Tú no eres amigo mío!

—¡Claro que lo soy! —elevó el tono de voz.

—¡Pero si ni siquiera me has llamado en dos años!

Enmudeció, mirándome desconcertado.

—Te escribí cuando te fuiste. Y ni siquiera me respondiste. Ni una sola vez.

Puso una mueca extraña, como si le hablara en chino.

—Eso no significa que no hubiese estado contigo si me hubieses necesitado.

—¡Te necesité! —grité con un nudo en la garganta. —¡Esperé que al menos en esas circunstancias aparecieras y me dieras un abrazo! ¡Que me dijeras que lo sentías! ¡Que me apoyaras! ¡Pero no apareciste! ¡Ni siquiera me escribiste un mensaje! —me miró con los ojos como platos. —Pero tranquilo, capté la indirecta. No éramos amigos. Yo solo era la novia de tu mejor amigo. Y si ni siquiera a él le has hecho caso en todo este tiempo, ¿qué podía esperar yo? — Intenté esquivarlo para volver a la sala, pero me cortó el paso. —Si no vuelvo, me van a echar. —Evité mirarle. —No todos tenemos la suerte de vivir nadando en dinero y tener una vida idílica, hombre del año.

—Olivia... No lo entiendo. —sonó confuso.

—No te voy a perdonar en la vida. Así que ni te molestes —lo empujé a un lado y crucé el umbral de vuelta al salón.

Marco vino caminando hacia mí cuando me vio entrar.

—Te estaba buscando. Ya nos podemos ir; la mitad de la gente se ha marchado y Samuel nos ha dado luz verde.

Respiré aliviada al escucharlo. Pero justo cuando nos disponíamos a salir, se quedó mirando boquiabierto hacia la puerta de la terraza. Volví la cabeza y me topé con Fer.

—¿Nos vamos o qué? —le metí prisa a Marco.

No articuló palabra; seguía petrificado mirando al anfitrión.

—Olivia —escuché que llamaba este último a mis espaldas.

¿Por qué no podía dejarlo estar? Había desaparecido durante dos años. ¿Qué le costaba seguir así?

Le hice una seña desesperada a Marco para movernos, pero al ver que no reaccionaba, lo cogí de la mano, solté la bandeja en la primera mesa que encontré y tiré de él hacia el pasillo de servicio hasta salir a la calle.

—¿Qué coño ha sido eso de ahí dentro?

—Ya lo conocía, ¿vale? ¿Podemos dejar el tema?

—¿Lo conocías? —preguntó desconcertado—. Pero sí llevas dos días en la ciudad.

—Era el mejor amigo de mi ex. Vivíamos en el mismo pueblo.

Me miró procesando la información.

—Vámonos a casa y te cuento lo que quieras —dije, pensando únicamente en poner distancia de por medio.

CAPÍTULO 10.

Octubre. Tres años y diez meses antes.

Fernando.

Estaba furioso. Era el sexto mes consecutivo que mi padre venía a buscarme. Había salido huyendo de mi propia casa sin un rumbo claro, pero sabiendo perfectamente a quién acudir.

Sin pararme a pensar en si sus padres o sus hermanos serían quienes me abriesen, llamé al timbre. Unos segundos después, se abrió la puerta y allí apareció ella, con el cabello rubio recogido en un moño deshecho y ese aire desaliñadamente perfecto.

Antes de que pudiera articular palabra, la estreché entre mis brazos.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza en su hombro.

—Entra, pasa; estoy sola.

Me guio hasta lo que intuí que era una pequeña sala de juegos con un pequeño sofá, una televisión vieja, una consola y estanterías con cómics y juguetes. Ambos nos sentamos en el sofá.

Fue raro. La tenía delante y me invadía una sensación de increíble tranquilidad. No había ido a buscar a mi mejor amigo porque sabía lo que me diría. Le importaba más bien poco cómo me sintiese respecto al tema de mi padre. Lo entendía un poco; supongo que estar años escuchándome quejarme lo había hartado. Además, hablar con él ya no me calmaba.

Sin embargo, ella era como un bálsamo emocional para mí. Entendía que Andreas, con lo desequilibrado que estaba, la quisiera cerca. No

me cabía duda de que esa chica sacaba lo mejor de él.

Sin explicación alguna, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos.

—Eh… —dijo ella dulcemente mientras me abrazaba. —¿Qué ha pasado?

—Estudié Administración y Dirección de Empresas porque fue su condición para dejarme vivir la vida que yo quería. Y ahora vuelve, ofreciéndome millones que yo no quiero con la condición de que dirija la empresa. —Soné como un niño. —No entiende que sea feliz aquí, ganando poco y haciendo cosas simples, como estar aquí hablando contigo. No quiero renunciar a mi vida. —No podía deshacerme del nudo en la garganta. —Todo ese dinero me da igual. ¿De qué me ha servido a mí? Mi padre jamás estuvo cuando lo necesité. No quiero convertirme en él; no quiero olvidarme de las personas a las que quiero ni darles la espalda por dinero, por trabajo o por cualquier otra cosa que nunca va a llenar mi vida.

—No eres como tu padre. Dudo mucho que haya otra persona en el mundo como tú.

Tenía veinticinco años, pero cuando se trataba de mi padre, volvía a sentirme como un crío. Lo enfrentaba una y otra vez, pero él no entendía que era un adulto. No me veía como un hombre porque no quería las responsabilidades que él quería que asumiera. Toda mi vida había sido así. Y sinceramente, tuviese la edad que tuviese, no pensaba que eso fuese a cambiar. Era una tortura. La tortura de mi vida y el motivo de que ahora, después de años de lucha contra mi padre, me desmoronara y sintiese miedo.

—Me da miedo que consiga que me convierta en alguien que no quiero ser.

—No permitiré que lo haga. —Me cogió la cara entre sus manos.

La miré fijamente a los ojos, tan claros, tan transparentes… Y tuve claro que era una promesa silenciosa. Ella no me dejaría caer. Sin ella saberlo y sin yo quererlo, se había convertido en mi lugar seguro. Con ella, sabía que nada podría salir mal y también sabía

que si me necesitaba, estaría con ella, siempre, en cualquier circunstancia.

—Siempre que me necesites, aquí estaré.

Esa era mi promesa. Claramente, no la cumplí.

CAPÍTULO 11.

Olivia.

Entramos en el piso mientras Marco me suplicaba que le contase de una vez de qué conocía a Fernando Baviera y allí estaba Alex.

—¿Tú no te vas nunca? —pregunté levantando una ceja.

Negó con la cabeza.

—Pero si me he estado portando bien. —Parpadeó como un angelito.

—¿Y? ¿No tienes casa?

—Marco no se ha deshecho de mí en años. ¿Crees que tú lo vas a conseguir en dos días? —preguntó sarcástico. —No ejerces tanto poder sobre mí, rubia. Al menos de momento.

—Es que resulta que esta también es mi casa.

—Un motivo más para no pisar la calle. —Me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco.

—Motivo por el que, si te pido que te vayas, te vas. —Me puse seria.

—Es ridículo que estemos discutiendo sobre este tema. Que no me voy a ir es algo tan obvio como que esa pared es blanca. —Señaló una de las paredes del salón muy sonriente.

—Mañana mismo pinto esa pared para que tu argumento no tenga cómo sostenerse.

Él se rió a carcajadas.

—Definitivamente, te apetece mucho deshacerte de mí, ¿eh? O igual estás tratando de esconder algo tras tanta hostilidad. ¿Te gusto? —

sonrió con suficiencia.

Abrí la boca para responderle y la cerré. ¿A qué venía eso?

—Ignóralo y cuéntame lo de Fernando Baviera. —Marco intervino sin poder aguantarse más y me salvó de buscar una respuesta para rebatir a Alex.

A Alex pareció molestarle la interrupción; al parecer, estaba esperando una respuesta de verdad. Sin embargo, me agarré al salvavidas que me lanzaba Marco al instante, impulsada por las ganas que tenía de ignorar a Alex. Resultaba extraño: en el fondo, ni siquiera sabía si deseaba de verdad que se fuera. Solo lo conocía desde hacía poco más de un día, pero cada vez que me lanzaba sus comentarios sarcásticos o me desafiaba con ironía, me hacía sentir diferente. Lo conocía demasiado poco tiempo para que eso fuese posible o bueno.

—Éramos amigos. O eso creía yo. —No pude evitar sentirme un poco triste, aun después de tanto tiempo. —Incluso llegué a sentir que era su mejor amiga. —Soplé frustrada. —Me contaba tantas cosas. Pasábamos horas hablando de la vida, de su padre, de su madre, de mi familia, de música, de relaciones, de cualquier nimiedad. Podíamos ponernos profundos o divertirnos hasta terminar tirados en el suelo, llorando y agarrándonos la tripa de tanto reír. Salíamos de fiesta, hacíamos locuras que la gente que lo ve en las revistas ni podría imaginarse. Se ganó un sitio importante en mi vida —el nudo en la garganta se me hizo patente—. Me entendía mejor que mi novio de entonces. Con él todo fluía. Pensaba que existía un vínculo real y que él también lo sentía. Quiero decir: lo vi venirse abajo, lo consolé, lo apoyé en sus momentos más delicados...

—¿Y qué pasó? —preguntó Marco.

—Pues lo evidente: que resultó ser un gilipollas —se metió Alex.

—Un buen día, sin más, desapareció —lo ignoré—. Le pidió a Andreas que me dijera adiós de su parte. Nunca más volví a saber

de él. No contestó a mis mensajes, no atendió mis llamadas, no estuvo cuando lo necesité...

Marco me miró y seguidamente me abrazó.

—Definitivamente es un gilipollas. —Trató de quitar hierro al asunto.

Asentí, fijando la vista en él y luego en Alex, que sonrió complacido al ver que coincidía con su diagnóstico.

Era la pura verdad: lo era. Y el hecho de que pretendiera actuar como si siguiéramos siendo amigos, obviando el pasado, solo terminaba de confirmarlo.

CAPÍTULO 12.

Septiembre. Un año y once meses antes.

Olivia.

—¿Cómo que se ha ido? —pregunté sin entender nada.

—Esta mañana ha venido a mi casa y me ha dicho que se iba con su padre. Me ha pedido que te dijera adiós de su parte.

Se me formaron dos nudos al escuchar eso. Uno en el estómago y otro en la garganta. No podía entender cómo se había ido así sin más.

—¿Ya se ha ido?

—Sí. Pasó por mi casa con el chofer de su padre y me dijo que ya tenía todo lo necesario para ir a coger el avión.

—¿Lo ha obligado? —traté de entender lo que estaba sucediendo.

—Me ha dicho que se iba porque quería. Que estaba seguro de que tú lo entenderías y necesitaba que yo lo entendiera. —Se encogió de hombros.

—Pues no lo entiendo. —No pude evitar sonar molesta.

—Yo tampoco. No quería irse con su padre, no quería su dinero ni nada que implicara poder convertirse en una pequeña versión de él. Creía que era feliz aquí.

—Lo era. Estoy segura. Por eso no entiendo nada. ¿Por qué se iría así de repente? ¿Por qué no te había mencionado nada antes, al menos a ti, verdad? No lo entiendo, Andreas.

Él me sostuvo la mirada en completo silencio. Hurgué en el bolsillo, saqué el móvil y llamé a Fer una y otra vez. Sin respuesta. Le escribí un mensaje exigiendo una explicación que jamás llegó.

—¡Joder! —exclamé frustrada.

—Tranquila. —Me abrazó y me besó en la coronilla.

Lo aparté de un empujón.

—¡No! —estallé—. Le prometí que lo ayudaría a evitar que esto pasara.

—¿Qué? —inquirió Andreas, perdido.

—También era mi amigo. Hablé muchísimo con él.

—Ya veo.

—Le conozco tan bien como tú. Ha pasado algo para que se vaya. No sé cómo, pero seguro que su padre lo ha obligado. Así que quiero que me lo diga, quiero una explicación y quiero que no sea tan estúpido como para hacerle caso y ser infeliz el resto de su vida.

—Seguro que pronto llama y nos lo cuenta todo. —Aseguró él.

Me devoraba la impotencia. Se había marchado. Ni siquiera me había concedido la oportunidad de cumplir mi palabra. Deseaba con todas mis fuerzas que el teléfono sonara, que se arrepintiera de ceder ante su padre y tomara un billete de vuelta. Sin embargo, un presentimiento amargo dentro de mí me advertía de que esa llamada jamás se produciría y que nada volvería a ser como antes.

CAPÍTULO 13.

Olivia.

Tenía las manos llenas de sangre. Mi hermano estaba en el suelo. Mis padres me miraban con los ojos como platos. Toda la gente que conocía se abría paso para entrar a la habitación a presenciar la escena.

—¡Asesina! —gritó uno.

—Si de verdad te importara, lo habrías salvado. —Me recriminó mi hermano Leb.

Los gritos de la gente echándome la culpa por no salvar a mi hermano eran insoportables. Me tapé los oídos, cerré los ojos, me hice un ovillo y grité para acallar las voces.

Sentí que alguien me zarandeaba. Entonces, abrí los ojos. Vi a Marco muy preocupado.

—Solo era una pesadilla, Liv. —Suspiró aliviado. —Casi me da un infarto cuando te he oído gritar.

—Lo siento. —Me puse la mano en el pecho. El corazón me latía a mil por hora.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Me prepararé una tila. —Le dije. —Tú, vuelve a dormirte.

—Creo que yo también necesito una. —Aseguró.

Me sentí mal por haberlo asustado. Así que simplemente asentí.

Los dos salimos de mi habitación hacia la cocina y preparé dos tilas.

CAPÍTULO 14.

Olivia.

Pasaron nueve días y llegó mi segundo domingo de trabajo. No volví a cruzarme con Fer, por suerte para mí.

Me estaba adaptando bien al trabajo en la cafetería. Marco era una persona sencilla, trabajaba bien y era cómodo vivir con él. Además, había sido muy bueno y comprensivo con el tema de las pesadillas.

Lo desperté muchas noches con mis gritos, pero jamás me lo reprochó. Así como tampoco me presionó para salir de fiesta cuando le dije que no. Respetaba mis procesos. Su único defecto era lo mucho que le costaba salir de la cama; siempre me tocaba meterle prisa para llegar a tiempo. Si llegábamos tarde porque caminábamos como si nos persiguieran.

Por otro lado, Alex, con sus comentarios impertinentes al principio, me irritaba sobremanera, pero poco a poco me fui acostumbrando a él. Se quedó conmigo los días que no quise salir. Se negó a irse por mucho que se lo pedí. Jugamos a juegos de mesa, vimos películas (sobre todo de Disney) y hasta diría que empezamos a hacernos amigos. Pasamos mucho tiempo juntos, hasta el punto de que sentía la casa vacía si él no estaba.

Solo decía tonterías y se metía conmigo, pero era agradable cuando una respuesta que yo no esperaba se escapaba de mis labios y recordaba a la chica que solía ser. Me acostumbré tanto a su tono guasón que ni siquiera lograba imaginármelo serio o amargado. Que fuera así me daba paz. Llamadme loca, pero es la verdad.

El teléfono sonó, interrumpiendo el repaso a mis casi dos semanas en la ciudad.

—El otro día me llamó Fer —soltó Andreas al otro lado de la línea—. Estuvimos hablando.

Llevábamos días sin hablar. Sinceramente, no lo echaba de menos y me molestó que reapareciera justo para eso.

—Andreas, me da exactamente igual todo lo relativo a Fer. Vosotros sois amigos y me parece perfecto, pero él no es nada mío.

—Liv...

—Me borró de su vida sin dar una sola explicación. Pensaba que éramos amigos, pero fui simplemente tu novia. Y ahora ni eso. Así que, si vas a mencionarlo, mejor dejamos la conversación aquí —amenacé.

—Vale, lo siento. —Hizo una pausa. —¿Cómo te va por allí?

—Bien. Marco es genial; al compartir turno, pasamos casi todo el día juntos. Sigue empeñado en llevarme de fiesta. Y Alex es un pesado, pero la verdad es que se está a gusto con él haciendo cualquier cosa. ¿Tú qué tal?

—¿Quién es Alex? —inquirió.

No me sorprendió que se quedara solo con ese dato, aunque, como de costumbre, respondería a mi pregunta cuando le interesara cambiar de tema.

—El mejor amigo de Marco. —Respondí seca.

—Me alegro de que estés conociendo gente —dijo con un entusiasmo tan fingido que no me hizo falta verle la cara para pillarlo —. Yo, liado con el trabajo. Lo habitual, pero echándote de menos.

—Quedamos en que no harías esto. —Le recriminé.

—Pero es verdad.

—Céntrate en ti. Hazme el favor. Me voy a trabajar. —Colgué.

Convertir a alguien a quien has querido y que te ha hecho daño en un simple amigo resulta complicado. No estaba segura de ser capaz.

Sin embargo, tras la muerte de mi hermano, no me quedaban fuerzas para desterrarlo del todo. Me di cuenta de que, frente al abismo de esa pérdida, lo que Andreas me había hecho ya ni me escocía. Aunque descubrí otra cosa: me gustaba, pero jamás lo había querido de verdad. Sabía que era imposible confiar en él como antes, aunque tampoco tenía energía para pelear. Supuse que con el tiempo terminaría sacándolo de mi vida, pero los meses pasaban y ahí seguía.

—¡Marco! —grité desde el salón. —¿Estás listo?

Salió como un rayo de su habitación, sonriente. Eso ya había pasado a formar parte de nuestra rutina.

—Lo estoy. Estaba hablando con una chica. —Me guiñó el ojo.

—Eres un picaflor de manual, ¿eh? —lo miré, divertida.

—El mundo es mi jardín. No puedo escoger una flor para que sea mi favorita. —Rio. —Pero ellas y ellos lo saben. Al menos soy sincero.

Puse los ojos en blanco. Sabía que mentía y que solo hablaba con *una* chica. Lo había pillado en numerosas ocasiones con su conversación abierta. Aun así, me callé: todos llevamos una coraza para exponernos al mundo y, por algún motivo, esa era la suya.

—Venga, picaflor, que llegamos tarde. —Dije con un intento de sonrisa, cogiendo mi mochila de encima del sofá y caminando hacia la puerta.

—¿Siempre eres tan seria y tan responsable? —preguntó, recordándome a Alex.

El amago de sonrisa se me borró de golpe. Hacía un esfuerzo titánico por mostrarme alegre o, al menos, fingirlo. Creía haberlo disimulado bien durante esos días, pero se ve que no era tan buena actriz.

Marco me examinó de arriba abajo al pisar la calle, evaluando si el comentario me había sentado mal.

—No siempre he sido así. Pero ahora supongo que sí que lo soy. —dije.

—¿Por qué?

—¿Alguna vez has escuchado la frase «el dolor cambia a la gente»?

Marco asintió.

—Pues es completamente cierta. No puedes ser quien eras antes del dolor y no sabes quién eres después de él.

Mientras caminábamos hacia la cafetería, Marco se quedó en silencio un momento.

—¿Perdiste a alguien? Ya sabes… —dijo y yo entendí a qué se refería.

Asentí con un nudo amargo atascado en la garganta.

—Supongo que Alex te lo dijo. Por eso no has insistido con las fiestas y no me has preguntado el motivo de mis pesadillas. No es necesario que disimules.

Entonces llegamos a la cafetería y entramos. Ambos saludamos a Joel y dejamos las cosas en el cuarto de empleados para salir a trabajar.

Tras una semana al pie del cañón, ya le tenía pillado el truco a casi todo. Mi única batalla pendiente eran los vasos: no lograba memorizar dónde iba cada tipo.

Joel me dio un par de instrucciones y empezó a llegar gente. Marco, fiel a su rutina, coqueteaba con cuanta clienta o cliente cruzaba el umbral, aunque la mayoría se lo tomaba como simple amabilidad. Supuse que su carisma era uno de los ganchos del local.

Superada la hora punta, la calma volvió a la cafetería. Joel se marchó tras pedirnos que cerráramos y nos dedicamos a recoger mesas. Solíamos dividirnos: mientras uno fregaba, el otro atendía las mesas restantes, cobraba y pasaba la bayeta.

Cuando el local estaba prácticamente vacío, limpiamos la cafetera y, como lo que más había eran vasos, pasamos a trabajar en equipo. Mientras uno fregaba los vasos, el otro los secaba y los colocaba en su sitio. Decidimos que fuese yo quien secara y colocara para ir aprendiendo de una vez dónde estaba cada maldito vaso. Seguía parándome a buscarlos; no se me metía en la cabeza el lugar de cada uno.

—¿Perdiste a tu hermano, verdad? —preguntó Marco mientras fregaba y yo secaba a su lado.

El nudo regresó a mi garganta. Mi mente retrocedió un año atrás y me quedé petrificada hasta reunir el valor para no romper a llorar.

—Sí. —Dije con la voz temblorosa. —Él se suicidó hace más o menos un año.

El silencio se volvió denso.

Marco no dijo nada. Yo mantenía la vista fija en el vaso que sostenía entre las manos, esperando algún comentario que me animara a seguir. En lugar de eso, me soltó un codazo que por poco hace que se me escurriera el vaso, obligándome a levantar la cabeza.

La puerta principal se había abierto en algún momento sin que me diera cuenta.

—¿Puedes darme un minuto de tu tiempo? —dijo Fernando desde el otro lado de la barra con una mirada triste.

—Solo invertiré un minuto en preparar café. —Respondí seca.

—Entonces quiero un café.

Dejé el vaso en su sitio con torpeza y preparé un café. Se lo llevé a la barra y lo dejé justo delante de él.

Entonces, seguí secando vasos.

Llevaba más de una semana sin tener noticias suyas, lo cual me reconfortaba; pensé que nuestra última discusión le había dejado claro que no quería saber nada de él.

Marco miraba a Fernando y luego a mí, esperando a que saltara la chispa. Fue mi turno de devolverle el codazo. Él consultó su reloj de pulsera.

—¡Mierda, Liv! —exclamó empezando a caminar. —Tengo que ir al almacén. —Soltó de repente.

Le lancé una mirada inquisidora a la vez que suplicante para que se quedara. Pero no pasó. Desapareció cerrando la puerta del almacén tras él. Era el segundo domingo que hacía eso y a la misma hora.

El silencio era incómodo.

—Liv. ¿Por qué no quieres hablar conmigo? —preguntó Fer.

—Olivia. —Le corregí. —Eso me he preguntado yo durante dos años. —Lo ataqué.

—No lo entiendo. Creo que deberíamos hablar porque estoy un poco perdido. Pero siento todo lo que te ha pasado, ¿vale?

Ese «todo» delató que había escuchado lo que le había confesado a Marco, aunque daba por sentado que Andreas ya le habría puesto al día sobre lo de mi hermano; nunca había destacado por su discreción.

—Ya te dije la otra noche que no te molestaras. Creí que te había quedado claro: no te voy a perdonar. Me sacaste de tu vida y lo asumí. Ahora a ti te apetece hablarme después de dos años como si nada hubiese pasado, pero las cosas no funcionan así. Tuviste mil oportunidades y el tren ya pasó; así que te toca a ti asumir que no quiero saber nada de ti. —Me di la vuelta para colocar varios vasos que había secado en su sitio.

—Por favor.

Miré la puerta del almacén esperando a que Marco entrara para salvarme de aquella situación, pero no lo hizo.

—¿Qué quieres de mí?

—Solo quiero que hablemos.

—Pero yo ya te dije que no quiero hablar. —dije frustrada.

—Solo una vez. Cenamos, hablamos y prometo desaparecer como hace dos años.

No quería. De verdad que no. Verlo era doloroso. No por lo que había pasado hacía dos años. Sino porque me recordaba cómo esperé que me diese un abrazo cuando murió mi hermano. Lo esperé. Pero nunca llegó. Había sido estúpido por mi parte pensar que si durante un año no había querido saber nada de mí, la muerte de mi hermano iba a cambiar algo. Verlo era como volver a ese momento de mi vida. Sin embargo, si conservaba un ápice del chico que conocí, huir de él resultaría inútil.

Recordé que cuando fingía estar enfadada con él, se preocupaba tanto que me seguía por todas partes disculpándose. Entonces yo me reía y él se enfadaba conmigo por haberlo engañado, pero siempre picaba. Nunca había podido enfadarme con él de verdad hasta que se marchó. No quería darle importancia, porque yo era la clase de persona que pensaba que estar enfadada con alguien solo me hacía daño a mí misma; a la otra persona no la afectaba en nada. Igual que guardar rencor.

El rencor te consume y le concede un protagonismo inmerecido a quien te hizo daño. Y si alguien consigue instalarte ese sentimiento dentro, es porque no merece ni un segundo de tu tiempo.

Pero Fer, junto con Andreas, habían sido las dos únicas personas a las que yo había guardado un rencor que no había conseguido apartar. Con Andreas estuve mucho tiempo para superarlo y aun así no lo había hecho del todo. Con Fer, no sabía si algún día podría siquiera empezar a hacerlo.

La campanilla de la puerta volvió a sonar y, al alzar la vista, me topé con Alex. De repente volvió esa sensación extraña, acompañada de un alivio inmenso por no seguir estando sola con Fernando.

Ya había comprobado que su armario se nutría de camisetas con lemas estrambóticos. La de hoy, azul marino, lucía el mensaje: *«Si*

no vas a aportar, molesta. Lo importante es participar». ¿De dónde coño las sacaba?

—Hola, rubia. —Saludó mientras se metía detrás de la barra y me daba un beso en la mejilla.

No era la primera vez que lo hacía. En el poco tiempo que llevaba en la ciudad, se había convertido en costumbre, al igual que el contener el impulso que sentía de abrazarlo.

—¿Te echo una mano para que podáis salir antes? —ofreció.

Asentí bajo la mirada de Fernando, que nos observaba con gesto descontento. Tampoco era la primera vez que Alex se pasaba a echarnos una mano a Marco y a mí.

Sinceramente, en ese momento solo ansiaba escapar, poner distancia de por medio, pero no podía marcharme sin dejar el trabajo hecho. Y Marco me había vendido, pero al menos tenía a Alex.

—¿Qué me dices? —insistió Fernando, ignorando la presencia de Alex—. Cenamos, hablamos y no vuelves a saber de mí. Te lo prometo.

—Tus promesas no valen absolutamente nada para mí.

—¡Esa es mi chica! —celebró Alex desde un lado—. ¡Ponlo en su sitio!

Le fulminé con la mirada para que se callara. Me devolvió una sonrisa de oreja a oreja y le hice un gesto tajante.

—Vale, vale, me callo —alzó las manos en son de paz.

Observé a Fer y comprendí que el rencor que llevaba dentro no se iba a evaporar por arte de magia.

—Por favor. Solo una cena.

—Y nunca más.

Al otro lado del mostrador, Alex asentía con la cabeza y el ceño fruncido, dándome la razón. Me hizo gracia, a mi pesar. Llevaba días sacándome sonrisas sin proponérselo, insistiendo en que lograría hacerme reír de verdad.

Conocía a Fer: ceder era la opción más práctica si no quería aguantar sus persecuciones por toda la ciudad. Con suerte, cenaríamos, saldaríamos cuentas y volvería a desaparecer de mi vida.

—Te recogeré a las nueve. —Fernando se dio la vuelta para irse.

—Si no sabes dónde vivo.

—Seguro que te ha espiado. —Susurró Alex en mi oreja.

Di un respingo. No sabía en qué momento había llegado hasta allí; no solíamos tener tanta cercanía. Salvo el beso de saludo, respetaba mi espacio. Pero su perfume me envolvió de golpe, denso y embriagador. ¿Por qué demonios tenía que oler tan bien?

—Eso te crees tú —soltó Fernando mientras empujaba la puerta y desaparecía tras ella.

Me giré y me topé de lleno con la mirada de Alex, pegado a mí. Levantó las cejas como diciendo: «¿Ves lo que te decía?». Luego se distanció y volvió a su tarea. Cuando se alejó, me invadió un cosquilleo inusual. ¿Qué demonios me estaba pasando?

CAPÍTULO 15.

Olivia.

Marco reapareció pocos minutos después de que Fer se hubiese ido y yo lo fulminé con la mirada.

Alex estaba recogiendo conmigo mientras intentaba hacerme reír. Como había sido constante los últimos días. Hubo un par de veces que estuve a punto de caer, pero aguanté en mi pose de hielo. En aquel espacio tan estrecho no tenía dónde ocultarme para sonreír disimuladamente, como sí había hecho un par de veces en el piso.

Además, me negaba a abandonar mi armadura; después de todo, llevaba un año trabajando en ella.

—¿Qué? —preguntó Marco con tono indiferente ante mi mirada.

Enarqué una ceja como respuesta.

—Tenía una cita, ¿vale? —confesó.

—¿Una cita?

—Los domingos me visita una amiga en el almacén.

—Una follamiga. —Lo corrigió Alex.

—¿¡Os lo montáis en el almacén?! —exclamé más alto de lo que pretendía. —¿Y cómo consigue entrar sin que nadie la vea? —pregunté pensando que no había visto entrar a nadie. —Ahora entiendo por qué la semana pasada también desapareciste.

—El almacén tiene una puerta que da a la calle, ya lo has visto. Y ella tiene la llave de esa puerta.

Mi cara debió decirlo todo en esos momentos. O al menos eso deduje cuando Alex tomó la palabra para soltar el bombazo.

—Es la hija de Joel. Nuestro amigo no pierde el tiempo. Aunque ella es su debilidad.

—¡Cállate!

—Solo quiere follar con él. —Me informó Alex. —La primera persona que de verdad le gusta y no quiere nada serio. Solo sexo.

Ante sus palabras se me desencajó completamente la mandíbula. Marco enmudeció, clavando la vista en las baldosas, lo que me confirmó que Alex no mentía. Deduje al instante que se trataba de la chica con la que siempre lo pillaba chateando.

—Definitivamente, este va a ser un año interesante. —Cité lo que Marco me había dicho el día que nos conocimos.

Sonrió y se le tiñeron las mejillas de rojo.

—Es hora de cerrar.

Echamos el cierre y caminamos los tres hacia el piso. Una vez allí, Marco y yo desaparecimos para ducharnos. Cuando regresé al salón, él ya aguardaba junto a Alex. Resultaba imposible ignorar que mi compañero no apartaba los ojos de mí.

—No me mires así. —Le sermoneé.

—Siento lo de tu hermano.

Alex me observó con evidente curiosidad mientras asentía en silencio.

CAPÍTULO 16.

Olivia.

Bien entrada la tarde, me disimulé las ojeras. Me vestí con un mono liviano y me calcé mis inseparables Converse rojas para ir a la cena. Si algo me había quedado claro en esas dos semanas era que el calor en aquella ciudad resultaba infernal a cualquier hora del día.

Seguía sin hacerme gracia la cena, pero repetía en mi cabeza que sería la primera y la última vez. Él diría lo que tuviera que decir, yo escucharía —o fingiría hacerlo lo mejor posible— y después me dejaría en paz de una vez por todas.

Salí del dormitorio y me dirigí al salón. Alex me repasó de arriba abajo desde el sofá.

—¿Dónde vas tan guapa? —dijo con su habitual tono desenfadado.

Sus palabras me descolocaron al instante. Se me aceleró el pulso a un ritmo que apenas recordaba, y sentirme así me puso aún más nerviosa. Era como si mi cuerpo ya no reconociera sus propias reacciones y las interpretara como una amenaza. Intenté disimularlo como pude.

—Voy a cenar con Fernando, ya lo sabes. Gracias al abandono de Marco, he tenido que aceptar la cena para que me deje en paz. —Le lancé una puyita a mi compañero por la jugada de esa mañana.

Marco alzó las manos en señal de inocencia. Definitivamente, era normal que él y Alex fuesen amigos; se parecían en unas cuantas cosas.

—Se me había olvidado. Tampoco soy tu secretaria —resopló Alex con brusquedad, girando la cara.

¿Por qué de repente era borde conmigo? Nunca me había hablado así hasta ese momento.

—¿Vas a salir con el hombre del año vestida así?

—Alex acaba de decir que voy guapa. —Le reproché.

—Haces lo que puedes —soltó Alex con sarcasmo, fijando la vista en la pantalla del televisor.

Alex era insufrible, de eso no había duda. Sin embargo, me resultaba agradable que no me tratara como si la menor palabra fuera a hacer que me deshiciera en lágrimas. Llevaba un año aguantando eso y lo aborrecía. Por eso, a pesar de lo pesado que resultaba a veces, su forma de ser me ayudaba a no desmoronarme. Aunque el hecho de que provocara cosas en mí me daba verdadero pavor. Y en ese momento le odié un poco por haberme hablado como lo había hecho. Me molestó, no pude evitarlo.

—Vas guapa para tomar unas cervezas en una terraza. No para ir al restaurante de lujo al que seguro te va a llevar. —agregó Marco.

—No creo que me lleve a un restaurante de lujo.

—¿Sabes con quién has quedado? —preguntó Alex en el mismo tono borde que había estado usando a la vez que ponía los ojos en blanco.

Levanté una ceja mirándolo mal.

—Has quedado con Fernando Baviera. Y claro, uno de los hombres más ricos del país te va a llevar a comer pizza. —ironizó.

La verdad es que a Fer le gustaba la pizza, pero aún más el kebab. No era mucho de restaurantes de lujo, aunque también es verdad que tampoco era de usar trajes. Además, era cierto que era uno de los hombres más ricos del país.

En ese momento llamaron al timbre.

—No vuelvas tarde. —Me dijo Alex con voz de padre.

—¡Vete a la mierda! —solté cabreada por el tono en que me había estado hablando.

Él abrió los ojos como platos al ver que mi tono no era el habitual.

—No tardaré mucho. —Le hablé a Marco y abrí la puerta del piso.

—¡Rubia! —gritó Alex en un tono más amigable. —¿Has olvidado mi beso de despedida?

—Tendrás beso cuando no me hables en ese tono pasivo-agresivo.

—Ya no lo estoy usando. —Parpadeó como un angelito. —Perdóname.

—Y cuando dejes de ser un plasta. —Cerré la puerta antes de que soltase alguna respuesta afilada.

Me había sentado mal su actitud, pero ¿por qué demonios el enfado no me había durado ni cinco minutos?

Pulsé el botón del ascensor y me quedé esperando en el descansillo. De pronto, la puerta de mi piso se abrió y Alex salió al pasillo. Se acercó a mí y se colocó a mi lado, mirando en dirección al ascensor.

—No debería haberme puesto así contigo. Lo siento —su voz sonó completamente sincera.

—Bien. Espero que lo recuerdes si se te vuelve a ocurrir hablarme así.

—Es que...

El ascensor llegó y lo miré esperando a que terminara la frase. En lugar de eso, me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él. Le devolví el gesto de forma casi automática.

—Estoy celoso. —admitió en un susurro. —Preferiría que te quedaras conmigo aunque me obligaras a ver una película de Disney.

—Créeme, yo también. —Confesé con total honestidad.

Se separó de mí y me miró a los ojos. Estaban más claros que la última vez que los había visto. Casi parecían verdes.

—¿Sigues enfadada?

Negué con la cabeza.

—Pásalo bien. —Sonrió. —Si necesitas algo, sabes que puedes llamarme. No importa la hora, ¿vale?

Asentí.

Se despidió con la mano y regresó al piso mientras yo subía al ascensor.

En el portal me aguardaba un chico encorbatado.

—Hola, señorita Molina. Me llamo Gael.

—Llámame solo Olivia. Tutéame, por favor.

Él me sonrió y asintió.

—El señor Baviera la... —Le clavé una mirada tajante y reculó de inmediato—...te espera en el vehículo —señaló el coche estacionado a pocos metros.

Se trataba de un todoterreno negro imponente. Gael me abrió la puerta trasera y me topé con Fernando en el interior.

—Hola —saludó.

—Hola —devolví la cortesía sin pizca de calidez.

No me apetecía entablar conversación. Y puesto que él tampoco parecía dispuesto a romper el silencio, estuvimos callados durante los diez minutos que duró el trayecto, envueltos en un silencio tenso, hasta que Gael anunció que habíamos llegado.

Fernando y yo bajamos del coche delante de un edificio encristalado enorme. Debía tener unos treinta pisos como mínimo. Marco tenía razón. ¿En qué momento pensé que tendríamos una cena normal y corriente como cuando vivíamos en el pueblo?

Avanzamos hacia los ascensores. Al subir, Fernando marcó el piso treinta y cuatro, el último. No articuló palabra. Aunque no ayudaban mucho a hablar los dos guardaespaldas que se habían unido a

nosotros en el ascensor. Al parecer nos estaban siguiendo en otro coche, o eso entendí yo por lo poco que hablaron entre ellos.

Arriba nos esperaba el restaurante más elegante que había pisado en mi vida, completamente desierto. Me sentí desubicada al instante, no solo por la ropa, sino por pura actitud.

Las mesas circulares lucían mantelería blanca y detalles dorados bajo lámparas de araña con cristales de colores. Las vistas de la ciudad eran panorámicas, pero toda esa elegancia distaba mucho de mi ambiente. Sé que afirman que a todo el mundo le gusta el lujo, pero a mí me incomodaba; prefiero las cosas sencillas.

Fernando me hizo un gesto hacia una de las mesas con las mejores vistas.

—Esta es la nuestra. —Se sentó. —Tenemos el restaurante completo para nosotros.

Me senté y observé un dosier amarillo encima de mi plato y miré a Fernando extrañada, esperando a que me dijese algo.

—En ese dosier hay un acuerdo de confidencialidad que debes firmar. No podrás contarle nada a la prensa ni a ninguna otra persona de nuestro encuentro ni de nada de lo que hablemos.

Me quedé perpleja. ¿De verdad iba a hacerme firmar esa estupidez? Guardaba secretos suyos de sobra y jamás los había filtrado. Por no hablar de que a Andreas nunca le conté un solo detalle de lo que me confesaba, a pesar de ser su mejor amigo.

Aun así, me trataba con absoluta desconfianza cuando yo ni siquiera deseaba estar allí. Había sido él quien había insistido.

Tomé la carpeta de papel y, sin hojear los folios ni tocar el bolígrafo que la acompañaba, le clavé la mirada a Fernando y la rasgué por la mitad; acto seguido, volví a romper los pedazos, los dejé sobre el plato y me puse en pie para marcharme.

Al encaminarme hacia la salida, uno de los guardaespaldas me cortó el paso. Sin pensarlo dos veces, le eché un pulso con la mirada e

intenté esquivarlo sin éxito.

—Apártate. —Pedí.

Una persona me cogió del brazo y, al darme la vuelta, vi que era Fernando. Rápidamente, me zafé de un tirón.

—¿Qué he hecho? —preguntó sorprendido.

Definitivamente, los años lo habían vuelto más estúpido. Ni siquiera había pensado en la tontería que acababa de hacer.

—Déjalo, Fernando. Venir ha sido un error. Me voy.

Miré al escolta, que seguía plantado como un muro. Volví a intentar esquivarlo, pero me tapó la salida otra vez. De repente me sentía como un gato enjaulado. Como si lo que yo quisiera no importara. Creo que fue esa mezcla de rabia e impotencia la que me llevó a dar un paso al frente y, antes de que pudiera reaccionar, encajarle un rodillazo firme en la entrepierna que lo dejó doblado de dolor.

Aproveché el momento para meterme en el ascensor. Para mi desgracia, antes de que las puertas se cerraran, Fernando se coló dentro.

—¿Puedes explicarme qué he hecho?

¿Conocéis los botones de parada de emergencia de las películas? Existen. Lo comprobé en cuanto el ascensor se frenó en seco al pulsarlo Fernando.

—Fernando —remarqué cada sílaba con frialdad—. ¿Sabes quién soy? —lo miré a los ojos, con la voz firme.

—Olivia... —respondió descolocado, casi como una duda.

—Soy una de las personas que más información tiene sobre ti. Una de las que mejor te conocía antes de que te convirtieras en esto —lo señalé de arriba abajo, reparando en su traje impecable. Él me observó con el rostro desencajado—. A lo que voy es a que no deberías necesitar que firme nada. Nunca he vendido nada tuyo y jamás lo haría. Si me conocieras un poco, lo sabrías. Además, ni

siquiera quería estar en esta estúpida cena o hablar contigo para empezar. Así que me marcho —presioné el botón para reanudar la marcha—. Quédate con tu despliegue de lujo; a mí no me impresiona.

—Olivia, no lo he hecho por desconfianza hacia ti. Es un maldito hábito.

—¿Hábito? —pregunté irónica.

—No estoy acostumbrado a que nadie se siente a cenar conmigo sin buscar un beneficio: una portada, una exclusiva...

De repente, algo dentro de mí sintió un poco de pena por él. Debía resultar agotador que todo el mundo se acercara a ti por el apellido o el dinero. Sin embargo, la compasión se evaporó al recordar que él había elegido ese camino. Dio la espalda a sus amigos, a la gente a la que le traía sin cuidado el dinero de su padre. Y ahí estaban las consecuencias de sus elecciones.

—No hace falta que firmes nada. Solo quiero que cenemos.

Seguía pensando que la única forma de zanjarlo todo de una vez era cenar, hablar y pasar página. Él se quedaría tranquilo tras soltar su discurso y me dejaría en paz; con suerte, yo lograría dejar de guardarle tantísimo rencor.

—Aquí no —me negué.

Salí del edificio y él me siguió. Los guardaespaldas ya estaban en la calle esperándonos y Gael apareció con el coche.

En ese momento, no sé de dónde salió mi antiguo carácter, impulsivo e indomable, pero lo hizo. Fue extraño porque me sentí yo sin ser yo, porque realmente ya no era así, más bien era todo lo contrario.

Era como si estuviese viendo la escena, pero no ejecutándola.

—Hola, Gael —saludé con un tono alegre que no presagiaba nada bueno—. El señor Baviera ha decidido darte el resto de la noche libre

—miré a Fernando de reojo, desafiándolo a llevarme la contraria.

Gael se quedó de piedra y buscó la mirada de su jefe, quien a su vez me examinaba a mí. Los dos estaban descolocados. Sostuve el pulso alzando una ceja y él entornó los ojos. Perfecto: había pillado que ahora las normas las marcaba yo.

—La cartera —le extendí la mano con una firmeza que no reconocía.

Se la sacó del bolsillo y me la entregó. La abrí: jamás había visto semejante taco de billetes. Rescaté unos cuantos sin ni siquiera contarlos y se los tendí a Gael, que permanecía petrificado.

—Tienes el resto de la noche libre. Y esto es una propina por aguantar al imbécil de tu jefe. Cógelo.

Gael era joven, le guardaba un respeto enorme y se notaba que cuidaba su puesto. Por eso miró a Fernando antes de mover un dedo. Mi mirada acusadora obligó a Fer a asentir.

—Tienes el resto de la noche libre —reiteró él—. Y el dinero es tuyo.

Le dediqué una sonrisa cargada de sarcasmo al hombre del año.

—Pero te vuelves en taxi; el coche se queda —extendí la otra mano para exigir las llaves. Gael me las entregó, recogió los billetes y se retiró con una mirada indescifrable hacia su jefe.

Acto seguido, me encaré con los dos escoltas.

—Vosotros también estáis libres.

—Pero… —Me interrumpió el chico a cuya entrepierna mi rodilla había saludado amablemente.

—Pero nada. Conmigo no corre peligro; salta a la vista que sé defenderlo —lo repasé de arriba abajo.

El tipo dudó, pero Fernando le hizo un gesto de conformidad.

—Estupendo —sonreí de nuevo sin ganas—. Tomad vuestra parte —les entregué algunos billetes, dejando la cartera vacía—. Custodiar a este gilipollas para que no le partan la cara debe de ser agotador.

Miré a Fer y volví a dirigirme a su equipo de seguridad.

—Vamos —le dije a Fer.

Subí al coche en el asiento del conductor y Fernando subió al del copiloto. Arranqué el motor y nos alejamos de esa zona tan pija. Entonces, empezaron a temblarme las manos: la adrenalina se esfumaba y mi antigua yo se evaporaba otra vez.

Avanzaba sin rumbo por la ciudad. No sabía a dónde ir porque no conocía nada. Ni siquiera sabía llegar a mi casa desde allí. Pero me apetecía conducir. Y sinceramente, lo estaba haciendo a una velocidad temeraria.

—Te van a multar —soltó Fernando, rompiendo el silencio tras varios minutos.

—En realidad te van a multar a ti. —Lo corregí. —El coche es tuyo.

—*Touché*.

Entonces, vi a mi izquierda un local y frené en seco. Puse las luces de emergencia y miré al chico que tenía de copiloto.

—No puedo entrar ahí.

—No voy a pedirte que lo hagas. Voy a coger la cena y vamos a ir al lugar más apartado que conozcas. Así que ve pensando el sitio. —dije bajando del coche. Antes de cerrar la puerta, le guiñé un ojo. —Tranquilo, que a esta invito yo. —Cerré la puerta.

Diez minutos después, entré en el coche con una bolsa de cartón y se la entregué. La cogió como si contuviera material radiactivo.

—¿Ya tenemos destino?

Asintió y arranqué el coche.

—Gira a la derecha en el próximo cruce.

Me estuvo guiando durante diez minutos por el entramado urbano hasta que la ciudad empezó a quedarse atrás. Un par de kilómetros más adelante, me indicó girar a la derecha y tomamos un camino de

tierra sin iluminar. Tras un breve trayecto, alcanzamos el final del sendero, marcado por un murete de piedra de un metro de altura.

—Es aquí —se desabrochó el cinturón y bajó sosteniendo la bolsa.

Al apagar el motor, escuché el romper de las olas. Olía a salitre.

Fernando se aproximó al muro y lo saltó sin dificultad. Hice lo propio y, en lugar de arena, mis zapatillas impactaron contra las piedras.

La luna llena iluminaba el paisaje: una cala estrecha de piedra a escasos treinta metros de la orilla. Deduje que el murete servía de freno para las mareas altas; evitaba que el agua invadiera el pinar que acabábamos de cruzar.

Caminé hacia la orilla, me detuve a un par de metros de la rompiente y me senté en las piedras. Fernando se acomodó a mi lado y le quité la bolsa de las manos.

CAPÍTULO 17.

Fernando.

Olivia me tendió lo que parecía un rollo envuelto en papel de aluminio junto a una lata de Coca-Cola Zero. Miré la comida durante unos segundos. Hacía años que no cenaba un kebab ni bebía un refresco directamente de la lata.

Obviamente, Liv se percató de mi mueca. Me resultaba extraño regresar a aquella rutina después de tanto tiempo.

—Hace años que no... —Fui incapaz de rematar la frase.

Me vinieron a la cabeza las incontables noches que mis amigos y yo pasábamos devorando kebabs en la casita de campo de uno de ellos, fumando y lanzándonos a una piscina improvisada que en realidad era un estanque de riego.

Sin vergüenza alguna, Liv desgarró el papel de aluminio y mordió su kebab, soltando un gemido.

Desgarré el aluminio del mío e imité su gesto. En cuanto el sabor inundó mis papilas gustativas, el tiempo retrocedió. Dejé de ser Fernando Baviera, el empresario de éxito, el hombre del año, una figura triste y solitaria, para volver a ser, sencillamente, Fer. Saboreé cada bocado mientras observaba el mar bañado por la luna llena.

—Mejor que un restaurante pijo —comenté.

Ella no dijo nada. Ni siquiera sonrió. Terminamos la cena y arrojamos los envoltorios en la bolsa de cartón. Nos quedamos allí sentados, envueltos por el murmullo de las olas.

Ella ni siquiera era consciente de a qué nivel la había echado de menos. Apenas habíamos hablado y solo habíamos compartido de

verdad ese momento, pero cuando la vi, todo mi pasado y mis decisiones me arrollaron de golpe. Sabía que la había echado de menos —lo hacía cada día—, pero no fui consciente de la verdadera dimensión del vacío hasta que la tuve enfrente. Extrañaba su chulería, sus malas respuestas, su manera de actuar sin pensar… Aunque sabía que por dentro estaba rota. Intentaba fingir ser la misma de siempre, pero sus ojos estaban apagados, desiertos. Y después de lo que había escuchado el otro día en la cafetería, entendía perfectamente el motivo. Sabía que su hermano había muerto, pero por más que le insistí a Andreas, jamás me reveló las circunstancias. Oírlo de su boca me destrozó por dentro.

Sin pararme a pensarlo, me giré hacia ella y la rodeé con los brazos en un abrazo cerrado. Liv forcejeó un instante para zafarse, pero la sujeté con firmeza.

—Sé que llego tarde. Pero lo siento muchísimo.

De pronto se quedó petrificada. Al segundo, sentí la humedad calando la tela de mi camisa sobre el hombro. Me devolvió el abrazo apretando con fuerza y escuché su llanto silencioso.

Llevaba dos años sintiéndome anestesiado, incapaz de experimentar nada, arrastrando una indiferencia absoluta mientras me dejaba manejar como el títere de mi padre. Pero en ese momento, todas las emociones reprimidas me golpearon el pecho como un martillazo. En especial lo que más me había esforzado en olvidar.

Me dolía verla así como si me estuviesen arrancando por segunda vez el alma. Pero me llenaba de paz tenerla de nuevo conmigo. Una paz que hacía años que se había desvanecido, junto con nuestra amistad.

Entonces, me golpeó una certeza: habían pasado dos años. Dos años en los que había intentado olvidarme de ese sentimiento y convencerme de que ya no existía. Pero la verdad era que seguía increíblemente enamorado de esa chica de ojos verdes. Sabía que no era la misma, sabía que el dolor la había cambiado, porque la

conocía mejor que nadie. Pero aun así, la quería. Sentí cómo todo su dolor se convertía en el mío.

—Me dolió muchísimo la muerte de tu hermano —susurré—. Y me mató no poder estar contigo.

Liv apretó la mandíbula y rompió el abrazo de golpe.

—Apenas lo conocías —soltó con amargura.

Pero eso no era técnicamente cierto. Así que decidí contarle cuánto conocía a su hermano.

CAPÍTULO 18.

Enero. Tres años y siete meses antes.

Fernando.

Salimos de fiesta un sábado. Liv tenía exámenes de la universidad y prefirió quedarse estudiando. Por aquel entonces llevaría casi un año con Andreas. Fuimos a la verbena del patrón de un pueblo vecino. En cuanto llegamos, Rafa empezó a hacer de las suyas, mareando a cuanta persona se cruzaba en nuestro camino.

Media hora después, Andreas, David, Rafa, Omar y yo estábamos rodeados por un grupo de chicas que parecían amigas. Sinceramente, apenas les presté atención; echaba de menos las locuras de Liv. Quizá por eso me sentó como una patada en el estómago ver a Andreas tontear descaradamente con una de ellas.

Me puse tenso y le lancé una mirada de advertencia. Él se encogió de hombros con desfachatez, diciéndome sin palabras que no estaba haciendo nada malo. La chica que se había quedado desplazada mientras sus amigas coqueteaban con el resto del grupo se acercó para darme conversación. Le respondí por mera educación, pero en ese instante un chaval rubio y altísimo me agarró del brazo, obligándome a girarme justo hacia el callejón donde Andreas se escabullía con la chica.

—¿Ese capullo no es el novio de mi hermana? —soltó.

Las piezas empezaron a encajar en mi cabeza a toda velocidad. Recordé a Liv hablándome de sus hermanos; por aquel entonces uno tenía diecisiete años y el otro dieciséis. Deduje que el mayor ya habría alcanzado la mayoría de edad, puesto que Liv acababa de cumplir los diecinueve. Al fijarme en sus facciones, caí en la cuenta

de que lo había visto alguna vez acompañándola, aunque nunca nos hubieran presentado formalmente.

—No sé si «novio» es la etiqueta que ella elegiría.

—Definitivamente la conoces —sonrió.

En mi cabeza no cabía la posibilidad de que Andreas engañara a Liv. La quería. Estaba completamente chiflado por ella. Liv era la única capaz de poner orden en el desastre de su cabeza; la única que lo entendía. Ni siquiera yo, tras quince años de amistad, lograba descifrarlo en muchas ocasiones, pero ella lo conseguía con una facilidad pasmosa. Le bastaba una mirada para saber lo que sentía. Exactamente igual que le pasaba conmigo.

El hermano de Liv echó a andar hacia el callejón donde habían desaparecido Andreas y la chica. Lo seguí de cerca: por un momento recordé cómo Andreas se había cargado absolutamente todas sus relaciones anteriores. Siempre le faltaba algo y terminaba buscándolo fuera, rompiendo corazones simplemente por ir de flor en flor. Curiosamente, Liv lo sabía; él mismo se lo había confesado antes de empezar y solo por eso yo ya sabía que ella jugaba en otra liga. Sin embargo, me aterrorizó pensar que volviera a meter la pata y destruyera a la mejor chica que había conocido en su vida. A la única que lo había aceptado con sus sombras, sus errores pasados, sus manías y todo lo complicado que yo conocía que arrastraba.

—Te juro por mi vida que, como le haga daño a mi hermana, le rompo las piernas —dijo Danilo con voz firme al notar que caminaba a su lado.

Al doblar la esquina, pillamos a Andreas sujetando a la chica por la cintura. El hermano de Liv me puso un brazo en el pecho y me hizo una señal para observar en silencio. Lo comprendí al instante: no buscaba evitar que le pusiera los cuernos. Quería comprobar si era capaz de llegar hasta el final, porque frenarlo hoy no impediría que lo hiciera mañana. Y lo que hiciese en ese instante sería la diferencia entre perder o no a Liv para siempre.

La conocía bien y sabía que había una línea que jamás permitiría que cruzaran: la mentira. Hay muchas formas de engañar, y la infidelidad, es una de ellas.

—¿Cómo te llamas, tío? —inquirió al cabo de un momento, mientras espiábamos a la pareja.

—Fer —le tendí la mano.

—Mi hermana me ha hablado mucho de ti. Me llamo Danilo. Pero si me caes bien, tal vez te deje llamarme Dan.

No pude evitar una media sonrisa al recordar que Liv me había soltado exactamente la misma frase el día que nos conocimos.

—Me recuerdas a tu hermana.

—Ella es bastante más guapa.

La verdad es que el parecido resultaba asombroso. Era más alto que yo, lucía una melena rubia oscura y unos ojos verdes enormes, aunque los suyos lucían un tono algo más sombrío que los de Liv. Sus labios eran más finos, pero compartía su misma sonrisa y su nariz pequeña y afilada. Aun así, aunque sus ojos eran similares en forma y color, ni de lejos transmitían tanto como los de su hermana.

—No te lo voy a discutir.

Seguimos pendientes de Andreas. A medida que se mostraba más cariñoso con la chica, el nudo en mi estómago se apretaba y la bilis me subía por la garganta.

No me entraba en la cabeza que no pensara en Liv ni en el daño que estaba a punto de causarle. Joder, teniendo a la chica más extraordinaria del mundo a su lado, no entendía cómo se le podía pasar por la cabeza tontear con otra. La rabia me invadió, abandoné el escondite y me fui directo a por mi amigo antes de que Danilo pudiera impedirlo.

Ojalá pudiera venderme como un buen amigo que intentaba salvarlo de un error. La cruda realidad era que solo quería evitar que le

destrozara el corazón a la chica que amaba.

—¿Qué coño haces? —lo empujé del pecho.

—No te metas —respondió encarándose conmigo, enfadado.

—¡Joder, Andreas! —le grité—. ¿Estás ciego? ¿No ves adónde te lleva esto? ¿Qué le falta a Liv, tío? ¿Podrías decirme qué coño le falta? Porque no te entiendo. ¿De verdad estás dispuesto a mandarlo todo a la mierda por esto? —señalé con asco la escena—. Tienes a una chica increíble al lado y eres incapaz de no cagarla por una vez. No me cabe en la cabeza.

Danilo se plantó a mi lado con los brazos cruzados. La chica presenciaba el espectáculo sin mediar palabra.

—Eres un dramático —soltó Andreas con tono burlón, intentando restarle peso—. No estaba pasando nada.

—Te conozco mejor que nadie —dije con frialdad—. Ni te molestes en mentirme.

—¡Joder, Fer! —exclamó exasperado—. Es que es demasiado perfecta. No soy bueno para ella.

—Y haciendo esta mierda lo confirmas —repliqué decepcionado—. No pensar en el daño que le vas a causar es justo lo que te convierte en una basura para ella. No se merece a un puto egoísta al lado; merece a alguien que la cuide y la quiera de verdad. Pensaba que tú eras ese tío, pero veo que me equivocaba.

Me di la vuelta para marcharme mientras Andreas intentaba balbucear una excusa.

—Como abras la boca, te la cierro de un puñetazo —dijo Danilo. Me detuve a observar la situación—. Mi hermana es una persona alucinante y no necesita a un cobarde que se escude en que «no es suficiente» para ir a liarse con la primera que pase. Si eso es lo que eres, aléjate. Ella merece a alguien que se desviva cada día por estar a su altura, aunque sea ella quien decida quién merece la pena y quién no. Piensa que tú la vales. Menuda decepción.

Danilo se giró y echamos a andar juntos. No había una sola palabra en su discurso que yo pudiera rebatir. Su hermana era alucinante; si decidía que eras el elegido, deberías sentir que tocabas el cielo. Deberías protegerla de todo, no ser tú quien le causara dolor. Pensar en ella sufriendo por las tonterías de Andreas me revolvía las tripas.

—Puedes llamarme Dan —dijo con gesto afable—. Se nota a la legua lo mucho que te importa mi hermana.

—Es extraordinaria. Se ha convertido en alguien muy importante para mí —admití.

—Tú también lo eres para ella. Me lo ha dicho.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Liv tiene algo mágico, ¿sabes? —murmuró.

Asentí.

Por supuesto que lo sabía; me quedó claro desde el primer día. Pero que lo afirmara alguien que conocía sus manías y sus defectos más desquiciantes le daba un peso mucho más profundo.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, curioso por conocer la visión de su hermano.

—Es sensacional —fijó sus ojos verdes en mí—. Es comprensiva, empática, directa, está mal de la cabeza, es inteligentísima, graciosa sin proponérselo, madura... Sé que dirás que es amor de hermano, pero Liv ama de verdad. Sin juzgar, sin presionar, apoyando siempre... Así me quiere a mí. Me escucha como nadie y se esfuerza por entender de verdad lo que me pasa. Hablar con ella es facilísimo. A veces la miro y pienso que tiene que ser mágica porque no tiene sentido que exista alguien así —sonrió de medio lado—. Es un pilar básico en mi vida. Quizá yo no sea nada del otro mundo, pero la quiero con el alma. Y si alguien le rompe el corazón, lo perseguiré hasta el fin del mundo para hacérselo pagar. Nadie debería apagar esos ojos tan llenos de vida.

—Definitivamente, es mágica —me limité a responder, mientras me tragaba el nudo que me atenazaba la garganta.

Dan soltó una carcajada y yo me encogí de hombros, pidiendo una explicación en silencio.

—Sabes que estás enamorado de mi hermana, ¿no? —soltó sin rodeos, calcando el estilo directo de Liv.

—¿Qué dices? —salté a la defensiva—. Somos amigos y la quiero un montón, pero no va por ahí la cosa.

—Lo que tú digas, tío —me dio una palmada afectuosa en el hombro antes de alejarse hacia su grupo de amigos—. Ha sido un placer conocerte.

Y aunque sabía de sobra que había dado en el clavo, jamás lo admitiría en voz alta. Al fin y al cabo, ella era la chica de mi mejor amigo.

CAPÍTULO 19.

Fernando.

Obviamente, no le conté la conversación completa. Me limité a contarle cómo conocí a su hermano. Ella sollozaba en silencio y, aunque ya no la estaba tocando, podía percibir su temblor. Su dolor me atravesaba como una corriente eléctrica.

Por un momento me sentí mal por habérselo contado. No me había parado a pensar que lo que iba a contarle iba a sumirla en una tristeza más profunda, si cabe. Además, me sentí sucio; sentí que, en cierto modo, estaba traicionando a Andreas al revelarle aquello.

—Ya sabes que tu novio no era precisamente fácil —comenté, intentando suavizar el terreno.

—Exnovio. —Me corrigió. —Hace tiempo que no estamos juntos.

—Lo siento. —Dije con sinceridad. —No lo sabía. ¿Por qué lo dejasteis?

—¿De verdad me lo preguntas? —se limpió las mejillas.

—No sé. —Me encogí de hombros. —Pienso que quizá arregléis las cosas.

—Esta vez no. —dijo muy convencida. —Hay demasiadas cosas.

—Si me las cuentas, te contaré algo más sobre tu hermano.

—¿Te acuerdas de la obsesión que tenía con su ex? —soltó.

Comprendí al instante la maniobra: Liv desviaba el foco hacia Andreas porque no le quedaban fuerzas para hablar de Dan; solo quería escucharme a mí recordar a su hermano porque ella no podía hacerlo en voz alta.

Asentí. Y así, con esa naturalidad pasmosa, como si el abismo de dos años jamás hubiese existido entre nosotros, comenzó a abrirse, aunque no del todo.

CAPÍTULO 20.

Desde: Octubre. Dos años y diez meses antes.

Hasta: Septiembre. Once meses antes.

Olivia.

Andreas y yo intentábamos a la desesperada que lo nuestro funcionara. Tuvimos un amago de ruptura en octubre, casi un año antes de que Fer se marchara, pero en noviembre falleció su abuelo. Sabía que me necesitaba a su lado, así que parcheamos el estropicio. Me remordía la conciencia dejarlo tirado en semejante momento, aunque la situación ya rozaba lo insostenible.

Desde la muerte de su abuelo, Andreas era un desconocido. Lo conocía mejor que nadie y sabía de sobra lo complicado que resultaba; sobrepensaba todo en bucle y no solía soltar prenda sobre sus sentimientos. Salvo conmigo. Desde el primer día nos contamos absolutamente todo, desde las minucias más absurdas hasta trapos sucios: me confesó incluso lo mal que se había portado con sus ex, jugándosela a que saliera corriendo.

Solo hubo una chica a la que jamás hizo daño. En cambio, ella lo destrozó a él.

Andreas era un tío rencoroso hasta decir basta. Tanto que el despecho le impedía avanzar en la vida y lo condicionaba hasta extremos enfermizos, tal y como ocurría en aquel momento.

Esa chica era como un fantasma entre los dos. No porque él siguiera enamorado —tras lo que me contó y conociéndolo, me parecía imposible—, pero era incómodo. Sabía que debía soltar ese lastre para pasar página, así que le expuse mi visión sobre el rencor y que

pensaba que necesitaba perdonarla para poder seguir adelante. Le di mil vías: hablar con ella, pasar página en silencio... Lo que fuera.

La susodicha no destacaba precisamente por tratar bien a Andreas. Mantenían un vínculo enfermizo donde, cuanto peor lo trataba ella, más enganchado se quedaba él (esto me lo contó Fer tiempo después). La cosa acabó cuando ella se acostó con Pablo, el otro mejor amigo de Andreas, mientras salían juntos. Y la onda expansiva no terminó ahí: Pablo salía a su vez con la mejor amiga de la novia de Andreas.

Rafa se enteró de la jugada y se lo contó todo a Andreas, quien se encaró con ella hasta sacarle la verdad. No había sido un desliz de una noche: llevaban meses haciéndolo a espaldas de todos.

Herido en el orgullo, Andreas buscó a la novia de Pablo y se lo contó todo. La chica le dio la patada a Pablo y este se indignó con Andreas por haberle abierto los ojos a su novia. Una situación surrealista, considerando que había traicionado a su mejor amigo y no una vez, sino de forma continuada. Ni siquiera dio la cara; lo pillaron. La lista de motivos para calificar a Pablo de mal amigo era interminable.

Al final logré que Andreas perdonara a la chica y, a los pocos días, me confesó que habían hablado. Me alegré de corazón al verlo más sereno; pensé que al fin cerraría esa etapa. Craso error. Empezó a quedar conmigo y pasarse las citas pegado a la pantalla del móvil, chateando con ella. Yo confiaba en él y me traía sin cuidado con quién hablara, pero resultaba insoportable intentar mantener una conversación con alguien que ni me miraba a la cara. Hasta que una tarde exploté.

—Si te vas a pasar el rato enganchado al móvil hablando con ella, ¿por qué no quedas con ella en vez de conmigo? —le espeté, molesta.

Tenía claro que no habían dejado de hablar. Conocía a Andreas: no era de vivir pegado al teléfono, pero ese último mes se había vuelto inaguantable salir juntos. Me hacía sentir invisible.

—No estoy hablando con ella —soltó en tono cortante.

No solo lo hacía, sino que me mentía a la cara, minando la poca confianza que quedaba. Si no escondía nada, ¿a qué venía esa falta descarada de sinceridad? Me bajé del coche y volví a casa a pie sin cruzar una sola palabra más.

Nunca he sido de aguantar situaciones que me ahogan. Así que, cuando Andreas empezó a distanciarse, a soltar perlas que me hundían la autoestima y a hacerme sentir insignificante, tomé la decisión sana: Romper con él. Jamás hay que permanecer al lado de alguien que te hace sentir pequeña o te relega al último puesto de su lista.

Tras dejarlo, salí corriendo sollozando rumbo a mi casa sin prestar atención a nada más. Iba tan ensimismada que terminé estrellándome contra el pecho de un transeúnte. No acabé en el suelo porque me agarró a tiempo por la cintura. Me limpié las lágrimas para pedir disculpas, pero antes de lograr ver nada, una voz familiar me preguntó:

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza y me hundí en su pecho.

—Tranquila —murmuró Fer con tono protector—. Cuéntame qué pasa.

—Lo he dejado, Fer —solté entre hipos.

Me abrazó fuerte y eso fue suficiente para consolarme.

—No podía más —agregué sorbiendo la nariz—. No merezco que me trate así. No lo voy a tolerar.

Sabía que Fer se mantendría al margen porque, al fin y al cabo, Andreas era su amigo, pero noté cómo se tensaba de arriba abajo. Rompí el abrazo.

—Descuida. Tampoco es que le vaya a quitar el sueño —solté con amargura antes de reanudar el paso.

Pero justo dos semanas después, pasó. El abuelo de Andreas falleció y estuve a su lado. Sabía lo muchísimo que quería a ese hombre bajito de pelo cano, así que dejé atrás lo que había pasado y estuve ahí para él.

En su momento no fui consciente, pero se aprovechó de mi vulnerabilidad y de mi pena por él. En la misma puerta del tanatorio, deshecho en lágrimas, me soltó:

—Te quiero, Olivia. De verdad. Siento lo de estas semanas —sorbió la nariz—. Sé que he estado demasiado pendiente de ella —ambos sabíamos de quién hablaba—, pero solo somos amigos. Te juro que no quiero nada con ella.

Lo conocía suficiente para saber que se engañaba a sí mismo, pero no era el momento para hacerlo sentir peor de lo que ya se sentía.

—Vuelve conmigo —suplicó—. Arreglemos esto.

Asentí en silencio y me estrechó entre sus brazos. Reanudamos la relación justo donde la habíamos dejado, con el añadido de que a la fijación por su ex se le sumaba el duelo por el abuelo. Y así pasamos meses.

Era un infierno. Se cerró en banda y las confidencias pasaron a ser exclusivas para su ex. ¿Qué se suponía que debía hacer? Abandonarlo en ese estado me parecía de una crueldad infinita. Sin embargo, una tarde, viendo cómo tecleaba frenéticamente en la pantalla, solté la pregunta del millón:

—¿Sientes algo por ella?

Era la única explicación lógica. Lo que antes compartía conmigo —las charlas, las miradas, la complicidad— entonces lo tenía con ella. A esas alturas me daba hasta alivio, pero si sentía algo por ella, me negaba a seguir encajando golpes en una relación muerta.

—Ya te he dicho que no —contestó, exasperado.

—¿Entonces? —insistí—. Joder, Andreas, soy la chica invisible.

Me ignoró por completo. Así que, de nuevo me fui, aunque esta vez no me fui a mi casa, sino a buscar a mis amigas.

Era septiembre y, apurando los últimos días antes de arrancar las clases de nuevo, nos fuimos de cañas al pub habitual. Allí coincidimos con Andreas y Fer.

Andreas estaba borracho y se encaró conmigo de malas formas. Me negué a discutir con él en ese estado, pero se puso pesado. Le canté las cuarenta y corté con él allí mismo. Fer presenció el espectáculo. Pese a romper la relación, ayudé a Fer a arrastrarlo hasta su casa porque dudaba de que pudiera solo. Cuando lo dejamos, Fer regresó conmigo al local y me reuní con mis amigas de nuevo.

Esa noche, nos emborrachamos hasta que salió el sol. Brindando por cada una de nuestras penas y cogiendo fuerza para tomar cada una de nuestras decisiones.

Al día siguiente, Andreas me llamó vino a buscarme y dijo que Fer se había ido. Esa tarde no salí de mi casa. Pero al día siguiente, él me volvió a llamar.

Me propuso vernos esa tarde, pero me negué: quería tomar algo con las chicas. Él soltó que se quedaría en su casa. Tampoco indagué; me traía absolutamente sin cuidado su agenda. Colgué y me volví a dormir.

Hacia el final de la tarde, disfrutaba de unas cervezas y unas risas con mis amigas en una terraza hasta que Carla preguntó por Fer. Le expliqué que se había marchado sin dejar rastro y que no sabía nada más, pese a haberle quemado el teléfono a llamadas y mensajes. Era decepcionante.

En ese instante apareció Emilia con el rostro desencajado. Las chicas la saludaron con entusiasmo, pero ella parecía en shock, rumiando la información. Me sostuvo la mirada y tragó saliva de forma visible.

—Liv… —dijo. —Tengo que contarte una cosa.

Mis amigas se quedaron en un silencio sepulcral. Y yo la miré con interés, esperando a que hablara.

—Acabo de ver a Andreas. —dijo.

En mi cara se dibujó una expresión de: «¿Y a mí qué?».

—Iba en su coche. —Añadió nerviosa. —Con Ana.

La rabia me invadió. Si había quedado con ella, ¿por qué narices me vendió el cuento de que se quedaba en casa? Saqué el móvil: cero mensajes, cero explicaciones. Me encogí de hombros.

Mis amigas notaron que no quería hablar del tema, así que empezaron a hablar de cosas vanas hasta que nos fuimos a casa.

Como era previsible, Andreas me escribió más tarde. Al preguntarle qué tal la tarde, juró que había estado durmiendo y viendo la tele. ¡Puto embustero! Sin embargo, esa no fue la única cita a mis espaldas. Cada vez que intentaba poner punto final, me hacía chantaje emocional escudándose en su tristeza. Así encadenamos casi un año de idas y venidas agotadoras, hasta que dije basta. Se acabó la farsa. Me daba igual su pena; estaba harta de sentirme como una idiota a la que muy seguramente le estaban poniendo los cuernos.

En cuanto tomé la decisión, sentí el impulso de llamar a Fer. Marqué su número, pero no lo cogió. No sé qué me hizo pensar que ese día sería diferente. Acto seguido llamé a Andreas y lo cité en el parque a medio camino entre nuestras casas.

—Sé que te estás viendo con Ana —le espeté a bocajarro esa tarde de agosto.

—¿De qué me hablas? —quiso hacerse el desentendido.

—Os ha visto media ciudad y me lo han contado.

—No ha pasado nada —saltó a la defensiva.

—Ha pasado que me has mentido y me has ocultado cosas —reproché con amargura—. Durante meses.

Guardó silencio.

—Se acabó. —Dije firme. —Haz lo que quieras con ella. No quiero más secretos ni más mentiras. —Alcé las manos y me di la vuelta para empezar a andar hacia mi casa.

—Liv —me sujetó del brazo—. No me dejes. Lo siento.

—Andreas, estoy cansada. No tengo por qué aguantar toda esta movida. Lo he hecho porque estabas en un mal momento, pero por lo visto, ese mal momento no se acaba nunca y ya estoy harta. —Solté con absoluta indiferencia—. Sigues pillado por ella, aunque no tengas los cojones de admitirlo. Aclárate la cabeza, pero a mí déjame en paz.

En ese momento sonó mi teléfono con una llamada de Danilo, pero la rabia me cegaba: le quité la vibración y dejé correr la llamada. Ya hablaría con él luego; seguro que se alegraría al saber que al fin había dado el paso. Intenté marcharme, pero Andreas me cortó el paso.

Trató de convencerme, pero me negué a escucharle. Me perseguía, cruzábamos reproches y volvíamos a la casilla de salida: rompía con él y él suplicaba una última oportunidad. Estuvimos en ese bucle no sé ni cuánto hasta que asintió y se marchó.

Regresé a casa y me encontré a mi hermano. Muerto.

Andreas estuvo a mi lado como si no hubiéramos roto. Tras el shock, yo era incapaz de articular palabra, mucho menos de dar explicaciones sobre la ruptura o sobre cómo el discutir con él me impidió llegar a tiempo para salvar a mi hermano. De cómo por su culpa no le cogí el teléfono a Danilo.

A partir de ahí, dejé de salir. Alguna amiga se dejaba caer por casa, e incluso Andreas venía a diario. Supuse que seguíamos juntos, aunque la verdad es que todo me daba exactamente igual. Intenté expresarle mi vacío, pero su personalidad hacía imposible cualquier atisbo de conexión.

Solo ansiaba que el mundo me tragara. Un mes después, Carla apareció por mi dormitorio, dando vueltas en círculos como un alma en pena.

—Suéltalo ya —le pedí.

Sabía que tenía algo que decirme y que, cuanto más tardara, más se prolongaría la visita. Por aquel entonces solo buscaba aislamiento; aborrecía las miradas de compasión.

—Andreas se ha acostado con Ana —soltó de golpe—. Se lo contó a Aarón, él a mi hermana y yo me he enterado.

Aarón era amigo de Ana y de la hermana de Carla.

Me levanté de la cama, me calcé las zapatillas y salí a la calle mientras marcaba el número de Andreas. Lo cogió al segundo tono.

—¿Dónde estás? —pregunté apretando la mandíbula.

—En mi casa. —respondió.

—Ven al parque ya. —Le dije.

En menos de cinco minutos estaba allí.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¿Te has acostado con Ana? —pregunté a bocajarro.

Se le desencajó el rostro.

—No te molestes en negarlo. —Le dije.

Agachó la cabeza y todas las lágrimas que llevaba conteniendo más de un mes hicieron acto de presencia. Lloraba a mares, aunque no por él; ni siquiera estaba segura de que me doliera lo que había hecho. Lo que me quemaba por dentro era haber estado al pie del cañón por él y que, en el momento en que yo me estaba desmoronando, él había elegido ir a acostarse con otra. Sabiendo por lo que estaba pasando, le dio igual hacerme daño.

—Perdóname —musitó intentando agarrarme de las manos.

Me aparté de golpe.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —grité—. Sabías que estaba hecha pedazos, sabías el daño que me harías y te ha dado exactamente igual —bramé entre lágrimas—. Me has mentido, me has manipulado y me has engañado.

—Liv —susurró—. Sé que la he cagado, pero te quiero, de verdad. No sé ni por qué lo hice, pero necesito que me perdones.

—Tú no quieres a nadie, puto egoísta de mierda —espeté—. Aguanté a tu lado un año entero deseando dejarte solo porque estabas hundido. Pude liarme con cien tíos y no lo hice por no causarte más dolor del que ya sentías. Y a ti te ha dado igual. Danilo tenía toda la razón —el nudo me atascó la garganta al mencionar su nombre—. Me siento responsable de los sentimientos de los demás cuando no son cosa mía. Soy una imbécil. Esto se ha acabado para siempre.

—Liv...

Negué con la cabeza para que dejara de hablar y me marché sin que él me lo impidiera. Aunque, si lo hubiera intentado, probablemente le habría reventado la entrepierna de una patada.

CAPÍTULO 21.

Fernando.

Apreté la mandíbula con tal violencia que sentí un crujido en los dientes. En ese instante aborrecía a Andreas con cada fibra de mi ser. Mil veces le advertí que mantuviera las distancias con Ana y mil veces juró que le daba igual, que solo se escribían de vez en cuando. ¡Jodido mentiroso!

De aquello hacía más de un año, pero al observar a Liv comprendí que la herida seguía abierta, que la traición le dolía como el primer día. Ella estuvo al pie del cañón en cada una de sus neuras, apoyándolo en cada bache, empujándolo a buscar ayuda profesional cuando se hundía en sus pozos de apatía. Se desvivió por él de mil maneras; jamás lo dejó tirado, ni siquiera cuando se lo tenía merecido. Desde luego, no merecía el trato de mierda que recibió a cambio.

La contemplé de reojo: acostada a mi lado, sobre la piedra, con la mirada perdida en el firmamento. ¿Cómo fue capaz Andreas de hacerle daño? ¿Y cómo demonios podía seguir yo tan jodidamente enamorado de ella?

Me quemaba el remordimiento por no haber estado a su lado. Me sentía culpable, pero me sangraba el pecho al ver la devastación que arrastraba por dentro y todo lo que había tenido que pasar sola.

Porque la conocía: tras la puñalada de Andreas, Liv se habría replegado sobre sí misma y había sufrido a solas su juego sucio y el duelo por Dan. No alcanzaba a imaginar un infierno peor que encontrar sin vida a una de las personas más importantes de tu existencia. ¿Cómo se reúne la fuerza para seguir respirando después de semejante impacto? Solo siendo fuerte y valiente. Dos virtudes que sin duda Liv poseía. Sin embargo, también era humana y el lastre seguía intacto. La había visto romperse hacía escasos minutos; había atestiguado la helada apatía de sus ojos y la gélida indiferencia de su voz, hasta el punto de dudar si la chica que hablaba era la misma que un día conocí.

—¿Entonces ya no habláis? —le pregunté.

—Hemos conseguido ser algo parecido a amigos. —respondió.

No me entraba en la cabeza. Andreas se había portado como un miserable y, aun así, ella no lo había borrado del mapa.

—Le concedí una tregua a medias —aclaró—. Tras la muerte de mi hermano, tu desaparición y el distanciamiento de alguna amiga, no

me quedaban fuerzas para encajar más ausencias. Simplemente no lo habría aguantado. Así que aparqué el rencor, pero no volvió a pasar nada entre nosotros y jamás lo hará —sentenció con aplomo.

La soledad es una consejera nefasta, me dije, sobre todo cuando se alía con la pena.

—¿Qué era lo que me ibas a contar? —preguntó, desviando el tema intencionadamente.

Me removí sobre las piedras, desvié los ojos de su rostro y fijé la vista en el cielo nocturno para armarme de valor.

—Cuando me fui, hablaba con tu hermano para saber de ti. —Confesé.

Se incorporó de golpe, procesando la revelación, y me clavó una mirada incrédula.

—¿¡Cómo?! —exclamó.

—Hablábamos casi todas las semanas —admití—. No me cogías el teléfono y la única vía que me quedaba para saber si seguías respirando era acudir a él —me encogí de hombros.

Liv volvió a tumbarse despacio, fingiendo no haber escuchado mi confesión. Permaneció muda, en absoluto silencio, perdiéndose de nuevo en la inmensidad del firmamento.

CAPÍTULO 22.

Enero. Tres años y siete meses antes.

Olivia.

Escuché el chasquido de la puerta de entrada y, pocos segundos después, el susurro del sigilo torpe de mis hermanos mientras subían

la escalera.

Me levanté de la silla del escritorio y entreabrí la puerta de mi habitación para asomarme al pasillo. Las puertas de sus dormitorios quedaban justo enfrente. Ambos me daban la espalda, apostados ante sus respectivos pomos.

—Es que me muero de hambre —le lloraba Leb a Lan en un susurro desesperado.

—Si bajas a la cocina, levantarás a papá o a mamá y nos van a pillar borrachos —repuso Lan.

—Buenos días, Lan-Leb —murmuré desde mi umbral.

Pegaron tal brinco que casi tocaron el techo. Ahogué una risita mientras Leb se llevaba la mano al corazón con dramatismo y Lan me clavaba una mirada fulminante.

—Coged los pijamas y entrad a mi cuarto. —dije. —Voy a por comida y algo para beber.

—Pero si papá y mamá se levantan… —Empezó Lan.

—Si se levantan, sabrán que voy a desayunar porque he madrugado para estudiar. —dije.

—Por eso eres la inteligente de la familia. —dijo Lan cogiéndome la cara y dándome un beso en la frente.

El olor a ron que desprendía por poco no me dejó inconsciente.

Mis hermanos se llamaban Danilo y Caleb. Sin embargo, cuando nació Caleb, Danilo era tan pequeño que solo lo llamaba «Leb». Según nos contaban nuestros padres, yo empecé a imitar a Danilo. Tiempo después, como si de una venganza se tratara, cuando Caleb empezó a hablar, bautizó a Danilo como «Lanilo».

Caleb imitaba a Danilo en todo. Así que, como él lo llamaba «Leb», Leb le devolvió la jugada llamándolo «Lan». En mi caso, mis padres usaban el diminutivo Olivia, así que la ecuación quedó cerrada: Liv,

Lan y Leb. Mis padres empleaban nuestros nombres reales, pero entre nosotros ese código de tres letras era sagrado.

Subí la escalera haciendo malabares con una bandeja repleta: zumo, leche, tostadas con tomate y jamón, un par de cruasanes, agua y un trozo generoso del bizcocho de chocolate que el abuelo había traído la tarde anterior.

Al empujar la puerta entornada de mi dormitorio, vi a mis hermanos sobre mi colchón.

—¿Alguna vez te he dicho que eres mi hermana favorita? —inquirió Leb, arrastrando las palabras con una borrachera digna de mención.

—Tampoco es que tenga mucha competencia —repliqué, lanzándole una mirada cargada de intención a Lan.

—No voy a discutir que eres la mejor —concedió Lan, incorporándose en la cama para sentarse con las piernas cruzadas.

Leb imitó su maniobra y deposité la bandeja justo en el centro de la cama, acomodándome enfrente con delicadeza para no derramar nada.

Leb devoró la comida como si viniera de una travesía por el desierto; Lan y yo mantuvimos un ritmo más pausado. Tanto, que para cuando quisimos darnos cuenta, Leb ya se había hecho una bola y dormía a pierna suelta. Aparté la bandeja cuando acabamos de comer y la dejé sobre el escritorio.

Lan se tumbó al lado del cuerpo inerte de Leb y dio unos golpecitos sobre el colchón para indicarme que me acostara a su lado. Me acurruqué y nos miramos a los ojos.

—Hoy he coincidido con tu amigo Fer —musitó, modulando la voz para no despertar Leb.

—¿Ah, sí?

Asintió con la cabeza.

—Está enamorado de ti —soltó sin filtro.

—¿Pero qué dices? —salté en un susurro indignado.

—«Es extraordinaria» —recitó con voz engolada y una mano sobre el pecho, imitando el porte de Fer de forma descarada—. «Definitivamente, es mágica».

Le clavé la mirada, enarcando una ceja.

—¿Se puede saber de qué coño habéis hablado para que haya terminado diciendo eso?

—De ti, ¿de qué si no? —rodó los ojos.

Le devolví el gesto y él soltó un gran bostezo.

—Está pilladísimo. Y si no lo ves, es que estás ciega, hermanita. —Alargó la última "a" en un bostezo.

—El sueño te está pasando factura —le recriminé—. Duérmete.

Hice ademán de incorporarme, pero me sujetó de la muñeca para retenerme.

—También se lo he dicho a él. —Susurró con las pestañas pesadas, negándose a dar el brazo a torcer—. Es tan tonto que se lo niega hasta a sí mismo. A ver si espabila de una vez.

Comenzó a cerrar los ojos, vencido por el cansancio.

—Me cae infinitamente mejor que Andreas —murmuró—. Y creo que a ti también, aunque no lo admitas, Livi...

En mitad de la frase, se quedó dormido. Contemplé durante unos segundos los rostros serenos de mis dos hermanos. Parecían angelitos, dormidos, tan quietos. Los quería más que a mi propia vida.

CAPÍTULO 23.

Fernando.

Liv llevaba varios minutos sin decir nada.

Al girarme a mirarla, descubrí una lágrima resbalándole por la sien hasta perderse tras su oreja.

—¿Estás bien?

—Estaba pensando en mi hermano —murmuró—. Me habló del día en que os conocisteis.

La miré, desconcertado.

—¿De verdad? —se me escapó el pensamiento en voz alta.

Asintió despacio.

—Me dijo que estabas enamorado de mí.

—A mí también me lo dijo —admití—. Cito textualmente: «Sabes que estás enamorado de mi hermana, ¿verdad?».

—Obviamente, se daría cuenta de que se equivocó en cuanto te fuiste y pasaste de mi culo —soltó con una chispa de reproche punzante.

La realidad era muy distinta. Creo que fue precisamente en ese momento cuando Dan comprendió que no se equivocaba. Fue la única persona a la que le confesé los motivos reales de mi marcha y la única que me respaldó. Por aquel entonces, Andreas estaba más insoportable que de costumbre, así que, ante la imposibilidad de entenderme con él, hallé refugio en Dan. Se convirtió en un pilar y en un amigo leal: custodió mi secreto y jamás lo traicionó.

—No creo que fuese así.

—¿No te fuiste pasando de mi culo? —preguntó irónica.

—Creo que nunca pensó que se había equivocado.

Estaba tan seguro de ello como de que ella estaba justo a mi lado después de dos años. Estaba dolida y resentida a un nivel que rozaba lo inabarcable, pero estaba allí, conversando conmigo. Poco, a cuentagotas, pero hablábamos. Aquello superaba con creces cualquier expectativa. Jamás pensé en la posibilidad de volver a verla. Por eso, ese instante era un regalo. Uno que no podía desaprovechar.

—Es más —añadí, esforzándome por sostener la firmeza en la voz—, nunca se equivocó. Tuvo razón desde el principio.

Se le cortó la respiración de golpe. Se quedó petrificada, contemplando un firmamento que empezaba a desteñir la negrura: el alba despuntaba. De pronto se incorporó, consultó su reloj y se puso en pie de un brinco.

—Tengo que ir a casa. Se me ha hecho muy tarde.

Echó a andar hacia el todoterreno a paso ligero. Era un pretexto bastante flojo. Nadie la esperaba en casa; sus padres no estaban allí para imponerle un horario. Necesitaba tener con ella la conversación que aún nos quedaba pendiente y entender por qué actuaba como si yo hubiera rehuido el contacto tras mil mensajes suyos, cuando la realidad fue que ella levantó el muro y se negó a hablarme.

Aun así, me levanté y la seguí hasta el coche con los músculos en tensión. Giró sobre sus talones y, como si me leyera el pensamiento, dijo:

—Mañana trabajo y necesito un par de horas de sueño.

No me debía ninguna explicación, pero la tensión en mis hombros se aflojó. Sentí un alivio inmenso al comprobar que no huía de mí ni de la revelación que acababa de hacerle.

Me extendió las llaves y me dejó conducir. La verdad es que lo echaba de menos. Hacía demasiado que no conducía. Mientras ella sintonizaba la radio, yo rumiaba la maraña de cosas que quería decirle, pero el nudo en la garganta me estrangulaba la voz.

Al final dio con una emisora al azar y pegó la frente al cristal de la ventanilla. Empezaron a sonar los acordes de "*Punto y aparte*", de Morat. Jamás me había entusiasmado ese grupo, pero la letra articulaba todo lo que yo era incapaz de expresar. Sintetizaba mi arrepentimiento por tantas cosas...

Joder. Llevaba años ensayando en la cabeza qué le diría si el destino nos cruzaba de nuevo. Lo ensayé mil veces y volví a repasarlo tras la muerte de su hermano. No recordaba lo que era tomar aire de verdad hasta que volví a tenerla enfrente.

Y sí: su hermano dio en el clavo. La quise desde nuestra primera conversación y dos años de distancia no habían logrado atenuar ni un poco ese sentimiento. Así que no pensaba soltarla de nuevo. Me daba igual cuánto me tocara luchar para que me perdonara.

La conocía y sabía que el dolor la quemaba desde dentro para salir, pero si era necesario, dejaría que su dolor impregnara cada fibra de mi cuerpo hasta arder con ella. No la dejaría escapar de nuevo. Necesitaba, al menos, recuperar la calidez con la que me miraba cuando era su mejor amigo.

El resumen era sencillo: ¿La quería? Mucho. ¿La había cagado? A medias. ¿Existieron razones de peso para marcharme? Indudablemente. Y ahora que estaba a mi lado, solo me quedaba una opción: no permitir que volviera a alejarse.

Aparqué frente a la entrada de su edificio.

—Me ha gustado estar contigo esta noche.

Me miró durante un segundo, como si la antigua complicidad resucitara por un instante. Vi una chispa en su rostro tras dos años de sequía. Sin embargo, sin ningún esfuerzo, volvió a tener la mirada vacía.

—¿Por qué te fuiste? —inquirió, apretando los puños con fuerza.

—Te prometo que te lo contaré todo. Ahora sube a descansar.

No dijo nada.

Se limitó a abrir la puerta, bajar del coche y perderse en el interior del edificio.

CAPÍTULO 24.

Olivia.

Abrí la puerta del piso y casi me caigo de culo del susto al ver a Marco cruzando la cocina a oscuras como un fantasma. Se dio la vuelta y me miró. Cuando nuestros ojos se encontraron, me vino a la cabeza la mentira que le acababa de soltar a Fer. Ni trabajaba al día siguiente ni tenía prisa; solo necesitaba escapar.

—¿Llegas ahora? —preguntó.

Asentí.

—Menos mal que no ibas a tardar nada —dijo, levantando una ceja en tono burlón.

No respondí. La verdad es que mi cabeza estaba lejos de allí. Ni siquiera pensaba en Fer ni en la noche que habíamos pasado. Solo pensaba en mi hermano. Siempre estaba en mi mente, pero normalmente hacía un esfuerzo enorme por ignorar esos pensamientos. Esa vez no pude: estaban ahí, aplastándome y obligándome a dar la cara.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? —dijo Marco mientras se dejaba caer en el sofá y daba un par de palmaditas al asiento.

Ese simple gesto me ayudó a detener el bucle sobre mi hermano y empezar a procesar todo lo de esa noche.

—Hemos hablado de un montón de cosas —dije, sentándome a su lado.

Se lo conté todo. Cada detalle, cada frase, cada recuerdo. Hacía muchísimo tiempo que no me desahogaba así con nadie. Sentí un alivio enorme al descargar todo ese peso con alguien de confianza.

Hacía mucho que no tenía amigos. Así que, su apoyo era algo nuevo y refrescante que de alguna manera me hizo sentirme menos sola por un momento.

—Y entonces me miró y me dijo: «Nunca estuvo equivocado. Siempre tuvo razón». Así que me inventé una excusa, le dije que tenía que irme a casa y salí corriendo.

Marco abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Lo hizo como cinco veces seguidas, procesando la escena.

—Es que la tenía —sentenció finalmente Marco—. Fernando Baviera estaba pillado por ti. —inquirió. —Han pasado dos años y lo sigue estando.

Negué con la cabeza inmediatamente.

—Ya no soy la chica que él conocía. Puede que antes sintiera algo por mí, pero esa Olivia ya no existe.

Marco me miró fijamente a los ojos, pero antes de que le diera tiempo a decir nada, me puse de pie.

—Me voy a la cama. Nos vemos luego.

Desaparecí por el pasillo y me encerré en mi habitación. No quería escuchar otra vez que Fer estaba enamorado de mí; era exactamente la misma frase que me repetía mi hermano. Y no me podía permitir el lujo de derrumbarme por recordarlo demasiado.

Mientras me cambiaba, la imagen de Fer volvió a mi mente. Durante unos segundos, me pareció haber recuperado un pedazo de mi mejor amigo. Fue ahí cuando me di cuenta de lo muchísimo que lo había echado de menos. Por mucho dolor y mucha rabia que llevara dentro, era la verdad.

Además, había sido la primera vez en un año que alguien hablaba conmigo sobre mi hermano, compartiendo recuerdos reales sobre él. En mi casa nadie pronunciaba su nombre; si a alguien se le escapaba el menor comentario, la habitación se llenaba de un silencio incómodo y espantoso. Era desgarrador. Era una sensación

rarísima y no sabía cómo manejarla. Mi psicóloga siempre me decía que era normal, que cada persona lleva el duelo a su ritmo y que cada familia lo gestiona como puede.

Me metí en la cama, pero tardé horas en dormirme. Pensando en mi hermano. Pensando en Fer.

CAPÍTULO 25.

Olivia.

Escuché unos golpes secos en la puerta de mi cuarto. Llevaba varias noches encadenando pesadillas horribles. De hecho, Marco había tenido que entrar a despertarme más de una vez al oírme gritar. Por un segundo pensé que seguía metida en el mismo bucle, solo que cambiando de escenario, hasta que la puerta se abrió de golpe y sentí que me agarraban por los hombros para zarandearme.

—¡Olivia Molina! ¡Arriba! —me ordenó una voz.

Abrí los ojos a regañadientes, solté un gemido de pura pereza y me tapé la cara con la sábana.

—¿Ayer no quisiste quedarte con Alex viendo películas hasta las tantas mientras te mandabas mensajes con el hombre del año? Pues hoy te aguantas —soltó Marco, arrancándome la sábana de un tirón —. Dúchate y espabílate. No quiero llegar tarde.

Gruñí contra el colchón, odiando al universo entero. Era verdad que me había quedado despierta con Alex hasta la madrugada viendo películas, varias horas después de que Marco se fuera a la cama. Pero aquello era el final de la penitencia de Alex por haberme hablado mal un par de semanas atrás.

Tras nuestro último maratón de cuatro películas de Disney, el mensaje le había quedado clarísimo: si volvía a hablarme mal, lo agrediría físicamente.

Pero Marco estaba equivocado; después de varias semanas desde nuestro encuentro, solo había intercambiado *un* mensaje con Fer. Ni siquiera le había dado mi número de teléfono; de hecho, lo estaba evitando deliberadamente. Quedamos en que sería una cena para

hablar y punto, aunque él no estaba respetando mucho esa parte del trato.

—Tú fuiste el que me pidió que me llevara bien con tu amigo —le reproché a Marco tratando de alcanzar la sábana.

Aunque creo que los dos sabíamos que no me juntaba con Alex por obligación.

—¿Y obligarlo a ver películas de Disney contigo es tu idea de llevarse bien? —preguntó, divertido.

—No lo obligué —protesté—. Al menos no del todo —sonreí al ver cómo levantaba las cejas ante mi mentira—. Pero ya que preguntas...

Marco puso los ojos en blanco y salió del cuarto antes de que terminara la frase.

—¡Levántate ya, pedazo de imbécil! —gritó desde el pasillo.

Se me escapó una risotada. Hacía tiempo que nadie me soltaba un insulto con tanto cariño. Tampoco es que me quedara mucha gente para hacerlo.

Me levanté, cogí un bikini, unos pantalones vaqueros cortos, un top blanco anudado al cuello y unas sandalias, y me metí al baño. Llevaba casi un mes en la ciudad, poniéndole mil excusas a Marco para no salir de fiesta, pero esa no me libraría. Quería presentarme a su grupo. Acepté porque la hija de Joel se había ido de la ciudad unos días y mi compañero parecía un alma en pena, así que pensé que acompañarlo le subiría un poco el ánimo.

Me duché a toda prisa, me eché corrector de ojeras suficiente como para tapar las manchas de un panda y me puse crema solar.

Salí al salón.

—¡Lista! —anuncié.

—Perfecto —sonrió Marco.

Bajamos y cogimos un taxi hasta la playa. Allí nos encontramos con Alex, que estaba rodeado de un grupo de gente a la que Marco me fue presentando sobre la marcha. La verdad, no me quedé con un solo nombre.

Caminamos entre la gente, entre saludos y presentaciones. Todo me resultaba excesivo, ruidoso y abrumador. Apenas podía procesar la información y me sentía fuera de lugar.

Marco, en cambio, se movía como pez en el agua. Definitivamente, mi compañero era el rey del cotarro y conocía a todo el mundo.

Cuando regresamos donde estaba Alex —que llevaba una de sus camisetas cómicas con la frase «No te estoy mirando, estoy disociando»—, un par de chicos se habían sumado al grupo. Hugo y Sergio se llamaban los dos chavales que acompañaban al rubio de ojos verdes con matices grises... ¿O eran azules? Bueno, al menos sus nombres no se me borraron al segundo. No eran tan llamativos como Alex y, por lo que entendí, eran pareja. Fueron muy majos conmigo, aunque no tardaron en marcharse a saludar a otros conocidos. Marco los siguió y me quedé a solas con Alex. Bueno, todo lo sola que se puede estar en medio de una multitud donde la gente te da empujones a cada paso.

El agobio empezaba a pasarme factura. Alex pareció darse cuenta y se acercó a mí, logrando que me olvidara por un momento del gentío.

—Tranquila —dijo, leyéndome la cara—. Te acabarás acostumbrando —sonrió—. Mira, ella es Eli —añadió, señalando a alguien detrás de mí.

Me giré y vi a una chica guapísima. Tenía el pelo negro, la piel morena y unos ojos oscuros impresionantes. No era muy alta, pero tenía una figura diminuta y curvilínea. Y, intentando ser sutil, tenía un pecho enorme. Tuve que hacer un esfuerzo mental tremendo para no quedarme mirando.

Me dedicó una sonrisa tan genuina que se me olvidó todo lo demás. Tenía una sonrisa preciosa. Le tendí la mano.

¿De qué se conocían? ¿Sería su novia? No, Alex me había dicho que estaba soltero y este último mes habíamos hablado bastante. Pero a mí su nombre me sonaba de algo. ¿Dónde lo había oído antes?

—Un placer, Eli. Soy Liv.

Eli me estrechó la mano con calidez.

—Igualmente —dijo, sin perder la sonrisa—. Me han hablado muchísimo de ti.

¿De mí? ¿Quién? ¿Y qué le podían haber contado?

—Vamos a buscar algo de beber, rubia —intervino Alex, ofreciéndome la mano para sacarme de mis pensamientos y evitar que la multitud nos separara—. Y de paso vemos si encontramos a Marco —miró a Eli y le guiñó un ojo—. Seguro que verte por aquí le alegra el día.

Le tendí la mano a la chica para que no nos perdiéramos entre el tumulto y ella la aceptó de inmediato.

CAPÍTULO 26.

Fernando.

—Cancela toda mi agenda de hoy —le pedí a Clara por teléfono.

—¿Estás enfermo? —preguntó, preocupada.

—No. Pero tengo algo importante que hacer.

No replicó, pero supe que no le parecía mala idea que me tomara un descanso por una vez.

—Lo recolocaré todo. —Fue su respuesta.

—Gracias. Nos vemos mañana.

Cogí un bañador, una camisa de manga corta de botones y las sandalias, y me vestí a toda prisa. Cuando bajé al garaje, Gael estaba allí limpiando el coche. Levantó la cabeza y se puso tenso en cuanto me vio.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó.

—Tú, a tu casa —respondí con una sonrisa mientras cogía las llaves del tablero de la pared—. Tienes el día libre.

Me miró sin dar crédito.

—¡Ah! Se me olvidaba —añadí, sacando un par de billetes de la cartera—. Toma. Te lo has ganado por aguantarme estos dos años sin poner una sola mala cara.

—Es mi trabajo, señor —se negó a cogerlo, exactamente igual que hizo la noche en que Liv le dio el dinero.

De hecho, al día siguiente intentó devolvérmelo y, por supuesto, no lo acepté.

—Tu trabajo es ser mi chófer, pero has sido mucho más que eso y los dos lo sabemos —le solté dándole un abrazo—. Y deja de llamarme «señor», por favor. Te lo he dicho un millón de veces, Gael. Si hasta nos hemos emborrachado juntos.

Era un chico más joven que yo, con pelo oscuro y la mirada más noble del mundo. Respetaba muchísimo mi espacio y, para qué engañarnos, me cuidaba como a un hermano. Se preocupaba por mí y me conocía bastante mejor que mi propio padre.

—Pero si le tuteo y se entera su padre, me despedirá.

—Trabajas para mí, no para él. Además, él ni siquiera está aquí. Siento haber estado tan ausente las últimas semanas, Gael. Sé que te cuesta aceptar dinero, pero tómalo como un regalo de un amigo a quien le sobra y no sabe qué hacer con él —le puse los billetes en la palma y le cerré la mano.

Le había intentado echar una mano económicamente mil veces. Tenía cuatro hermanos y se había puesto a trabajar muy joven para ayudar en casa porque su padre padecía una enfermedad rara. Tuvo que dejar los estudios. Y aunque intentaba subirle el sueldo, siempre se negaba diciendo que cobraba lo justo. Era demasiado humilde.

—Y que sepas que te voy a duplicar el sueldo de una puta vez. Y como te niegues, te despido, ¿estamos?

Se le escapó una lágrima.

—Sé que te hace falta, Gael —lo abracé de nuevo—. Y tú me has dado justo lo que necesitaba cada momento estos dos años: silencio, comprensión, sermones, abrazos... Eres mi único amigo aquí, un tío increíble y tu familia tiene una suerte enorme contigo. Yo no puedo darte nada tan valioso como tus consejos, así que acepta esto con toda mi gratitud.

Asintió y le sonreí.

—Gracias por lo que me dijiste. Tenías razón: quiero empezar a vivir la vida que quiero.

—Y para eso necesitas un montón de cosas que tienen que ver con ella.

—¿Cómo sabías que era por ella? No te he dicho nada.

—Tampoco hace falta ser un lince con las descripciones que me has estado dando de esa chica durante dos años —sonrió, todavía con los ojos húmedos—. Impulsiva, de carácter fuerte, generosa, transparente... —Hizo una pausa—. Creo que vi un poco de todo eso aquella noche.

Sonrió levantando la mano donde llevaba el dinero y miró las llaves que yo sostenía.

Era verdad: Liv le había dado el dinero y le había exigido las llaves, más o menos como acababa de hacer yo.

—La quiero, Gael. Necesito que me perdone y haré lo que haga falta para conseguirlo.

—Merece saber la verdad, Fer. Si es la mitad de cabezota de lo que me has contado, no la vas a recuperar si no juegas limpio.

Sabía que tenía razón, pero me aterraba que la verdad la alejara del todo. Tras dos semanas insistiendo, solo había conseguido su número y porque pillé a Marco con la guardia baja. Durante la última semana le había escrito varios mensajes y solo me contestó a uno la noche anterior. No podía arriesgarme a meter la pata antes de tiempo.

—Paso a paso. Ahora vete a disfrutar del día con tu familia —dije, dirigiéndome al coche.

Gael dio un par de toques en mi ventanilla y la bajé.

—Me alegra mucho verte pelear por tu felicidad al fin, Fer —dijo con un tono que me dio mucha ternura—. No te mereces seguir atrapado en la vida que llevabas.

Le devolví una sonrisa llena de agradecimiento por todo lo que había hecho por mí. Arranqué y puse rumbo a la fiesta de la playa. Tenía

un plan. Bueno, varios. No pensaba fallar, así que había preparado una estrategia para cada escenario posible.

CAPÍTULO 27.

Olivia.

Por lo visto, Alex se había propuesto que probara todos los cócteles del menú. Los dos primeros no me gustaron nada, así que se los regaló a unos desconocidos que pasaban por allí.

Además, hacerme reír era su misión personal y no paraba de contarme chistes malos. Para tomarme un respiro —que estaba segura de que Eli también agradecería—, me acerqué a ella para hablar. Además, tenía que volver a abrirme a la gente y ella era muy agradable.

—Eli, ¿estudias aquí? —pregunté, intentando romper el hielo.

—Sí, estoy en mi último año de Bellas Artes. ¿Y tú?

—Venga, Eli, como si no lo supieras ya —interrumpió Alex con una sonrisa burlona.

Lo miré de reojo.

—Estaba intentando ser educada, capullo.

Así que era verdad que le habían hablado de mí.

—¿Me he perdido algo? —inquirí.

—Es la hija de Joel.

La chica se sonrojó y me sonrió. Claro, de eso me sonaba su nombre: lo había visto en la pantalla de Marco y Joel la había mencionado alguna vez. Menuda memoria de pez la mía.

—Ah, claro, me dijeron que tenía una hija —disimulé.

No iba a decirle que lo sabía porque me habían dicho que ella y Marco follaban en el almacén de la cafetería.

—¿No estabas fuera? —Cambié el rumbo de la conversación.

—Ahora ya sabes quién folla con Marco los domingos en el almacén. —Alex soltó exactamente lo que yo había intentado omitir.

—¡Alex! —le di un golpe.

—¿Qué? No es ningún secreto. Además, si tú no follas en el almacén es porque no quieres —me guiñó un ojo.

—Sí, Joel es mi padre y es amigo de los padres de Alex —explicó Eli, ignorando al rubio—. Han sido él y Marco los que me han hablado de ti.

Ahora que la miraba bien, se parecía bastante a Joel: el mismo tono de piel, el mismo pelo, aunque sus ojos eran casi negros. Por fin entendía la confianza de Alex en la cafetería; no era solo amigo de Marco, sus familias se conocían de toda la vida. O eso parecía dada la relación tan cercana que tenían Eli y él.

—Hola, guapo. —Escuché que decía Eli haciéndome volver a la fiesta.

Me giré y vi a Marco acercándose con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, más feliz de lo que lo había visto en los últimos días.

—¡Sorpresa! —sonrió ella—. ¿Damos un paseo? —le guiñó un ojo.

Marco asintió sin pensarlo dos veces.

—Esa es una manera sutil de decir que van a echar un polvo en cualquier rincón. —Me susurró Alex al oído.

—¿No me digas? —ironicé.

Alex soltó una carcajada mientras Marco y Eli se despedían y se perdían entre la multitud. Me quedé mirando hacia el lugar exacto por donde habían desaparecido más de la cuenta.

—¿Cuál es el café más peligroso del mundo? —preguntó Alex.

Me encogí de hombros, descolocada. Aunque caí en la cuenta rápido al escuchar la respuesta:

—El expreso.

No me reí. Aunque no sé si era por el alcohol, pero me hizo gracia. Alex se rió a carcajadas como si fuese lo más gracioso que había escuchado en la vida. Su risa era contagiosa, pero contuve la mía.

—No tiene gracia. Igual que todos los otros que me has contado. —Levanté un poco la comisura tratando de que no se me escapara una risa.

—Eres demasiado dura.

—Como tu cabeza.

—Eso ha sido ofensivo. —Frunció el ceño.

—Más ofensivo es tener que aguantarte. —Levanté una ceja.

—Tú lo has querido —soltó. Se agachó, me agarró por las piernas y me cargó sobre su hombro como un saco de patatas—. Al agua.

Empecé a patalear y a darle golpes en la espalda para que me soltara.

—¡Discúlpate!

—¡Ni de coña! —lo desafié con mi vista en su increíble culo.

Entró al mar hasta que el agua le cubrió más o menos hasta los muslos.

—Última oportunidad. Arrepiéntete de tus pecados.

—¡Jamás!

—Tú lo has querido.

Se lanzó al agua conmigo cargada en el hombro.

—¡Te odio! —grité en cuanto salí a la superficie, empapada y salpicándolo mientras intentaba mantener el equilibrio.

—Dicen que del odio al amor solo hay un paso, así que supongo que vamos en la dirección correcta. —Rio.

—¡Eso no es así!

—Bueno, supongo que funcionará en ambos sentidos, rubia.

—¡No me llames rubia! —grité furiosa empezando a caminar hacia la orilla. —¡Ni siquiera soy del todo rubia!

—Tienes un rubio especial. —Empezó a acercarse a mí, me cogió por la cintura y volvió a lanzarme al agua.

Se reía sin parar. Y aunque intentaba poner cara de indignada, una risa débil se escapó de mis pulmones. Me lo estaba pasando bien.

Me entró el pánico y mi risa se desvaneció. Eso estaba mal.

—Eres imbécil —dije, poniéndome seria de golpe.

—Y un plasta. —Imitó lo que llevaba un mes entero diciéndole mientras sonreía, parpadeando muy exageradamente.

—Entre otras cosas —murmuré, apretando los labios para no sonreír.

¿Desde cuándo sonreía? Ambos nos quedamos de pie, frente a frente, con el agua por la cintura.

—¿Qué es lo que tienes que te hace tan especial?

—No tengo nada de especial. —Respondí sin un ápice de duda.

—Esa es tu opinión.

Solté una risita amarga. No podía permitirme esto. No podía reírme y sentirme bien de esa manera. Eso estaba mal. No era justo.

—Alex, necesito pedirte un favor.

—Soy todo oídos, rubia de mi corazón. —Sonrió.

—Aléjate de mí. No podemos ser amigos —dije, usando mi tono más frío.

—Estoy de acuerdo. Tenemos que ser más que amigos. —Me provocó, dando un paso hacia mí.

—No. No podemos ser nada —lo esquivé para salir del agua.

Me sujetó del brazo con suavidad.

—¿Por qué? ¿De verdad te caigo tan mal? —La alegría desapareció de sus ojos, dejando ver cierta tristeza—. Pensaba que este mes habíamos conectado. Sé que estoy loco y tú eres muy seria, pero creía que te gustaba estar conmigo.

—Me caes demasiado bien. Y me haces sentir demasiado bien —admití, traicionada por el alcohol—. Y no me lo puedo permitir. No puedo permitirme sentir nada.

—¿Por qué te castigas así?

Negué con la cabeza. No tenía ni idea de nada.

—Deja de hacerlo. Te ayudaré con ello si de verdad quieres.

—No quiero tu ayuda.

—Cuando quieras, estaré aquí para que veas que hay un mundo más allá del dolor.

Caminamos en silencio hasta la arena y nos detuvimos a un par de metros el uno del otro. Lo miré.

—¿Qué hay más allá del dolor? Tarde o temprano, todo se acaba reduciendo a él.

—¿De verdad quieres ver lo que hay? —Se acercó despacio.

—Más dolor. —Di un paso atrás por instinto.

—Te duele lo de tu hermano, ¿verdad?

Asentí. Vaya pregunta más absurda.

—Te duele tanto que te cuesta respirar. Sientes que el mundo se hace más y más pequeño, pero que el dolor sigue creciendo. Y crece tanto que sientes que te engullirá —miró hacia el horizonte—. Lo sé. Llevo un mes viéndolo.

Me quedé helada. Lo había clavado.

—Yo también perdí a alguien —soltó, con una seriedad que jamás le había visto.

—¿A quién?

—A mi novia —se sentó en la arena, sin dejar de contemplar el mar.

No pregunté más. Me senté a su lado, muy cerca de él. Durante el mes que nos conocíamos, nuestras conversaciones se habían reducido a vaciles y discusiones tontas sobre si ver una película de acción o una comedia. Nada profundo.

—Murió en un accidente de tráfico hace tres años —continuó—. Estuve hundido mucho tiempo. Me encerré en mí mismo y no permitía a nadie acercarse a mí. Marco cree que por eso estoy en plena fase de odio a la población femenina. No es así. Siento que rompo todo lo que toco y si alguien se acerca demasiado le haré daño. Por eso fui un capullo en tu primer día. Lo siento.

—No es verdad. —fue lo único que fui capaz de decir.

—Lo sé. Pero es la culpa. —admitió. —Cuando ocurrió, todo el mundo me decía que el tiempo lo cura todo, y yo esperaba un milagro que no llegaba. La culpa y el dolor seguían ahí, exactamente igual que el primer día.

—Lo siento —murmuré. Sabía de sobra de qué hablaba.

—Al final busqué ayuda. Empecé a ir al psicólogo, pero al principio solo sentía frustración. Sentía que remover todo lo que intentaba olvidar no servía de nada y que el dolor no desaparecía. La psicóloga me había explicado cien veces que la terapia no era para eso. Hasta

que un día, después de muchas sesiones, mil pensamientos y reflexiones, acepté que la culpa y el sufrimiento me acompañarían siempre porque la había querido mucho. Entonces ya nunca quise que ese dolor desapareciera.

Se giró a mirarme. En sus ojos no había pena; había tranquilidad.

—Aprendí a vivir con eso, a abrazar mi pena y descubrí que la vida sigue —estiró la mano y la posó sobre la mía. —Nunca se lo había contado a nadie. —confesó.

—Gracias por contármelo, pero yo no soy como tú. No soy tan fuerte —aparté la vista—. Solo quiero no sentir nada. Es la única solución para mitigar el dolor.

No le dije que yo también había probado la terapia, pero conmigo no funcionó porque yo no quería avanzar. Para que te ayuden, tienes que dejarte ayudar, y yo sentía que no me merecía que nadie me tendiera la mano.

—¿Y si estás equivocada? —preguntó con dulzura acariciándome la parte superior de la mano con su pulgar. —¿Y si la solución para mitigar el dolor es sentirlo todo? —clavó sus ojos en los míos y nuestros rostros quedaron a pocos centímetros.

CAPÍTULO 28.

Fernando.

Busqué a Liv por toda la fiesta sin éxito, así que decidí bajar a la arena. Lo último que me esperaba al llegar era encontrarla tan cerca de un chico que le acariciaba la mano. Me acerqué a ellos con paso firme.

—Hola.

Al escuchar mi voz, Liv se puso en pie de golpe, marcando distancia entre sus labios y los del chico, que hacía un segundo estaban a escasos centímetros.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, desconcertada.

—Tú me invitaste.

—Creo que te equivocas.

—¿Eres Fernando Baviera? —interrumpió un chico al pasar a nuestro lado.

Dudé antes de responder. No me apetecía que mi cara ni la de Liv terminaran en las revistas de cotilleos. ¿O quizás era eso justo lo que quería?

Miré al chico que acompañaba a Liv, que esperaba mi respuesta. Era el mismo que había visto en la cafetería, el que entró con toda la confianza del mundo para ayudarla con su trabajo tras plantarle un beso en la mejilla. Los celos me comieron por dentro. No tenía ningún derecho a sentirme así, pero era incapaz de evitarlo.

—Sí. Y soy su mejor amigo.

—Eso no es verdad —Liv arrugó la nariz de esa forma tan suya. Tal y como la recordaba.

El chaval que me había preguntado me miró raro y siguió su camino. ¿Por qué había dicho eso?

—Soy Alex —se presentó el rubio, extendiéndome la mano.

—Fer —se la estreché.

—¿Tú no trabajas hoy? —saltó Liv, como si tratara de librarse de mí.

—No, hoy tengo el día libre —sonreí—. ¿Bailamos una lenta?

—Aquí no ponen canciones lentas —informó Alex.

—Dadme un minuto.

Me di la vuelta y eché un vistazo hasta dar con la cabina del DJ. Liv y Alex habían empezado a alejarse incómodos hacia la multitud. Ella le murmuró algo al oído y eso me crispó del todo. Me fui directo al encargado de la música.

—Te hago una transferencia de diez mil euros ahora mismo si pones canciones lentas hasta que esa chica baile una conmigo. —la señalé.

El chaval abrió los ojos como platos. Conocía a Olivia: si no ponía esa condición, se negaría en redondo.

—Y di por el micro que esta música va a sonar hasta que Olivia baile con Fer. Vamos a meterle un poco de presión.

El chico asintió y le pasé mi móvil para que añadiera sus datos. Le hice la transferencia y me alejé justo cuando empezaban a sonar los primeros acordes de un tema lento.

La pista estalló en abucheos. El DJ cogió el micrófono:

—Sé que no es lo que queréis, pero mi amigo Fer me ha pedido un favor muy especial. Así que, hasta que Olivia no baile con él, no pienso cambiar el ritmo. Y si se va de la fiesta sin hacerlo, la música lenta se queda. Chicos, chicas y chiques, ¡echadme un cable!

Ese toque final me sacó una sonrisa. Al volver junto a Olivia, me estaba fulminando con la mirada. Le tendí la mano con gesto pícaro.

—No lo hagas si no quieres —intervino Alex.

Liv lo miró a él y luego a su alrededor. Todo el mundo tenía los ojos clavados en nosotros. Puso los ojos en blanco, cedió y me cogió la mano.

—Esto es jugar muy sucio —protestó, mirándome con rabia mientras la tomaba por la cintura.

—En la guerra y en el amor...

Volvió a rodar los ojos. La pista entera nos grababa con los móviles. Tenía claro que esos videos acabarían rodando por redes y puede que incluso en alguna portada de prensa rosa. Liv debía pensar lo mismo, porque trataba de esconderse como podía, bajando la cabeza. Alex no nos quitaba la vista de encima con evidentes celos. Olivia se quedó inmóvil, así que la envolví del todo entre mis brazos. Ella correspondió al instante, golpeando su cara contra mi pecho y apretándome con fuerza mientras nos balanceábamos despacio al ritmo de la música. Me acerqué a su oreja.

—Liv.

No respondió.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

Siguió en silencio, pegada a mí.

—La cagué muchísimo. Tendría que habértelo contado todo desde el primer día. Pero me aterraba arruinarte la vida. No quería que renunciaras a nada por mi culpa.

Me apretó aún más fuerte contra ella. Tenía un agarre increíble para lo pequeña que era.

—Siento lo que pasó la noche antes de que te fueras —sollozó contra mi camiseta.

En ese instante me dieron ganas de sacarla de allí. Le hice una señal al DJ para que devolviera la fiesta a su curso y, mientras la gente volvía a darlo todo en la pista, tomé a Liv de la mano y la saqué de allí bajo la atenta mirada de Alex. Echamos a andar hacia la playa. Un déjà vu brutal nos sacudió a los dos, porque sentí cómo se ponía tensa de golpe.

CAPÍTULO 29.

Septiembre. Dos años antes.

Fernando.

Dejamos a Andreas en su casa tan borracho que tuvimos que meterlo en la cama entre los dos. Habían tenido una discusión gorda y ella le había dado la patada. Era la primera vez que veía a Liv tan enfadada, pero sobre todo, era la primera vez que escuchaba a Liv admitir que no lo quería.

Salimos de casa de Andreas y echamos a andar hacia el único pub del pueblo abierto a esas horas.

—¿De verdad no lo quieres? —pregunté mientras caminábamos.

—Lo quiero, pero no estoy enamorada. He estado a su lado en todo, pero hasta yo tengo un límite.

La entendía de sobra. Andreas era mucho más complicado de lo que parecía desde fuera. Era un caos con patas: no sabía qué hacer con su vida, escapaba de sus propios problemas, no soltaba una palabra sobre lo que sentía y se negaba en redondo a reconocer que estaba hundido y pedir ayuda. Y Liv lo había aguantado todo. Cada ataque de inseguridad, cada impulso de comerse el mundo que terminaba en la nada. Era perfectamente lógico que estuviera agotada.

Al llegar al pub, nos cruzamos en la entrada con sus amigas y mis amigos. Como estaban a un paso, ella saludó a mi grupo y me hizo una seña indicando que se iba con las chicas. Asentí con la cabeza.

Al entrar, mis amigos y yo nos colocamos en una esquina. Ellos hablaban, cantaban y pedían copas, pero yo solo tenía ojos para una cosa: mirar a Liv. Estaba en el centro de la pista bailando, cantando a gritos, saltando y riéndose; en resumen, siendo ella.

De pronto, un chico se le acercó y le puso las manos en la cintura. Ella lo miró —parecía conocerlo—, le regaló una sonrisa y empezaron a bailar a milímetros el uno del otro. Él le pasaba las manos por los costados y bailaban rozándose. En un arrebato de celos, sin pensarlo, solté el vaso que me acababa de pasar Rafa sobre una de las mesas y fui directo hacia ella. La cogí de la mano y me miró descolocada. La saqué a la calle, con cuidado, a una zona en la que no solía haber gente. La miré de frente.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada en cuanto la solté.

La había arrastrado fuera sin darle explicaciones, así que la pregunta era normal. Lo que no podía contarle era que me estaba muriendo de celos. Que llevaba años soportando ese veneno, pero que desde que habíamos empezado a tener más confianza, era insoportable el esfuerzo por controlarme. Sin embargo, por mucho que esa chica me pusiera el corazón a mil, estaba completamente prohibida para mí por demasiadas razones.

Pero ahí la tenía, a solas por primera vez en mucho tiempo, y lo único en lo que podía pensar era lo muchísimo que la quería. Llevaba colado por ella desde el primer día, pero me había enamorado de verdad al conocerla.

Sabía de sobra que aquello estaba mal, que mis sentimientos hacia ella no podían ser. Había intentado frenarlos de todas las formas posibles, pero ella me encendía el alma de una manera que ni yo mismo sabía explicar. Me miraba fijamente con esos ojos verdes, esperando una respuesta a su pregunta.

Sin pensarlo dos veces, la agarré por la cintura y la besé. Esa fue mi respuesta.

En cuanto mis labios rozaron los suyos, me invadió el pánico. Jamás en mi vida había sentido tanto miedo al besar a alguien. Miedo al rechazo, miedo a destruirlo todo, miedo a que esos ojos verdes no volvieran a mirarme con esa calidez, miedo a que me diera un empujón y saliera corriendo... Pero entre todas las catástrofes que

imaginé en ese segundo, jamás se me pasó por la cabeza lo que pasó de verdad: me devolvió el beso.

Fue mil veces mejor de lo que me había imaginado. Dulce, cálido, hambriento... Sentí que el pecho me iba a explotar allí mismo. Me recorrió un escalofrío brutal de arriba abajo, como si fuera a deshacerme en sus brazos. Sus labios y los míos se buscaban en una sintonía perfecta, como si lleváramos mil noches haciendo lo mismo.

La apreté contra mi cuerpo con una fuerza casi desesperada. No quería que ese momento se acabara nunca. Quería más: quería quitarle la ropa y follármela en el asiento trasero de mi coche. Joder, con ella quería incluso la charla de después. Pero era imposible. Esa locura tenía que acabar. Necesitaba parar, romper el contacto, distanciarme y buscar una puta forma de sacármela de la cabeza de una vez.

Llevaba años buscando esa salida sin encontrarla, pero tenía que existir. Tenía que haber algo en el mundo que me hiciera olvidar a esa chica de labios carnosos y dulces, diseñados para ser mi tormento personal. Primero por no poder tocarlos, y ahora por ser incapaz de soltarlos.

Era la novia de mi amigo. Vale, su exnovia desde hacía dos horas. Pero eso no cambiaba nada. Pensar en Andreas me hizo apartarme de golpe.

Nos quedamos mirándonos fijamente durante un segundo interminable y la odié. La odié con todas mis fuerzas por hacerme quererla tanto. Odié a sus padres por hacerla tan jodidamente perfecta, con ese carácter, ese corazón y cada rasgo que me volvía loco. Odié cualquier casualidad del universo que la hubiera puesto en mi camino sabiendo que jamás podría estar con ella.

Sin articular palabra, me di la vuelta y me fui. Eché a andar odiándome a mí mismo por traicionar a mi amigo. Me daba asco porque, habiendo millones de mujeres en el mundo, tenía que querer a la misma chica a la que quería mi mejor amigo.

Me sentía la peor basura de la tierra. Porque, por mucho que me hubiera imaginado estar con ella mil veces, todo había sido una fantasía en mi cabeza. Cuando me la imaginaba, ya me remordía la conciencia. Pero ahora la había besado. Era un traidor de lo peor.

CAPÍTULO 30.

Olivia.

En cuanto llegamos al rincón más apartado de la playa, me dejé caer en la arena sin pensarlo. Fer se sentó a mi lado. Guardó silencio unos segundos, como si estuviera sopesando bien cada palabra que iba a decir. De pronto, rompió el silencio.

—No me fui por lo que pasó esa noche, si es lo que piensas.

A decir verdad, sí: siempre había creído que ese beso había sido uno de los motivos de que se marchara como lo hizo.

—Liv, ese beso... —Se interrumpió a sí mismo. —Ese beso fue lo mejor que me ha pasado en la vida —soltó, con la voz temblándole por completo—. Me sentí una basura, me sentí un traidor. Pero, joder, llevaba años enamorado de ti en secreto, sin ser capaz de sacarte de mi cabeza. Me moría por dentro cada vez que te veía con Andreas. Me ponía enfermo de rabia viéndote sufrir por él.

Me quedé helada.

—Tu hermano tenía razón. Estaba loco por ti. Perdidamente enamorado, y tú ni te enterabas —gesticuló con rabia y frustración —. Y lo peor es que sigo en el mismo punto. Te veo y me cuesta hasta respirar, joder. Y tú sigues sin darte cuenta. Sé que está mal, que no debería sentir esto por la ex de un amigo, pero me da igual: es lo que hay.

Intenté articular palabra, pero no me salió ni un hilo de voz.

—¿Y sabes qué es lo más gracioso? Me he pasado dos años enteros intentando olvidarte. Me he emborrachado, me he matado a trabajar, he salido con mil tías y he hecho todas las gilipolleces posibles. Y con ninguna he conectado como conecté contigo la primera noche que nos conocimos, sin ni siquiera tocarnos. No me ha servido de nada —soltó de golpe, recuperando esa sinceridad tan cruda que solíamos compartir—. Y lo siento con toda mi alma. Siento haberme marchado, siento haberte hecho daño, siento no haber estado a tu lado cuando pasó lo de Danilo y siento verte sufrir así. Porque puedes intentar engañar a quien te dé la gana, pero a mí no: te conozco, Liv. Llevas un dolor tan grande encima que te ocupa el cuerpo entero; se te nota en la mirada. No eres capaz de quitártelo de encima, así que finges que no existe para tratar de adormecerlo. Sé que todo el mundo te pide que pases página y hagas como si nada. Finges que lo llevas bien, pero por dentro estás hecha pedazos. Y lo entiendo, porque no se me ocurre nada peor en este mundo que perder a la persona que más quieres como la perdiste tú.

—Sí que hay algo peor —lo interrumpí—. Que una de las personas que más quieres muera en tus brazos sin que puedas hacer nada para salvarla. Y que esa persona sea su propio asesino.

Se me quedó mirando, perplejo. Me abrasó la garganta decirlo en voz alta, pero sentí cómo si una pequeña parte del peso brutal que cargaba encima desde hacía un año se evaporara al pronunciar aquellas palabras.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando llegué a casa, Danilo todavía respiraba. Pero no fui capaz de salvarlo —las lágrimas empezaron a brotar sin control y una presión aplastante me agarró el pecho—. No he sido capaz de contárselo a nadie.

A Fer se le llenaron los ojos de lágrimas, que empezaron a resbalarle por las mejillas. A mí, mientras tanto, empezó a faltarme el aire. Una

sensación más conocida de lo que me gustaría.

—Lo siento muchísimo —sollozó, negando con la cabeza.

—No es culpa tuya —intenté tomar una bocanada de aire—. Otras cosas sí, pero de esto no.

—¿Por qué te lo has guardado todo este tiempo?

Negué con la cabeza, incapaz de responder. El aire no me entraba en los pulmones. La presión en el pecho se volvió insoportable, como si el corazón quisiera reventarme la caja torácica. Mis manos empezaron a entumecerse de golpe y la cabeza comenzó a darme vueltas.

—No te asustes si me desmayo. —Articulé como pude.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Un ataque de ansiedad —me llevé la mano al pecho, intentando recuperar el control—. Busca a Alex... Que me lleve a casa.

Necesitaba alejarme de Fer, y sabía que Alex me ayudaría a llegar a casa, sin hacer preguntas, sana y salva, por muy insufrible que fuera a veces.

La vista se me volvía cada vez más borrosa. Intenté ponerme en pie para salir de allí, tambaleándome bajo la mirada aterrorizada de Fer. Di dos pasos; de repente, el suelo desapareció bajo mis pies.

CAPÍTULO 31.

Fernando.

Vi a Liv desplomarse y reaccioné justo a tiempo para atraparla antes de que aterrizara contra la arena. Aunque me había dicho que no me asustara, verla desmayarse así me acojonó. Y lo peor era intuir que para ella esos ataques eran algo habitual.

La cogí en brazos y noté su corazón desbocado latiendo contra mi pecho; parecía a punto de reventar. Tampoco respiraba con tranquilidad. Incluso inconsciente, parecía inquieta. Se veía tan pequeña y frágil en mis brazos.

Eché a andar con ella a cuestas hasta el coche y la acomodé de lado en el asiento trasero. En ese momento, su móvil empezó a sonar. Miré la pantalla: era su madre. Dudé unos segundos, pero lo dejé sonar. Al momento volvió a vibrar. Esta vez era Andreas e hice lo mismo. Cerré la puerta, fui a buscar a Alex y lo guié rápidamente hasta el coche.

Mientras tanto, mi padre no paraba de bombardearme con mensajes.

—Llévate mi coche —le dije a Alex—. Tengo prisa y no puedo acompañaros. Cogeré un taxi.

Sabía de sobra que, si no daba señales de vida, mi padre iría a buscarme a casa. Y más me valía estar allí esperándolo.

Alex asintió sin pedir más explicación, cogió las llaves y se puso al volante. Era obvio que lo único que le importaba era hacer lo que Liv le había pedido a través de mí y llevarla a casa.

Fui directo a la parada de taxis más cercana y, nada más subirme y darle mi dirección al conductor, el móvil me volvió a sonar en el

bolsillo. Esperaba que fuera mi padre para echarme la bronca, pero, para mi sorpresa, fue el nombre de Andreas el que brilló en la pantalla.

—¿Sí?

—¿Has visto a Liv? —soltó a bocajarro.

¿En serio me llamaba a mí para rastrearla?

—Sí. —Admití, agotado.

—¿Está con algún tío?

—Está conmigo —mentí sin pestañear.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pásamela.

—No puedo, está en el baño —mentí de nuevo.

—Fer, necesito recuperarla —Noté la desesperación en su voz—. Necesito que me perdone. Voy a hacer lo que haga falta, solo quiero otra oportunidad.

Entendía esa necesidad perfectamente. En cierta manera, me encontraba en el mismo punto.

Pero él le había puesto los cuernos, la había hecho sentirse insuficiente y había tirado su oportunidad a la basura. Y yo no pensaba dar un paso atrás otra vez.

—No va a volver contigo. Asúmelo de una vez.

—La voy a reconquistar —insistió—. Solo necesito que me eches un cable y mantengamos alejado a cualquier imbécil que intente acercarse.

Me vino a la cabeza la cara del jodido Alex, la forma en que la tocaba y cómo la miraba hacía media hora. La manera en la que

parecía querer protegerla y cuidarla incluso más que yo mismo. Me mordí la lengua e hice un esfuerzo por apartar esa imagen.

—No voy a hacer eso.

—¿Por qué no? Te lo estoy pidiendo como amigo.

—Porque ese «imbécil» que quiere acercarse soy yo —solté con voz firme—. Y no me voy a volver a apartar.

—Tío, somos amigos, tú no puedes...

—Yo ya me aparté una vez —lo interrumpí—. Y tú la destruiste. No voy a cometer el mismo error —se hizo un silencio denso al otro lado de la línea—. ¿Se lo contaste?

—¿El qué? —fingió demencia, pero los dos sabíamos de sobra de qué hablaba.

—Lo que hablamos el día que me fui.

—Claro que se lo dije.

—Eres un mentiroso —mascullé, apretando el teléfono para no gritar dentro del taxi—. Sabías perfectamente que ella te había dejado y que yo tenía una conversación pendiente con ella. Te lo dije. Lo sabías todo, te callaste y te aprovechaste de la situación para volver a meterte en su vida. Pero esta vez no voy a dejarla escapar. Ni por ti, ni por nadie.

Colgué.

Definitivamente no. No estaba dispuesto a alejarme de ella otra vez. Ni por Andreas, ni por mi padre, ni por ningún chantaje del pasado. Solo me alejaría de Liv si ella misma me lo pedía. No iba a repetir los mismos errores. No ahora, que por fin podía contarle la verdad y arreglar todo lo que rompí.

CAPÍTULO 32.

Septiembre. Dos años antes.

Fernando.

Aporreé la puerta como un desesperado. Sabía de sobra que Andreas estaría K.O. a esas horas, pero tenía literalmente cinco minutos para hablar con él y necesitaba que alguien me abriera la puerta. Amelia, su madre, me abrió finalmente.

—Hola, Amelia. ¿Andreas sigue durmiendo?

—Sí, Fer. Vuelve un poco más tarde —contestó con amabilidad.

—No puedo, lo siento. Me voy de la ciudad y necesito verlo ahora mismo —articulé, con los nervios a flor de piel.

Ella se hizo a un lado, dejándome entrar.

—Ya conoces el camino.

Subí los escalones de tres en tres y me colé en su habitación sin llamar. Estaba tirado en la cama, en la misma posición en la que Liv y yo lo habíamos dejado acostado la noche anterior. El cuarto apestaba a alcohol.

—Andreas —lo sacudí del hombro con fuerza.

Soltó un gruñido, me miró de reojo y volvió a cerrar los ojos con desgana.

—Lo siento, tío, pero no tengo tiempo para esto. Me voy con mi padre. Tengo las maletas listas para ir al aeropuerto y solo me quedan un par de minutos.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó en la cama.

—¿Cómo que te vas con tu padre?

—Es la única salida que me queda. No es decisión mía.

—¿Qué coño está pasando, Fer?

—Te prometo que te lo contaré todo con calma, pero antes necesito hablar con Liv. Tengo una conversación pendiente con ella. Mi padre me ha quitado el móvil, pero el tuyo me lo sé de memoria. Necesito que me des el de...

Un bocinazo impaciente retumbó desde la calle. El coche que mi padre había mandado a por mí me estaba esperando.

—Necesito el número de Liv —completé a toda prisa.

—Te lo paso en cuanto tengas tu nuevo número. Así no hay peligro de que lo pierdas —dijo.

—Gracias —lo agarré e improvisé un abrazo rápido.

Andreas apenas me devolvió el gesto. Lo achaqué a la resaca monumental que debía de llevar encima.

—Van a borrar mis redes sociales y cualquier vía de contacto. Espera mi llamada, ¿vale?

El claxon volvió a sonar con más insistencia.

—Sé que habéis roto, pero avisa a Liv de que la llamaré muy pronto. Adiós, Andreas.

Me levanté de la cama y salí corriendo por donde había entrado.

CAPÍTULO 33.

Septiembre. Dos años antes.

Olivia.

Subí a mi habitación como un rayo, me hice un ovillo sobre la cama y rompí a llorar. Me comía la rabia, la impotencia, la sensación de traición... Había confiado en Fer. Creía que, pasara lo que pasara entre nosotros, éramos amigos, y se había marchado sin decir nada.

Mientras trataba de ahogar los sollozos recostada en mi almohada, vi una sombra en la puerta. Ni me había dado cuenta de que se había quedado entreabierta. Me incorporé corriendo, secándome la cara con las manos.

—Tranquila, Livi, soy yo —dijo mi hermano Lan al entrar.

Cruzó el cuarto a pasos agigantados y me envolvió en un abrazo apretado.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Ayer Fer me besó —solté, incapaz de frenar el llanto.

—Ya era hora, ¿no? Tampoco es para ponerse así —bromeó—. ¿Tan mal se le da?

—Después de besarme, salió corriendo —recordé el momento exacto en que lo vi alejarse en la oscuridad—. Pero lo peor no es eso, Lan. Lo peor es que se ha marchado del pueblo —dije, con una rabia amarga—. Se ha ido con su padre y ni siquiera se ha despedido de mí.

Mi hermano deshizo parte del abrazo para mirarme a la cara. Tensó la mandíbula al instante.

—Había dejado a Andreas, Lan —admití, con un nudo en la garganta —. Pero estaba tan borracho y hoy lo he visto tan destrozado que no me he atrevido a hablar con él. No puedo hacerle eso ahora.

—¡Joder, Liv! ¿Puedes parar de hacer eso? —saltó, molesto.

—¿De hacer qué?

—De sentirte responsable de cómo se siente todo el mundo. Cada uno lleva sus mierdas como puede; no es culpa tuya. Eres demasiado buena y a veces hay que ser un poco egoísta. Que Andreas lo está pasando mal, vale, pero no quieres estar con él. No tienes que hacerlo solo para que se sienta mejor. ¿Qué es lo que quieres tú?

—Solo quiero que la gente no sufra por mi culpa —bajé la mirada.

—No eres responsable de todo el sufrimiento ajeno, Liv. Tú no has hecho nada. ¿Qué sientes tú? ¿Estás enamorada de Andreas?

Me quedé en silencio. La respuesta flotaba en el aire.

—Deja de anteponer las necesidades de los demás a las tuyas.

Asentí despacio.

—Prométemelo —exigió—. Prométeme que vas a vivir tu vida como a ti te dé la gana, sin cargar con lo que sientan o hagan los demás —hizo una pausa, mirándome fijamente a los ojos—. Está bien que te importen, claro que sí, pero no son tu responsabilidad. Que sean felices depende de ellos, no de ti.

—Te prometo que es la última vez —sorbí la nariz.

Rodó los ojos.

—Veo que no voy a sacarte más que eso —suspiró, volviendo a abrazarme.

—Te quiero mucho, Lan.

—Y yo a ti, Livi. Y no soy el único que te quiere, créeme. Por eso estoy seguro de que Fer debe tener una explicación para todo esto.

No dije nada.

—Aunque te lo calles, sé perfectamente lo que sientes. A veces te conozco mejor que tú misma.

Danilo no se separó de mí en todo el día. De tanto llorar me quedé traspuesta en la cama y él se durmió a mi lado. Cuando nos despertamos, bajó a por helado de chocolate y nos dimos un atracón viendo películas. Caleb se unió al rato y entre los dos se dedicaron a mimarme.

Eran mi refugio. Ellos. Tenerlos cerca y saber que, aunque el mundo se desmoronara o yo la cagara con mis decisiones, siempre iban a estar ahí para sostenerme. Apoyándome, cuidándome... Sabía que harían cualquier cosa por mí, igual que yo daría la vida por ellos. Aunque a veces discutiéramos o nos desquiciáramos, no había pelea en el mundo capaz de pasar por encima del amor que nos teníamos.

—Os quiero un montón —admití, mientras me robaban cucharadas de helado.

—Y nosotros a ti. —Caleb me plantó un beso en la mejilla, dejándome un pegote de chocolate.

—Lo decís porque mi cuarto es el único con tele y no queréis que os eche, ¿verdad? —bromeé.

—Nos ha pillado, Leb —se rio Danilo.

Los tres soltamos una carcajada. Pasamos la tarde entre pelis, helado y abrazos hasta que cayó la noche. Escuchamos a mamá y papá entrar en casa y subir las escaleras. Oímos cómo abrían la habitación de los chicos y, al no encontrar a nadie, asomaron la cabeza por la mía.

—¿De verdad estáis los tres aquí metidos? —preguntó mamá desde el marco.

Asentimos, sonriendo como tontos.

—¿Pensáis madurar en algún momento? —rio papá.

—Estos dos no tienen pinta —le rasqué la cabeza a Lan—. Se pasan el día pegados a su hermanita mayor.

—¿Qué le vamos a hacer? No sabemos vivir sin ti —se rio él.

—Comprensible, la verdad —me pasé la mano por el pelo, dándome aires.

—Menuda engreída —bufó Leb.

—Un respeto a tus mayores —me abalancé sobre él para hacerle cosquillas.

—¿Vais a bajar a cenar o qué? —preguntó papá, riéndose de la escena.

Los tres negamos con la cabeza a la vez.

—¿No queréis venir aquí con nosotros? —preguntó Caleb dando unos golpecitos sobre sus piernas mientras se reía.

Nuestros padres se miraron, no se lo pensaron dos veces y se tiraron encima de nosotros, aplastándonos entre risas. Empecé a hacerle cosquillas a papá con la ayuda de Leb, mientras Lan se encargaba de mamá. El cuarto se llenó de carcajadas, empujones y chistes malos. Y así, sin más, un día de mierda se convirtió en una tarde perfecta solo por ver a mi familia junta y feliz.

Cuando terminamos rendidos, amontonados unos sobre otros en la cama, Lan sacó el móvil.

—¿Foto familiar?

Nos apretamos un poco más y sonreímos a la cámara. La felicidad se veía reflejada en nuestros ojos. Al menos, en los suyos.

—Nah, así queda muy sosa. Poned vuestra mejor cara. —Pidió Lan, poniendo una mueca horrible.

Todos lo imitamos. La foto quedó ridícula y divertida a partes iguales. Le gustó tanto a Danilo que la mandó imprimir y se la regaló a mis padres por su aniversario unos días después. Como de

costumbre, me pidió que le redactara algo emotivo para copiarlo él por detrás con su letra. Decía que a mí se me daba bien emocionar con las palabras.

Mis padres la enmarcaron y la pusieron en el mueble del salón, a la vista de todo el mundo. Eran increíbles. Mi familia entera lo era.

CAPÍTULO 34.

Olivia.

Llegué a casa. Entré en el salón y allí estaba mi hermano, empapado en sangre. Intenté taparle las heridas, grité, pedí ayuda desesperadamente... pero murió.

Sentí unas sacudidas en el hombro.

—¡Eh! Tranquila, estás soñando —escuché una voz familiar.

Abrí los ojos y me incorporé de golpe. Alex estaba sentado al borde de lo que parecía una cama. Me pasé la mano por la cara, húmeda por las lágrimas, pero él se adelantó y me las secó con suavidad.

—Estoy contigo. Estás a salvo.

Tenía la boca seca como una lija y la cabeza me daba vueltas. Eché un vistazo alrededor, tratando de enfocar entre la nebulosa de mis lágrimas.

—¿Dónde estamos?

—En nuestra casa —bromeó con una sonrisa tibia—. En tu cuarto, concretamente. Tu amigo Fer me ha dejado las llaves de su coche y me ha explicado lo que te ha pasado. He dejado las llaves en la mesilla, por si viene a por ellas, y el coche está aparcado justo enfrente del supermercado —me miró con cierta preocupación—. ¿Cómo estás?

Entonces recordé la falta de aire en la playa, la sensación de que me caía y cómo todo se desvaneció. No sabía si me preguntaba por el ataque de ansiedad o por las pesadillas.

—Solo ha sido un ataque de ansiedad.

—¿Y la pesadilla?

Negué con la cabeza, apretando los labios.

—Vale. Te dejo descansar —dijo, empezando a levantarse de la cama.

—No —lo agarré de la muñeca.

—Si en algún momento necesitas hablar...

—Mi hermano. Supongo que Marco ya te habrá contado que él... —Asintió con la cabeza, ayudándome a no tener que terminar la frase —. Tengo pesadillas con ello casi todas las noches.

—Tú... —Dudó un segundo—. ¿Lo viste?

Después de un año entero tragándomelo, por fin lo había dicho. Sabía que con Alex me resultaría más fácil que con Fer. Él no había pasado por lo mismo, pero sí que sabía lo que era perder a alguien de repente. Si había alguien capaz de entender el vacío, aunque no fuese del todo, era él.

Estiré el brazo y abrí el cajón de la mesilla. Cogí un ansiolítico y me lo tragué sin agua. Alex me observó en silencio. Respiré hondo.

—Fui yo quien lo encontró —dije, fijando la mirada en mis propias manos para no desmoronarme.

—Joder... —murmuró, con voz triste.

—¿Tú viste a tu novia cuando pasó?

Negué con la cabeza.

—Iba con sus padres en el coche. Ella murió en el acto y su madre a las pocas horas en el hospital. Solo sobrevivió su padre. A mí me avisaron bastante después.

—Lo siento. No quería hacerte recordar eso —murmuré, sin levantar la vista. Me aterraba mirarlo y que se me cortara la voz.

—¿Qué pasó, Liv? Si no quieres hablarlo, lo entiendo —sus palabras fueron cálidas y sinceras. —Pero cuando quieras, estaré aquí para escucharte.

Sabía que jamás me haría hablar de nada que no quisiera. Era paciente y amable y eso se lo agradecía de corazón. A pesar de nuestros piques, ese lado suyo siempre estaba presente.

—Nunca se lo he contado a nadie. Si en algún momento quieres que pare…

Alex posó sus manos sobre las mías y me obligó a mirarlo. Sus ojos se veían de un azul mucho más claro que cuando los posó sobre mí el primer día. Me transmitía una calma brutal cuando me miraba así. Aunque seguía tratando de averiguar de qué color eran realmente sus ojos. En la playa eran más verdes.

Sabía que Alex podía ser un idiota redomado cuando se lo proponía, pero escondía un fondo empático y amable. Volví a bajar la vista; si mantenía el contacto visual, no me saldrían las palabras.

—Cuando entré en casa, estaba tirado en el suelo del salón. Luchaba por mantener los ojos abiertos y apenas respiraba. Se había cortado las venas. Había sangre por todas partes y el cuchillo estaba tirado en un rincón. Grité como una loca y me tiré a su lado. Me rompí la camiseta, sigo sin saber cómo, y le hice un torniquete en cada brazo. Después me la quité y presioné las heridas mientras marcaba el 112. Él intentaba decirme algo, intentaba mantener los ojos abiertos... Yo le suplicaba que aguantara. Cada vez había más sangre. Los sanitarios y la policía tardaron menos de diez minutos. Lo intentaron todo, pero murió allí mismo.

Alex se quedó petrificado, escuchándome sin pestañear. Yo sentía un nudo insoportable en la garganta y el rostro cubierto de lágrimas, pero, al mismo tiempo, compartir esa escena me ayudaba a sacar un poco del peso que sentía que cargaba.

—Mis padres estaban con Caleb en una competición de judo fuera del pueblo y habían cogido una habitación para pasar la noche allí.

Los del SAMU se llevaron el cuerpo e insistieron en darme un calmante porque decían que estaba en estado de shock. La policía avisó a mis padres e hizo las investigaciones necesarias. Me preguntaron mil veces si podían dejarme sola. No lloraba, no hablaba... solo asentía. En cuanto se fueron y me quedé sola, me puse a limpiarlo todo. Fregué la sangre de mi hermano y tiré a la basura todo lo que usé. Cuando mis padres llegaron a la mañana siguiente, solo les dije que me lo había encontrado en el suelo y que llamé a emergencias. Nunca les dije que aún respiraba cuando llegué, ni que limpié su sangre, ni cómo fue. Nunca llegaron a verlo; tras la autopsia no nos dejaron abrir el ataúd. Supieron lo que había pasado por el informe forense y dieron por hecho que la policía se había encargado de limpiar el salón.

Alex me limpió las lágrimas con el pulgar, en silencio, sabía que no decía nada por temor a que no pudiera seguir si lo hacía.

—No quería causarles más dolor. No quería que se preocuparan por mí o, peor, que me culparan. En el tanatorio ni siquiera fui capaz de soltar una lágrima. Tardé meses en poder llorar. Mientras la gente venía a darme el pésame y veía a mi familia destrozada, en mi cabeza solo se repetía una y otra vez la escena de Danilo muriéndose en mis brazos. Esa misma noche empezaron las pesadillas y ya no pararon. Cada vez que cierro los ojos, mi hermano vuelve a morir y yo sigo sin poder salvarlo —se me quebró la voz y Alex se inclinó para envolverme en un abrazo apretado—. Ni siquiera dejó una nota —sollocé contra su hombro—. Nada. He repasado cada conversación, cada gesto de sus últimos días, y sigo sin entender por qué. No saberlo es un infierno. Una tortura que también forma parte de mis pesadillas —tomé aire para poder articular palabra—. Me llamó al móvil media hora antes de que yo llegara a casa... y no se lo cogí. Estaba discutiendo con Andreas y pensé que después le devolvería la llamada. Me carcome la culpa porque, si hubiera descolgado el teléfono, tal vez las cosas habrían sido diferentes. ¿Y dices que la solución es sentirlo todo? Si dejara salir todo lo que me provoca la muerte de mi hermano, me

destruiría. Porque el día que por fin pude llorar, lo único en lo que pensaba era en seguir sus pasos.

Sentí cómo Alex se tensaba bruscamente contra mí.

—Sé lo que piensas: ¿cómo podía plantearme hacer algo así después de ver todo lo que la muerte de mi hermano había provocado? Sentía que era la única manera de escapar del dolor. Pero no lo hice. No pude. No por mí, sino por mi familia. Por ellos es por lo que nunca lo haré, aunque sea lo único que puede librarme de toda esta mierda.

—Esa nunca es la salida, Livi —Alex deshizo el abrazo y me miró fijamente con esos ojos imposibles, entre grises y azules, que parecían cambiar según lo que sintiera.

Hacía años que nadie me llamaba "Livi". En su mirada no vi compasión ni lástima; vi una admiración profunda que me descolocó por completo.

—Lo que te pasó es terrible y nada va a cambiarlo, pero sentirlo te ayudará a sanar. Permitirte sentirlo todo. Y no hablo solo del dolor. En la vida hay más cosas, como por ejemplo pasión. ¿Qué es lo que te apasiona?

—Antes me apasionaba escribir. Pero desde que él no está, no he sido capaz escribir ni una frase.

—Déjate sentir. Siente rabia, siente alegría, siente deseo, siente lo que sea... pero siéntelo. Aunque duela. Es mil veces mejor estar triste que anestesiada. Si te quedas vacía, no tienes nada que contar. Y si no tienes nada que contar, no puedes escribir.

Lo miré. Era fácil hablar con él. Detrás de esa fachada de payaso sin remedio había alguien que había bajado a sus propios infiernos y había aprendido a salir de ellos sin perder la sonrisa.

Definitivamente, era un plasta, pero, como él mismo había dicho en alguna ocasión, era mi plasta. En ese momento, me sentía más a salvo con él que con cualquier otra persona en el mundo.

—¿Te quedas conmigo hasta que me duerma? Por favor.

—Claro que sí, rubia —se acomodó a mi lado en la cama. —Siempre. —susurró.

Me apoyé en su pecho con naturalidad, como si lo hubiera hecho mil veces. Necesitaba estar bien. Necesitaba sanar y poder seguir con mi vida sin que ese dolor fuese el centro de ella.

—¿Me ayudarás a sentirlo todo?

Me acarició el pelo despacio.

—Tus ojos van a volver a brillar como estrellas, ya lo verás.

Deseaba creerlo. Me quedé dormida sin darme cuenta, escuchando el latido constante y tranquilo de su corazón.

CAPÍTULO 35.

Fer.

El eco del portón al cerrarse me hizo bajar las escaleras a toda prisa. Sabía perfectamente quién era: solo Gael y mi padre tenían llaves de la casa, y Gael estaba disfrutando de su día libre.

Le había contestado a los mensajes, pero me imaginaba que mis respuestas no habían sido satisfactorias. Tampoco me pillaba de nuevas; jamás le parecía bien nada de lo que decía o hacía. Cuando llegué al piso de abajo, lo encontré a dos pasos del primer escalón.

—Iba a subir a buscarte —dijo, con esa voz fría y cortante que tanto odiaba—. Tenemos que hablar.

—Vamos al despacho.

Caminamos en silencio hacia la estancia. Hablar en un despacho con tu propio padre suena distante, casi de película, pero la realidad era que nunca habíamos tenido una relación normal. Para él, yo no era más que una pieza en su tablero de negocios; el peón que debía perpetuar su apellido y su legado.

Nos adentramos en el cuarto y cerré la puerta tras de mí.

—¿Quién es esta chica? —me espetó, plantándome la pantalla del teléfono en la cara.

Era una foto mía abrazando a Liv en la playa. Por suerte, ella salía de espaldas y no se le veía la cara.

—Sales en todas partes, Fernando. La prensa no habla de otra cosa que de tu «nuevo romance». Y no precisamente para bien; lo que está llamando la atención es ver al heredero del imperio Baviera en una fiesta de mala muerte mezclándose con gente ordinaria.

—No es nadie.

—¿Otra vez, Fernando? —me recriminó, dando un paso al frente—. Ya tuvimos esta conversación. No puedes permitirte el lujo de estar con una chica cualquiera. Necesitas a alguien a la altura de tu apellido y tu estatus. Acuéstate con quien te dé la gana, pero con discreción y entre cuatro paredes. ¿Es que no aprendiste nada de lo que pasó con aquella chica?

—Aprendí de sobra, papá. Y por si se te ha olvidado, ella es el único motivo por el que accedí a venir contigo. Si no me hubieras amenazado con hacerle daño, yo jamás...

—Tú jamás habrías entrado en razón —completó la frase por mí.

Lo fulminé con la mirada. Ambos sabíamos perfectamente que esas no eran las palabras que iban a salir de mi boca.

—Si vuelves a dejarte ver con una muerta de hambre en los medios, te juro que haré que esa chica lamente el día en que nació —sentenció. Se giró para dirigirse hacia la salida, pero al rozar el pomo

se detuvo y me miró por encima del hombro—. ¿O es que crees que no sé quién es?

—¿Qué? —pregunté, sintiendo sus palabras como un jarro de agua fría.

—Sé que está aquí. Sé donde vive, sé en qué cafetería trabaja, en qué máster se ha matriculado a cursar y hasta quién la acompaña a hacer la compra... Lo sé absolutamente todo, Fernando. Así que te vas a alejar de ella o esta vez no me limitaré a cerrarle las puertas para que no encuentre trabajo o no la acepten en ninguna facultad. Haré algo mucho peor. Y sabes de sobra que tengo el poder suficiente para destruirla sin despeinarme.

Sentí cómo se me rompió el pecho en mil pedazos. De nuevo mi padre me amenazaba con hacer lo único que sabía que podía provocar que yo me alejara de Liv: Dañarla.

CAPÍTULO 36.

Olivia.

El timbre del telefonillo me despertó. Abrí los ojos adormilada, sin rastro de pesadillas por primera vez en un año. Enroscado a mí estaba Alex. Lo aparté despacio, intentando no despertarlo. Tenía los labios rojos e hinchados de dormir y un gesto de tranquilidad indescriptible.

Cuando me apoyé en su pecho la noche anterior, no presté atención al hecho de que no llevaba camiseta, pero en ese momento tenía delante de mí el espectáculo de su torso al descubierto. Habría podido quedarme mirándole los pectorales y los abdominales durante horas sin cansarme. El segundo zumbido del interfono me salvó de mi propia mente pervertida, que llevaba ya demasiado rato contemplándolo. Me deslicé fuera de la cama y fui a contestar.

—¿Quién es? —pregunté, frotándome los ojos.

—Andreas —soltó la voz al otro lado.

Se me paró el corazón.

—¿Andreas? —repetí, descolocada.

—Sí, Liv. Ábreme —ordenó.

Apreté el botón por puro acto reflejo, convencida de que la cabeza me estaba jugando una mala pasada. Llevaba aquí apenas un mes; no tenía ningún sentido que se plantara en mi puerta sin avisar. Pero a los dos minutos lo vi cruzar el umbral.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunté, más agresiva de lo que pretendía.

—He venido a recuperarte.

Lo miré con absoluta incredulidad. Habíamos tenido esa conversación hasta la saciedad: sabía de sobra que no había ni una sola posibilidad entre nosotros y que jamás volvería con él. Me costó mil discusiones que lo entendiera, hasta que le di un ultimátum: o aceptaba ser amigos o desaparecíamos del mapa del otro.

—No hay nada que recuperar, Andreas. Te lo he dicho un millón de veces. Me hiciste muchísimo daño y bastante hago con ser capaz de mirarte a la cara.

En lugar de escucharme, me ignoró y echó a andar por el pasillo hacia mi cuarto como si la casa fuera suya. Supuse que recordaba qué habitación era la mía por las fotos que le mostré en la web cuando lo alquilé.

Empujó mi puerta y, al ver que se quedaba paralizado, corrí hacia él recordando al chico semidesnudo que había acostado en mi cama.

—¡Vaya, veo que no has perdido el tiempo!

—No eres nadie para hablarme en ese tono —lo frené en seco—. Solo hemos dormido —aclaré, aunque me arrepentí de darle explicaciones al instante.

—Venga ya, Liv. Tú no duermes con nadie; ni siquiera dormiste una vez conmigo en la misma cama cuando estábamos juntos.

Alex se incorporó despacio en el colchón y nos miró.

—He dormido con mis hermanos mil veces —protesté.

—¡Pero este no es tu hermano! Por Dios, si ni siquiera te gusta dormir con tus amigas.

—Definitivamente, este no era el despertar que esperaba —soltó Alex con su ironía habitual.

La voz de Danilo me retumbó en la cabeza como un eco clarísimo: «Deja de sentirte responsable de los sentimientos de todo el mundo. Tienes que ser un poco egoísta. ¿Qué es lo que quieres tú?». Alex se

desperezó y terminó de abrir los ojos. Yo tenía clarísimo lo que quería en ese momento: que Andreas se largara de mi piso.

—¡Eres una puta falsa! —me gritó Andreas, pasando de Alex por completo—. ¡Haciendo el papelón de que estás hundida por tu hermano el suicida mientras te acuestas con el primero que pasa!

El impulso me cruzó el cuerpo y le di un bofetón. No escuché a Alex saltar de la cama o moverse hacia mí, pero al segundo lo tenía a mi lado.

—No le hables así —soltó Alex, apretando los puños con la cara más seria y cabreada que le había visto.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú? ¿Quién coño eres para meterte, su chulo?

—Soy el que te va a reventar la boca si no la cierras ya —dio un paso al frente.

Le puse una mano en el pecho, lo miré a los ojos y retrocedió un milímetro, entendiendo que era mi pelea, pero sabía que aun así no iba a alejarse.

—No deberías estar aquí. —Volví a centrarme en mi ex. —Déjame en paz de una puta vez, Andreas. No vamos a volver nunca. Y si no eres capaz ni de ser mi amigo, seremos dos desconocidos, pero necesito que pares. —Soné y me sentí más valiente de lo que lo había hecho en mucho tiempo —. Tú y yo no somos nada. Y si me acuesto con él o solo duermo, no es tu puto problema, ¿te queda claro? —alcé la voz, fuera de mí—. Ahora hazme el favor de largarte de mi casa y déjame seguir fingiendo que estoy de luto por mi hermano. Porque claro, qué tontería que me duela que esté muerto.

—Lo siento, Liv... —Reculó, suavizando el tono.

—¡Tus disculpas me importan una mierda a estas alturas! ¡Haces siempre lo mismo y estoy harta de ti y de tus dramas! —suspiré, intentando no hiperventilar—. Así que vete a la puta mierda un ratito, Andreas.

—¿Me das permiso para sacarlo de aquí, rubia?

Marco apareció por el pasillo en calzoncillos, frotándose los ojos.

—¿Se puede saber qué cojones son estos gritos a estas horas de la madrugada? —se quejó, con cara de pocos amigos. Eran más de las doce. Miró a Alex semidesnudo, me miró a mí y se fijó en Andreas—. ¿Y tú quién coño eres?

—Un gilipollas —respondió Alex con total naturalidad.

Andreas dio un paso violento hacia él y me crucé en medio.

—Andreas, fuera —lo empujé hacia el salón mientras Marco y Alex nos seguían.

—¿En serio te gusta este tío? —señaló a Alex—. ¿Te lo quieres follar?

—¡No es asunto tuyo!

—¡Quiero saberlo!

—Y yo —añadió Alex, guiñándome un ojo con una sonrisa descarada —. Vamos, rubia, no te cortes.

¿Que si quería acostarme con Alex? Pues probablemente más que con Andreas. ¿Que si me gustaba? Probablemente mucho más que Andreas. La comparación daba risa. En un mes, Alex me había escuchado, se había preocupado por mí, había hablado conmigo de cosas muy duras, muy personales, incluso me había hecho reír. Y eso era más de lo que podía decir de Andreas desde que lo conocía.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, pero no me moví. Andreas no tenía derecho a exigir nada. Me hervía la sangre.

—Aunque a ti solo te importa saber a quién me meto o no entre las piernas, te voy a aclarar una cosa: hay vida más allá de eso. Tú y yo follábamos de puta madre, sí, pero eres tan jodidamente egoísta que es imposible tener una conversación contigo. Desde que te conozco, jamás he hablado contigo como con Alex. Nunca me has escuchado ni comprendido como él —solté cada palabra recordando nuestro día anterior en la arena y la paz que me dio estar a su lado cuando me

desperté en la cama después de desmayarme—. Y eso que él solo me conoce hace un mes. Eso dice bastante de ti. Así que sí: me gusta Alex. Me gusta que me escuche, que intente entenderme, que me apoye… —le escupí con verdadero asco, sintiéndome más fuerte que nunca—. Y ya que tienes tantas ganas de saber si me lo quiero tirar, te lo aclaro: me acostaría con él mil veces antes de volver contigo.

CAPÍTULO 37.

Fer.

Al día siguiente, casi a mediodía, me fui directo al piso de Liv. Pasé primero por la cafetería para asegurarme de que no estaba trabajando. Tenía que recuperar las llaves de mi coche y, sobre todo, tenía que explicarle todo lo que estaba pasando antes de volver a apartarme de su vida. No quería. De verdad que me mataba por dentro, pero el pánico a lo que mi padre pudiera hacerle me ataba de manos. Aun así, no cometería el mismo error; esta vez iba a despedirme.

Llamé al interfono y respondió su compañero de piso, Marco. Subí las escaleras a zancadas y, al cruzar la puerta, me topé con la reina de las sorpresas. Y no me refiero a la mirada cansada de Liv, ni al tal Alex sin camiseta, exhibiendo esa sonrisa autosuficiente. La sorpresa era Andreas, plantado en mitad del pasillo con una maleta a los pies.

Se giró hacia mí.

—¡Fer! —exclamó con efusividad fingida—. Cuánto tiempo, tío —se acercó y me plantó un abrazo.

Sentí un escalofrío. ¿Cómo cojones podía alguien ser tan cínico? ¿De verdad este tío había sido mi mejor amigo durante años?

—Olivia —dije, deshaciéndome del abrazo sin mirarlo—. Vengo a por mi coche.

Andreas me fulminó con la mirada. Ella simplemente asintió en silencio y se metió en su cuarto. En el salón se instaló una tensión insoportable: Andreas mirando a Alex como si quisiera destriparlo; Alex devolviéndole la mirada con una chulería tranquila, y Marco frotándose los ojos, luchando por no quedarse dormido de pie.

Por suerte, Liv no tardó en reaparecer.

Me tendió las llaves.

—Está aparcado enfrente del supermercado, a dos calles.

—¿Te importa acompañarme? —pedí—. No me conozco el barrio y prefiero no pasar media hora dando vueltas.

Asintió sin ganas y me indicó la salida con un gesto de cabeza.

—Os acompaño —se adelantó Andreas, dando un paso al frente al mismo tiempo que Alex decía que él también venía.

—¡No! —gritó Liv, cortándolos en seco antes de que yo pudiera abrir la boca—. Tú te quedas aquí —le ordenó a Alex, apuntándolo con el índice—. Y tú, te vas. —Señaló a Andreas. —Me da exactamente igual si vuelves al pueblo, si te vas a un hotel o si duermes en un banco del parque, pero cuando yo regrese no te quiero en mi casa.

—Teniendo en cuenta que hace poco querías echarme, diría que nuestra relación va viento en popa, rubia —sonrió Alex, ganándose una mirada fulminante de Liv.

Ella no parecía estar para bromas de nadie.

—¿Y adónde pretendes que vaya? —protestó Andreas, indignado—. He dejado el trabajo y me he venido hasta aquí por ti. ¿Y así me lo pagas?

—A mí no me eches la culpa de la mierda que tienes en la cabeza. Yo no te he pedido nada de esto. Así que, como te he dicho, me da igual dónde vayas, pero te vas.

Nunca la había oído hablarle así a Andreas. Se acercó a mí, me agarró del brazo y me guio hacia la puerta. En cuanto la cerró a sus espaldas, me soltó y nos metimos en el ascensor. Bajamos en un silencio denso, de esos que sofocan, hasta que salimos a la calle. Fue entonces cuando me armé de valor.

—Tenemos que hablar —le dije mientras echábamos a andar por la acera—. Y mucho.

—No tenía ni idea de que se iba a presentar aquí. A veces siento que no me voy a librar de él en la vida —suspiró, pasándose una mano por la cara—. Danilo tenía toda la razón. Jamás seré capaz de vivir mi propia vida porque sigo anteponiendo lo que quieren los demás a lo que quiero yo.

—¿Y qué es lo que quieres tú, Liv?

Se detuvo y me miró fijamente. Por un instante, hubo un destello en ellos que me recordó a lo que un día fueron, pero tal y como apareció, se desvaneció y Liv se encogió de hombros.

—Lo creas o no, a mí siempre me va a importar lo que quieras. Aunque quizá, después de la conversación que tenemos pendiente, dejes de creerlo.

Liv se quedó parada en seco, observándome con intriga.

—Tu coche —dijo, señalando el vehículo—. En algún momento hablaremos. Pero hoy no.

Se dio media vuelta y echó a andar sin mirar atrás.

Lo que ella no sabía era que tal vez ese momento no llegara nunca. Tenía la certeza de que mi padre no estaba marcándose un farol y cumpliría su amenaza. Y si la única forma de mantenerla a salvo era apartarme, me mantendría lejos de ella costara lo que costara.

CAPÍTULO 38.

Olivia.

Regresé al piso y, para mi inmenso alivio, Andreas ya había recogido sus cosas y se había marchado. Alex y Marco charlaban en el salón, pero pasé de largo sin saludar siquiera y me encerré en mi habitación. Me puse a repasar la guía docente de cada asignatura del máster, una por una. Era una tontería, pero necesitaba desesperadamente mantener la cabeza ocupada.

Quería apagar los pensamientos sobre Andreas y sobre Fer. En el fondo, venir a esta ciudad había sido mi forma de poner tierra de por medio con el pasado. Sabía que la herida de mi hermano me acompañaría dondequiera que fuese, porque era algo de lo que no podía escapar. Pero daba por hecho que Fer pertenecía a una etapa superada y que, con la distancia, Andreas terminaría por asimilar que lo nuestro estaba muerto. Sin embargo, parecía que las personas como yo estábamos condenadas a cargar con todo lo que intentábamos dejar atrás; mis fantasmas no solo me habían seguido, sino que parecían coger más fuerza en el presente.

Se hizo de noche. El murmullo de la televisión llegaba atenuado desde el salón cuando mi teléfono empezó a sonar sobre la mesilla. Me levanté del escritorio, fui a buscarlo y descolgué.

—¡Olivia Molina González! —exclamó mi madre al otro lado, con un tono que auguraba tormenta.

En ese instante supe que estaba en apuros. Me dejé caer en el borde del colchón, sintiendo el cuerpo pesado.

—Hola, mamá.

—De «hola, mamá» nada. Ayer te llamé y no me cogiste el teléfono, y hoy he pasado todo el día mandándote mensajes sin respuesta. Tu padre y yo estábamos a punto de coger el coche e irnos a buscarte.

—Mamá —dije, endureciendo la voz. Recordé a Danilo, pensé en todos y cada uno de los consejos que me había dado y decidí empezar a aplicarlos. —No podéis poneros así solo porque pase un día sin contestar. Entiendo que os preocupéis, pero hemos hablado prácticamente a diario desde que llegué. Si hay un día que no respondo, es sencillamente porque estoy ocupada. ¿No queríais que intentara hacer vida normal? Pues eso estoy haciendo, así que dadme un poco de cancha, por favor.

Un silencio tenso se apoderó de la línea. Tuve que mirar la pantalla para comprobar que no se había cortado. Desde que Danilo se fue, mis padres —y mi madre en particular— se habían vuelto obsesivos. Subían a nuestras habitaciones a cada rato, nos cosían a mensajes si salíamos de casa y exigían saber cada detalle de nuestras vidas. Y los entendía. Sabía que perder a un hijo era el golpe más devastador que alguien podía sufrir, por eso jamás me había atrevido a protestar. Si a mí me destrozaba la ausencia de mi hermano, el dolor de mis padres tenía que ser un abismo insondable; al fin y al cabo, Danilo era parte de ellos.

Pero si de verdad quería salir a flote y aprender a convivir con el dolor sin que me asfixiara, tenía que hacerles entender que su hipervigilancia me estaba ahogando. Había pasado un año entero poniéndome en su lugar, entendiéndolos y respetando su luto, pero ahora necesitábamos encontrar un equilibrio con el mío propio.

—Mamá —tragué saliva, sintiendo un nudo amargo en la garganta—. Sé que lo de Lan nos afectó mucho a todos. Sé que te preocupas por mí y que jamás vas a dejar de hacerlo, porque eres mi madre y me quieres. Pero necesito un poquito de espacio para volver a ser todo lo normal que puedo ser siendo yo; necesito sentirme como solía hacerlo. Y no puedo hacerlo si me controláis las veinticuatro horas del día; nosotros jamás hemos sido así.

Un sollozo ahogado sonó al otro lado. Sentí un remordimiento feroz atenazándome el pecho y estuve a punto de dar marcha atrás. Pero la imagen de Danilo volvió a mi mente, y junto a ella, las palabras de Alex: «Tus ojos volverán a brillar como estrellas». Quería creerle con todas mis fuerzas.

—Hagamos una cosa —propuse, suavizando el tono—: nos escribimos una vez al día. Pero si algún día no lo hago, me tienes que prometer que no te vas a agobiar ni a ponerte en lo peor.

—Olivia... es que no puedo perderte a ti también —se le quebró la voz—. Necesito saber que estás bien.

—Las malas noticias vuelan, mamá. Me voy a cuidar y no voy a cometer ninguna locura —tomé aire despacio—. Te he visto sufrir demasiado. Jamás haría nada que volviera a hacerte pasar por ese infierno. No te lo mereces.

Escuché cómo sorbía la nariz al otro lado. Se me encogía el corazón de saberla llorando, pero apreté los dientes para no romperme yo también frente a ella.

—Está bien, cariño. Lo intentaré.

Hablamos un par de minutos más sobre cosas banales y nos despedimos. En cuanto dejé el teléfono sobre las sábanas, el dique se rompió. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas sin control. Apoyé los codos en las rodillas y me cubrí el rostro con las manos para intentar sofocar el llanto, pero fue inútil.

Cargar con mi propio luto era duro, pero ver el dolor de mi madre me superaba. Saber que esa pena no desaparecería nunca me desgarraba por dentro, porque no había nada en el mundo que yo pudiera hacer para arreglarlo.

Un crujido suave anunció que la puerta se abría. A los pocos segundos, unas manos cálidas se posaron con gentileza sobre las mías. Antes incluso de percibir su olor, supe que era Alex, porque al tocarme sentí esa oleada de paz que solo él me transmitía.

—Siento entrar así —murmuró con voz suave—. He llamado a la puerta varias veces, pero no contestabas.

Estaba tan ensimismada que ni lo había oído.

Aparté mis manos de las suyas y me cubrí la cara, avergonzada. No era capaz de mirarlo. Aunque sabía que, con la vista nublada por el llanto, solo distinguiría una silueta borrosa.

Sin añadir una sola palabra, Alex me retiró las manos de los ojos con delicadeza. Aunque mi visión era borrosa, sentí la intensidad de su mirada fija en la mía. En un movimiento fluido, colocó mis brazos sobre sus hombros y me rodeó la cintura con firmeza, atrayéndome hacia su pecho en un abrazo estrecho. Me apretó con tanta fuerza que casi me deja sin aire, pero lejos de agobiarme, fue como recibir una bocanada de oxígeno. Me acurruqué en su clavícula y le rodeé el cuello con fuerza. Quería contener el llanto, pero mi cuerpo decidió que ya había aguantado bastante; los sollozos contenidos terminaron por salir a la superficie en un llanto bajito pero audible.

—Eso es, rubia. Suéltalo todo —me susurró al oído, acariciándome la espalda—. Sé cuánto te pesa, y todo ese sufrimiento no puede caber en ese cuerpecito tan diminuto que tienes. Déjalo salir.

No respondí. Solo lloré. Lloré durante minutos sin descanso, mientras él me sostenía sin aflojar el agarre en ningún momento.

Cuando por fin se me agotaron las lágrimas, deshicimos el abrazo despacio. Me tomó el rostro entre sus manos y usó los pulgares para limpiarme el rastro húmedo de las mejillas. Bajé la mirada, sintiendo un rubor tibio en las mejillas; sus manos eran tan cálidas que deseaba que no me soltara.

—No tienes nada de qué avergonzarte, Livi —dijo, sujetándome la barbilla para obligarme a mirarlo—. Eres la persona más auténtica que he conocido.

Al alzar la vista, me fijé en la enorme mancha húmeda que le había dejado en el pecho de la camiseta. Supuse que era una mezcla de lágrimas y mocos.

—Lo siento... te he dejado la camiseta hecha un asco.

—Solo a ti se te ocurriría preocuparte por una camiseta en un momento así —sonrió con ternura—. Además, ni siquiera es mía, se la he quitado a Marco.

—Ya, pero está llena de mocos.

En un solo gesto, se pasó la camiseta por la cabeza y la tiró sobre la silla.

—Solucionado. —dijo, regalándome una sonrisa franca.

Lo miré a los ojos. Definitivamente, los suyos no necesitaban apartar ninguna sombra para brillar; tenían una luz propia tan clara que sentía que podían iluminarme por dentro.

—¿Puedes quedarte a dormir conmigo? —dijo mi boca antes siquiera de que mi cerebro pudiese impedirlo.

—Siempre —respondió sin dudarlo.

Se quitó los zapatos y se acomodó en el colchón. Yo me quedé quieta un instante, hasta que sentí su mano rodeándome la cintura para tirar suavemente de mí hacia el centro de la cama. Nos quedamos frente a frente en la penumbra. Apagué la luz de la mesilla y me acurruqué contra su pecho. Esta vez el sueño no llegó de inmediato, así que me dediqué a trazar círculos invisibles sobre su torso con las yemas de los dedos, sintiendo cómo se le erizaba la piel al roce. Su respiración fue volviéndose lenta y acompasada, pero no dejé de acariciarlo en silencio hasta que la calma terminó por invadirme a mí también.

CAPÍTULO 39.

Olivia.

Me desperté con la luz colándose por la ventana. Abrí los ojos y vi a Alex dormido a mi lado. Esta vez sí me di el lujo de contemplarlo detenidamente mientras dormía, sin interrupciones. Su expresión era plácida; se veía que estaba durmiendo muy a gusto. Me fijé en sus detalles. Era bastante pecoso: tenía un montón de pecas diminutas en las mejillas, alguna en la frente y repartidas por todo el cuerpo. Los labios se le veían rojos e hinchados, como el día anterior. Me quedé ahí apoyada en la almohada, mirándole la cara. Era guapísimo. No pensaba admitirlo en voz alta, pero lo era.

Además, era una persona increíble. Irritante a veces, sí, pero con buen corazón. Parecía una cualidad común, pero eso es algo que escasea en el mundo. Bajé la mirada hacia sus pectorales y después a los abdominales. También estaba muy bueno, la verdad.

Después de un rato observándole el cuerpo, lejos de la mirada del mundo, me di cuenta de que casi me sabía de memoria sus pecas, al menos de cintura para arriba. Tenía motitas claras en los hombros y el pecho que le quedaban genial sobre la piel bronceada. Pero en el pectoral izquierdo tenía varias más oscuras que me recordaban a la constelación de Lira. Coincidían en forma y tamaño con las de las estrellas, o al menos eso creía recordar, aunque no era una experta.

Cuando decidí dejar de mirarlo y levantarme de la cama, fui consciente de que había pasado una noche más sin pesadillas. Supuse que soltar todo lo que había estado un año guardándome era exactamente lo que necesitaba para alejar un poco a los fantasmas que me atormentaban.

Cogí los auriculares de la mesilla sin hacer ruido, saqué algo de ropa del armario y me dirigí al baño. Me hice un moño, me vestí y bajé al supermercado. Alex no mentía el primer día cuando me avisó de que Marco arrasaría con la comida. Al menos pagábamos a medias.

Esa mañana me apetecía cocinar. Hacía tiempo que no preparaba algo elaborado como solía hacer con mi madre; siempre me servía para despejarme y relajarme.

En cuanto volví de la compra, me puse manos a la obra sin quitarme los auriculares. Saqué los ingredientes para hacer canelones caseros.

De repente, al darme la vuelta, vi aparecer a Marco en chándal y sin camiseta. Estaba tan bueno o más que Alex.

—Buenos días —dije, quitándome un auricular.

Levantó la barbilla a modo de saludo y se tiró en el sofá.

—Voy a preparar canelones caseros. ¿Por qué no invitas a Eli?

—Porque sé que no va a venir.

Me dio pena. Pero también me di cuenta de que en ocasiones las personas somos tremendamente estúpidas.

—Sé que voy a meterme donde no me llaman, pero te voy a decir dos cosas.

—Te has levantado parlanchina hoy, ¿no Liv? —refunfuñó.

Hubo una época donde siempre era parlanchina. Me gustaba ser así, aunque la cagaba más veces de las que me gustaría admitir.

—Mejor te digo tres. La primera es que eres idiota. —Se rio, soltó un «touché» y me guiñó un ojo con orgullo. Un mes atrás jamás me habría atrevido a decirle eso. —La segunda es que, con la excusa de que yo no conozco a nadie aquí, la puedes invitar fingiendo que lo haces por mí. Y la tercera es una pregunta: ¿Has probado a decirle lo que sientes?

—Lo segundo es una buena idea. —Empezó llenándome de esperanzas. —Pero a lo tercero debo responder que jamás se lo diré.

—Eres tremendamente estúpido. Os he visto juntos. —Levanté una ceja esperando que lo pillara. —Pero no me meteré de momento. Ahora vístete y vete a invitarla. Me coloqué los auriculares de nuevo y empecé a cocinar.

Cinco minutos después, Marco se despidió de mí y salió del piso.

Puse las láminas de pasta en agua tibia y empecé a pochar la cebolla y el pimiento rojo mientras bailaba ligeramente al ritmo de la música de mis auriculares.

De repente, alguien me cogió de la cintura y me quitó un auricular.

Me sobresalté.

—¿Qué escuchas? —preguntó Alex colocándose el auricular.

—Guns N' Roses. Uno de los grupos favoritos de mi hermano.

—No los conozco.

—¡Imposible!

—Lo prometo. —Se puso a mi lado y levantó la mano como jurando en un juicio.

—Necesitas cultura musical urgente —añadí—. Esta que acaba de empezar es "*Since I Don't Have You",* la versión de Guns N' Roses. Creo que es la canción que más he escuchado en el último año. Siento como si estuviera hecha para mí.

Ambos la escuchamos de principio a fin mientras yo me movía por la cocina.

—No sé mucho inglés, si te soy sincero.

—Básicamente, dice algo así como: «Desde que no te tengo, no tengo nada» —resumí.

Alex me quitó el auricular que me quedaba y lo guardó en la cajita sobre la encimera justo al lado del altavoz y lo encendió. Mi móvil se sincronizó automáticamente.

—Tienes muchas cosas, aunque ahora aún no lo veas.

—Hace mucho que no cocino así. —Esquivé con elegancia ese tema de conversación. —Aunque siempre lo hacía con mi madre y escuchábamos la música que a ella le gustaba. Lo echo de menos, aunque entonces siempre me quejara. —Miré a Alex levantando una comisura.

—Venga, ilústrame.

Cogí mi móvil y puse la playlist "Cocina con mamá". La había creado hacía mucho tiempo, la puse a sonar en aleatorio y empezó a sonar Cristian Castro.

—Esta era una de mis favoritas cuando era niña. —Le conté mientras empezaba a sonar *"Por amarte así"*. —Mi familia entera me cantaba esta canción porque era la niña de la casa. Recuerdo estar en la cocina con mis padres y mis hermanos con el radiocasete sonando y decir: Si algún día tengo novio, se me declarará con esta canción. Como si fuese así de sencillo.

—La esperanza es lo último que se pierde. ¿Algún otro deseo que tuviese la pequeña Livi? —sonrió.

—Mi mi mi… —Me burlé de él con voz de niña.

Él soltó una carcajada.

—Te ayudo.

Acepté su ayuda y le expliqué lo que debía hacer porque no había cocinado en su vida. Mientras, nuestra banda sonora era Chayanne, Duncan Dhu, Mikel Erentxu, Luis Miguel, Hombres G y otros tantos grupos de la época de la juventud de mi madre. Y por increíble que suene, Alex no se sabía ni una canción.

Y para resumir nuestra mañana en la cocina, diré que Alex casi quema la carne y llenó todos los fogones de bechamel. Pero, por si fuera poco, la cosa no acabó ahí.

—Tranquilo, déjalo, yo montaré los canelones. Quiero que tengamos algo para comer. —Me burlé. —Entiendo que comas en los contenedores. —Reí.

Él me miró sorprendido.

—No me están gustando estas confianzas. —Fingió seriedad. —Al principio casi no hablabas ni te reías, ¿y en apenas un mes ya te burlas de mí con esa confianza? Te estoy enseñando mal.

—Digamos que ya venía enseñada, solo que había olvidado mis habilidades. No como tú con la cocina. Obviamente, tu problema no es haber olvidado tus habilidades. —Me burlé de nuevo.

Levantó una ceja y cogió una lámina de pasta para imitarme. Decir que destrozó el canelón en lugar de hacerlo se queda corto. Y decir que me reí a carcajadas como hacía tiempo que no me reía también.

—Rubia. —Me llamó Alex desde mi espalda.

Me di la vuelta para mirarlo y, antes de que pudiese reaccionar, había metido la mano en la bechamel y me la había restregado por toda la cara. Por suerte para su mano y para mi cara, estaba tibia y no hirviendo.

—¡Serás! —exclamé entre risas al tiempo que lo cogía por la nuca y restregaba mi cara contra su mejilla, manchándolo a él también.

Cuando me alejé un poco, aun con mis manos en su nuca, él tenía las manos en mi cintura; nuestras caras quedaron a escasos centímetros y me invadió una sensación que no entendí. Sus ojos se encontraron con los míos y bajé la mirada a sus labios entreabiertos. Deseé que me besara. Deseé besarle. La música se volvió inaudible para mí. Nuestras respiraciones estaban acompasadas y aceleradas. Ambos empezamos a acercarnos lentamente sin dejar de mirarnos a

los ojos. Entonces, la puerta se abrió y las voces de Marco y Eli rompieron el momento y provocaron que nos separáramos de golpe.

Bajé un poco la música para fingir que hacía algo y que nada había pasado.

—Venga, ayúdame. —Pedí con una sonrisa mientras cogía bechamel con mi dedo y le manchaba la nariz.

Él me sonrió, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos, y de nuevo hizo ademán de ayudarme.

—Hola. —Saludó Eli al llegar a la cocina.

—Liv, definitivamente haces milagros si has logrado que este tío cocine. —Marco se burló de Alex.

Yo me reí con ganas.

—Tienes razón. —dijo Eli.

—¡Eh! Un respeto. —Alex se hizo el ofendido.

Aunque esa faceta suya ya no se la creía nadie.

—Eso mismo pedían los canelones a los que tú has destrozado.

Él se abalanzó sobre mí y empezó a hacerme cosquillas. Me reí con ganas e hice lo mismo. Ambos acabamos corriendo por la estancia mientras Alex trataba de atraparme ante la atenta mirada de Marco y Eli.

—Hacéis buena pareja. —Soltó Eli con mucha naturalidad y una sonrisa pícara en los labios.

Alex y yo nos detuvimos al instante, dejando en segundo plano la guerra que estábamos librando.

—Vosotros también. —Solté de igual modo.

Marco me lanzó una mirada que no comprendí y desapareció por el pasillo dando un portazo al entrar en su habitación. Miré a Alex y en su mirada pude interpretar que él tampoco entendía nada. Le hice

un gesto con la cabeza para que fuese a buscar a Marco. Él desapareció por el pasillo igual que había hecho su amigo. Eli y yo nos quedamos en la cocina y yo seguí cocinando. Coloqué la bechamel y puse los canelones en el horno. Después me di la vuelta, me apoyé en la encimera y miré a Eli.

—¿Me puedes explicar qué ha sido eso? —pregunté aun a riesgo de que ella no lo supiese.

—Le he dicho que no podemos seguir quedando. He conocido a alguien y me gustaría tener algo más serio con él. —Me limpió un poco de bechamel que me quedaba en la cara muy seria.

—¿No te gusta Marco? Os he visto juntos y es obvio que os morís el uno por el otro. No os entiendo, sinceramente. Sois dos bobos.

—Liv. Marco es un mujeriego. No quiero estar con una persona que en dos días se va a cansar de mí y se va a ir con otra. Quiero a alguien que, si está conmigo, vaya a hacerlo hasta el final. Sí, queda conmigo de vez en cuando, pero seguro que también lo hace con otras tantas personas.

—Eli. —Usé en su mismo tono. —¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

—Un año y medio.

—Y no se ha cansado de ti, más bien al contrario, está loco por ti. Y si lo que te preocupa es que esté quedando con alguien más, te aseguro que no lo hace. —Sonreí de medio lado.

—Sí, claro. —Puso los ojos en blanco.

—Finge que sí para que no te des cuenta de lo pillado que está y salgas corriendo. Porque cree que solo quieres sexo y que si habla contigo de sus sentimientos vas a dejarlo. —Soplé. —¿Cómo podéis estar tan ciegos, por favor?

—¿Y eso lo has averiguado en el mes que llevas aquí? —preguntó incrédula.

—Soy muy observadora, Eli. Me doy cuenta de cosas que al resto de la gente le pasan por alto. ¿Quieres que te cuente lo que he visto y oído?

Asintió, no muy convencida.

—Alex me dijo que eras la primera mujer en la que Marco se interesaba de verdad y eras la primera que solo quería sexo con él. Marco se ofendió y por su reacción pude ver que era verdad. —Empecé. —Intentó hacerse el mujeriego delante de mí antes de eso, pero llevaba el móvil en la mano y estaba tu conversación abierta y, cuando me dijeron tu nombre, até cabos. Cada vez que tiene el móvil en la mano y no presta atención a lo demás, eres tú con quien habla; lo he visto en su pantalla. Sé que queda contigo no porque me lo diga, sino porque se pone ese perfume que huele tan mal y apesta toda la casa. Cuando te fuiste, estaba de un humor de perros. Los domingos se pasa las horas mirando el reloj para ir al almacén a buscarte. ¿Quieres que siga? —pregunté. —Observo y veo que le encantas, Eli. Y veo que a ti también te encanta él, pero qué tienes tanto miedo que solo ves lo que él quiere que veas. Hasta prefieres intentar algo con un chico solo porque es supuestamente más fácil. Pero te aseguro que nunca es así de sencillo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Ser sincera con Marco, con el otro chico y contigo misma. Yo he pasado dos años arrepintiéndome por no haberlo hecho. No dejes que te pase lo mismo. Tírate a la piscina. Si algo he aprendido en la vida es que te arrepientes más de las cosas que no haces que de las que sí.

Ella me miró dubitativa.

—Ese es mi consejo. Pero es tu vida y la decisión es tuya.

—¿Qué te pasó a ti?

—Estaba con un chico porque sentía que era lo correcto, pero me enamoré de su mejor amigo. Por mil cosas de la vida no fui sincera ni con ellos ni conmigo y cuando quise hacerlo las cosas se

complicaron y ya nunca pude decir lo que sentía. Por eso, te digo que no hagas lo que yo hice, porque ahora todo lo que nunca dije me está persiguiendo y en dos años no he dejado de pensar lo diferentes que podrían haber sido las cosas si hubiese sido lo suficientemente valiente para admitir mis sentimientos y defenderlos hasta el final, sin preocuparme por la hostia que pudiese darme.

Eli fue a decir algo, pero se detuvo cuando escuchamos la puerta de la habitación de Marco abrirse y los pasos de los chicos acercándose junto con sus voces indistintas.

Alex fue el primero en llegar hasta la estancia y se acercó rápidamente a mí. Me dio un beso en la mejilla y me sonrió poniendo cara de angelito. Su sonrisa me dijo que estaba todo solucionado.

—¿Cómo va esa comida, rubia? —preguntó mientras yo veía entrar a Marco tras él.

—Casi lista, rubio. —Respondí levantando una ceja.

Él se rió y me guiñó un ojo, y ambos nos dimos la vuelta para mirar a Marco y a Eli, que no habían pronunciado palabra. Parecían estar en una competición de miradas y silencios. Eli me miró y tragó saliva.

—Estoy loca por ti. —Le soltó a Marco así, a bocajarro, sin anestesia, sin preparación previa. Yo me tapé la boca con la mano para contener mi sonido de sorpresa. —Pero me da miedo que tú no sientas lo mismo y me da miedo que me hagas daño. Pero estoy dispuesta a arriesgarme si tú quieres.

Miré a Alex, que estaba a mi lado con la boca abierta, aunque su cara no expresaba ni la mitad de sorpresa que la de Marco, que parecía haberse quedado congelado ante la declaración de Eli.

—Bueno, di algo. —Pidió ella nerviosa.

Marco esbozó la sonrisa más grande y radiante que había visto desde que lo conocía y, sin decir nada, se abalanzó sobre ella y la

besó apasionadamente. Vamos, vi desde mi posición cómo le metía la lengua hasta la campanilla. Miré a Alex para no quedarme observando la escena en exceso y entonces recordé los canelones del horno. Lo abrí y los saqué ya listos para comer.

—Yo también estoy loco por ti. —respondió Marco cuando por fin dejó de succionar la boca de Eli.

Y así de simples podemos hacer las cosas los seres humanos, señoras y señores, pero nos gusta dar mil vueltas y complicarnos la vida. Pensamos mucho en las hostias que podemos llegar a darnos, hostias que puede que ni siquiera lleguen. Nos da miedo la incertidumbre y nos da miedo arriesgar. Vivimos pensando: ¿Y si sale mal? No entiendo por qué no podemos pensar: ¿Y si sale bien? Aunque probablemente yo no sea la persona más adecuada para decir eso.

Alex levantó las manos y la cabeza hacia el techo, entonando en un susurro un "Aleluya". Yo me reí por debajo de la nariz. Marco y Eli siguieron enrollándose como si Alex y yo no estuviésemos presentes y de igual forma se fueron hacia la habitación de Marco.

—Estos hoy van a comer, pero no canelones. —Aseguró Alex.

Yo me reí y le di un golpecito en el hombro.

—Podemos comer tú y yo también si quieres. —Sonrió con picardía.

—Claro, los canelones están listos. —Me hice la tonta mientras los dejaba en la isla de la cocina.

—No me refería a eso, pero me conformaré. —Se rió y yo le di otro golpe en el hombro.

Comimos en la isla de la cocina y alabó *sus* canelones mientras escuchábamos los gemidos de Marco y Eli de fondo. Los ignoramos y Alex continuó diciendo que era un estupendo cocinero. Por supuesto, yo me reí, porque si alguien podía hacerme reír con sus tonterías era Alex.

—Háblame de ti. Tú sabes muchas cosas sobre mí, pero yo no sé casi nada de ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tienes hermanos?

—Sí. Tres. Dos hermanas y un hermano.

—¿Te llevas bien con tus padres?

—Sí. Con nuestros más y nuestros menos, pero sí.

—¿Vives con ellos?

—No. Con mi hermana. Mis padres no viven en la ciudad.

—¿En qué trabajas?

—A mi hermana y a mí siempre nos ha apasionado la fotografía. Vimos una oportunidad de negocio y nos vinimos a la ciudad y abrimos nuestro estudio. Como invertimos todo nuestro dinero, no podíamos vivir en casas separadas y alquilamos una casa juntos. Y al parecer, ninguno se decide a independizarse. —Se rió. —Mientras acababa la carrera, trabajaba por la tarde en el estudio y ahora trabajo con mi hermana cuando me necesita o cuando me interesa alguna sesión.

—¿Estudiaste fotografía entonces?

—Algo así.

Por supuesto. En el país no existía la carrera de fotografía como tal.

—Tu hermana te necesita poco, por lo que veo. —Me burlé insinuando que nunca trabajaba.

—Me deja libertad. —Se rió. —Es broma. Ella suele encargarse de tomar las fotos y yo soy el que las retoca y edita lo necesario. Resumiendo, el que la hace quedar bien. —Alardeó con suficiencia.

—¿Editas con los programas de Adobe?

—Me sorprende que sepas qué es eso.

—Soy una caja de sorpresas. —Hice referencia a una de sus frases y le guiñé el ojo.

Se rió.

—De momento ya tienes información suficiente sobre mí. Tengo planes para que esos ojos tan bonitos que tienes vuelvan a brillar como estrellas.

Levanté una ceja con desconfianza.

—Yo pongo el lavavajillas mientras tú vas a tu habitación y sacas una libreta y un bolígrafo. —Se levantó y cogió mi plato.

—Miedo me das. —Me burlé mientras me dirigía hacia mi habitación.

Cogí un cuaderno aún por estrenar que tenía y un par de bolígrafos. Después, caminé hacia el salón para encontrarme con Alex de nuevo.

—Aquí lo tengo. —Levanté la mano y sacudí el cuaderno. Alex estaba colocando los platos y dijo en tono juguetón:

—Apunta como título: Cosas pendientes de Alex y su rubia.

Puse los ojos en blanco y apunté: "COSAS PENDIENTES DE OLIVIA Y SU RUBIO".

Alex cerró el lavavajillas, se acercó y miró la libreta. Seguidamente, me miró a mí y se rio.

—Me gusta.

Arranqué la hoja, la hice una bola y se la lancé.

—Me gustan los títulos más elaborados. Pero para poner un título necesito saber qué es esto exactamente.

—Muy sencillo. Vamos a hacer una lista de cosas pendientes y las vamos a hacer juntos. Hay muchas cosas para hacer en la vida y la manera de volver a tener vida, es vivir. Así que vamos a hacer una lista de cosas para recuperar el brillo de esos ojos preciosos que

tienes. Por muy locas o estúpidas que sean, estamos obligados a hacerlas.

¿Acababa de decirme que tenía los ojos preciosos? Sí, lo había hecho y me sonrojé sin saber por qué.

Me quedé pensando un momento. Alex me dijo que mis ojos volverían a brillar como estrellas. Yo pensaba que sus ojos no necesitaban alejar las sombras para brillar como el mismísimo sol. De hecho, quería que mis ojos se pareciesen más a los suyos. Sin darle más vueltas, escribí: "LOS OJOS COMO ESTRELLAS".

—¿Y ese título?

—Es como los tienes tú, brillantes. —Respondí sin pensar y me sonrojé. —Y es como quiero que lleguen a estar los míos.

Alex me miró a los ojos de una manera tierna y me acarició la mejilla. Me aparté rápidamente y me puse a hablar.

—Creo que lo primero que deberíamos apuntar en la lista son las cosas que nunca hemos hecho por miedo. Intentar superar los miedos es importante. Después, cosas que siempre hemos querido hacer, pero nunca hayamos hecho. Y por último, cosas que nos gustaría hacer en la vida porque sí. ¿Qué te parece?

—Me gusta esta, Livi. —Sonrió. —Empecemos. —Se frotó las manos con dramatismo.

—¿Qué te da miedo?

—Los tiburones. —respondió sin pensar.

Entonces yo anoté: "Nadar con tiburones".

—¡Ni de coña!

—Estamos obligados a hacerlo. —Le recordé sus palabras.

Se puso serio, se cruzó de brazos y levantó una ceja como diciendo: ¿En serio? Yo me reí.

—A mí me dan miedo los caballos.

Anoté: “Montar a caballo”.

—Me parece justo.

—¿Algún otro miedo o fobia?

—No diré nada, ya que, visto lo visto, todo puede ser usado en mi contra. —Se burló mientras señalaba la libreta.

—Alex… —Dije con tono de niña haciendo un puchero.

—Qué fácil de convencer soy. —Sonó resignado, pero burlón. —Claustrofobia.

“Encerrar a Alex en un espacio muy pequeño y oscuro como su alma”. Fue lo que escribí y me reí.

—Si haces eso, me sacarás muerto de ese lugar. —Alegó muy serio después de leerlo.

Me arrebató la libreta y el bolígrafo y corrigió la frase con los mínimos tachones posibles, quedando finalmente escrito: “Encerrarme con Alex en un espacio muy pequeño y oscuro como el alma de Andreas.”

Puse los ojos en blanco, pero cuando dejó de mirarme por un momento, esbocé una ligera sonrisa.

Pasamos horas apuntando cosas en nuestra lista, hasta que me tocó irme a trabajar.

CAPÍTULO 40.

Fer.

Al salir de la oficina, puse rumbo directo a la casa de mi padre. Necesitaba convencerlo de que me dejara estar cerca de Liv; hacerle entender que, desde que ella salió de mi vida, me había convertido en un espectro de mí mismo. Sabía lo despiadado que era, pero me aferraba a la tonta esperanza de poder ablandarle. Había claudicado a todas y cada una de sus exigencias durante los últimos dos años; era hora de que él cediera en algo.

Aparqué frente a la mansión inmensa de fachada blanca flanqueada por un jardín interminable. Antes de que me diera tiempo a pulsar el timbre, la puerta se abrió. Era Fanny, la madre de Gael y ama de llaves de la casa.

—Hola, Fanny —saludé.

—Hola, señorito Fernando.

—¿Está mi padre?

—En el despacho. Pase, voy a anunciarle.

—Tranquila, ya voy yo —la frené con un gesto amable.

Antes de que pudiera añadir nada, ya cruzaba el recibidor con pasos largos.

Al aproximarme al despacho con intención de llamar, vi que la puerta estaba entreabierta unos centímetros. Me detuvo el sonido grave de la voz de Octavio.

—Señor, su hijo no colabora y no es para menos, dadas las circunstancias —dijo con rotundidad.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Soltarlo? —respondió mi padre, irritado —. Eso no va a pasar hasta que acceda a asumir el negocio y esté preparado para liderarlo. Además, si lo retengo, también estoy haciendo sufrir a la persona que ha provocado todos mis males.

Me quedé helado. ¿De qué demonios estaban hablando? Si yo ya estaba al frente de sus empresas y acatando todo lo que ordenaba.

—Creo que ese muchacho ha olvidado todo lo que tiene que perder, señor. Tal vez si volviera a ver a la gente que le importa, recapacitaría.

—Hay otras maneras de recordárselo, y vamos a usar a esa chica tan importante para él —mi padre elevó el tono de voz—. Y no solo para él; también para el blando de mi hijo Fernando.

El mundo se detuvo. Si no hablaban de mí, ¿significaba que tenía un hermano? ¿Desde cuándo? Nadie me había dicho una sola palabra en la vida. Pero si existía un hermano, ¿por qué mi padre llevaba dos años exprimiéndome a mí para heredar su imperio? ¿Quién era esa chica? ¿La pareja de mi supuesto hermano? ¿Liv?

—Hay muchas ratas pensando que usted ya no tiene mano dura para seguir siendo el mandamás —advirtió Octavio—. Saben que no hay un sucesor firme y los buitres están esperando cualquier resquicio para derrocarlo y quedarse con todo.

—Tengo un par de hijos que son dos blandengues. Mi heredera tendría que haber sido ella; tiene más agallas que esos dos imbéciles juntos —soltó mi padre con rabia, dando un puñetazo sobre la mesa de madera—. Pero como no es el caso, no puedo soltar a ese chico, Octavio. Tengo que hacer lo que sea para que ceda. Este es bastante más duro de doblegar que Fernando; a este no le basta con mis amenazas. Tal vez necesite ver con sus propios ojos de lo que soy capaz —escuché el rechinar de su silla y unos pasos dirigiéndose a la salida—. Y tú me vas a ayudar a hacérselo entender.

Retrocedí sobre mis pasos en silencio, alejándome lo más rápido posible de la puerta. Escuché a mi padre musitar un par de instrucciones más, aunque estaba demasiado lejos para descifrar el contenido. Acto seguido, la puerta se abrió de par en par y despidió a Octavio. Reaccioné al instante y eché a andar por el pasillo hacia ellos, fingiendo que acababa de llegar.

Octavio me vio venir de frente.

—Tiene visita, jefe —se limitó a decir mirando hacia el interior de la estancia, y pasó por mi lado sin dirigirme la palabra.

—Buenos días —dije al entrar, mientras mi padre cerraba tras de mí.

—¿Qué quieres? Estoy ocupado —espetó con su frialdad habitual.

—Quiero que intentemos llevarnos bien. Sin amenazas, sin chantajes de por medio. Estoy exhausto, papá —suspiré, dejándome caer en una de las sillas frente a su escritorio.

No tenía ni la menor idea de qué trama oscura se traían entre manos él y su mano derecha. Pero intuí que la única forma de descubrir la verdad era acercándome a él, haciéndole creer que estaba dispuesto a convertirme en el hijo que siempre había exigido que fuera. Enfrentarlo abiertamente solo provocaría que no pudiese averiguar nada más. Por eso decidí no mencionar a Liv.

—Papá, solo quiero que estés orgulloso de mí. Pero ya no sé qué más hacer —añadí con impotencia fingida.

—Deja de ser un blando movido por sentimentalismos baratos y tal vez entonces tengamos algo sobre lo que construir una relación —dijo, sentándose ante el ordenador sin mirarme a la cara y poniéndose a teclear—. Hasta entonces, sal de aquí. Tengo trabajo.

Salí del despacho sin añadir una sola palabra. Ahora sabía exactamente lo que debía hacer y dónde tenía que ir. Pero antes necesitaba pasar por mi casa para recoger una cosa.

CAPÍTULO 41.

Fer.

Preferí dejar a un lado la historia del supuesto hermano de momento. No podía procesar eso ahora; la prioridad absoluta era Liv. Varias horas después de salir del despacho de mi padre, me encontraba mal aparcado frente a la cafetería donde ella trabajaba. Le pedí a Gael que me dejase solo y él entendió que para hablar con Liv necesitaba intimidad.

En cuanto la vi salir junto a su jefe y despedirse en la acera, me bajé del coche de inmediato.

—Sube —le pedí sin dar mucho margen—. No voy a esperar más para hablar.

Me repasó de arriba abajo con la mirada y por un segundo temí que se negase y me diera la espalda.

—Está bien —accedió con firmeza—. Aclaremos las cosas de una vez.

Me quitó las llaves de las manos con decisión y se situó en el asiento del conductor. Me acomodé en el del copiloto y encendí la radio mientras dejábamos atrás el bullicio de la ciudad. Sonaba "*Across the Universe*" de Los Beatles. Liv empezó a tararearla flojito y me quedé contemplándola, intentando fijar cada matiz de su rostro en mi memoria. Aunque era un gesto absurdo; podía haberla dibujado a ciegas.

—¿Sigues escribiendo? —rompí el silencio.

Negó con la cabeza sin mirarme y continuó tarareando la melodía. No volví a insistir. Condujo hasta la misma playa de piedras donde habíamos estado la noche de nuestra cena.

—Caminemos por la orilla —dijo al apagar el motor.

La seguí sin dudarlo un segundo, como había hecho siempre. La cala de piedras era estrecha, así que al alcanzar el extremo del espigón dimos media vuelta para andar en sentido contrario. Ninguno decía nada y yo no encontraba la forma de romper la tensión acumulada entre los dos.

—¿Por qué desapareciste así? —preguntó de pronto, encarando lo que yo no me atrevía a empezar.

—Para protegerte —respondí.

—¿A mí?

Asentí con la cabeza.

—¿De quién?

—De mi padre.

Me miró fijamente y vi en sus ojos el instante exacto en el que todas las piezas encajaron en su cabeza.

—Te chantajeó, ¿verdad?

Volví a asentir, sintiendo un peso enorme en el pecho.

—Uno de sus hombres me vio besarte aquella noche y se lo contó.

CAPÍTULO 42.

Septiembre. Dos años antes.

Fer.

—¡Fer! ¡Está aquí tu padre! —gritó mi madre desde el pasillo piso.

—¡Que me deje en paz! —protesté a pleno pulmón.

Pocos segundos después, la puerta de mi dormitorio se abrió de golpe. Levanté la cabeza de la almohada y me topé con el rostro imperturbable de mi padre.

—Te he dicho que me dejes en paz —gruñí, dejando caer la cabeza de nuevo sobre la almohada.

—Tenemos que hablar —dijo con esa frialdad que lo caracterizaba.

—¿De qué quieres hablar esta vez? —pregunté, incorporándome hasta quedarme sentado en el borde de la cama—. ¿De lo decepcionante que soy? ¿De que tarde o temprano tendré que asumir mis responsabilidades? Dime, ilústrame.

—De Olivia.

La sangre se me congeló en las venas. De todas las cosas que podía soltarme, su nombre era la última que esperaba escuchar en su boca.

—¿Qué sabes tú de Liv?

—La mayor de tres hermanos, a punto de empezar tercero de carrera, expediente impecable, devoradora de libros, aspirante a escritora... Sus amigas más cercanas son Carla, Emilia y Julia —recitó con una calma que me dio escalofríos.

—Para —lo corté tajante—. ¿Por qué coño la has estado investigando?

—Tengo que saberlo todo sobre la chica de la que está enamorado mi hijo, ¿no crees? —me dedicó una sonrisa cargada de suficiencia.

—No estoy enamorado de ella —mentí de la manera más convincente que pude.

—Octavio te vio besarla y salir corriendo. No me mientas, Fernando. Esa chica te importa más que cualquier otra cosa en este mundo. ¿Y sabes lo que eso significa?

—¿Qué? —espeté entre dientes.

—Que es tu punto débil —sonrió de medio lado mientras se sacaba el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta—. Así que si no vienes conmigo ahora mismo y ocupas el lugar que te corresponde, pasará lo siguiente: moveré todos mis contactos para que la expulsen de la universidad. No terminará la carrera ni conseguirá entrar en ningún máster. No le darán trabajo ni de camarera, por mucha experiencia que tenga. Me encargaré personalmente de que nunca consiga absolutamente nada de lo que persigue.

—No estoy enamorado de ella —me apresuré a repetir con el tono más firme que pude articular, aunque por dentro me estuviera destruyendo—. Me importa, es mi amiga, pero no siento eso por ella.

—Si te importa lo suficiente, harás exactamente lo que te ordeno —sentenció.

Lo miré con un odio visceral. Sabía que, por mucho que deseara mandar todo a la mierda y plantarle cara, yo no tenía poder alguno frente a él. Él poseía el dinero, las influencias y la falta de escrúpulos necesaria para destruir a cualquiera. No podía cargar con la culpa de arruinarle el futuro a Liv. La conocía demasiado bien: ella habría sido capaz de mandar su vida a la mierda con tal de salvarme, pero yo jamás iba a permitir que se sacrificara por mí.

—¿Y si me niego? —probé a la desesperada—. Liv preferiría perder todo eso antes de verme convertido en el monstruo que tú quieres que sea.

—Entonces no me limitaré a destruirla a ella; iré a por su familia y la haré sufrir a través de cada uno de ellos —amenazó sin pestañear.

Quise convencerme de que era un farol, que no sería capaz de llegar tan lejos. Pero la verdad era que mi padre no tenía límites. No era una buena persona y jamás lo sería. Simplemente me limité a asentir, derrotado.

Liv era desinteresada y altruista hasta el extremo; se habría quemado viva por proteger a la gente que quería. Sabía lo mucho que yo le importaba, pero también sabía que jamás superaría que le hicieran daño a los suyos por mi culpa.

La decisión estaba tomada. Haría lo que me pedía. Por ella.

—Tienes una hora para recoger lo imprescindible.

—Necesito ir a hablar con ella.

—¡No! —espetó tajante, cogiendo el móvil de la mesilla de noche—. Nada de teléfonos ni redes sociales. Te daré uno nuevo cuando lleguemos.

—Al menos déjame despedirme de Andreas —supliqué.

—Cinco minutos. Le daré instrucciones al chófer. Tu avión sale en dos horas. Me voy ya.

Antes de cruzar el umbral, se giró para mirarme una última vez.

—Fernando. Si intentas alguna estupidez, me enteraré. Y te aseguro que las consecuencias no te van a gustar.

En cuanto la puerta se cerró tras él, dejé salir un grito de rabia contenido en el pecho. Me puse en pie fuera de mí y empecé a patear todo lo que encontré a mi paso, maldiciéndome mil veces. Ese beso con Liv, que había significado tantas cosas buenas y malas,

iba a ser también el último y lo único que me quedaría de ella. No iba a arruinarle el futuro.

Mi madre entró en la habitación y se quedó observando el desastre.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Me voy —bufé, deteniendo la vorágine de destrucción—. Me voy con mi padre.

—¿¡Qué?! —exclamó con la mayor expresión de incredulidad que le había visto nunca.

—No tengo opción, mamá —me dejé caer en la cama, cubriéndome la cara con las manos, aplastado por la frustración.

Se sentó a mi lado en el colchón. Levanté la cabeza para mirarla.

—Te ha chantajeado, ¿verdad? —preguntó suavemente—. Se ha enterado de lo que sientes por ella y lo ha usado en tu contra.

Parpadeé varias veces, descolocado.

—¿Cómo lo...?

—Fer, es tan evidente que lo raro es que ni ella ni Andreas se hayan dado cuenta —interrumpió con ternura—. Es la única chica que has traído a esta casa en años. Tú no actúas así con tus amigas. Además, se te iluminan los ojos de una forma especial cuando estás a su lado, como si esa luz no fuera a apagarse nunca —esbozó una pequeña sonrisa nostálgica—. Os he oído hablar a veces cuando viene aquí... Te hace pensar. Te hace bien.

Un par de lágrimas se me escaparon sin que pudiera evitarlo.

—Ojalá pudiera ayudarte, hijo. Pero conozco a tu padre mejor que nadie. Da igual lo que te haya amenazado con hacer: lo cumplirá. Él no amenaza en vano ni deja rastros de lo que hace.

—¿Entiendes entonces por qué me tengo que ir?

Mi madre asintió en silencio y me limpió las lágrimas con el pulgar.

—Pero tienes que hablar con ella.

—No puedo, mamá. Si intento contactarla, tomará represalias contra ella.

—Confío en que encontrarás la manera —sonrió de medio lado—. Y si no... seguro que hay mil chicas como ella por ahí, ¿no? —añadió con sutil ironía.

Se levantó de la cama y salió despacio de la habitación. Empecé a meter ropa en la maleta mientras mi cabeza buscaba una salida a toda prisa, hasta que caí en la cuenta. Mi padre me había dado permiso para despedirme de Andreas. Y Andreas podía ser la clave para ayudarme.

CAPÍTULO 43.

Olivia.

Me sentía completamente desorientada. Durante dos años había vivido convencida de que a Fer no le había importado lo suficiente como para dedicarme ni una triste despedida, pero la realidad era justo la contraria: se había marchado precisamente porque le importaba demasiado. Por la misma razón por la que a mí me había destrozado su ausencia, ya que se había convertido en un pilar fundamental en mi vida.

Recordé a Danilo diciéndome una y otra vez que tarde o temprano Fer aparecería para darme una explicación. Y allí estaba por fin.

—Habría renunciado a la universidad o a lo que hiciera falta con tal de que no te vieras obligado a hacer algo que no querías —dije con un nudo en la garganta—. ¿Lo sabes, verdad? Me las habría apañado para salir adelante.

—Lo sé —respondió con una voz tan cargada de peso y tristeza que mi enojo se evaporó por un instante—. Pero no me perdonaría haberte privado de tus sueños por mi egoísmo. Y jamás me habría perdonado que mi padre cumpliera sus amenazas haciendo sufrir a tu familia —hizo una pausa, mirándome a los ojos—. Pero eso no fue todo, Liv. Te juro que intenté despedirme de ti. Intenté hablar contigo.

—Una despedida muy elaborada. —espeté, sintiendo cómo el rencor reprimido durante años volvía a aflorar—. Un simple adiós a través de Andreas.

—¿Qué? —preguntó como si tuviera mil pensamientos a la vez—. Sé que Andreas no te lo dijo, pero le dije que tenía que hablar contigo. Me prometió que me daría tu número en cuanto pisara la ciudad.

Cuando lo llamé al llegar, me dijo que tú no querías saber nada de mí y que le habías pedido que no me lo diera.

—Eso es mentira —intervine, sintiendo cómo la molestia crecía dentro de mí—. Fuiste a ver a Andreas y solo le pediste que dijera adiós. —Recalqué.

—No, Liv. Eso no fue lo que pasó. ¿De verdad te dijo eso? —preguntó con una expresión tan rota que su dolor me atravesó directamente el pecho.

—Sí —asentí, firme—. El mismo día que te fuiste. Él no habría mentido con algo así.

—Te juro que no fue así.

Y me lo contó todo. Cada detalle de lo que ocurrió aquel día entre él y Andreas, desmantelando de un plumazo la mentira sobre la que había construido dos años de rencor.

CAPÍTULO 44.

Septiembre. Dos años antes.

Fer.

En cuanto llegué, me instalé en la nueva casa que mi padre me había regalado. Tras soportar todo tipo de compromisos sociales para celebrar mi incorporación formal, empecé a trabajar en la empresa.

Para mi desgracia, estaba permanentemente vigilado. Ni siquiera tenía libertad para ir a comprarme un teléfono hasta que mi padre decidiera entregarme uno. Eso no ocurrió hasta tres semanas después, cuando pareció empezar a confiar ligeramente en mí.

Lo primero que hice en cuanto lo tuve en mis manos fue llamar a Andreas. La conversación fue breve, pero las palabras que salieron de su boca me destruyeron por dentro.

—No quiere saber nada de ti, Fer —soltó Andreas al otro lado de la línea—. Me ha pedido expresamente que no te dé su número.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Has estado hablando con ella? —pregunté, sintiendo un nudo de nervios en el estómago.

—Hemos vuelto —respondió, asestándome un golpe mortal—. Me contó lo del beso, pero me dijo que para ella no había significado nada. Estaba muy enfadada por lo que hiciste y me confesó que sentía un alivio enorme de que te hubieras marchado.

Tenía demasiado que procesar en ese instante. Me negaba a creer que Liv hubiera dicho algo así, pero ella era la única persona que conocía los detalles de esa noche.

—Si en algún momento ella decide que quiere hablar contigo, le daré tu teléfono. Pero no la voy a presionar —añadió.

—Dile que lo siento por todo, por favor. Solo pido que me escuche una sola vez —supliqué, tragándome el orgullo.

—Se lo diré.

Y, sin darme margen a añadir nada más, cortó la llamada.

CAPÍTULO 45.

Olivia.

—¡Yo nunca le conté lo del beso! —exclamé, atónita—. Y jamás volvimos. Él estaba destrozado porque te habías ido y ni siquiera mencionó nuestra ruptura; supuse que por la borrachera no lo recordaba. Y como lo veía tan mal por ti, no quise echarle más leña al fuego. Además, te llamé mil veces, Fer. Te mandé mil mensajes... Pero ahora está claro que ninguno te llegó.

—Yo tampoco le hablé del beso, Liv. Te lo juro —respondió—. Él sabía que habíais roto porque yo mismo se lo dije antes de marcharme.

Se quedó en silencio y detuvo el paso. Lo miré esperando a que continuara, pero parecía paralizado. Tenía la mirada clavada en la línea del horizonte, con la mente perdida a miles de kilómetros de allí.

—Mi padre —dijo de pronto, girándose hacia mí—. Claro... fue él.

Si ninguno de los dos había abierto la boca y su padre lo sabía, era la única explicación lógica. Aunque resultaba surrealista.

—Eso no tiene ningún sentido, Fer. Andreas apenas conoce a tu padre. ¿Crees que iba a buscarlo para contarle algo así? ¿Con qué fin?

—Mi padre puede contactar con quien le dé la gana. Tiene el dinero, el poder y la mente retorcida necesaria para hacerlo, Liv —argumentó, pasándose las manos por el pelo con desesperación—. Y no solo eso... ¿No te parece demasiada coincidencia que justo cuando volvemos a acercarnos, Andreas vuelva a aparecer de la nada? ¿Y qué ocurra exactamente cuando mi padre me amenaza de

nuevo para que me aleje de ti? ¡Joder! ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—Son solo suposiciones tuyas, Fer —intenté calmarlo.

—Liv, tú no se lo dijiste y yo tampoco. Las únicas personas, aparte de nosotros dos, que sabían lo del beso eran mi padre y Octavio. Bueno... y tu hermano.

—¡Mi hermano jamás le habría dicho algo así!

—Lo sé.

—¿Y tú qué vas a saber? —espeté, herida.

—Sé esto —dijo, sacando un sobre blanco del bolsillo de la chaqueta y tendiéndomelo.

—¿Qué es esto? —pregunté al tomarlo.

Reconocí al instante el trazo en la caligrafía del frente. Fer le dio la vuelta al sobre y vi el remitente: *Danilo Molina González*, junto a la dirección de nuestra casa. La abrí al instante.

«Fer:

Los dos sabemos que Andreas está manipulando a mi hermana. He hablado con ella, pero ya sabes lo buena que es; cree que no puede dejarlo ahora porque lo ve hundido por tu marcha (aunque ya haya pasado un año). Te prometí que no me metería ni le diría nada porque sé que quieres protegerla de las amenazas de tu padre, y sigo pensando que eres tú quien debe dar la cara. Ella no necesita protección, es la persona más fuerte y valiente que conozco y es capaz de tomar sus propias decisiones y decidir si arriesgarse o no. Pero cuando vengas a contárselo todo y me odie por habérselo ocultado, espero que le enseñes esta carta. Para que, aunque su temperamento no me deje hablar, sepa que siempre quise decirle la verdad. Por eso te la mando: para que quede constancia por escrito. A mi hermana le apasiona el papel; no puede evitar ser una romántica. "Los mensajes se pierden, pero el papel se conserva", citando sus palabras literales.

Aclarado esto, solo diré que eres un imbécil de remate. Joder, Fer, el otro día estabas decidido a buscarla y ahora vuelves a echarte atrás. No te entiendo. Solo hace falta que ella oiga cómo hablas de ella y que tú escuches cómo solía hablar ella de ti (porque ahora está furiosa, y con razón) para que os deis cuenta de que estáis hechos el uno para el otro. Habla con ella y aclara las cosas de una vez. ¿Cuántas chicas crees que hay como Livi? Te lo digo yo: ninguna. Es inteligente, divertida, preciosa... Tiene un corazón enorme. Es la persona más noble que conozco, Fer. Cada vez que me pierdo, ella es mi faro, la luz de mi vida. Daría la vida por ella. Así que decídete de una vez antes de que termine pasando sus días al lado del desgraciado de Andreas o de cualquier otro idiota que no la valore como merece.

Sé que le tienes pánico a tu padre y a las consecuencias de buscarla, pero deberías tenerle más miedo a lo que pasará si no lo haces. Si de verdad la quieres, échale agallas o no cuentes más conmigo para saber de ella. Podéis estar juntos, Fer, tenéis que estarlo. Sé cómo os queréis. Pero tienes que hablar con ella, decirle la verdad y confesarle lo que sientes. Aunque ahora no quiera ni escuchar tu nombre, ella también te quiere. La conozco mejor que ella misma. Pero si prefieres seguir siendo un cobarde y haciéndola sufrir, le contaré todo yo mismo y no volveré a dirigirte la palabra. Mi hermana es lo más importante que tengo y está sufriendo. O me ayudas a arreglar esto diciendo la verdad, o te alejas definitivamente y la ayudo a olvidarte. Porque lo que estás haciendo no lo haría el Fer que yo conozco, y mucho menos el Fer del que Liv se enamoró.

P.D.: Livi. Si estás leyendo esto, supongo que el cabeza dura de Fer por fin se ha decidido. Haz lo que te dicte el corazón y no pienses en los demás por una vez. Piensa en ti y en lo que realmente deseas; elige aquello que te haga sentir más fiel a ti misma, lo que te impulse a superarte y a convertirte en la persona que quieres ser. Nunca olvides lo alucinante que eres. Ahora perdóname y ven a darle un abrazo a tu hermano favorito. Tranquila, no se lo diré a Leb. Te quiero muchísimo y mi único deseo es que seas feliz, hermanita. Y que lo seas tomando tus propias decisiones. No tienes que

complacer a nadie: ni a mí, ni a nuestros padres, ni a Leb, ni a Andreas... ni siquiera a Fer. Haz lo que tú quieras y hazlo por ti».

Las lágrimas brotaban descontroladas, empañándome la vista por completo. Era un llanto desgarrador, imposible de contener.

—La fecha es... —La voz se me quebró, impidiéndome terminar.

—Del día que murió —completó Fer en un susurro.

—No entiendo nada, Fer... ¿Escribió esto justo antes de quitarse la vida? Es muy retorcido —dije, limpiándome las mejillas con la mano.

—Lo sé. Él lo sabía todo y quería contártelo. Yo también quería hacerlo, te lo juro, pero cuando me enteré de lo de tu hermano no fui capaz. Quise ir al funeral para estar a tu lado y buscar el momento, pero mi padre volvió a amenazarme y me paralizó el miedo. Fui incapaz de presentarme allí y mucho menos de hablar contigo.

—Mi hermano creía en nosotros —murmuré, buscando refugio en sus palabras para no dejarme consumir por el odio hacia su padre—. Creía que podíamos ser valientes... y que nos queríamos.

Fer asintió en silencio.

—A lo mejor es tarde, pero te sigo queriendo, Olivia —dijo, buscando desesperadamente mi mirada mientras yo intentaba esquivarla—. No te voy a negar que me da pavor lo que mi padre pueda hacer, pero tampoco puedo seguir negando lo que siento por ti.

No fui capaz de articular palabra. Simplemente me abalancé sobre él y lo besé. Fue un beso urgente, desesperado, torpe por la prisa. Nuestros labios se buscaron con una intensidad tan brutal que a los pocos segundos sentía la boca entumecida. Necesitaba saltar al vacío, necesitaba creer en la fe que mi hermano tenía en nosotros y convencerme de que la felicidad que él deseaba para mí todavía era posible.

CAPÍTULO 46.

Olivia.

Me desperté de un salto en mitad de la noche. Miré instintivamente hacia la puerta de la habitación; al no ver a Marco asomarse, supuse que esta vez no había gritado. Tenía el pulso desbocado en el pecho. No había sido una pesadilla, lo cual resultaba extraño, pero llevaba un par de días despertándome así, de golpe, en medio del silencio. Tal vez mi cuerpo se había acostumbrado tanto a la angustia nocturna que ya no sabía reaccionar de otra forma al dormir del tirón.

Desde que se lo había contado todo a Alex, las pesadillas habían comenzado a darme una tregua, aunque sin desaparecer del todo. Seguía teniendo muchas, pero había conseguido dormir un par de noches. Tampoco esperaba milagros de la noche a la mañana. Disfrutar de algunas noches en paz después de un año entero de infierno ya era una pequeña victoria.

Me deslicé fuera de la cama y fui descalza hasta la cocina para prepararme una tila. Calenté el agua, metí la bolsita en la taza, apagué la luz y me dispuse a volver por el pasillo a oscuras. Justo en ese momento, la puerta de la habitación de Marco se abrió de golpe.

—¡Joder! —exclamó Eli, llevándose la mano al pecho—. ¡Qué susto me has dado!

—Lo siento —susurré.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—Me he desvelado —admití.

—Yo también.

—¿Quieres una tila? —le ofrecí.

—La verdad es que me vendría genial.

Le tendí la taza que llevaba en la mano, regresamos a la cocina para preparar otra para mí y nos sentamos en el sofá del salón.

—Quería darte las gracias, Liv. De no ser por ti, ahora mismo no estaría con Marco —dijo, soplando el humo que salía de su taza—. Estaría cometiendo una estupidez monumental.

—Todos necesitamos que nos echen una mano de vez en cuando.

—Supongo que sí.

Le dediqué una pequeña sonrisa.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo de pronto.

Asentí antes de dar un trago a mi infusión.

—¿Pasa algo entre Alex y tú?

El líquido me fue por el otro lado y solté un golpe de tos convulsa. Cuando conseguí recobrar el aire, la miré descolocada.

—¿A qué viene eso? —pregunté, confundida.

—Le importas de verdad, Liv.

—Lo sé —reconocí con sinceridad—. Él a mí también. Me está ayudando muchísimo; me hace bien estar con él. Hasta está convencido de que volveré a escribir.

—Todos lo creemos, Liv.

—Gracias a él me siento un poco más viva. Hasta se le ocurrió hacer una lista para obligarme a ver todo lo que hay en la vida más allá del dolor. Quiere que vuelva a vivir de verdad. Y la verdad es que yo también quiero.

—¿Una lista, eh? —sonrió con picardía.

—Sí —negué con la cabeza, pensando en lo absurda y brillante que era la idea al mismo tiempo.

—¿Y qué habéis puesto ahí, si se puede saber? —quiso saber antes de beber de su taza.

—De todo un poco: desde tonterías cotidianas hasta cosas que nos dan miedo.

—¿Y el amor está en esa lista?

La miré sin comprender dónde quería llegar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que a los dos os aterra enamoraros.

Me quedé en silencio. Mi problema en realidad no era el amor en sí, sino el pavor a sentir cualquier cosa que pudiera volver a romperme por dentro.

—Solo te pido que no le hagas daño, ¿vale? Lo ha pasado mal.

—Lo sé —dije mirándola a los ojos—. No se me ocurriría.

Ella asintió, satisfecha con la respuesta.

—Voy a intentar dormir otro rato. Buenas noches, Liv.

—Buenas noches, Eli.

CAPÍTULO 47.

Olivia.

La semana transcurrió de un modo extraño. Me desperté todas las noches: algunas con pesadillas y otras simplemente sobresaltada. Al menos ya no gritaba. Varias veces coincidí con Eli en la cocina. Gracias a esas charlas de madrugada empezamos a conocernos mejor.

Alex no apareció por el piso en toda la semana, lo cual resultaba rarísimo teniendo en cuenta que prácticamente vivía allí. No voy a mentir: eché de menos su presencia e incluso sus comentarios absurdos. Pero no solo eso; me sentía un poco dolida con él.

Después de haber compartido un momento tan íntimo y doloroso de mi vida, y de haber pasado una mañana y una tarde increíbles haciendo planes juntos, no entendía su desaparición. Ni siquiera me mandó un mensaje ni respondió a los míos. Sabía que no tenía ningún derecho a enfadarme, pero no podía evitarlo. En realidad, creo que la molestia no era por su ausencia, sino por darme cuenta de que yo lo echaba de menos y él a mí evidentemente no.

Fer tampoco había vuelto a dar señales de vida. Marco y Eli se pasaban el día encerrados en la habitación entre risas. Así que estuve bastante sola.

Aproveché para visitar la universidad donde haría el máster y memorizar los trayectos. También paseé a solas por la ciudad con los auriculares puestos para ir ubicándome y aislarme un rato de los gemidos del piso. Durante todo ese tiempo, fui incapaz de sacarme de la cabeza el beso con Fer.

¿Es posible que tus propios sentimientos se escondan de ti? ¿Buscar en tu interior y no saber si siguen ahí o han desaparecido para siempre? ¿Puedes dejar de sentir cosas hacia alguien que en su momento lo fue todo? Esas y mil preguntas más me rondaron la cabeza durante días.

Llegó el domingo y, aunque mis dos enamorados favoritos no se despegaban ni un segundo, Marco no faltó a su cita en el almacén. Cuando me avisó de que se iba, le dediqué una sonrisa burlona que lo puso visiblemente nervioso.

Terminé de recoger las mesas de la cafetería y me puse a fregar y secar las tazas. Se escuchó la puerta y levanté la vista para avisar de que ya habíamos cerrado. Pero entonces, unos profundos ojos verdes con destellos grises y azules, que conocía demasiado bien, se clavaron en los míos mientras él cruzaba la estancia. Rodeó la barra hasta quedar a pocos centímetros de mí. Leí la frase impresa en su camiseta: «¿Te digo algo con amor? Amortiguador».

Se quedó plantado a escasos centímetros de mí. Vi cómo sus ojos bajaban descaradamente hacia mi boca y se detenían ahí más tiempo del debido. Por inercia, yo también bajé la mirada a sus labios. Él esbozó una sonrisa tan radiante y sincera que mi enfado se disipó al instante. Acto seguido, me rodeó con los brazos y me apretó fuerte contra su pecho. Cualquier resto de molestia desapareció del todo y le correspondí rodeándole la cintura. Con la cara pegada a su camiseta, escuché el latido desbocado de su corazón y entendí que se alegraba tanto de verme como yo a él.

—Hola, rubia —murmuró, dejándome un beso en la coronilla—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —admití antes de que mi cerebro pudiera frenar a mi boca.

Soltó una carcajada.

—Sí que debes haberlo hecho cuando lo admites tan a la ligera —se burló—. Cuidado, que voy a empezar a pensar que te caigo bien.

Me separé un poco y le di un manotazo cariñoso.

—Plasta —bufé.

—Eso ya es más normal. —rio divertido.

Me reí con él.

Se puso a ayudarme con los vasos y la conversación fluyó como si no hubiéramos estado días sin vernos. Era curioso: a pesar del poco tiempo que nos conocíamos, existía entre nosotros una complicidad que no tenía ni con gente que conocía de toda la vida. Supongo que años atrás la tuve, pero en mi situación actual, tras haber olvidado lo que significaba confiar en alguien, estar así con Alex me hacía sentir normal.

Comprobé que nuestra relación era de esas en las que no importaba el tiempo sin hablar; al reencontrarnos, era como si no hubiese transcurrido ni un solo día.

—El martes te esperé hasta tarde para avisarte de que tendría una semana complicada ayudando a mi hermana con unas sesiones, pero como no llegabas, me fui —se justificó—. El miércoles, estando en los baños del estudio, se me cayó el móvil al retrete y pasó a mejor vida. Hasta ayer no pude comprarme uno nuevo y no logré recuperar los contactos. Ni siquiera tenía el número de Marco, aunque probablemente me habrían secuestrado y mi amigo no se habría enterado.

Al escucharlo, aunque quería estar enfadada: no había sido su culpa. El alivio fue increíble. Sentir que no me había abandonado fue algo nuevo. Al final, todos se marchaban, pero él no lo había hecho. Al menos no intencionadamente. Al menos no de momento.

—Espero que al menos no acabaras de plantar un pino —bromeé.

Alex soltó esa risa que tanto me gustaba. Y sí, Marco definitivamente había estado ocupado esa semana.

—¿Qué tal tu semana? —preguntó.

—Aburrida —resumí.

—¿Nada reseñable?

—Fer me entregó una carta que le escribió mi hermano antes de morir —confesé sin pensarlo.

—¿En serio?

Asentí.

—Luego te cuento los detalles. Marco ya debería estar aquí —dije, viendo que la barra ya estaba limpia.

Alex me tomó de la mano y me arrastró suavemente hacia el cuarto de servicio.

—Coge tus cosas y vámonos. Ellos tienen llave.

Asentí, recogí mis pertenencias y salimos del local echando el cierre.

Caminamos hacia el piso mientras me contaba que una firma de joyas los había contratado para una campaña importante.

Llegamos al piso y entramos.

—Necesito una ducha —avisé.

Alex asintió, se dejó caer en el sofá, sacó el móvil nuevo del bolsillo y se puso a toquetearlo.

Fui a mi cuarto, cogí ropa limpia y me dirigí al baño. El pestillo seguía roto. Había avisado al casero, pero aún no había podido pasar a arreglarlo. El plato de ducha contaba con un tabique de obra que ocultaba la grifería, dando intimidad, seguido de un panel de cristal con un hueco abierto para entrar y salir.

Dejé la ropa sucia en el cesto, abrí el grifo y esperé a que el agua estuviera templada. Me metí debajo del chorro, dejando que me empapara la cabeza, me enjaboné sin prisa y, una vez limpia, me quedé un buen rato con los ojos cerrados bajo el agua, absorta en mis pensamientos.

De repente, vi una sombra a través del cristal y el grifo se cerró. Abrí los ojos asustada, pero, antes de que pudiera articular palabra, Alex me puso la mano en la boca y pegó mi espalda contra el tabique de la ducha, clavando sus ojos en los míos mientras dejaba caer mi ropa limpia al plato mojado.

—¡Ssh! —susurró tenso—. Hay alguien en el piso.

Me quedé inmóvil. Su cuerpo estaba completamente pegado al mío, expuesto, desnudo y mojado. Sentí una punzada de vergüenza, pero la mirada de Alex no se desvió ni un milímetro de mis ojos para fijarse en nada más. Se escucharon voces distantes en el pasillo acercándose hacia donde estábamos.

Alguien empujó la puerta del baño de un golpe seco y me sobresalté; supuse que Alex la había dejado entornada para no hacer ruido. Se pegó aún más a mí, presionándome contra los azulejos fríos mientras me sujetaba la boca con firmeza. Unos pasos pesados avanzaron hacia la ducha. El corazón me latía con tanta fuerza que temí que pudieran oírlo y descubrirlos.

—Aquí no hay nadie. No está —informó una voz femenina desde el pasillo.

—¿Qué coño pasa con esta malparida, que cada vez que entramos a una casa a buscarla no está? —rezongó una voz masculina que resonó en las paredes del baño.

Aquel comentario distrajo a la mujer e impidió que rodease el panel de la ducha. Escuchamos cómo daban media vuelta y caminaban hacia la salida. Segundos después, el portazo de la entrada confirmó que se habían marchado.

Aunque el peligro inmediato pasó, mi cuerpo seguía temblando por completo. Alex dio un paso atrás, me retiró la mano de los labios y me posó la palma en la mejilla, sin romper el contacto visual.

—¿Estás bien?

La intensidad de su mirada empezó a resultarme abrumadora.

No fui capaz de responder. Alex deslizó los dedos de mi mejilla hacia el cuello, acarició mi hombro y bajó despacio por mi costado hasta rozarme las costillas. Se me erizó la piel. Siguió descendiendo hasta detener la mano en mi cadera. Mi corazón volvió a acelerarse, presa del pánico residual y de su proximidad.

—Eres preciosa —murmuró sin apartar los ojos de los míos. La fuerza de su mirada me obligó a bajar la vista.

—Estoy desnuda —le recordé, con la voz ahogada por los nervios.

—¡Madre mía, lo siento! —se cubrió los ojos de inmediato con un gesto infantil—. Escuché abrirse la puerta con llave y pensé que era Marco. Al asomarme para bromear con él y con Eli, vi a dos personas armadas y con pasamontañas. Corrí a esconderme al baño de Marco y, cuando entraron en su cuarto, me colé aquí para avisarte. Por suerte no me vieron.

Dio un par de pasos hacia atrás mientras yo me cubría el pecho y la entrepierna con los brazos. Se giró de espaldas y me tendió el albornoz a ciegas por el hueco del panel.

Lo cogí a la prisa.

—Te espero fuera. Voy a comprobar si se han llevado algo.

Escuché sus pasos alejarse y el chasquido de la puerta al cerrarse. Me quedé inmóvil, paralizada. Era como si mis pies estuvieran clavados al suelo y no respondieran a las órdenes de mi mente. No podía dejar de darle vueltas a la escena: por lo que parecía, alguien había entrado a por mí. El pánico me oprimía el pecho, no solo por la intrusión, sino por lo que le habría ocurrido a Alex si lo hubiesen descubierto al venir a buscarme.

Pensar en él me hizo reaccionar. Llevaba tanto rato inmóvil que ya casi me había secado sola. Envuelta en el albornoz, salí a toda prisa hacia el salón. Encontré a Alex colgando el teléfono. Sin pensarlo, me abalancé sobre él y lo abracé con todas mis fuerzas, temblando ante la idea de que le hubieran hecho daño.

—Me vas a dejar sin aire —articuló con dificultad.

Aflojé un poco la presión, pero no me solté. El temblor no cedía.

—Tranquila —dijo, rodeándome con sus brazos—. No pasa nada. No falta nada.

—Podrían haberte hecho algo... Si te hubiese pasado algo por mi culpa, yo...

—Estoy bien, rubia —me acarició el pelo—. Coge lo imprescindible, tenemos que irnos de aquí.

—¿Qué? —pregunté, separándome para mirarlo.

—No sabemos quiénes eran, pero tenían llave y, al parecer, venían a por ti. Mañana vendrá un cerrajero a cambiar la cerradura, pero esta noche no puedes quedarte aquí. He hablado con Marco: va a poner la denuncia y dormirá en casa de los chicos. Tú te vienes conmigo —dijo guiñándome un ojo.

En mi cabeza empezó a gestarse una tormenta. Tras la conversación con Fer de hacía unos días, la sospecha cobraba una fuerza pavorosa: ¿podía haber sido su padre quien había enviado a esos hombres? Una parte de mí se negaba a creer que llegara tan lejos, pero los antecedentes estaban ahí. Me quería lejos de su hijo; yo era su moneda de cambio y su método de extorsión. ¿Habría mandado a seguir a Fer? ¿Sabría que habíamos vuelto a vernos?

—Nos vamos —dije, tratando de serenarme—. Necesito cuatro cosas. Pero antes tengo que hablar con Fer.

CAPÍTULO 48.

Fer.

Estaba en casa subiéndome por las paredes. Llevaba horas intentando trazar algún plan que funcionara para ganarme la confianza de mi padre, pero no era fácil. Podía ser un monstruo, pero no era estúpido en absoluto. Llevaba dos años bajo su yugo y, aparte de aceptar la posición en la empresa, no había cedido un solo milímetro en nada más. Un cambio repentino de actitud por mi parte resultaría sospechoso. Tentar a Octavio estaba descartado; ese hombre era su perro fiel. Y encarar a mi padre directamente tampoco servía de nada: lo negaría todo con una sonrisa cínica.

Tenía el pensamiento incesante de que las conversaciones entre Octavio y él no trataban solo de los negocios familiares habituales. Mi padre estaba metido en algo turbio. Eran meras suposiciones basadas en retazos de frases que había cazado al vuelo, pero nada encajaba. Además, por lo visto, tenía un hermano al que no conocía. Repasé mentalmente la lista de chicos a los que Liv les importaba tanto como a mí, pero ninguno cuadraba. ¿A qué se refería con ese «no puedo soltarlo»? ¿Podría tratarse de Andreas? Eso explicaría por qué sabía lo del beso y por qué había vuelto buscando a Liv. Además, Andreas no conocía a su padre. Abandonó a su madre antes de nacer él.

Cientos de conjeturas rodaban por mi mente, pero no tenía una sola certeza ni pruebas de nada. Frustrado, solté un gruñido antes de dejarme caer de espaldas en el sofá. En ese instante, mi teléfono volvió a sonar por cuadragésima octava vez en el día, sin exagerar. Estiré el brazo y descolgué sin mirar la pantalla.

—¿Sí?

—¡Por fin respondes, Fer! —exclamó Clara al otro lado de la línea—. Llevo todo el día intentando localizarte.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté sin ganas.

—¿No has visto las noticias? ¿Ni el periódico, ni las redes? Estás en boca de todo el mundo —soltó fuera de sí.

—¿Y eso qué tiene de novedoso?

—Enciende la tele, Fer. Los programas del corazón llevan horas especulando sobre ti —bufó.

Me incorporé y puse la televisión. En el primer canal de prensa rosa aparecía mi coche, imágenes de Olivia y mías sumadas al video de hacía unos días bailando en la playa. Cientos de teorías se barajaban en el programa y en redes. Por suerte, nadie había conseguido identificarla. La calificaban como «La misteriosa amante de Fernando Baviera».

—¿Qué demonios es esto? —mascullé.

—Eso mismo quiero saber yo. ¿Quién es esa chica, Fer?

—Una amiga, nada más.

—¿Ah, sí? ¿Y si es tu amiga, por qué no la conozco? —insistió.

—Es solo una amiga, Clara. Ya te lo he dicho.

—Lo mejor para cortar esto de raíz es emitir un comunicado aclarando que es alguien que pertenece a tu grupo cercano. No se ve bien en ninguna foto. Seguro que Érica no tiene problema en hacerte el favor —propuso.

—Mañana emitiré una nota desmintiendo cualquier rumor. Por mi cuenta. Tenlo todo listo a primera hora.

Colgué antes de que empezara con otro interrogatorio.

Estaba claro que Clara no era la única que habría visto el escándalo: mi padre ya estaría al corriente. No tardaría en mover ficha, ya me había advertido después del vídeo. Me aterrorizaban sus represalias.

Esta vez no recaerían solo sobre mi y él sabía exactamente dónde golpearme.

Érica era mi única alianda real allí, junto con Gael. Su familia manejaba una fortuna similar a la de mi padre, y la idea de que saliéramos juntos —y en un futuro nos casáramos— resultaba perfecta sobre el papel. Un acuerdo comercial encubierto, el sueño de mi padre. Sin embargo, no había prosperado porque ninguno de los dos estaba dispuesto a pasar por el aro. Érica se había portado increíblemente bien conmigo desde el primer día. Se convirtió en un pilar y, con el tiempo, en una gran amiga, aunque por nuestras agendas no pudiéramos coincidir demasiado.

Su padre le había propuesto lo mismo que a mí el mío. Para ser honesta desde el principio, me confesó lo que sentía: le gustaba, pero solo como amigo. Yo sentía el mismo afecto y respeto por ella, así que las cartas quedaron al descubierto. Si alguien entendía el infierno de tener un padre como el mío, era Érica.

El timbre de la entrada me sacó de mis pensamientos. Me levanté a regañadientes, fui hacia la puerta y miré dos veces por la mirilla. Tomé aire y abrí. Una ráfaga cegadora de flashes me dio de lleno en la cara. Érica se abalanzó sobre mí y me rodeó el cuello con un abrazo preparado. Le devolví el gesto mientras la prensa tomaba decenas de fotos.

La agarré suavemente de la mano y la arrastré hacia el interior antes de cerrar de golpe.

—¿Quién es la chica del vídeo? —soltó sin molestarse en saludar.

—Una amiga de mi pueblo. Nos cruzamos por casualidad y estuvimos charlando.

—¿En tu coche? Venga, Fer, a mí me lo puedes contar.

—No quería que nos fotografiaran juntos en un local para evitar exactamente esto —mentí—. Necesito que me hagas un favor.

Érica me miró atenta.

—¿Te importaría que digamos que la del coche eras tú? No es un personaje público, tiene una vida tranquila y no quiero arrastrarla a esta mierda. —señalé la puerta, refiriéndome a los paparazzis.

—Ya contaba con ello.

Jamás le había hablado de Liv. Por muy comprensiva que fuera Érica, la relación con su padre era compleja y no podía arriesgarme a que cualquier detalle terminara filtrándose al mío.

—Voy a asaltar tu cocina, me muero de hambre —dijo quitándole hierro al asunto.

—La nevera está llena; estás en tu casa.

Me regaló una sonrisa antes de desaparecer por el pasillo. Justo en ese momento, el móvil volvió a vibrar en mi mano.

—¿Sí?

—Fer, soy Liv —escuché al otro lado de la línea—. No quiero alarmarme sin motivo, pero... ¿Es posible que tu padre haya mandado a alguien a allanar mi piso? Digo... si nos estaban siguiendo como aquella vez y nos vieron besarnos, no sé...

—¿Han entrado en tu casa? ¿Estás bien? —sentí que el suelo se me hundía bajo los pies.

—Sí, estoy bien. Pero responde a mi pregunta, por favor.

—No hacía falta que nos siguiera nadie, Liv. Pon la televisión.

Se hizo un silencio tenso al otro lado de la línea, interrumpido a los pocos segundos por el sonido de un televisor encendiéndose de fondo.

—Tranquila, nadie sabe quién eres. El beso ni siquiera sale; solo nos grabaron dentro del coche.

—¿Esto es una broma? —soltó con la voz envenenada de dolor—. «Fernando Baviera confirma su noviazgo con Érica Duarte».

—¿Qué? No, Liv, eso es mentira. Érica es solo una amiga. —encendí la tele y vi un video de ella llegando a mi casa.

—¿Pero tú eres imbécil? —me recriminó con rabia—. ¿Te atreviste a besarme anoche teniendo novia? ¿Cuándo pensabas contármelo?

—No es mi novia, Liv, escúchame...

—¡Me importa una mierda quién sea! —me cortó secamente—. Solo dime, ¿ha podido ser tu padre el que mandó a esos hombres a mi piso?

—Es probable —admití con el alma en el suelo.

—Aléjate de mí, Fernando. No me jodas por segunda vez.

La llamada se cortó con un tono sordo. Me aparté el teléfono de la oreja y lo dejé caer sobre el sofá, sintiéndome completamente destrozado. Érica reapareció en el salón con una manzana en la mano.

—¿Me vas a contar qué está pasando de verdad? —preguntó suavemente.

Negué con la cabeza, angustiado.

—Si mi padre se entera de esto...

—No se lo voy a contar a nadie, Fer. Sabes que puedes confiar en mí.

Por primera vez en mucho tiempo, decidí bajar la guardia. Confié en ella y se lo conté todo. Le expliqué quién era Olivia y por qué ella era lo único que de verdad me importaba en el mundo.

CAPÍTULO 49.

Olivia.

Sin dejar hablar a Alex, me fui directa a mi habitación. Regresé pocos minutos después con lo imprescindible metido en una mochila. Al día siguiente arrancaban las clases del máster, de modo que preparé lo necesario para pasar la noche fuera y acudir a la facultad.

Al parecer, Fer tenía a alguien en su vida. ¿Cómo no lo había intuido antes?

Aun así, la sola idea de apartarlo me pesaba; mi hermano estaba convencido de que él era la persona con la que debía estar, así que se suponía que era lo que debía hacer. Pero, ¿cómo? Ya me rompería la cabeza con eso más adelante; ahora lo urgente era salir de allí antes de que a ese par de delincuentes se les ocurriera volver.

—Estoy lista —anuncié.

—¿Estás bien? —preguntó Alex, con gesto preocupado.

Asentí con la cabeza, aunque la realidad era que me devoraba la rabia por dentro.

—No sabes mentir, rubia.

Guardé silencio. No tenía ganas de enzarzarme en una discusión con él, y menos aún sabiendo que iba a acogerme en su casa. Nos dirigimos al ascensor y bajamos. Para cuando alcanzamos el portal, Alex ya se las había ingeniado para hacerme sonreír con uno de sus comentarios absurdos. Empujé la puerta de la calle sin prestar atención, distraída mirando hacia Alex como ya parecía habitual, y me estampé de lleno contra alguien.

—Liv —pronunció una voz desgastada que conocía demasiado bien.

—Andreas —bufé al instante—. Has elegido el peor momento posible.

—Necesitamos hablar —dijo.

Esas palabras me bastaron para percatarme de que estaba borracho.

No había cambiado un ápice: todo el discurso de arrepentimiento había sido una completa farsa. Ninguno de los desastres de su vida era responsabilidad mía. Cada cual toma sus propias decisiones y él siempre elegía mal, no por culpa mía, sino por su propia naturaleza. Sentí cómo una furia ciega, esa que llevaba meses conteniendo, se apoderaba de mí.

—¿¡Ah, sí?! ¿¡De qué coño quieres hablar?! —estallé, soltando de golpe todo el pánico y la rabia acumulados durante el día—. ¿¡De qué me mentiste con lo de Fer?! ¿¡De qué me ocultaste que quería ponerse en contacto conmigo?! ¿¡De cómo sabías lo del beso si ni él ni yo te dijimos una sola palabra?! O mejor aún... ¿¡Vas a decirme cuántas mentiras me has dicho desde el día en que te conocí?! ¡Dímelo!

—¿¡Y cómo sabes que el que miente no es él?! —se defendió, alzando la voz—. ¡Jamás te he mentido! ¡En cambio tú, dijiste que no te estabas acostando con este capullo y mira cómo se te caen las bragas por él!

Alex dio un paso al frente para encararlo, pero le crucé el brazo en el pecho para frenarlo, como la última vez.

—¡Ni se te ocurra meterlo a él en esto! —espeté—. ¡Y deja de mentir, porque los dos sabemos de sobra que me has engañado mil veces!

Noté la mirada de asombro de Alex sobre mí. Supuse que la última vez no había perdido los papeles de esa manera.

—Vámonos, Livi —murmuró Alex, tomándome con delicadeza del brazo.

Me zafé de su contacto, ciega de ira. Varios transeúntes empezaban a detenerse para presenciar el espectáculo.

—¿¡Cómo iba a saber yo lo del beso si él no me hubiese dicho nada?! —gritó Andreas fuera de sí—. ¡No solo me contó lo del beso, sino que me dijo que estaba arrepentido y que se largaba para no volver a verte! ¿¡Preferías que te contara eso o que te dijera que simplemente había dicho adiós?! ¡Dímelo!

—¡Prefería la verdad y nada de lo que dices lo es! —le grité a la cara —. ¡No solo me has mentido, me has arruinado la vida! ¡Por tu culpa perdí a Fer y por tu culpa perdí a mi hermano!

—Olivia... —Alex volvió a posarme una mano en el hombro, intentando aplacar la tormenta.

Le dediqué una mirada tan fulminante de reojo que retiró la mano al instante.

—¡Tu hermano se suicidó porque estaba puto loco! ¡Igual que tú!

Ese comentario fue la chispa que hizo arder el polvorín. Llevaba demasiado tiempo tragando veneno en silencio, pero en ese preciso instante mi ira se desató sin freno.

—¡Estoy harta de tus mierdas! ¡Cansada de que lo destruyas todo a tu paso! ¡Y la culpa es mía por haber intentado ayudarte! ¡Pero eres insalvable porque estás enfermo! ¡Ve a que te encierren y aléjate de mí de una puta vez! —grité con los pulmones en carne viva—. ¡Y ni se te ocurra volver a pedirme perdón, porque no te voy a perdonar en la vida, desgraciado! ¡Te vas a quedar completamente solo por falso, por egoísta y por ser una basura de persona! ¡Madura de una vez y asume que la culpa de tus desgracias no es de los demás, es tuya y solo tuya, pedazo de demente!

—¡Lo he dado todo por ti!

—¿¡Y qué me has dado según tú?! —solté una carcajada amarga—. ¡Me has mentido a la cara, me has puesto los cuernos, me has manipulado hasta la saciedad! ¡Me exprimiste en el momento más

oscuro de mi vida sin importarte una mierda lo que yo estaba sintiendo! ¡Me separaste de Fer! ¡Y mientras perdía el tiempo rompiendo contigo y tú me retenías con tus chantajes, no llegué a tiempo de salvar a mi hermano! —grité hasta quedarme sin aliento, sintiendo que la cabeza me iba a estallar—. ¡Me lo he tragado todo, tus broncas familiares, tus problemas con tus amigos y las rayadas de tu inestable cabeza! ¡Y cuando fui yo la que necesitó ayuda, ni te molestaste en ser un buen amigo! ¡Ojalá no te hubieras cruzado en mi vida jamás! ¡Mi hermano tuvo razón desde el primer día! ¡Vete a la mierda de una jodida vez, cabronazo!

Cogí una gran bocanada de aire. Había olvidado respirar mientras gritaba. Alex se plantó justo delante de mí, me tomó el rostro entre sus manos y me obligó a fijar los ojos en los suyos. Como por arte de magia, toda la furia desbocada pareció disiparse de golpe.

De fondo, Andreas seguía vomitando insultos y reproches que ni me molesté en procesar.

—Vámonos de aquí, Livi —me pidió en un susurro—. No merece la pena.

Asentí en silencio. Alex me tomó de la mano para sacarme de allí. Un chispazo eléctrico me recorrió la piel. Tenía las manos tan cálidas y firmes que me aferré a él como si fuera el único punto de agarre del mundo. Y ahí, en mitad de la calle y del caos, experimenté un alivio inesperado.

Apenas habíamos dado dos pasos cuando me agarró violentamente del hombro y me dio la vuelta.

—¡No hemos terminado! ¿¡Te piensas que para mí ha sido un camino de rosas aguantarte?! ¡Siempre tan madura, siempre tan comprensiva, siempre la puta perfección en persona! ¡La hija modélica, la hermana perfecta, la estudiante de diez, la familia ideal...! ¡Toda tu vida era una maldita postal de anuncio! ¡Y yo a tu lado parecía una mierda! ¡Me hacías sentir inferior! —espetó, intentando volcar de nuevo su rabia sobre mí—. ¡Pero luego bien

que te gustaba dar pena a todo el mundo por el cobarde de tu hermano, que...!

—¡Basta! —lo corté, esta vez con una voz alarmantemente pausada. Iba a ser la última vez que me culpaba de sus propios demonios. —Si de verdad piensas eso, es que no me has conocido en absoluto. Quiero que salgas de mi vida, Andreas —sentencié con una frialdad absoluta—. No vuelvas a buscarme. Tú y yo hemos terminado para siempre.

Eché a andar a paso ligero, tirando de la mano de Alex. No pensaba regalarle ni un segundo más de atención a ese ser. Cuando llevábamos unos cinco minutos caminando a buen ritmo, bajé la marcha hasta detenerme por completo y miré a mi acompañante, que no había abierto la boca en todo el trayecto.

—No tengo ni idea de adónde vamos —reconocí, un poco desorientada.

—Hace como tres calles que hemos pasado mi coche —soltó tan ancho.

—¿¡Y por qué no me has avisado?!

—¿¡Y arriesgarme a enfadarte si te hacía frenar?! —preguntó—. Ni de coña. Acabo de hacerme una nota mental para no hacerte enfadar nunca en la vida. —Sonrió burlón.

Solté una carcajada limpia.

—Haces bien.

Alex sonrió y tiró con suavidad de mi mano hasta envolverme en un abrazo. Le devolví el gesto, apoyándome en su hombro mientras sentía su respiración tibia en mi cabeza.

—Siento muchísimo las barbaridades que te ha dicho ese imbécil —murmuró con tono apenado.

—Ya no me afecta, rubio.

Y podría jurar que, aun sin verle la cara, sentí perfectamente la sonrisa que se le dibujó en los labios.

CAPÍTULO 50.

Fer.

Érica se marchó de mi casa tras prometerme guardar absoluto silencio y ayudarme en todo lo posible. Incluso se ofreció a dar la cara por Liv ante mi padre si las cosas se complicaban aún más.

Como Liv no respondía a mis llamadas, me arriesgué a ir directamente a su piso. Al llegar a la entrada del edificio, me topé de frente con Andreas.

—Ni te molestes: acaba de largarse con el tío al que se tira —soltó, arrastrando las palabras por la borrachera—. Al final parece que no se queda conmigo, pero contigo tampoco.

—No paramos de cagarla, tío. Por algo éramos amigos —murmuré con amargura.

—Tú lo que eres es un puto traidor. Le has ido con el cuento de todo lo que te dije —espetó, intentando contener la rabia.

—¿Y qué pretendías? ¿Qué respaldara tus mentiras? Me dejaste como un capullo a sus ojos por no contarle la verdad. ¿A qué tenías tanto miedo?

Andreas me miró de arriba abajo con desprecio.

—Ninguno de los dos sabéis disimular. Sabía que os gustabais antes de que vosotros mismos lo supierais —confesó con rabia—. Pero Liv es mía.

—Liv es una persona, no un trofeo, jodido enfermo. Por comentarios así te detestaba Danilo —solté, dándole la espalda para alejarme.

—No me nombres a ese imbécil. Incluso después de muerto sigue tocándome las narices —bufó a mis espaldas.

Sin pensarlo dos veces, desanduve los dos pasos que nos separaban y le propiné un puñetazo directo en la mandíbula que lo mandó al suelo de culo. Sin darle margen a reaccionar ni molestarme en ayudarlo a levantarse, me di la vuelta y me fui de allí.

No me cabía duda de que mi padre había actuado contra Liv, probablemente azuzado por las fotos y el vídeo que corrían como la pólvora por toda la ciudad. Necesitaba mover bien mis fichas: ganarme su confianza, descifrar qué estaba tramando y lograr que la dejara en paz de una vez por todas. Y, a ser posible, que nos permitiera estar juntos. No entendía qué obsesión tenía con ella, pero parecía personal y estaba decidido a llegar hasta el fondo del asunto.

En un principio supuse que la usaba simplemente como moneda de cambio para manipularme; pero ahora yo ya estaba viviendo exactamente la vida que él había diseñado para mí. ¿Por qué mantenía ese veto encarnizado contra ella? Según su discurso oficial, Liv no era lo suficientemente «adecuada» ni pertenecía a nuestro mundo. Sin embargo, una corazonada me decía que esa solo era la fachada superficial. Y que, detrás de su rechazo, se ocultaba algo mucho más oscuro.

CAPÍTULO 51.

Olivia.

Alex y yo llevábamos un buen rato metidos en su Jeep Wrangler cuando la noche terminó de instalarse. El día se me había pasado de forma extrañamente acelerada. No era consciente de que se hubiera hecho tan tarde. Es cierto que me entretuve en la cafetería más de la cuenta, pero aun así no terminaba de encajarme que ya estuviera completamente oscuro. Quizá pasé bajo el agua caliente más tiempo del que creía, sumida en mis pensamientos sobre Fer.

Fer. El chico de mis sueños de los últimos años. Estaba tan cerca y tan brutalmente lejos al mismo tiempo. Mi vida era un constante caos; había huido del pueblo no solo por hacer el máster, sino para tratar de dejar atrás todo el desastre que ya no quería. Sin embargo, no lograba encajar una sola pieza sin que se me desarmaran diez más por el camino.

Perdida en mis cavilaciones con la mirada clavada en el cristal, ni me percaté de que habíamos dejado atrás el centro urbano. Necesitaba silenciar la mente y el ambiente dentro del coche me parecía cada vez más denso. Alex me echó un vistazo de reojo y me regaló una sonrisa rápida, logrando desbaratar esa incomodidad flotante. Encendí el reproductor del coche y empezó a sonar "*Hay una luz*", de Comandante Twin.

—¡Me encanta esta canción!

Comencé a entonarla con ganas. Alex sonreía al volante, siguiéndome con la vista a ratos. Al alcanzar el estribillo, me incliné ligeramente hacia él y lo canté con aún más entrega, llevándome las manos al pecho y cerrando los ojos.

—¿De verdad no te la sabes?

Negó con la cabeza.

—¿Y tú qué música escuchas exactamente?

—A ver... —Se rascó la nuca, un poco nervioso—. Es que a mí no me va mucho la música.

—¿¡Cómo?! Eso es un sacrilegio. ¿Cómo puede no gustarte la música?

—No es que no me guste. En mi casa nunca se ponía música. Ya sabes, no cocinábamos con música de fondo. A la vista está, dadas mis dotes culinarias. —Rio. —Si sonaba algo en el coche, era únicamente música clásica porque a mi madre la obsesiona —se encogió de hombros—. No estoy acostumbrado a escuchar música a no ser que sea en alguna fiesta.

—La música clásica me gusta.

—Si tuvieras un solo CD con una sola obra sonando en bucle eterno mientras tu madre la analiza con detenimiento, te aseguro que le perderías el gusto —dijo con una leve curva en la comisura de los labios.

—Necesitas inmersión musical urgente. Siempre he pensado que cualquier vida digna de ser vivida necesita una banda sonora.

—¿Quieres decir que en tu cabeza siempre suena música que solo tú puedes oír? —se burló.

—Quiero decir que siempre hay una canción perfecta para cada momento y eres tú quien puede hacerla sonar.

—¿Y cómo se identifica la canción perfecta?

—Luego te lo enseño. Ahora, ¿podrías dejarme disfrutar de la canción?

Alex tomó un desvío por una pequeña vía secundaria y detuvo el motor. Apenas se intuía nada salvo la escasa luz de la luna cayendo

sobre el terreno.

—¿Vives aquí? ¿En mitad de la nada? —bromeé.

Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Venga, baja —sonrió.

Salí del Jeep y lo seguí a través de un tramo de hierba baja hasta alcanzar el borde de un acantilado.

—Ven, asómate.

Me coloqué a su lado y, al mirar hacia abajo, el paisaje me dejó sin aliento bajo la escasa luz de la luna. Una extensión inmensa de árboles se desplegaba hasta donde alcanzaba la vista, bordeando el curso de un río entre dos colinas. Un valle en penumbra. Me pareció imponente. La altura era tal que daba la sensación de que, al saltar, las copas de los pinares te amortiguarían la caída. Me quedé paralizada, incapaz de articular palabra.

—¿Qué te parece mi casa?

—Es alucinante —murmuré por fin.

—Lamento decepcionarte, pero no vivo aquí. Espero no perder puntos por ello.

—Tampoco los tenías; te lo dejé bastante claro el primer día.

Alex se dejó caer sobre la hierba, entrelazando las manos detrás de la nuca y quedando tendido a mis pies.

—¿Qué haces?

—Esperar.

Lo imité y me tumbé a su lado.

Se instaló un silencio pausado.

—Este momento reclama su banda sonora —dije sacando el teléfono del bolsillo.

Le mostré la pantalla mientras abría la aplicación de música, seleccionaba la primera lista que apareció y le daba al modo aleatorio.

—La primera que suene será la canción oficial de este momento.

Arrancaron las notas iniciales de "*Chasing Cars*", de Snow Patrol. La escuchamos en absoluto silencio. Era incontestablemente perfecta.

—«Si me acuesto aquí. Si simplemente me quedo aquí. ¿Te acostarías conmigo y nos olvidaríamos del mundo?» —traduje en voz baja.

Alex giró la cabeza para mirarme, comprendiendo que estaba traduciendo para él.

—Siempre —hizo una breve pausa—. Definitivamente, es la canción perfecta —comentó volviendo a fijar la vista en el manto nocturno.

Hice lo mismo y contemplé cómo, a medida que la oscuridad acababa de cerrarse, las estrellas iban brotando por cientos. Jamás había visto tantas juntas. Eso era lo que Alex estaba esperando mostrarme: su propio trocito de cielo. El lugar era sencillamente mágico. El teléfono me vibró en el bolsillo un par de veces, pero lo ignoré. Estaba exactamente donde quería estar, envuelta en una sensación que había olvidado. No existía nada más allá de ese cielo, de Alex y de mí. Pasamos una hora en un silencio cómodo y agradable compartiendo miradas fugaces.

—Alex —rompí el silencio—. No me gustaría estropear el momento, pero mañana empiezo las clases.

—No estropeas nada —sonrió—. Nos vamos.

Se incorporó y me tendió la mano con firmeza para ayudarme a ponerme de pie. La acepté. Ya de pie junto al coche, le tomé ligeramente del brazo para obligarlo a mirarme.

—Gracias por enseñarme tu trocito de cielo. Me hacía mucha falta.

Me contempló con una ternura infinita, se inclinó despacio y me rozó la mejilla con un beso suave. Sentí que se me ruborizaba; por suerte, la oscuridad lo disimuló. Su contacto resultó reconfortante y honesto. Rodeamos el vehículo y nos subimos. Veinte minutos más tarde aparcábamos frente a una pequeña casa de dos plantas pintada de azul, con varias luces encendidas.

Descendimos del Jeep. Al llegar al porche, sacó las llaves y abrió la puerta. Acto seguido, me hizo un gesto caballeroso cediéndome el paso. Entró justo detrás y cerró la puerta.

—Bienvenida a mi humilde morada, señorita —sonrió.

La planta baja era de concepto abierto. La escalera de madera subía a la derecha; a la izquierda se abría el salón con un sofá, la televisión y una mesa baja. Pasando la escalera, se intuía el baño y, al fondo, la cocina, desde donde llegaba el sonido de agua corriendo y el chocar de la vajilla.

—¡Mara! ¡Estoy en casa! —anunció Alex.

El ruido del agua cesó de golpe.

—¡Pero si llevas mil días seguidos durmiendo en casa! ¿Por fin se ha cansado Marco de ti y te ha puesto en la calle? ¿O ha sido la chica guapa con la que estás todo el día...?

—¡No vengo solo! —la cortó él rápidamente.

Se oyeron pasos rápidos y apareció una chica algo más baja que yo, de melena castaña y ojos azul oscuro. El parecido con Alex era innegable.

—Hola —saludó plantándose ante mí—. Soy Mara. ¿Tú eres...?

—Olivia —le tendí la mano—. Aunque puedes llamarme Liv.

—¿Liv? ¿Eres la Liv de la que mi hermano no para de hablar? —me escudriñó de arriba abajo—. ¡Qué alegría conocerte! —ignoró mi mano extendida y me rodeó con un abrazo entusiasta.

Luego le propinó un manotazo cariñoso en el hombro a su hermano.

—Es más guapa de lo que habías dicho.

—Yo no dije que fuera guapa —reclamó Alex contrariado.

—¿Ah, no? —Mara arqueó una ceja.

—No. Te dije que era preciosa —puntualizó con total naturalidad.

Lo miré con una expresión de desconcierto que no pasó desapercibida para Mara. ¿Preciosa? Yo no encajaba en ese adjetivo; era una chica normal. Me sentía cómoda con mi aspecto la mayor parte del tiempo, pese a los inevitables días de mirarme al espejo y no gustarme.

—¿Y la has traído para presentármela? —preguntó su hermana con entusiasmo. —Es todo un detalle.

—No. Han entrado a su piso y mañana cambiarán la cerradura. Le he dicho que puede quedarse aquí esta noche.

—Como si la pobre no tuviera suficiente con aguantarte durante el día —puso los ojos en blanco—. En fin, bienvenida, estás en tu casa.

—¿No podrías disimular un poco y hacer como que soy un tío estupendo delante de las visitas? —Alex imitó el gesto de su hermana.

—Tú no puedes disimular que tienes cerebro ni aunque te vaya la vida en ello, así que no.

Eran clavados en el modo de chincharse. No pude evitar soltar una carcajada.

—Di lo que quieras, sé de sobra que soy un chico listo —asintió él para reafirmarse.

—Eso te lo dice mamá para que no te des cuenta de que eres un niño especial. —Atacó Mara de nuevo.

—¡Mara! —protestó él con voz infantil.

Su hermana se rio a carcajadas.

—Especial no tiene por qué ser malo. —dijo ella con inocencia.

—Tal y como tú lo dices, ambos sabemos que lo es. —puntualizó él.

Ella se rio de nuevo.

—Voy a llamar a Iraide. ¿Vendrás el fin de semana que viene a casa? Jacob e Iraide irán.

—Ahí estaré —le confirmó—. Vamos, te enseñaré la habitación para que puedas dejar tus cosas.

Mara regresó a la cocina. Subí las escaleras tras los pasos de Alex. El piso superior daba a un distribuidor pequeño con dos accesos. Abrió la puerta de la izquierda y pasó. Se trataba de un dormitorio con la cama en el centro, algo deshecha; había ropa apilada sobre el escritorio de la derecha y el armario corredero de la izquierda permanecía entreabierto. Sobre la mesilla descansaba una cámara réflex. Las paredes estaban repletas de fotografías en blanco y negro que me puse a examinar con curiosidad. Algunas ocupaban incluso tramos del techo.

—Son increíbles. ¿Las has hecho tú? —pregunté sin dejar de curiosear.

—Casi todas. Hay un par que son de mi hermana.

Me detuve frente a una donde aparecía él, aunque con un matiz extraño.

—Imagino que estas no —sonreí.

Asintió y continué observando. Vi una instantánea donde salía junto a Mara y otra chica. Sin embargo, algo me descolocaba en su rostro.

—¿Esta quién la hizo? —la señalé.

—Yo —respondió. Lo miré con cara de no entender nada—. Es que... son mis hermanos —titubeó.

—¿¡Qué?!

—Perdona —se mostró algo apurado—. Tenía pensado contártelo, pero quería evitar las típicas preguntas tipo: «¿Qué se siente al ver a alguien con tu misma cara?» «¿Os confunden a menudo?».

—¿Tengo cara de hacer ese tipo de preguntas?

Me examinó unos segundos detenidamente.

—Tienes razón —se rascó la nuca—. No te ocultaré nada más.

Se colocó a mi lado y señaló la imagen.

—Este es Jacob. Y esta es Iraide. Mis hermanas son mayores: Iraide tiene veintisiete y Mara veintiséis. Jacob y yo tenemos veinticuatro, como sabes —explicó—. Aunque técnicamente yo soy el benjamín. Mis padres solo buscaban tres; lo mío fue un remate inesperado.

Le sonreí. Me alegraba de ese remate inesperado.

Abrí la mochila para sacar la ropa y caí en la cuenta de que me había olvidado el pijama. Estaba tan pendiente de coger la ropa para el día siguiente y todo lo relacionado con las clases que lo olvidé por completo.

—¡Maldita sea! Me he dejado el pijama.

Alex fue directo al armario y me tendió un pantalón corto de chándal y una camisa ancha.

—Toma, usa esto.

—Gracias.

Bajé al baño. Desde allí se escuchaba a Mara hablando animadamente por teléfono en la cocina.

Me cambié a toda prisa y volví a subir. Al empujar la puerta, vi a Alex ataviado únicamente con un pantalón corto de pijama. Estaba sin camiseta y la constelación de pecas de su pecho quedaba al descubierto. Guardé mi ropa sucia en la mochila.

—Dormiré en el sofá. —Anunció a mis espaldas.

—No hace falta. Es tu cama —dije un tanto nerviosa, girándome hacia él a escasa distancia—. Yo bajaré a dormir al sofá, no te preocupes. En fin, estoy agradecida porque me dejes dormir aquí, pero no quiero ser una molestia y mucho menos robarte la cama. Si me das una manta por si acaso, puedo…

Se acercó, me tomó suavemente del brazo y me atrajo hacia él.

—Quédate conmigo —dijo simplemente.

Asentí en silencio.

Me tomó de la mano con delicadeza. El roce me provocó un leve escalofrío. Se metió en un lado de la cama y yo me acomodé en el otro. Las sábanas conservaban su aroma, una mezcla limpia que me resultaba reconfortante. Nos quedamos tendidos mirando hacia el techo mientras él apagaba la lámpara. Cogí el teléfono para fijar la alarma y lo dejé de nuevo en la mesilla.

Mara dio dos toques secos en la puerta y habló al otro lado.

—¿Necesitas condones? —soltó a voz en grito.

—¡No! —respondió Alex de inmediato.

A pesar de la penumbra, vi cómo se le coloreaban las mejillas. Era la primera vez desde que lo conocía que lo veía ruborizado. No pude reprimir una risita. En ese instante, Mara entreabrió la puerta, dejando entrar un haz de luz del pasillo.

—Yo qué sé, cómo llevas tanto tiempo sin follar; igual no tenías o estaban caducados. —comentó con absoluta seriedad.

—Gracias por ventilar mis intimidades a los cuatro vientos. —Alex puso los ojos en blanco.

—Encima de que lo hago por ti. Eres un desagradecido. —Cerró de nuevo fingiendo indignación.

Aguanté la risa mientras escuchábamos sus pasos alejarse hacia su cuarto. Estuvimos en silencio un rato. Yo no me movía, pero

tampoco podía dormirme. Alex no paraba quieto; supuse que tampoco podía dormir.

—¿Tienes ganas de empezar las clases? —indagó al fin, viendo que el sueño no hacía acto de presencia.

—Sí, pero tengo miedo.

—¿Por qué?

—Voy a cursar un máster en escritura creativa, pero llevo un año entero sin ser capaz de escribir una sola palabra. Tal vez no pueda volver a hacerlo, así que puede que solo esté perdiendo el tiempo y el dinero.

—¿Y qué crees que te frena?

—No lo sé. A veces me da la sensación de que, cuando murió mi hermano, mis musas se fueron con él.

—Lo dudo mucho. Por cierto, ¿no me dijiste que tenías una carta suya?

—Sí. ¿Quieres leerla?

—¿Quieres que la lea?

Me incorporé en la penumbra. Alex lo notó y encendió la luz tenue de la mesilla. Saqué el papel de mi mochila y se lo entregué. Lo leyó en absoluto silencio.

—La escribió el mismo día en que murió —aclaré en un murmullo.

—Livi. —Su tono era dulce. —No puedo decirte qué pasó o por qué tu hermano hizo lo que hizo. —Dudó un momento. Creo que pensó que la había cagado. Pero no sabía lo mucho que agradecía que fuese sincero y no intentase darme un porqué que no tenía y que a mí no me aliviaría. —Lo que sí que puedo decirte con total seguridad es que te adoraba.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante.

—Lo echo muchísimo de menos —admití en voz alta por primera vez en meses—. Y me corroe no saber el motivo. Si su intención era protegerme de cualquier daño, ¿por qué fue él quien acabó por destrozarme?

Alex estiró el brazo por encima de mi cuerpo para posar la carta en la mesilla y apagar la luz. Se giró hacia mi lado y me limpió un par de lágrimas con la yema del pulgar.

—Me gustaría poder contestar todas tus preguntas y decirte que poco a poco se pasa, pero es mentira. Nunca vas a dejar de echarlo de menos —susurró.

—¿Tú la echas de menos?

—Constantemente. Pero no de la misma forma desde que apareciste tú.

Sus palabras me dejaron desarmada.

—Haces que me sienta menos vacío —añadió.

Mantuve los ojos cerrados tratando de contener el llanto. Percibí su aliento tibio muy cerca de las mejillas; supe que estaba a escasos centímetros.

—Tú también haces que me sienta menos vacía —reconocí.

Era la pura verdad. En cuestión de semanas, Alex me había empujado a soltar todo el lastre que llevaba guardado bajo llave. Me había obligado a atravesar el duelo que intentaba esquivar. Ese dolor me había traspasado de lleno, resultando tan agonizante como liberador. Él me ayudó a reconectar con emociones que daba por perdidas. Incluso mi risa había vuelto a hacer acto de presencia. No era la que solía ser, pero al menos existía. El estúpido Alex era como una medicina para el alma.

—Rubia. —susurró. —¿Tienes alguna canción para este momento?

Noté la sonrisa dibujada en su voz al pronunciar ese apodo. Podía ser un plasta, pero era mi plasta preferido. Alcancé el teléfono y esta

vez seleccioné un tema con toda la intención: "*Conversations in the Dark*", de John Legend. Dejé el móvil sobre la mesilla, me giré de costado hacia su posición y cerré los ojos. Sentí su respiración cálida rozándome los labios.

—¿Me la traduces?

—«Hablemos» —inicié en cuanto sonaron los primeros versos—. «Tengamos conversaciones en la oscuridad. El mundo entero duerme y yo estoy despierto contigo».

Fui traduciendo cada estrofa en un susurro mientras su respiración me acariciaba el rostro.

—«Pero ante mis ojos eres perfecta tal y como eres» —continué.

Alex me acarició la mejilla mientras yo pronunciaba esas palabras. Enmudecí durante más tiempo del que me gustaría admitir, pero logré continuar.

—«Ante mis ojos eres perfecta tal y como eres» —reiteró él, citando la letra.

Mi mirada se clavó en la suya. La tenue claridad que entraba por la rendija de la ventana permitía distinguir su rostro. Sus ojos azul oscuro estaban fijos en los míos. La intensidad con la que me observaba resultaba sobrecogedora, pero al mismo tiempo me envolvía en una calidez reconfortante. Terminé por apartar la mirada.

—No hagas eso —murmuró.

—¿El qué?

—Sentirte culpable por estar bien.

—No puedo evitarlo.

—Tienes todo el derecho a experimentar cosas buenas. Y es bonito ver que están regresando. ¿No es ese el propósito de nuestra lista?

—Para volver a tener los ojos como estrellas —reiteré, buscando de nuevo sus pupilas—. Como los tuyos.

—Mis ojos brillan así porque te miran a ti.

Me transmitió un torrente de emociones a través de su mirada, a pesar de no verla con claridad.

—Pues no dejes de mirarme nunca —solté sin medir las palabras.

—Te aseguro que no pienso hacerlo.

No añadí nada más. Nos quedamos contemplándonos en el silencio de la estancia durante un largo rato, hasta que el cansancio nos venció y me quedé plácidamente dormida a su lado.

CAPÍTULO 52.

Fer.

Permanecía agazapado entre la vegetación del jardín de mi padre, esperando a que saliera. Gael me había confirmado que Fanny tenía el día libre, lo que me abría una ventana perfecta para colarme en la vivienda sin levantar sospechas. Solo si ejecutaba este paso con precisión matemática podría poner en marcha el resto del plan.

Gael me había dejado en las inmediaciones y se había marchado de inmediato para evitar que mi padre reconociera el coche. La discreción era la piedra angular de toda la operación. A los pocos minutos, la puerta principal se abrió: mi progenitor apareció puntual como un reloj, tal y como hacía cada mañana.

Previamente, había contratado a un informático para que hackeara el sistema de vigilancia e inyectara un bucle de vídeo estático en el circuito cerrado mientras yo permaneciera dentro de la casa y alrededores.

Accedí por la puerta trasera de la cocina y saqué el equipo de mi mochila. En menos de media hora distribuí micrófonos por la casa. Eran dispositivos de alta gama, diminutos e indetectables. El sistema interceptaría el audio y lo retransmitiría de forma cifrada a mi portátil personal. Incluso en el hipotético caso de que descubrieran alguno, resultaba imposible rastrear el servidor de destino.

Llamé a Gael, que me recogió en la puerta de la casa.

—¿Has podido hacerlo?

Asentí.

Gael era el único al tanto de todo. Necesitaba un aliado de máxima confianza. Me aguardaban cientos de horas de escucha; una

cantidad que a mí solo me tomaría una eternidad revisar; entre los dos, sería la mitad de tiempo.

Nos dirigimos a la sede de la empresa y me dejó en el aparcamiento. Nada más cruzar el umbral de mi despacho, Clara me abordó con el listado de compromisos de la jornada. Cada punto de la orden del día me resultaba más tedioso que el anterior.

—Y tienes pendiente la comparecencia —añadió—. Los medios llevan un rato abajo, te esperan en la sala de actos.

Descendí a la planta baja. La estancia reservada a las ruedas de prensa estaba abarrotada. No solía exponerme a este tipo de convocatorias ni conceder entrevistas en persona; por lo general, el director de comunicación asumía ese papel. Sin embargo, esta vez me tocaba dar la cara frente a la jauría de periodistas.

Me acomodé frente a los micrófonos.

—Buenos días a todos y todas —inicié con frialdad institucional—. Los he convocado para zanjar los rumores vertidos a raíz de las imágenes difundidas en diversos medios. La persona que me acompaña en ese coche es mi amiga Érica Duarte. No existe ninguna relación sentimental entre nosotros y exigimos el máximo respeto a nuestra intimidad. No responderé preguntas. Solo añadiré que, a partir de este momento, cualquier vulneración de nuestra privacidad será derivada a nuestro equipo legal. Muchas gracias.

Me puse en pie mientras la maraña de flashes y las preguntas solapadas flotaban en el aire. Los ignoré por completo, regresé a mi despacho y me concentré en el trabajo para intentar mantener la cabeza ocupada.

CAPÍTULO 53.

Olivia.

Sonó la alarma. Abrí los ojos y la apagué al instante. Por un segundo miré a mi alrededor desorientada, hasta que recordé dónde estaba. Miré rápidamente al otro lado de la cama: estaba vacío. Resultaba extraño; Alex solía ser un dormilón de manual, según me había contado Marco y según yo misma había comprobado viéndolo traspuesto en el sofá a la menor oportunidad. Incluso en las ocasiones en que habíamos compartido cama, siempre era el último en levantarse; jamás parecía tener suficientes horas de sueño.

Bostecé, me desperecé y salí de la cama. Me vestí a toda prisa, me arreglé el pelo y me aseé usando el modo selfie de la cámara del móvil. Acto seguido, me colgué la mochila al hombro y bajé las escaleras. Llegaba un olor delicioso desde abajo, acompañado por el chasquido metálico de los utensilios de cocina.

—Creo que es la primera vez en años que te veo madrugar tanto —se burló Mara—. Y ya ni hablemos de verte cocinar.

Entré a la cocina y me topé con Alex frente a los fogones. Sí, el mismo Alex que había destrozado mis canelones estaba manejando sartenes de nuevo. Mara orbitaba a su alrededor dándole indicaciones.

—Se te van a quemar las tostadas —le advirtió—. Y sigue exprimiendo naranjas, que con eso no hay ni para empezar.

—Buenos días —musité desde la puerta.

Alex se giró y me dedicó una sonrisa radiante.

Esa mañana estaba especialmente guapo, a pesar de llevar puesto un delantal rosa con estampado de margaritas.

No pude reprimir la risa.

—Te favorece un montón —bromeé.

—Mara me ha obligado a ponérmelo —refunfuñó.

—Esta semana me toca a mí poner la lavadora y me niego a fregar las manchas de tu ropa —sentenció ella secamente.

—¿Y por qué das por hecho que me voy a manchar?

—Porque eres un peligro público —dijo señalando los fogones.

—Sé que la cocina no es lo mío, pero estoy intentando aprender. No me metas tanta presión.

—No me refería solo a la cocina —se mofó su hermana.

Solté una carcajada mientras Alex ponía los ojos en blanco.

—Gracias por vender tan bien mis virtudes, querida hermana. Seguro que nuestra invitada se lleva una imagen inmejorable de mí.

—Ha madrugado y preparado el desayuno solo para impresionarte —soltó Mara mirándome—. Listo, ya he arreglado tu reputación.

A Alex se le subieron los colores a las mejillas.

Mara lo observó divertida, me miró a mí y me guiñó un ojo. Preferí no meterme en terreno pantanoso.

Alex terminó de servir el desayuno. O lo que es lo mismo: quemó las tostadas, preparó un café aguado y se quedó corto con el zumo. No entraré en más detalles para no ensañarme con el estropicio que dejó a su paso.

Me tomé medio vaso de zumo y mordisqueé una tostada.

—Muchas gracias por el desayuno, Alex, pero si no salgo ya, voy a llegar tarde en mi primer día. —Me puse en pie.

Él reaccionó al instante, quitándose el delantal para revelar la camiseta que llevaba puesta. Era de un verde que le hacía resaltar el tono de los ojos, estampada con la frase: «Si no eres feliz, fracasaste como lombriz».

—Te llevo. No voy a permitir que llegues tarde hoy.

—Qué caballero —intervino Mara—. Lástima que conmigo no tengas esos detalles.

—Tú eres mi hermana. Los hermanos están programados para incordiarse, no para hacerse favores.

—Pues yo te hago bastantes. Sin ir más lejos, anoche mismo te ofrecí condones —sonrió con candidez.

—Eres insoportable —soltó Alex rodando los ojos.

—Supongo que viene en la sangre.

—Luego nos vemos, pesada —Alex le un beso ruidoso en la mejilla.

—Qué asco, te odio —protestó ella limpiándose la cara.

—Yo también te quiero.

Mara le lanzó un beso al aire, divertida.

—Chao, Liv. Esta es tu casa, vuelve cuando quieras.

—Gracias, Mara. Espero que nos veamos pronto.

Antes de salir, la chica sacó un papelito doblado del bolsillo trasero de sus vaqueros y me lo tendió.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame.

—Gracias.

Alex y yo dejamos la casa, nos subimos al Jeep y pusimos rumbo a la facultad.

—¿No tienes ninguna canción con la que crear una banda sonora para esta espléndida mañana, rubia? —preguntó burlón. —¿No ibas a culturizarme musicalmente?

—Te he compartido un par de listas. Más te vale hacer los deberes. —Lo señalé con el dedo.

—Siempre he sido un alumno ejemplar —sonrió.

Saqué mi teléfono y lo vinculé al reproductor del coche.

—¿Dejamos que el azar elija?

Asintió.

Seleccioné una lista cualquiera y le di a aleatorio. Comenzaron a sonar los primeros acordes de *"Vi"*, de Pablo López.

Empecé a tararear la canción suavemente mientras notaba que Alex me observaba de reojo.

—No me mires así —dije sin apartar la vista del parabrisas.

—Me das miedo. ¿Cómo sabes que te estaba mirando?

—Puedo sentir cuando me miras.

—Me gusta verte cantar.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti.

—No te metas conmigo. Algún día podré cantar una canción.

—Lo surrealista es que, saliendo de fiesta, no te sepas ni un tema, aunque sea de reguetón.

—Cuando voy a algún sitio, me dedico a marear a la gente, así que no presto mucha atención a lo que suena. Me sé los cuatro hits de siempre y poco más.

—No te haces una idea de lo que te pierdes. Plantarte en mitad de la pista y cantar a pleno pulmón es liberador. Debería meterlo en la lista.

—Me parece un trato justo.

Aparcó el coche en el estacionamiento del campus.

—Gracias por traerme, Alex —dije abriendo la puerta del copiloto.

La cerré y, antes de haber dado dos pasos, escuché la puerta del conductor cerrarse a mis espaldas. Me giré. Alex avanzaba hacia mí. Se detuvo a escasa distancia y me regaló una sonrisa serena.

—Mucha suerte en tu primer día.

Se inclinó, me dejó un beso cálido en la mejilla y, sin darme margen a reaccionar, dio media vuelta, se montó en el Jeep y desapareció.

Me quedé clavada en el asfalto, llevándome la mano al punto exacto donde me había besado. Sacudí la cabeza, entré en el edificio principal y busqué el aula. Llegué cinco minutos antes de la hora fijada. Escogí un asiento con buena visibilidad a la pizarra, evitando la primera fila, y me acomodé.

El aula era pequeña y estaba casi completa. La chica de la fila delantera se giró para dedicarme una sonrisa, gesto que le devolví. Parecía dispuesta a entablar conversación, pero en ese instante la profesora cruzó la puerta y el silencio se apoderó de la estancia.

Se presentó y expuso las pautas generales del programa académico. Tras más de una hora desglosando tecnicismos sobre las entregas de trabajos y la metodología del curso, hizo una pausa.

—Bueno, dicho todo esto, el equipo docente ha acordado que necesitamos que escribáis algo aquí mismo en lo que resta de mañana.

Las palabras me cayeron encima como un jarro de agua fría.

—Queremos constatar que estáis ocupando estas plazas por talento propio y no a costa del trabajo ajeno. Si alguien considera que no ha obtenido su plaza limpiamente, le sugiero que recoja sus cosas y abandone el aula ahora mismo.

El silencio tenso se volvió sofocante. Un chico situado al fondo recogió sus pertenencias y salió en silencio.

—Bien —la profesora comenzó a repartir folios en blanco—. Quiero que escribáis algo visceral.

Un compañero alzó la mano.

—¿Visceral?

—Exacto. Cualquiera puede contar una historia. Pero no cualquiera puede hacer sentir una historia. Puedes armar un argumento impecable, pero si no logras sacudir por dentro a quien te lee, ¿de qué sirve? En cambio, puedes escribir una historia simple y lograr que el lector experimente tantas emociones que la perciba como extraordinaria. Lo ideal es el equilibrio, pero el primer requisito es demostrar que tenéis la capacidad de hacernos sentir cosas.

Aquellas palabras resonaron en mi cabeza como un eco de lo que me había dicho Alex: «Si no sientes nada, no tienes nada que contar. Y sin nada que contar, no puedes escribir».

Terminó el reparto y recorrió la clase con la mirada.

—Según vayáis acabando, podéis entregar y marcharos. Mañana recibiréis las evaluaciones y confirmaremos oficialmente vuestra incorporación. Tenéis el resto de la semana libre para madurar ideas y escribir sin parar.

Nadie articuló palabra. Me quedé contemplando el folio en blanco, tan desierto como lo había estado mi mente durante todo un año. Barajé decenas de temas y enfoques, pero las palabras se negaban a fluir. No me salía una triste línea. Tal vez Alex tenía razón y la incapacidad para contar algo radicaba en que me había vuelto insensible a todo.

Mis compañeros fueron entregando sus textos uno a uno y abandonando el aula. Dos horas después, solo quedaba yo en la sala mirando mi folio en blanco. Me sentía una fracasada absoluta. Tendría que regresar al pueblo del que tanto había ansiado huir, perdiendo la oportunidad de cursar el máster con el que siempre había soñado. El máster que mi hermano estaba convencido de que haría. Estaba al borde del llanto cuando la profesora se aproximó a mi mesa.

—¿Te falta mucho? —indagó, mirando la hoja—. ¿No has escrito nada?

—No —me puse en pie y le tendí el papel vacío—. Lamento haberla hecho perder el tiempo.

La esquivé y me dirigí a la salida.

—Olivia —dijo antes de que alcanzara el picaporte.

Me detuve, me giré y la miré.

—Te he visto escribir en concursos de relatos donde te daban menos tiempo del que te he dado hoy aquí y has creado historias increíbles.

—Por lo visto, ya no puedo —tragué saliva, luchando por contener las lágrimas.

Volví a darle la espalda.

—Vuelve aquí —ordenó con un tono firme que no admitía réplica.

Me giré de nuevo, descolocada.

—Te voy a conceder quince minutos. Haz una llamada, sal a tomar el aire o haz lo que necesites, pero busca la manera de conectar con lo que quieres decir. Regresaré en quince minutos; si tras ese tiempo sigues bloqueada, te dejaré marchar.

Me esquivó y salió al pasillo, dejando la puerta entornada. Regresé a mi mesa, abatida. No tenía la menor idea de cómo invocar a las musas; solo sabía que estaba a punto de perder mi oportunidad. ¿Cómo podía plasmar emociones si me había pasado meses anestesiada? ¿De dónde iba a sacar algo visceral en quince minutos? Y entonces, su rostro emergió en mi mente con total nitidez.

Saqué el teléfono, marqué su número y esperé. Atendió al segundo tono.

—¿Qué tal le ha ido el primer día a mi rubia? —saludó con voz animada.

Pude imaginarme perfectamente su sonrisa al otro lado. Toda la tensión acumulada durante la mañana pareció aligerarse de golpe.

—Fatal —admití con la voz quebrada—. Nos han puesto una prueba sorpresa y la voy a suspender estrepitosamente. No he sido capaz de escribir una sola palabra. La profesora ha salido y me ha dado quince minutos para desbloquearme, pero dudo que la inspiración vaya a colarse por la ventana y a darme en la cabeza o algo similar.

—Estoy convencido de que tienes cientos de historias increíbles en la cabeza.

—Pero quiere algo visceral, algo que salga de lo más hondo de mi alma y la conmueva. ¿Cómo voy a transmitirle emociones a nadie si yo misma me siento completamente vacía?

—Olivia —su tono se volvió de repente grave y pausado—. Los dos sabemos que sí que hay algo que sientes con tanta intensidad que ni siquiera te deja respirar. Sé que te da pánico enfrentarlo y no voy a presionarte, pero tal vez haya llegado el momento de dejarlo salir, de volcarlo todo sobre el papel. Creo que eso mismo de lo que intentas huir es lo que te bloquea. Así que coge el bolígrafo y desahógate a través de las palabras. No dejes que algo sobre lo que tienes el control te paralice. Yo confío en ti, Livi, y aunque tú dudes de tus capacidades, yo no lo hago en absoluto.

Me quedé en silencio, encajando sus palabras. Alex me había dado donde dolía, pero tenía razón. ¿Qué me quedaba por perder? Ya no podía estar más rota. Si iban a echarme, al menos que fuese por escribir una basura y no por no escribir ni una palabra.

La profesora reapareció por la puerta y me observó.

—Liv, lo siento, quizá me he pasado... —Escuché decir a Alex al otro lado de la línea—. Solo era una idea, pero si no quieres, sal de ahí, puedo ir a recogerte ahora mismo, no te…

—Muchas gracias, Alex —lo interrumpí con firmeza—. Hablamos luego.

Colgué y me guardé el teléfono bajo la mirada atenta de la docente.

—¿Y bien?

—Voy a intentarlo.

—Tienes media hora. Ni un minuto más.

Era un margen mucho menor que el de mis compañeros, pero no pensaba protestar. Bastante hacía con concederme una segunda oportunidad.

Apoyé el bolígrafo sobre el papel y empecé a escribir. El pulso se me desbocó al principio por los nervios, pero la ansiedad se disipó en cuanto dejé que el dolor me atravesara por completo. Ese dolor ahogado del que nunca me había permitido hablar. Al principio resultó insoportable; las lágrimas comenzaron a rodarme por las mejillas de forma incontrolable, empañándome la vista hasta casi no ver el folio. Pero no detuve la mano. Y entonces ocurrió el milagro: el dolor dejó de actuar como un peso muerto y se convirtió en un motor. El motor que hacía que todas y cada una de esas palabras tuviesen sentido, al menos para mí.

Cuando acabé y me sequé las lágrimas, me di cuenta de que la pena solo era otra emoción a ser experimentada, a ser vivida, solo que nos asusta porque nos obliga a enfrentarnos a nuestros peores miedos. Una persona a la que adoraba con toda mi alma ya no estaba, pero eso formaba parte de amar. Cuando quieres a alguien de verdad, deseas que permanezca a tu lado para siempre —ya sea una pareja, un hermano o un padre—, pero al hacerlo asumes el riesgo de perderlo y de tener que encajar el golpe.

No solemos pensar en la pérdida hasta que sucede. Y me di cuenta de que después de la mía me daba pánico volver a querer a alguien, porque sabía lo que significaba perderle y no quería sufrir eso de nuevo. Así que, para evitar el dolor, estaba aferrándome a otros sentimientos como la tristeza, el miedo, la culpa… Cosas que siempre llevaría conmigo, pero no quería que siguieran impidiendo que pudiese sentir esperanza, compasión…

Ese dolor formaba parte de mi historia y no podía borrarlo, pero yo misma me estaba torturando al intentar no sentir nada. Debía

aprender a convivir con la ausencia, pero sobre todo debía dejar de castigarme.

Si de verdad pretendía escribir y dar vida a historias, necesitaba dar paso a todo el espectro de emociones. Porque, como bien había dicho la profesora, se puede armar una trama perfecta, pero si no mueve por dentro a quien la lee, carece de valor. Pasa exactamente igual con la existencia: atravesarla anestesiada es una forma absurda de echarla a perder.

Entregué mi prueba. La profesora examinó la hoja, cruzó la mirada conmigo y asintió en silencio.

Salí del edificio y pensé en mi hermano. Ese fue el día en que decidí empezar a perdonarlo. El día en que elegí dejar de atormentarme guardándole rencor para quedarme únicamente con el amor, con el recuerdo del chico que fue y con todo lo que compartimos, en lugar de reducir su existencia a su último acto. Su final no definía quién era; su final fue fruto de la desesperación, la angustia y la oscuridad. Nada de eso era mi hermano.

Alcancé a mirar al cielo y dejé brotar las lágrimas sin esconderme. Siempre me sentiría triste, siempre habría un vacío, dolor. Siempre echaría de menos a mi hermano. Tenía que hacerlo por mí, tal y como él me lo pidió en su carta. Quería salir adelante, era consciente de que necesitaba ayuda profesional y estaba dispuesta a aceptarla por fin. Sería un trayecto largo, repleto de aristas, pero estaba lista para dar el primer paso. Iría a terapia y mantendría la lista con Alex para reengancharme a la vida. Era el mejor homenaje que podía rendirle.

—Te quiero, Danilo —susurré alzando la vista hacia el cielo—. Te quiero muchísimo. Y por eso jamás dejará de dolerme que ya no estés. Pero te prometo que voy a intentar salir adelante. Y no como hasta ahora, sino de verdad.

En ese instante sentí un impulso irreprimible, saqué el teléfono del bolsillo y me armé de valor.

—¿Sí? —atendió una voz al otro lado de la línea.

—Leb... Te quiero mucho. Te echo de menos. Y echo muchísimo de menos a Lan.

Desde su muerte había evitado cualquier mención para no romperme, sin percatarme de que, al cerrar esa puerta, estaba privando a Leb de la oportunidad de desahogarse conmigo.

—Yo también lo echo de menos —comenzó a sollozar al otro lado—. Y te echo de menos a ti, Liv. No solo porque estés lejos, sino porque después de lo que pasó os perdí a los dos. Es como si la mitad de tu alma se hubiera ido con él. Me mata verte así. Lo odio por lo que hizo, Liv... Odio lo que nos hizo.

—Lo siento tanto, Leb —lloré al teléfono—. Me dolió tanto que era incapaz de hablar contigo sin romperme. No quería haceros sufrir más viéndome destrozada.

—Sé de sobra cuándo sufres, aunque intentes disimularlo. Te conozco demasiado bien... Y me destruía ver cómo te tragabas todo eso sola por protegernos, pero yo tampoco era capaz de dar el paso. Lo siento mucho.

—Escúchame y no te disculpes. En un mes tenemos el puente de octubre. Te voy a mandar un billete de tren para que vengas a pasar unos días conmigo, ¿de acuerdo? Te echo de menos y no pienso esperar hasta Navidad para darte un abrazo.

Pasamos casi una hora al teléfono compartiendo confidencias, recuperando la complicidad que habíamos dejado congelada durante meses.

—Tengo que colgar. —dije finalmente.

—Vale. Hablamos pronto, hermanita.

Aparté el móvil de la oreja y escuché que volvía a pronunciar mi nombre. Como si supiese que me lo había vuelto a colocar en la oreja, añadió:

—Yo también te quiero.

Sabía que esto solo representaba el primer paso en un largo camino. Todavía me quedaban por resolver las pesadillas, el trauma... Pero no pensaba agobiarme con todo de golpe; hoy tocaba celebrar esta primera victoria. Buscaría ayuda profesional e iríamos paso a paso.

CAPÍTULO 54.

Fer.

Pasé la mañana en el despacho sepultado entre balances e informes. Lo habitual. Lo que realmente me descuadró fue que mi padre no se dejara caer por la empresa para echarme alguna reprimenda; era su pasatiempo favorito cada vez que pisaba la ciudad. Sin embargo, apenas le quedaban unos días antes de volver a poner rumbo al extranjero.

Por lo general, su partida era un alivio inmediato, pero esta vez la cuenta atrás jugaba en mi contra. Me aterraba la idea de que se marchara sin haber conseguido desenredar el entramado de sus secretos. El tiempo se me escurría entre los dedos.

Gael me había mantenido al tanto del flujo de audio captado por los micrófonos de la casa. A lo largo de la mañana solo habíamos registrado la voz de la madre de Gael tarareando por los pasillos; ni rastro de mi padre. ¿Dónde coño se había metido? Si no estaba en casa o en reuniones con clientes, solía dejarse ver por la oficina, pero su secretaria me había confirmado que hoy tenía la agenda despejada.

Terminó la jornada matutina y Clara se despidió. Me quedé a solas en el despacho revisando unas cuentas de las que me desentendí a los pocos minutos.

Las palabras de Andreas seguían escociéndome por dentro: me había dicho que el día anterior Liv salió de su piso acompañada por Alex. Había intentado volcarme en el trabajo para no darle vueltas al asunto, pero me comía la rabia de no comprender qué pintaba ese tío rondando constantemente por su casa. No quería reconocerlo,

pero sentía unos celos enfermizos, a un nivel que no había experimentado jamás.

Saqué el teléfono y redacté un mensaje corto a Liv:

«¿Qué tal tu primer día?»

No confiaba en que se molestara en contestar; a fin de cuentas, seguía dolida conmigo. Aunque por los motivos equivocados.

Su respuesta llegó casi al instante:

«Llámame».

No me paré ni a escribirle un texto de vuelta. Me puse en pie tras el escritorio y marqué su número de inmediato.

—¿Cómo ha ido todo? —inquirí en cuanto descolgó.

—He vuelto a escribir, Fer —dijo. Su tono destilaba un entusiasmo vibrante.

—Me alegro mucho. Me daba miedo que no volvieras a ser capaz. —Admití con sinceridad.

—Pues lo he conseguido —respondió, dejando entrever un matiz en la voz que no logré descifrar del todo.

—Liv, hay muchas cosas que quiero explicarte. Érica no es mi novia. Solo es mi amiga. Diría que mi única amiga aquí, además de Gael. Solo le pedí que me ayudase a fingir que era ella la que estaba en el coche conmigo. Tu cara no se veía bien y, si descubrían que eras tú, tu vida iba a convertirse en un infierno de paparazzis, prensa acosándote… Érica entiende lo que es eso y entendió que yo no quisiese eso para ti.

Al otro lado de la línea se instaló un silencio denso y prolongado.

—Siento haber saltado así —murmuró al fin.

—Después de todo lo que pasó entre nosotros, lo entiendo.

Y lo decía de corazón: la entendía. Ni siquiera me atrevía a imaginar cómo habría reaccionado yo si, tras nuestro primer beso, la que se hubiese evaporado sin dar explicaciones hubiera sido ella. O si, tras volver a besarnos, apareciera otro tío de la nada y los medios lo señalaran públicamente como su novio.

—Liv, lo único que quiero es estar contigo, y quiero hacerlo ya —continué, con un nudo en la garganta—. Sé que no son formas de proponerlo, por teléfono, pero necesito un margen para garantizar que mi padre no se convierta en una amenaza directa para ti. Podemos llevar lo nuestro con discreción por un tiempo, sin que él sospeche nada, y cuando resuelva esto...

Un tono de llamada entrante interrumpió mi discurso. Miré la pantalla dispuesto a rechazarla, pero al leer el nombre de Gael comprendí que no podía ignorarlo.

—Dame un segundo, Liv. Tengo una llamada urgente en espera —dije antes de conmutar las líneas—. ¿Qué pasa, Gael?

—Fer, tienes que venir a escuchar esto. Es importante. —dijo sin que yo articulase palabra.

—Ya bajo.

Colgué y retomé mi conversación con Liv.

—No tienes que responderme ahora. Piénsalo y llámame. Tengo que colgar.

Y antes de que ella pudiese responder, colgué el teléfono, recogí mis cosas y salí de la oficina.

CAPÍTULO 55.

Fer.

Llegué abajo y Gael me esperaba en el coche. Antes de entrar pude ver lo inquieto que estaba.

—¿Qué pasa?

Sacó su móvil, me lo tendió y arrancó el motor.

—Dale al play.

Empezó a conducir y yo pude distinguir claramente la voz de mi padre y de Octavio.

—«Esta noche van a dejar el cargamento en el puerto. Mañana lo subirán al barco como si fuese ropa que mandamos a Italia. Tenemos a todo el mundo comprado. Esos contenedores figurarán como registrados y limpios, como siempre. Trasladaremos la droga sin dejar rastro alguno» .

—«¿Está todo bien atado?»

—«Por supuesto, jefe. Aunque descubran esos contenedores, jamás van a poder llegar a usted. Nadie sabe que usted está detrás de esto. Y tengo lleno de billetes al que lo ha pagado todo y ha actuado como organizador. Él será quien caiga si algo sale mal. Está dispuesto a hacerlo mientras a su familia no le falte de nada» .

—«Bien» .

Miré a Gael. Esa era la confirmación. Mi padre estaba metido en negocios sucios.

CAPÍTULO 56.

Liv.

Tras la despedida precipitada de Fer, sus últimas palabras se quedaron resonando en mi cabeza. Quería estar conmigo. Era exactamente lo que había pasado mucho tiempo anhelando escuchar y, ahora que llegaba el momento, me invadía una duda demoledora.

El teléfono vibró entre mis manos. La pantalla iluminó el nombre de Alex y la comisura de mis labios se curvó sin remedio.

—¿Y bien? ¿Sobre qué has escrito finalmente? —inquirió al otro lado de la línea, desbordando entusiasmo.

—¿Cómo sabes que he escrito algo? —pregunté, descolocada.

—Creía que te había dicho que confío en ti. —Cambió a un tono más solemne. —Y cuando crees en alguien, no es por un minuto o por hora, es para siempre.

Me quedé descolocada.

—¿Smallville? —preguntó. —¿Los votos de Clark y Lois?

—Ojalá saber de lo que hablas.

—Tenemos que dejar de ver tantas películas Disney y ver algo de provecho. —Resopló. —¿Y bien? ¿Sobre qué ha sido? Sé que lo has hecho.

Inexplicablemente, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Gracias —musité, tratando de disimular el nudo en la garganta.

—Déjate de agradecimientos y cuéntame.

Aun a la distancia, pude adivinar la sonrisa amplia dibujada en sus labios.

—Te hice caso. Resulta que me serviste de inspiración —confesé.

—Vaya, ¿así que ahora ostento el título oficial de muso? —se vino arriba con esa chulería cómplice tan característica.

—Eres mucho más que eso, Alex.

La línea quedó sumida en un silencio repentino. Tuve que retirar el teléfono del oído para confirmar que la llamada no se había cortado.

—¿Dónde estás? —preguntó al fin.

—Acabo de dejar la facultad con la fantástica noticia de que tengo la semana más o menos libre, quizá más. —dije pensando en la posibilidad de que no me aceptaran.

—¿A qué viene ese «más o menos»? ¿Y cómo que «quizá más»? Es evidente que estás dentro; tendrían que estar locos para dejarte marchar. Ven a la cafetería. Estoy con Eli y Marco. Toca celebrar el regreso de nuestra autora favorita.

—Ni siquiera has leído una cosa escrita por mí. —Puse los ojos en blanco.

—No pongas los ojos en blanco.

Intenté replicar, pero me interrumpió de inmediato.

—Ni te molestes en negarlo —sentenció, sacándome una risilla contenida—. Y sobre no haberte leído, es verdad, pero resulta que eres la única escritora que tengo el privilegio de conocer.

—Eres insoportable —refunfuñé intentando adoptar un tono severo.

—Y tu muso.

—Mi tormento.

—Tu plasta.

—Mi plasta —cedí, sonriendo de verdad.

Colgué y emprendí camino hacia la cafetería para encontrarme con ellos.

Al empujar la puerta acristalada, descubrí a Alex, Eli y Marco alineados junto a Joel al otro lado del mostrador. Los cuatro irrumpieron en aplausos en cuanto me divisaron. Por suerte, la cafetería estaba prácticamente vacía a esa hora; para mi vergüenza, los pocos clientes presentes se giraron por inercia y terminaron sumándose al aplauso.

Alex saltó la barra con un brinco ágil y se plantó a medio metro de mí.

—¡Damas y caballeros! —proclamó a viva voz, señalándome con teatralidad—. Tienen ante ustedes a una verdadera promesa de la literatura y, con toda certeza, a su próxima autora de cabecera. Grábense bien esta cara.

Culminó la presentación con una reverencia exagerada que arrancó varias sonrisas entre las mesas.

Le propiné un codazo suave y le gesticulé un «cállate» tajante. Él se limitó a reír y me plantó un beso suave en la mejilla. El corazón me dio un vuelco tan violento que temí que el latido fuera audible en toda la sala.

—Hola a todos —dije aproximándome al mostrador.

—Sabíamos que terminarías por romper el bloqueo —me felicitó Eli, envolviéndome en un abrazo sincero.

—No teníamos la menor duda —asintió Joel.

Todos estaban al corriente de mi sequía creativa, incluido mi jefe. Las tardes tranquilas daban para muchas confidencias tras la barra. Eli y Marco conocían al detalle mi situación; al fin y al cabo, compartíamos piso y me habían sorprendido deambulando a deshoras por el piso más veces de las que me gustaría.

A lo largo del último mes, la complicidad entre nosotros se había estrechado. Sin embargo, nadie había penetrado tan hondo en mi laberinto interior como Alex. Me fascinaba su habilidad para tornar un día gris en uno soleado con arcoíris incluido.

—Gracias, de verdad —murmuré, con la vista empañada.

—¡Eh, eh, eh! Nada de tristeza. —Movió las manos Alex como si la ahuyentase. —Además, tengo una sorpresa para ti.

—¡Ejem! —carraspeó Joel.

—Vale. —Bufó Alex con resignación a la vez que puso los ojos en blanco. —Es una iniciativa conjunta, pero la idea original ha sido mía.

Estaba impaciente y expectante. Desde pequeña había sido muy impaciente cuando se trataba de regalos y sorpresas.

Recorrí con la mirada los rostros de quienes ahora vertebraban mi rutina de una forma tan imprevista como hermosa. Personas que habían demostrado una paciencia infinita con mis grietas y me habían acogido sin juzgarme. Sentaba bien volver a tener amigos.

—¡Suéltalo ya! —le gritó Marco.

Alex abrió la boca para hablar, pero Joel se le adelantó:

—Tienes la semana libre.

—¿Qué? —pregunté.

—¡Eh! —le riñó Alex hablando a la vez que yo. —Nos vamos de viaje. Está todo arreglado y pagado, así que no puedes negarte. Salimos mañana.

—¿Qué? No, no puedo. —Me negué inmediatamente.

—He dicho que no podías negarte. —Señaló con suficiencia.

—Nosotros te cubrimos aquí. —Eli me guiñó un ojo mostrándome su increíble sonrisa.

—Es nuestra manera de agradecerte todo lo que has hecho por nosotros. —Sonrió Marco mirando a Eli.

—¿Yo por vosotros? —resoplé con incredulidad. —Además, ¿qué os hace pensar que quiero ir a la esquina con este ser? —puse la cara

más seria que pude mientras señalaba a Alex de arriba abajo con la mano.

—La chica tiene razón. —Me defendió Joel.

—¡Papá! —lo riñó Eli.

Joel se encogió de hombros.

Miré a Alex, que estaba serio con la mirada triste, y le di un golpe.

—¡Eres más tonto de lo que pensaba! —me burlé.

Su mirada pasó de la tristeza a la alegría y me sonrió tan ampliamente que su sonrisa se me metió en el alma.

Se abalanzó sobre mí y me abrazó.

—Enmarcad este momento. Livi está aprendiendo del maestro. —dijo con suficiencia mientras se separaba de mí.

—No, por favor. —Suplicó Eli.

Alex le dio un golpecito con la cadera y ella se rio.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A empezar esa lista que tenemos pendiente. —Me guiñó el ojo.

—¿De qué habla? —preguntó Marco.

—Después te lo cuento, cariño. —Eli le dio un beso en la mejilla.

Joel los miró de reojo y Marco puso su mirada sobre mí.

—¿Ella lo sabe y yo no? —preguntó ofendido. —En ese piso ya no se respeta la jerarquía.

—Si no durmieras como un tronco, quizá podríamos hablar. Eli y yo tenemos unas conversaciones nocturnas la mar de interesantes. Casi siempre me escucha moverme por el piso por las noches. —Me reí.

Eli me guiñó un ojo.

—Son cosas de chicas, Marco. —Se rio.

—Exactamente. —La respaldé. —¿A qué hora me recoges? —pregunté mirando a Alex.

—A ninguna. Duermes con él. El cerrajero ha tenido un problema y no ha podido venir hoy. Pero tranquila, cuando vuelvas estará todo arreglado. —Aseguró mi compañero.

—Te acompaño a por tus cosas y vamos a mi casa.

Los miré a todos de nuevo y abracé a Eli y Marco.

—¡Muchas gracias, chicos!

Los solté y rápidamente di la vuelta a la barra y abracé a Joel.

—Recuerda lo que hablamos. Dales un poco de cancha. —Le susurré al oído.

Joel no había encajado del todo bien la relación entre su hija y Marco. La sobreprotección lo llevó a dudar de si él era la persona idónea, desencadenando una discusión que acabó con la renuncia de Marco a la cafetería. Estaba convencida de que Joel lo apreciaba como a un hijo, apoyándolo en sus estudios y celebrando cada logro con él. Hablando a solas con él, comprendí que solo era el pánico de un padre temeroso de que le rompieran el corazón a su hija, sumado a la resistencia de verla hacerse mayor. Me recordó inevitablemente a mi propio padre y a Danilo.

El día que rompí con Andreas, mi padre soltó sin tapujos: «Ya era hora de que mandaras a paseo a ese impresentable. No te imaginas el peso que me quitas de encima, hija. Vaya falta de criterio». Y acto seguido le voceó a mi madre: «¡Cielo! ¡La niña por fin ha mandado al la mierda al imbécil!». En mi caso, el diagnóstico era acertado; Andreas era un horror, pero Marco era un trozo de pan, y me encargué de recordárselo a Joel. El hombre terminó pidiendo disculpas y aceptando ceder terreno poco a poco.

Se despegó de mi abrazo, asintió con una leve sonrisa y me dio una palmadita afectuosa.

Alex y yo nos despedimos del grupo y pusimos rumbo al apartamento. Preparé la maleta siguiendo sus indicaciones, guardé la libreta con nuestra lista y añadí un pequeño objeto adicional que esperaba poder utilizar si la suerte me acompañaba. Un detalle sin malicia que cobraría sentido más adelante.

Nos trasladamos a su casa y dejamos el equipaje. Comimos tranquilos y dedicamos la tarde a ampliar la lista con nuevas ideas. Tras la cena, mientras Alex se duchaba, me quedé a solas con Mara en la cocina. Le expuse mi pequeña conspiración y aceptó ser mi compinche con la condición innegociable de recibir un vídeo.

Acepté el trato encantada con una sonrisa maliciosa.

Alex reapareció en el pasillo desprendiendo un aroma delicioso a vainilla y canela.

Nos despedimos de Mara antes de subir al piso superior.

—¡Mara! —bramó él en cuanto cruzamos el umbral del dormitorio, abalanzándose hacia la mesilla.

Sobre la madera descansaba una caja de preservativos adornada con un lazo rojo chillón. Alex se puso rojo como un tomate. Caminó hacia la puerta para gritarle algo más a su hermana. Escuché a Mara reírse desde la planta baja.

—¡De nada! —vociferó ella entre risas.

Alex dio un portazo, muerto de vergüenza.

—Perdónala —murmuró, guardando la caja a toda prisa en el cajón.

—Tranquilo —solté una risita ahogada.

No dijo nada más. Nos acomodamos en la cama mirando al techo a oscuras, igual que la noche anterior. Su perfume envolvía la estancia por completo; resultaba intoxicante. Me entraron unas ganas absurdas de hundir la cara en su cuello y respirar su aroma, pero logré contenerme. Transcurridos unos minutos, me giré sobre el costado para contemplar su torso desnudo y la línea de su perfil.

Adoraba sus pecas; se habían convertido en uno de mis rasgos preferidos. Concretamente, las que dibujaban la constelación de Lira en su pecho.

—Alex —susurré en la penumbra.

Se giró hacia mi lado y me buscó con la mirada.

—Gracias por creer que era capaz de hacerlo.

Movida por un impulso irrefrenable, me incliné sobre su rostro y posé mis labios sobre los suyos en un beso breve, suave y contenido. Al separarme, vi que me miraba con los ojos muy abiertos, fijos en los míos. Un ardor repentino me encendió las mejillas y me giré de inmediato para darle la espalda. ¿Por qué había hecho eso? No lo sabía; o quería pensar que no lo sabía. Sin embargo, al cerrar los ojos, el rostro de Fer emergió con absoluta nitidez en mi mente. Y, aunque me doliera reconocerlo, sabía perfectamente cuál era la razón.

CAPÍTULO 57.

Liv.

Me desperté con los primeros rayos filtrándose por la ventana. Alex continuaba dormido a mi lado, respirando con una cadencia pausada y tranquila. Otra noche sin rastro de pesadillas. ¿Sería posible que fuera su presencia lo que las ahuyentaba? Empezaba a estar convencida de que sí.

Como ya me había ocurrido en otras ocasiones, me quedé contemplándolo más tiempo del debido. Me hormiguearon las yemas de los dedos con unas ganas irresistibles de acariciarlo. Cediendo al impulso, me acerqué despacio y tracé con suavidad el recorrido de sus pecas. De repente, Alex abrió los ojos entornados por el sueño y me regaló una sonrisa perezosa.

—¿Qué haces?

No retiré la mano. Lo miré fijamente y me perdí en sus pupilas durante unos segundos.

—Acariciar tu constelación.

—¿Mi constelación? —inquirió, extrañado.

Asentí en silencio.

—Estas pecas de aquí dibujan exactamente la forma de la constelación de Lira —susurré, uniendo los puntos sobre su piel con la punta del dedo.

—No entiendo mucho de astronomía, la verdad.

—Pues llevas dos estrellas clavadas en mitad de la cara.

Se me quedó mirando con una intensidad difícil de descifrar.

—Dame un segundo.

Salí de la cama, fui directa a mi mochila y rebusqué en el estuche hasta dar con un rotulador. Regresé al colchón, le retiré el tapón y me dediqué a unir las pecas de su pecho.

—Ahí la tienes: tu constelación de Lira. Y esta peca más marcada de aquí es la estrella Vega.

—Me gusta —murmuró sin apartar los ojos de mí.

A mí me gustas tú. El pensamiento cruzó mi mente como un relámpago, dejándome una sensación amarga de culpa. Me sentí una persona ruin. ¿Acaso era posible sentir atracción por dos personas al mismo tiempo? Estaba convencida de que no. ¿Qué demonios me estaba pasando con Alex?

Sobresaltada por mis propios pensamientos, me puse en pie de golpe.

—Voy a preparar el desayuno.

Escapé de la habitación antes de que pudiera añadir nada.

Una hora más tarde estábamos en el Jeep con la música de fondo.

—Liv —rompió el silencio.

Lo miré de reojo.

—Lo del beso de anoche...

Justo en ese momento comenzó a sonar la introducción de un tema. Sin pararme a procesar de qué canción se trataba, me apresuré a subir el volumen.

—¡Me encanta este tema!

Grave error. Al darle más potencia a los altavoces, reconocí de inmediato la letra de "*Noches prohibidas*" de ERRE. La conversación sobre el beso era lo último que me apetecía afrontar; sabía que generaría un momento incómodo, de modo que preferí

atrincherarme en la música. Consulté la ubicación en la pantalla del móvil para asegurarme del trayecto.

Tras varios minutos de calma tensa, le di la orden:

—Gira a la derecha aquí.

—Pero si el navegador marca recto —protestó.

—Tenemos que hacer una parada.

—¿Ocurre algo? —preguntó descolocado.

—Es una sorpresa —le dediqué una sonrisa cargada de intención.

Me devolvió la mirada con curiosidad.

—¿Qué estás tramando, rubia?

—Tú solo conduce, rubio.

Le fui indicando un par de giros más hasta detenernos frente a las instalaciones. Entramos en la recepción y confirmé nuestra reserva.

La encargada nos atendió de maravilla y nos señaló la ubicación de los vestuarios, citándonos cinco minutos después para presentarnos al instructor.

—¿Me vas a decir ya de qué va esto? —inquirió Alex, plantado en el pasillo de los lavabos.

Abrí la mochila y le tendí un bañador suyo que Mara me había conseguido a escondidas.

—Póntelo. Lo vas a necesitar.

Al salir, la recepcionista nos aguardaba junto a un tipo alto que supuse sería el instructor. Me acerqué a saludar y le pedí un pequeño favor, que aceptó encantado con un guiño.

Alex se reunió con nosotros y el hombre nos condujo hacia el tanque principal del acuario. Era monstruoso. Resultaba imposible divisar el extremo opuesto y, según la información técnica, alcanzaba los ocho metros de profundidad.

—Dime que no pretendes meterme ahí —dijo Alex con una mueca de espanto.

—Tranquilo. Solo vamos a bucear. Tacharemos ese punto de la lista y dejaremos a los tiburones para más adelante si no te sientes con fuerzas. Hoy entenderás por qué me apasiona tanto el fondo marino.

Nos enfundamos los trajes de neopreno que nos facilitó el instructor y nos acoplamos el equipo. Mientras ajustaba las bombonas de oxígeno, el guía nos detalló el funcionamiento de las válvulas, las pautas de respiración bajo el agua y el protocolo de seguridad. No era mi primera inmersión, pero noté a Alex profundamente alterado. No dejaba de frotarse las manos con nerviosismo. Me aproximé y tomé sus dedos entre los míos.

—Te prometo que solo nos cruzaremos con peces pacíficos. —Le dejé un beso suave en la mejilla para calmarlo.

—Me gustó más el de anoche —murmuró.

—¿De verdad quieres sacar el tema justo ahora?

Negó con la cabeza. Contempló la masa de agua tomando una bocanada profunda de aire en un intento por templar los ánimos.

—Estoy contigo.

A los pocos minutos nos hallábamos sumergidos en el acuario, rodeados por bancos de peces tropicales de colores deslumbrantes. Había una variedad abrumadora, superior a todo lo que yo había visto en inmersiones previas. Alex señalaba las distintas especies con el entusiasmo de un niño mientras me sujetaba la mano. Yo intentaba coordinar las inhalaciones cada vez que sentía su tacto, incluso a través del agua; tenía la sensación de que, si me despistaba, me quedaría sin aire en un par de bocanadas.

Al emerger de nuevo a la superficie y salir de la piscina, la adrenalina aún nos duraba.

—Ha sido espectacular —reconoció Alex con una sonrisa radiante.

—¿Listos para la jaula de los tiburones? —intervino el instructor.

Miré a Alex. Él asintió con una convicción bastante cuestionable.

Nos trasladaron al tanque contiguo y nos introdujeron en una estructura metálica. En cuestión de minutos estábamos sumergidos contemplando las siluetas cruzando a escasos metros. Alex me apretaba los dedos con tal vehemencia que temí por mis huesos. Podía sentir el temblor que le recorría el cuerpo.

Por suerte, la estancia en la jaula fue breve.

Al salir a la plataforma, Alex permaneció en silencio. Fuimos a los vestuarios a cambiarnos y nos reencontramos en la marquesina exterior antes de poner rumbo al Jeep.

—Siento si no te ha gustado o si lo has pasado mal. —Admití con cierto remordimiento mientras caminábamos.

—La inmersión con los peces me ha parecido una pasada. Pero en jaula solo podía pensar en que no salía vivo de allí.

—Qué exagerado eres. Estábamos completamente protegidos por los barrotes —puse los ojos en blanco.

—El pánico es irracional. Por mucho que la lógica te diga que estás a salvo, la cabeza te grita que vas a palmarla. Pensaba que, si no terminaba devorado por un tiburón, me daría un paro cardíaco allí mismo. El corazón me iba a mil por hora.

Solté una carcajada, pero él mantuvo el gesto serio.

—Pero ¿sabes qué era lo único que se me pasaba por la cabeza ante la idea de palmarla?

—¿Que al primer bocado te escupirían por lo mal que sabes? —bromeé.

Negó con la cabeza, manteniendo la vista clavada en el asfalto. Luego alzó el rostro y me sostuvo la mirada.

—Pensaba únicamente en ti.

—¿En mí? —pestañeé, descolocada.

Asintió.

Tras unos segundos, tomó aire sin romper el contacto visual y acortó la distancia que nos separaba.

—A lo mejor suena absurdo. Pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que me negaba a morir sin haber sabido lo que se siente al besarte de verdad.

Sin darme margen a reaccionar, eliminó el espacio restante, me sujetó con firmeza por la nuca y estampó sus labios contra los míos con una suavidad arrolladora. El corazón se me desbocó al instante; fui víctima de una oleada de sensaciones tan brutal que fui incapaz de reaccionar durante el primer segundo. Sin embargo, al concentrarme en el peso de su boca sobre la mía, respondí.

Nuestros labios encontraron un ritmo acompasado. Su lengua se abrió paso con una calidez suave y profunda, rozando mi labio inferior antes de volver a atraparme. Sabía a vainilla. Una dulzura tan adictiva que sentí que podría quedarme eternamente perdida en ese contacto. Poseía unos labios ridículamente suaves que, con cada roce, me exigían más. La respiración se nos fue acelerando al mismo compás que el beso, hasta que la falta de oxígeno nos obligó a separarnos.

Abrí los ojos mientras él apoyaba su frente contra la mía. Nuestras miradas colisionaron a escasos centímetros de distancia. Definitivamente, sus ojos eran los más fascinantes que había contemplado jamás; desprendían un brillo tan vivo que me recordó a la luz de las estrellas. Unas estrellas que no me cansaría de contemplar. Era mi chico de las estrellas, aunque él ni siquiera lo supiese.

—Wow. —susurró.

Asentí en silencio y me mordí el labio inferior.

—Como sigas haciendo eso, me veré obligado a besarte otra vez.

Le enmarqué el rostro con las manos y volví a atraerlo hacia mí. Mierda. No quería que ese momento terminara jamás. Un leve gemido se le escapó de la garganta. Perder el control del tiempo fue inevitable. Lo único certero es que el beso mutó rápidamente: de la dulzura inicial pasó a convertirse en una tormenta apasionada, ardiente y hambrienta. Un beso capaz de transmitir lo que mil palabras habrían sido incapaces de articular. Y que me resultara tan adictivo solo confirmaba una verdad incuestionable: Alex me gustaba. Me gustaba de una forma desmedida, despertándome sentimientos que hacía mucho que no experimentaba.

Nos separamos jadeando, buscando aire desesperadamente. Me observaba con una devoción absoluta, como si no existiera nada más en el planeta, y esa mirada me desarmaba por completo.

Entonces, el recuerdo de Fer irrumpió en mi mente y aparté la vista abruptamente. Había estado enamorada de él durante casi tres años, un sentimiento intacto a pesar de las trabas y malentendidos. Mi hermano lo sabía perfectamente y siempre tuvo la certeza de que terminaríamos juntos. Danilo era la persona que mejor me conocía; si él estaba convencido de que Fer era mi destino, debía ser por una razón. Me invadió un sentimiento punzante de culpa, como si estuviera traicionando la memoria de mi hermano y mi lealtad hacia Fer. Alex debió percibir mi desconexión súbita, porque dio un paso atrás de inmediato.

—Lo siento, Livi, yo... —Tartamudeó, apurado.

—Yo no lo siento.

Y era la pura verdad: no me arrepentía. Resultaba contradictorio, pero me sentía más próxima a la felicidad de lo que había estado en meses. Precisamente por eso me carcomía el remordimiento, sumado a otras razones que preferí sepultar en el fondo de mi mente. No quería ponerme a filosofar ni abordar lo que acababa de suceder; necesitaba poner en orden el caos de mi cabeza primero.

Esquivé su figura, abrí la puerta del Jeep y saqué el cuaderno de la mochila junto con un rotulador de tinta verde. Necesitaba una

distracción urgente; enfocar la atención en cualquier detalle que me apartara de la necesidad imperiosa de volver a besarlo.

—¿Tachamos la primera casilla? —pregunté tendiéndole el rotulador.

Asintió y ambos sujetamos el tubo al mismo tiempo. El contacto de su piel contra la mía desató una chispa eléctrica.

Marcamos un *tick* firme junto a la casilla del buceo y otro al lado de la inmersión con tiburones.

—Gracias por esto —susurró.

—Gracias a ti. Por todo —sonreí.

CAPÍTULO 58.

Liv.

Llevábamos un buen rato sumergidos en un paisaje dominado por el verde. Acumulábamos más de dos horas de carretera en las que me dediqué a compartir listas de reproducción con Alex, empeñada en extender sus horizontes musicales.

—Ya casi llegamos —anunció al tomar un desvío.

—¿Vas a revelar por fin nuestro destino? —inquirí.

—La finca de mis padres —soltó con absoluta desenvoltura.

—¿¡Qué?! —Pestañeé, descolocada.

—Tranquila, te van a encantar —sonrió sin apartar la vista del camino.

No me sentía preparada en absoluto para una presentación familiar. Mis habilidades de interacción social se habían reducido drásticamente durante el último año.

—Tú también vas a gustarles a ellos —agregó, leyéndome el pensamiento con asombrosa precisión.

—¿En qué te basas para afirmar eso?

—En que me gustas a mí.

El rubor me encendió las mejillas y el coche quedó sumido en un silencio rotundo.

Giró a la derecha por un camino secundario que se fue estrechando hasta desembocar en un portón de forja monumental. Accionó el mando a distancia para abrir el paso y penetramos en la propiedad. Me quedé maravillada. Varios caballos trotaban en libertad por los prados; la estampa me erizó la piel. El miedo, en efecto, era una reacción caprichosa e irracional. Bordeamos una laguna inmensa, dejamos atrás las dependencias de las cuadras y finalmente vislumbramos la residencia principal: una construcción de tres plantas, blanca, con ventanales de madera en tono nogal. Era majestuosa.

—¿Eres rico?

—Para nada —soltó una carcajada espontánea.

—¿Tus padres?

—Tampoco. Aunque disfrutamos de una posición cómoda. Mi padre se dedica a la cría ganadera y equina; los entrena para la equitación y los comercializa. Es un sector bastante rentable si se gestiona bien. Últimamente, han diversificado con cultivos orgánicos. Mi madre es pianista profesional. No tiene proyección internacional, pero cuenta con cierto renombre a nivel nacional.

Aparcó frente a la fachada, justo al lado de un Jeep idéntico al suyo, salvo por la pintura: el de Alex era de un tono gris marengo y el otro lucía un rojo intenso.

Descendimos del vehículo e inmediatamente una chica de pelo caoba emergió del porche.

—¡Alex! —chilló entusiasmada.

Avanzó a zancadas y se le colgó del cuello.

—Hola, enana —sonrió él rodeándola—. Yo también me alegro de verte.

—Te prohíbo formalmente pasar tanto tiempo sin dejarte caer por aquí.

Guardaba un notable parecido con Mara, algo de lo que ya tenía constancia por las imágenes del dormitorio de Alex. Al deshacer el abrazo, desvió la atención hacia mi posición, escudriñándome.

—Ella es Olivia —nos presentó Alex, dedicándome una mirada divertida al remarcar el nombre.

Puse los ojos en blanco.

—Liv —me adelanté, tendiéndole la mano.

Alex dejó escapar una risita.

—Iraide —me estrechó la mano—. De modo que tú eres la famosa chica que mi hermano acogió en casa hace un par de noches.

—No sigas los pasos de Mara, te lo suplico —protestó Alex.

—La misma —confirmé.

Iraide cambió el gesto por una sonrisa cálida y se abalanzó a estrecharme en un abrazo efusivo.

—No te imaginas la ilusión que me hace conocerte, Liv.

—El gusto es mío —respondí.

Se giró hacia su hermano.

—Papá y mamá están fuera. No regresan hasta el viernes.

—¿Y Jacob?

—A saber por qué rincón andará metido —se rio ella.

Mientras intercambiaban comentarios distendidos, nos adentramos en la vivienda. Iraide puso rumbo a la cocina y nosotros iniciamos el ascenso por la escalera principal. El primer piso albergaba al menos media docena de puertas. Seguí los pasos de Alex hasta que se detuvo ante una de ellas.

—Este es uno de los dormitorios de invitados. Puedes acomodarte aquí. Mi cuarto es aquel de allí —señaló una puerta situada dos accesos más allá—. Voy a darme una ducha rápida y a cambiarme. En un rato nos vemos abajo.

Quería dormir con él, pero la situación era rara, de modo que me limité a asentir y cruzar el umbral. La habitación era espaciosa, de paredes despejadas y con un gran ventanal que iluminaba una cama vestida en tonos azul marino. A la derecha se abría el baño privado. Acomodé el equipaje y me puse a dar vueltas sin rumbo.

Decidí marcar el número de mi madre para avisarle de que pasaría unos días fuera de la ciudad. Al revelarle que había logrado volver a escribir, rompió a llorar de la emoción. La echaba de menos. La verdad es que añoraba a toda mi familia; sentía una punzada de envidia sana hacia Alex por contar con la cercanía de sus hermanas y la perspectiva de reunir al grupo completo el fin de semana.

Dominada por una ligera inquietud, dejé la habitación, descendí al piso inferior y salí al exterior sin cruzarme con nadie. Me puse a pasear por los jardines. La finca albergaba una variedad botánica asombrosa, repleta de macizos florales de múltiples matices. Inspiré hondo buscando serenar los pensamientos. El recuerdo del beso con Alex continuaba reproduciéndose en bucle en mi cabeza. Sin darme cuenta, me alejé de la edificación principal más de lo prudente. Era momento de dar media vuelta; si Alex bajaba y no me localizaba, se preocuparía.

Al darme la vuelta, lo vi.

—Hola, Liv —sonrió.

—Hola.

—¿Qué haces por aquí tan sola? —inquirió.

Le sostuve la mirada fijamente. Luego le dediqué un repaso minucioso de arriba abajo y arqueé una ceja.

—¿A santo de qué tendría que darte explicaciones?

Pestañeó con gesto descolocado.

—¿Por qué no me has pedido que te acompañara? —perseveró en la indagación.

—Básicamente porque no te conozco de nada.

—¿Cómo que no? —reclamó, fingiéndose indignado.

—Cómo que no, Jacob.

Dejó escapar un bufido de frustración.

—¿¡Cómo demonios lo has sabido?! —exclamó—. Si me he vestido con su ropa exacta. Nadie logra diferenciarnos a la primera.

—Supongo que conozco suficiente a tu hermano como para saber que no eres él.

—En fin... Un placer, Liv —me tendió la mano formalmente.

—Igualmente, Jacob —se la estreché.

Emprendimos la marcha hacia la casa.

Físicamente, el parecido resultaba asombroso. Compartían incluso el mismo sentido del humor impertinente y la inclinación por las bromas pesadas. ¿Sería un rasgo genético?

—¿Eso significa que debo considerarte mi cuñada?

Sentí el rubor subirme a las mejillas.

—¿Eso es un sí implícito? —se mofó al advertir mi reacción.

—No.

Cruzamos el umbral de la vivienda y encontramos a Alex conversando con Iraide.

—Jacob —saludó Alex con alegría.

—Hola, hermanito.

Ambos se fundieron en un abrazo muy fraternal. Cuando se separaron, Alex lo miró de arriba abajo y puso los ojos en blanco.

—¿En serio lo has vuelto a hacer?

—Es divertido. —Se rio.

—Seguro.

—Esta vez no tanto. Me ha descubierto en tres frases. —Bufó decepcionado.

—En ninguna. —Lo corregí. —Sabía que no eras Alex antes de que hablaras.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó él. —Si hasta he puesto su cara de vinagre.

—Yo no tengo cara de vinagre. —Alex le dio un golpe en el hombro, ofendido.

—Eso no es lo importante ahora. —Le recriminó a su hermano. —¿Qué ha hecho que me descubrieras?

—Voy a ducharme. —Esquivé la pregunta.

Sin dar pie a réplicas, me escurrí hacia la escalera y me encerré en mi dormitorio. Diez minutos más tarde, tras salir del baño envuelta en la toalla, me encontré a Alex recostado con total naturalidad sobre mi cama.

—¿Cómo has sabido que no era yo? —inquirió al instante—. Somos idénticos. Ha replicado mi corte de pelo y hasta la cicatriz para mantener la maldita broma.

—Por muchas cosas, la verdad.

Se incorporó levemente, enarcando una ceja con incredulidad.

—Su postura es más rígida que la tuya. —Empecé. —Sus labios no tienen un tono tan rosado. Tienes una peca en la clavícula que asoma siempre por el cuello de las camisetas y él no la tiene. Tu sonrisa resulta mucho más auténtica: te alcanza los ojos y te ilumina la cara. Y, sobre todo, tú jamás me llamas Liv.

—¿Alguna observación más?

—Sal, necesito vestirme —señalé la puerta.

Sin articular palabra, se puso en pie y avanzó hacia la salida mientras yo le abría la puerta. Cruzó el umbral.

—Alex —lo llamé en voz baja. Se giró para sostenerme la mirada—. Sus ojos no brillan como los tuyos.

Y cerré la puerta.

CAPÍTULO 59.

Liv.

No bajé a cenar. No tenía hambre. Tampoco quería estar todo el tiempo entre Alex y sus hermanos; supuse que querrían ponerse al día. Me acosté y leí un rato un libro que había traído. Pasadas las doce, alguien llamó a mi puerta y abrió.

—Hola —musité.

—¿Qué haces?

Agité ligeramente el libro entre mis manos.

—Vale. No te interrumpo —hizo un gesto para retirarse.

—¿Te apetece que te lea un rato?

Sonó un poco raro, pero él asintió sin dudarlo.

Di un par de palmaditas sobre el colchón para indicarle que se acomodara. Cerró la puerta tras de sí y cruzó la habitación hasta tumbarse a mi lado.

—¿Qué estás leyendo?

—*El principito*. Sé que es un clásico y que probablemente lo conozcas de sobra, pero es mi libro favorito de toda la vida. Mi padre me lo leía por las noches cuando era pequeña y se tomaba el tiempo de explicarme el trasfondo de cada capítulo.

—No lo he leído. —Se acostó en la cama, con su cabeza en mis muslos.

Abrí de nuevo el libro por donde me había quedado y empecé a leer.

—«En tu tierra —dijo el principito— los hombres cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín… Y no encuentran lo que buscan…

—No lo encuentran… —Respondí.

—Y, sin embargo, lo que buscan podría encontrarse en una sola rosa o en un poco de agua…

—Seguramente —respondí.

Y el principito agregó: —Pero los ojos están ciegos. Es necesario buscar con el corazón».

Leí sin parar hasta que acabé el libro. Lo cerré y vi cómo Alex me observaba.

—Me ha gustado mucho. —admitió.

—Te lo regalo. —Se lo tendí.

—No puedo aceptarlo, es tu libro favorito.

—Por eso lo tengo otras cuatro veces. —Sonreí.

—¿De verdad? —dijo entusiasmado.

Asentí y él se incorporó, cogió el libro y me abrazó.

—Muchas gracias, Livi.

—Gracias a ti. Por todo, Alex. De verdad. Me has ayudado mucho. He vuelto a escribir gracias a tu ayuda, gracias a que has creído en mí… No me siento tan vacía desde que te conozco y me gusta y me acojona a partes iguales. —Confesé.

—Todo eso ha sido mérito tuyo.

—Pero tú fuiste la chispa.

Me sostuvo la mirada con esas dos estrellas tan suyas que me encandilaban, y nos quedamos flotando en ese espacio suspendido, perdidos el uno en el otro.

—Va siendo hora de que te deje descansar —susurró, devolviéndome a la realidad. Se puso en pie y me dedicó una última sonrisa desde el umbral—. Buenas noches, rubia.

—Buenas noches, rubio.

Y la puerta se cerró despacio.

CAPÍTULO 60.

Fer.

Llevaba toda la tarde tratando de localizar a Liv, pero no contestaba a mis llamadas. Empezaba a preocuparme. Por suerte, no había escuchado que mi padre quisiera hacerle daño. Al menos, no todavía. Pero sabía perfectamente que era él quien lo había intentado. Igual que sabía que tenía un hermano y que necesitaba saber quién era. Pero no sabía qué hacer para averiguarlo. Necesitaba un plan que pudiese ejecutar solo, sin delatar que la casa de mi padre estaba llena de micros.

Gael entró en mi despacho en ese momento. Lo había mandado a casa de Liv para ver si estaba bien. No podía ir, necesitaba ganarme la confianza de mi padre y no darle motivos para hacerle daño.

—Se ha ido de vacaciones con ese tal Alex. Me lo ha dicho Marco. Volverán el domingo.

No pude responder. Jamás había sentido tantos celos dentro de mí. Supuse que porque estaba acostumbrado a verla con Andreas. Pero ahora, era diferente. Quería a Liv, pero no podía demostrárselo como una persona normal con el padre que tenía. Y mucho menos, si la estaba arriesgando y podían hacerle daño por mi culpa.

—Andreas se ha vuelto loco al enterarse. Ha golpeado a Marco.

—¿Qué? —pregunté.

—Dice que Liv es suya y que no puede gustarle ese tío, que solo está confundida, pero que va a volver con él.

—Ese tío está loco. —Bufé.

La obsesión de Andreas por Liv era enfermiza. Ella ya le había echado de su vida y aun así era incapaz de dejarla en paz. Eso me preocupaba más de lo que pensaba admitir en voz alta. Andreas era inestable, siempre lo había sido y nunca sabíamos con qué iba a salir o cómo iba a reaccionar.

—Hay que alejarlo de ella.

Entonces, uno de los micros de mi padre empezó a sonar a través de mi ordenador. Lo había dejado encendido para no perderme nada.

—«Tiene que ayudarme a recuperarla. —Escuché la voz de Andreas. —Si no, se quedará con Fer. Llevan años queriéndose el uno al otro y nada de lo que hemos hecho ha conseguido que eso cambie. ¿De verdad cree que Fer va a volver a dejarlo pasar?»

—«Olivia no es tonta, es normal que no te quiera. Mírate. Das pena. —Esa voz era la de mi padre. —Además, pronto la voy a necesitar».

—«¿Qué quiere usted de ella?»

—«Eso no es asunto tuyo. —respondió mi padre en tono amenazante. —Esa chica debió haber sido mi hija. Dejé a la madre de Fer por su madre. Salimos un tiempo y, cuando me dejó y yo intenté que volviese conmigo, empezó a salir con ese desgraciado y se quedó embarazada de Olivia».

—«¿Olivia es hija suya? —preguntó».

Me quedé pálido ante esa posibilidad. No sé si Andreas había entendido lo mismo que yo, pero yo entendí que mi padre no tenía nada que ver con Olivia y que eso le dolía.

—¿«No has oído lo que te acabo de decir? No soy su padre, pero debería serlo. La he visto crecer. Siempre tenía a alguien vigilándola. Tiene mucho carácter, pero lo domina. Es fuerte, es lo que yo necesito para este negocio. No a esos dos imbéciles que tengo por hijos».

—«¿Por qué no le propone el trato que le dije? Estoy seguro de que aceptaría. Incluso daría su vida por ello».

—«*Ella no es mi sangre. Debo intentar doblegar al chico. Y creo que ella es la clave. Es la clave para hacer de todos vosotros lo que quiera. De mis hijos, de ti… Estaríais dispuestos a todo por ella, sin embargo, por mí no moveríais ni un dedo. Es lo más especial que tenéis y, aunque entiendo que es una mujer de carácter y guapa, no entiendo por qué os importa tantísimo. Para ti y para Fer podría ser solo un polvo, pero tú ya has estado con ella y aun así quieres más. Debe ser una Diosa en la cama. Fer ni siquiera se ha acostado con ella, así que supongo que es el deseo y que una vez la tenga tal vez se olvide. Quizá debería darle cancha y que se acuesten. Tal vez, así solucionaría una parte del problema*».

—«*Liv no va a acostarse con Fer. Es mía*».

—«*Ella no es de nadie. ¿No lo has visto? Eso es lo que forma parte de ese encanto que tiene y os vuelve tan locos. Solo debo usar esos encantos a mi favor. Eso es lo que haré pronto. Ahora vete*».

Escuché cerrarse una puerta a través del micro. Andreas quedaba descartado como posible hermano.

Mi padre quería que Olivia hubiese sido su hija. Pero como las cosas no habían salido como él quería, iba a usarla para conseguir su propósito.

CAPÍTULO 61.

Liv.

Me desperté de golpe en mitad de una pesadilla. Mi mente volvía a jugar sucio. Las lágrimas me caían por las mejillas sin tregua. Me puse de pie en la penumbra y fui directa a mi mochila. Saqué la carta de mi hermano para releerla una vez más. Había recurrido a esas líneas más veces de las que estaba dispuesta a reconocer. Ya nunca tendría la oportunidad de darle ese abrazo del que hablaba, y esa certeza me escocía en el pecho como una quemadura. Deseaba con todas mis fuerzas que se sintiera orgulloso de mí. Durante meses me convencí de que para lograrlo debía quedarme con Fer. ¿Pero era realmente eso lo que yo quería?

Volví a recorrer las palabras de Danilo, deteniéndome en el fragmento final:

«Livi. Si estás leyendo esto, supongo que el cabeza dura de Fer por fin se ha decidido. Haz lo que te dicte el corazón y no pienses en los demás por una vez. Piensa en ti y en lo que realmente deseas; elige aquello que te haga sentir más fiel a ti misma, lo que te impulse a superarte y a convertirte en la persona que quieres ser. Nunca olvides lo alucinante que eres. Ahora perdóname y ven a darle un abrazo a tu hermano favorito. Tranquila, no se lo diré a Leb. Te quiero muchísimo y mi único deseo es que seas feliz, hermanita. Y que lo seas tomando tus propias decisiones. No tienes que complacer a nadie: ni a mí, ni a nuestros padres, ni a Leb, ni a Andreas... ni siquiera a Fer. Haz lo que tú quieras y hazlo por ti».

Y de repente, el velo se rasgó. Danilo jamás pretendió que me quedara con Fer. Daba por hecho que terminaríamos juntos simplemente porque conocía los sentimientos que yo albergaba en

aquel entonces. Lo que mi hermano anhelaba desesperadamente era que tomara las riendas de mi vida, sin someterme a las expectativas ajenas. Quería verme feliz. Le daba exactamente igual con quién, siempre y cuando la elección naciera de mí. ¿Cómo podía haber estado tan ciega?

Salí de mi habitación, echando a correr por el pasillo, irrumpí en el dormitorio de Alex sin detenerme a llamar y sin reparar en la hora.

—¡Por fin he entendido a mi hermano! —solté atropelladamente, sin reparar en que probablemente estaba dormido.

Entornó los ojos, parpadeó desorientado y comprobó el reloj digital de la mesilla.

—¿Has tenido una epifanía a las cuatro y cincuenta y uno de la madrugada? —refunfuñó con voz enronquecida.

—¡Ups! —sentí una oleada de vergüenza—. Lo siento de veras, no me he parado a mirar la hora. Te dejo dormir.

Giré sobre mis talones para salir, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, se abrió de golpe y Alex me sujetó suavemente del brazo. Me quedé parada frente a él, con la vista clavada en su torso desnudo.

—Cuéntamelo —pidió con tono suave.

—Durante todo este tiempo estuve convencida de que Danilo deseaba que terminara con Fer, pero la realidad es que le daba igual. Solo quería que hiciera lo que a mí me hiciera bien, que fuera feliz y que eligiera por mí misma sin pensar en dar gusto a los demás —hablé en un murmullo apresurado, incapaz de frenar el torrente de palabras. Alex me observaba con una fijeza tranquila, como si él hubiera descifrado esa verdad mucho antes que yo—. Me mataba la culpa porque asumía que Fer era el único chico por el que debía sentir algo. Pero de pronto empezaste a gustarme tú. Y me comía la cabeza, sintiéndome la peor persona del mundo porque eres ridículamente bueno, atento, divertido, y me siento tan viva a tu lado que la culpa no me dejaba respirar. Pero ahora lo veo claro:

tengo todo el tiempo del mundo para aclararme y mi hermano me respaldaría, porque es mi decisión y él solo quería que yo tomara mis propias...

Atrapó mis labios con los suyos, cortándome el discurso de golpe. Un beso suave, perfecto. Entreabrí los labios y me entregué al contacto. Ya no había rastro de duda ni de timidez: era un beso ardiente, cargado de un deseo sofocante. Su lengua se enredó con la mía, envolviéndome en ese sabor dulce y fresco que me volvía loca. Lo deseaba con una intensidad que me dejaba sin aliento.

Se distanció apenas unos milímetros, mirándome con las pupilas encendidas.

—Tú también me gustas, rubia. Mucho.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que le había soltado que me gustaba sin paños calientes. El rubor me incendió las mejillas y él dejó escapar una risita baja antes de volver a reclamar mi boca. Le correspondí con la misma urgencia.

Era una sensación arrolladora. Y en ese preciso instante alcancé la certeza absoluta: ya no amaba a Fer. Al menos, no de esa forma. Lo había querido, pero ya no era la chica de entonces. Había cambiado. Y aunque fuera una persona distinta, Fer siempre mantendría un lugar en mi recuerdo; lo querría siempre, porque en la etapa en que lo amé, él representaba todo lo que yo necesitaba, y yo lo que él buscaba. Fuimos un refugio mutuo que nos salvó en su momento. Pero ambos habíamos evolucionado. Yo ya no buscaba a alguien que me rescatara del naufragio; Fer siempre había encarnado la figura del salvavidas. Ahora necesitaba aprender a salvarme por mis propios medios, y eso era exactamente lo que Alex me impulsaba a hacer. Él no libraba las batallas en mi lugar; se limitaba a sostener mi mano mientras yo las peleaba. Creía en mi fuerza más de lo que Fer jamás llegó a creer. Por eso Fer temía que mi capacidad para escribir hubiera muerto con Danilo, mientras que Alex supo desde el primer minuto que volvería a hacerlo. Fer me percibía como a una criatura frágil que requería protección constante. Alex me veía como

a alguien fuerte, en reconstrucción, pero perfectamente capaz de comerse el mundo. Quizá por eso, sin apenas darme cuenta, mis sentimientos por él habían tomado una dimensión tan profunda, a pesar de mi empeño por aferrarme a Fer y a los fantasmas del pasado.

Desconecté la mente por completo. Me dejé arrastrar por la borrachera de sensaciones que me invadía. Lo besé con un hambre voraz. Me sentía más plena que en años. Alex era eso: pura vida. Y me la transmitía en cada roce.

Sin romper el contacto, fuimos retrocediendo a tientas hacia la cama. Le mordí ligeramente el labio inferior y se le escapó un gemido ahogado. Nos dejamos caer sobre el colchón y comencé a acariciarle el pecho, sintiendo el galope desbocado de su corazón acompasado con el mío. Nos separamos un segundo para tomar aire.

Lo miré fijamente y delineé con la yema de mis dedos la constelación de pecas sobre su piel.

—Se ha convertido en una de mis cosas favoritas del mundo —confesé en un susurro.

Volvimos a enredarnos en un beso. Alex deslizó la mano por debajo de mi camiseta, provocándome un escalofrío eléctrico que me erizó la piel. Sus dedos trazaron el contorno de mi cadera y subieron por mi espalda. Lo estreché contra mí sin permitir que nuestras bocas se distanciaran un solo milímetro. Estaba nerviosa, pero envuelta en una calma absoluta. Me sentía segura. No quería que ese momento acabara jamás; deseaba que explorara cada rincón de mi piel. Hice una breve pausa y me despojé de la camiseta. Alex contempló mi pecho al descubierto durante unos segundos tan intensos que sentí que volvían a encenderse mis mejillas, antes de inclinarse para cubrirme con la calidez de su cuerpo. Le retiré el pantalón de un tirón y él hizo lo propio con el mío. Su excitación era tan evidente como la mía, lo sentía contra la parte baja de mi vientre.

Justo en ese punto, me detuve un instante y frené el beso.

—¿Tienes condones?

Dejó escapar una carcajada limpia.

—¿Conoces a mis hermanas?

Estiró la mano, abrió el cajón de la mesilla y sacó una caja con un lazo rojo.

—Mara le ha dicho a Iraide que no me los había llevado y me ha regalado otra caja. Por lo visto, creen que necesito…

Cubrí sus labios con los míos, volcando todo el deseo contenido. Descendió a besos por mi mandíbula hasta alcanzar la clavícula, dejando un rastro cálido en cada centímetro. Me retiró la lencería con una delicadeza extrema antes de desprenderse de la suya.

—Eres deslumbrante —murmuró, recorriéndome con una mirada cargada de devoción mientras sus manos me acariciaban.

Me sonrojé. Tomé la caja, la abrí y le tendí el preservativo.

—¿Estás completamente segura? —inquirió, buscándome los ojos.

—Completamente.

Rasgó el envoltorio y le tomó apenas unos segundos colocarlo con soltura. Resultaba obvio que la sequía que sus hermanas le atribuían no era para tanto.

Se acomodó entre mis piernas y se deslizó en mi interior con una suavidad extrema. La entrega era tal que no hizo falta más preparación que nuestros besos. Dejé escapar un gemido ahogado y arqueé la espalda.

—¿Estás bien? —susurró sobre mi cuello.

Asentí, buscándole la boca.

Comenzó a mecerse con un ritmo dulce y acompasado, besándome sin tregua. Creo que no quedó un solo rincón de mi anatomía sin reclamar. Progresivamente, el ritmo fue ganando en intensidad y pasión, hasta que me giré para quedar sobre él, apoyando las manos

en su pecho mientras sus dedos me sujetaban con firmeza por las caderas. Experimenté el orgasmo más demoledor de mi vida; no exagero en absoluto. Una corriente me erizó el cuerpo entero y, justo cuando alcancé la cima, él aceleró el compás, jadeando contra mi piel hasta que alcanzamos juntos la plenitud un instante después.

Dejé caer mi cuerpo fatigado sobre su pecho y le dejé un beso tímido en los labios. Me separé con cuidado y fui al baño. Él entró justo después.

Al regresar y tumbarse a mi lado, nos quedamos contemplándonos en la penumbra. Alex lucía una sonrisa radiante, casi infantil, que me desató una bandada de mariposas en el estómago.

—Había olvidado lo increíble que puede llegar a ser esto —admitió con voz pausada—. O a lo mejor es que contigo es distinto. Tal vez eres simplemente tú.

—Somos los dos —corregí.

—¿Somos una combinación perfecta?

Asentí. Era la verdad. Jamás había experimentado una complicidad tan intensa la primera vez con alguien. Y no solo hablaba del sexo. Era más.

—¿Alguna canción para este momento? —me ofreció el teléfono.

Sopesé la elección buscando un tema capaz de articular todo lo que aún no me atrevía a poner en palabras. Esta vez no pensaba dejarlo en manos del azar. Tras unos segundos de búsqueda, seleccioné "*Fallen*", de Gert Taberner. Dejé el móvil sobre la mesilla, me acurruqué contra su pecho y, mientras sus brazos me envolvían con firmeza, tradujei en un susurro:

—«Dime las cosas que nunca has dicho en voz alta».

Me dejó un beso tierno en la coronilla. Murmuró unas palabras entre mi pelo que no alcancé a entender y me quedé dormida. Aunque no para toda la noche.

CAPÍTULO 62.

Liv.

Me desperté envuelta en un aroma muy particular. Olía a él; una mezcla embriagadora de vainilla y canela. Notaba el peso de su brazo sobre mí y mi nariz rozaba su piel. Al abrir los ojos, confirmé que me había quedado dormida sobre su pecho, protegida entre sus brazos. Inspiré profundamente y me invadió una extraña sensación de familiaridad, un pensamiento intrusivo pero reconfortante: no me importaría despertar así el resto de mi vida.

Resultaba inaudito que yo durmiese con alguien y, encima, me gustara. Solo lo había conseguido con mis hermanos. Me molestaba compartir cama con mis amigas, con Andreas o con cualquier otra persona; sentía que invadían mi espacio. Sin embargo, con él, no solo podía hacerlo, sino que lo deseaba.

Empecé a separarme de su pecho con movimientos lentos, intentando no despertarlo, pero él reaccionó de inmediato apretándome más contra sí.

—No —soltó un gemido grave.

Me reí bajito, suponiendo aún dormía. Continué intentando zafarme.

—No te voy a dejar ir —su voz sonó somnolienta, pero más clara—. Y no quiero que me digas que te arrepientes ni ninguna de esas chorradas.

—No quiero irme, ni decir ninguna de esas chorradas —lo imité, divertida—. Solo quiero mirarte a la cara.

Me liberó y acomodé mi cabeza en la almohada, a unos centímetros de la suya. Tenía cara de sueño, el pelo revuelto, pero lo veía radiante. Examiné su rostro minuciosamente: cada gesto, la línea de

su mandíbula, sus labios... Joder, esos labios iban a ser mi perdición. Pero lo que más me impactó fue verlo... ¿Feliz?

—Si no dejas de mirarme así, voy a volver a hacerte lo mismo que anoche —me provocó con voz pícara y una mirada que prometía fuego.

—Igual me interesa —lo reté, sosteniéndole la mirada.

—¿Estás bien?

—Sí, Alex. ¿Y tú?

—Estoy feliz, rubia —sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué no dejas de llamarme rubia? Ni siquiera soy rubia del todo, es más un castaño claro que...

—Aunque fueses morena, te llamaría rubia —me interrumpió con una carcajada.

No entendía nada. Creo que él vio la enorme interrogación que se me dibujó en la cara, porque rio de nuevo. Se inclinó y me dio un beso en los labios. Fue corto y suave, pero suficiente para que mi cuerpo se volviera gelatina.

—¿No sabes cuál es mi apellido, verdad? —sonrió con misterio.

Negué con la cabeza, intrigada, y él se rió de nuevo. Abrió la boca para decir algo, pero entonces tres golpes secos en la puerta nos sobresaltaron.

—¡Mierda! —susurró Alex—. ¡Un momento! —gritó hacia la puerta.

Aún no había acabado de pronunciar esas palabras y la puerta se abrió de par en par. Iraide apareció en el umbral. Miró a Alex, que estaba intentando levantarse precipitadamente de la cama, y después me miró a mí, que me había hundido bajo la sábana hasta la nariz. Paseó sus ojos por toda la habitación, que parecía una zona de guerra: ropa tirada por doquier, y juraría que incluso había envoltorios de condones en el suelo. Me puse roja como un tomate.

—Menos mal que os regalamos los condones —se rio desde la puerta.

—¡Sal de aquí! —gritó Alex mientras se ponía la ropa interior a toda prisa.

—¡Jacob! ¡Ven aquí! ¡Me debes cincuenta pavos! —gritó Iraide entre risas, girando la cabeza hacia el pasillo.

—¿Pero qué coño...? —preguntó Alex, indignado, empezando a caminar hacia la puerta.

En menos de diez segundos, Jacob apareció en la puerta. Analizó la escena con una velocidad pasmosa y frunció el ceño, fingiendo molestia.

—¡Joder, Aleixandre! ¡Me has hecho perder cien pavos! —Se metió la mano en el bolsillo y le tendió el dinero a su hermana con resignación.

—Si solo habíamos apostado cincuenta. —dijo Iraide con el billete en la mano.

—Cincuenta contigo y cincuenta con Mara —resopló Jacob.

—¿En serio hacéis apuestas sobre mi vida sexual? —preguntó Alex, genuinamente ofendido, plantándose delante de ellos.

Yo seguía inmóvil en la cama, deseando que la tierra me tragara, muerta de la vergüenza.

—Llevas... bueno, llevabas tres años en sequía total. Tienes que entender que esto era un momento histórico, lo hicieras o no —explicó Jacob con total naturalidad.

—Salid de aquí —les empujó Alex hacia el pasillo.

—¡Tenía más fe en ti, Liv! —gritó Jacob mientras Alex le echaba—. ¡Pero bueno, bienvenida a la familia!

Alex cerró la puerta de un portazo y le gritó que se callase. Se giró hacia mí, con la cara roja de la vergüenza, y se tapó el rostro con las

manos.

—Lo siento mucho, Livi.

—No es culpa tuya —me levanté de la cama, y caminé hasta él.

Le aparté las manos de la cara con suavidad.

—Pero es que no tienen ningún derecho a invadir mi intimidad, y es algo que hacen constantemente —sonó apenado, frustrado.

—Hermanos —sonreí con tristeza—. ¿Se meten en el baño cuando te duchas?

Negó con la cabeza, confuso por la pregunta.

—Pues ya tienes más intimidad que yo —la sonrisa me costó un poco más esta vez—. En mi casa había tres baños. Papá y mamá tenían el suyo, yo el mío, y Leb y Lan compartían el otro. Esa era la teoría. A la hora de la verdad, yo me duchaba mientras Lan estaba sentado en el retrete (a veces usando el váter, otras simplemente sentado ahí charlando) y Leb se peinaba frente al espejo, o usaba mi corrector para taparse los granos.

Solté una risita melancólica al recordarlo.

—Los tres estábamos en el baño más pequeño de la casa hablando o escuchando música, como si no pudiésemos hacerlo en otro sitio. Me molestaba mucho al principio y les gritaba pidiendo intimidad. Después... los días que me duchaba sola, se me hacía raro que Lan no me pasara el albornoz para secarme o que Leb no me cambiara la música de repente. Y ahora... —La voz se me quebró ligeramente —, ahora lo echo mucho de menos, porque sé que eso no se va a volver a repetir. Así que no te enfades con ellos, no vale la pena. Disfruta del caos.

—Tus hermanos debían ser geniales. Lo siento mucho, Livi —me miró, conmovido—. Pero una cosa es lo que mis hermanos me hagan a mí, y otra la que te hagan a ti.

—¿Qué pasa? ¿Podrían haberme visto desnuda? Tampoco hay mucho que ver —dije, restándole importancia, señalándome de arriba abajo.

Sus ojos empezaron a repasarme el cuerpo entero, de pies a cabeza, con una lentitud que me hizo arder, hasta posarse de nuevo en mis ojos.

—Hay todo que ver —su voz sonó ronca.

Me levantó del suelo de repente, obligándome a enroscar mis piernas en su cintura. Me tiró sobre la cama y volvimos a hacer el amor. Hacía mucho que no lo hacía, pero esa era la tercera vez en unas siete horas. Y no me importaba en absoluto.

Estábamos los dos tumbados en la cama, recuperando el aliento, cuando sonó mi móvil. Era un correo de la profesora del máster. Sentí un vuelco en el estómago. Le mostré la pantalla a Alex.

—Ábrelo.

Lo hice. Lo leí. Me costó unos segundos interiorizar las palabras.

—¿Y bien?

No respondí, me quedé helada.

—Livi.

—Estoy dentro. ¡Me han cogido! —le abracé con todas mis fuerzas.

No solo eso. Me había felicitado efusivamente por ser capaz de escribir "desde dentro" de una manera tan singular. Decía que todas y cada una de mis palabras le habían tocado el corazón e incluso la habían hecho llorar. Añadió que veía un futuro prometedor para mí como escritora.

Alex me arrebató el móvil sin deshacer nuestro abrazo y leyó el correo, con una sonrisa de orgullo.

—Eres la mejor, rubia. Sabía que ibas a lograrlo.

Media hora después me metí en la ducha. Estaba feliz. Seguía sintiendo el vacío en el pecho, ese agujero que Lan había dejado, pero a la vez sentía una felicidad genuina inundándome.

Escuché abrirse la puerta del baño y me asomé por el hueco de la mampara. Alex me sonrió desde el otro lado.

—¿Habías dicho que no te gustaba ducharte sola? —se quitó el bóxer.

Le sonreí, invitándole a entrar, y nos duchamos juntos. Bueno, y otras cosas. Nos costó una hora salir del baño.

Cuando finalmente salimos, encima de su cama había ropa para mí: unos vaqueros cómodos, una camisa de cuadros y unas botas de hípica.

—¿Lista para hacerte amiga de un caballo?

—¡No! ¡Ni de coña! —retrocedí.

—Venga, está en la lista —hizo un puchero irresistible.

Y aunque me aterraba, recordé que él lo había hecho por mí en el acuario. Así que era mi turno.

—Lo intentaré —bufé, derrotada.

Pocos minutos después, estábamos en los establos. El olor a heno y cuero lo inundaba todo.

—Los caballos huelen el miedo, Liv. Lo primero que tienes que hacer es conocerlos y estar tranquila. Son animales muy nobles y pacíficos, no te harán daño. No son como los tiburones —soltó la pullita con una sonrisa.

—Juro por Dios que te voy a encerrar en un armario —amenacé, aunque sin mucha convicción.

—Si estás conmigo, creo que eso puede ser divertido —me guiñó un ojo.

Le di un golpe en el hombro. Se detuvo al lado de una de las puertas, por donde uno de los caballos asomaba la cabeza con curiosidad. Yo di un paso atrás instintivamente. Alex comenzó a acariciarla.

—Hola, bonita. Cuánto tiempo sin verte —le sonrió con ternura—. Es mi yegua, ven.

Me acerqué dubitativa, con el corazón a mil por hora. Él cogió mi mano y, me ayudó a tocarla. Me temblaba todo el cuerpo y a cada mínimo movimiento del animal, yo daba un salto.

—¿Cómo... cómo se llama? —tartamudeé.

—No tiene nombre. Mi padre no quiere que les pongamos nombre. Dice que nos encariñamos más si lo tienen, y luego es más difícil venderlos.

—Eso es horrible.

—¿Cómo la llamarías tú?

Pensé en algo que estuviese relacionado con él y que, a su vez, la definiese a ella. Me seguía dando miedo, pero era cierto que su presencia era imponente, pero serena.

—Calma. Ella es tranquila, y es lo que tú me traes a mí: calma.

Alex se quedó mirándome en silencio unos segundos.

—Me gusta —me dio un beso tímido en los labios—. ¿A ti te gusta, pequeña?

La yegua asintió levemente con la cabeza. Me quedé con la boca abierta y Alex se rió de mí mientras me decía que era muy lista.

Una vez que me familiaricé un poco más y Alex me explicó un montón de cosas sobre los caballos con un entusiasmo contagioso, decidió que era la hora del paseo. Por suerte, no iba a dejarme montar sola y acabamos los dos subidos sobre Calma. Yo delante y él detrás, pegado a mí, sujetando las riendas a ambos lados de mi cuerpo.

No corrimos, tan solo paseamos por los alrededores de la finca. Fue agradable, el paisaje era precioso, aunque me temblaba hasta el último pelo de la cabeza.

—¿Cuál es tu apellido? —pregunté, en un intento desesperado de distraerme y olvidar que estábamos encima de una yegua simpática aunque aterradora.

Alex se rio sonoramente. Su risa era contagiosa, invadía cada célula de mi cuerpo.

—Rubio —confesó al fin.

—¿En serio? —pregunté, girando un poco la cabeza para mirarle, sin apartar del todo mi mirada del frente.

—Te lo juro por Calma.

—¿Por eso te hacía tanta gracia que te llamara "rubio"? ¿Por qué te estaba llamando por tu apellido? —pregunté, negando con la cabeza.

—Sí —se rio, disfrutando de mi realización.

—¿Y eso qué tiene que ver con que me llames "rubia"? —pregunté, sin entender la relación directa.

—Verás, cuando te conocí, me soltaste que leer no era aburrido, que probablemente yo no sabía hacerlo y otras cosas que podría recitarte de memoria. Pero antes de eso, cuando me llamaste cretino, pensé: Quiero casarme con ella. Y como lo de "señora Rubio" ya no se lleva mucho, pues pensé que podía llamarte "rubia" en su lugar. Un pequeño adelanto —explicó con total seriedad, mirándome a los ojos.

Volteé la cabeza por completo, tratando de no perder el equilibrio sobre el lomo de Calma. Alex me sonrió de esa manera que me derretía.

—¿Es en serio?

—Sí. Desde ese primer día, supe que te casarías conmigo —asintió con una seguridad pasmosa.

Puse los ojos en blanco, intentando ocultar lo mucho que me habían impactado sus palabras.

—Eres insufrible. —Bufé—. A lo mejor yo no quiero casarme nunca.

—Lo sé. Es solo un papel. Yo me conformo con una vida entera a tu lado, rubia —se rio mientras me daba un beso en la mejilla, apretándome más contra él.

—Tampoco te vengas arriba, Rubio.

—Creo que los tres polvos de hoy y la diversión en la ducha me dan derecho a hacerlo —se defendió con suficiencia—. Y eso que tengo falta de práctica, según mis hermanos.

—Se nota la falta de práctica —le piqué, divertida.

—¡Mentira!

—De verdad te lo digo, Rubio —me aguanté la risa.

Acercó su cuerpo más a mí, si es que eso era posible, y pegó sus labios a mi oreja.

—Tus gemidos de hace una hora no decían lo mismo, Livi.

Me puse roja como un tomate, del cuello a la raíz del pelo, y él soltó una carcajada triunfal.

—¡Te odio! —exclamé, dándole un codazo flojo en las costillas.

—No podrías odiarme ni en mil vidas, rubia —me dio otro beso en la mejilla, ignorando mi falso enfado.

Acabamos el paseo y fuimos al garaje a quitarnos las botas. Era un espacio grande, con un panel de herramientas pulcramente ordenado, varios armarios y, al fondo, vi dos bultos grandes tapados cada uno con una lona polvorienta. Sabía perfectamente lo que había debajo. Sentí una punzada en el estómago.

—Dime que eso no son motos.

—Lo son.

Se acercó a la primera y le quitó la lona de un tirón. Era una moto de competición, una R, impecable. Sentí que se me escapaba el aire. Casi me puse a llorar al recordar a Danilo y las tardes en el circuito. Me sequé rápidamente los ojos antes de que se me saltaran las lágrimas y me recompuse como pude.

—¿Estás bien? —preguntó Alex, acercándose a mí con preocupación al notar mi cambio de humor.

—Son motos de competición, Alex.

—¿Cómo lo sabes?

—Para empezar, porque no llevan retrovisores, ni portamatrículas, ni luces —dije con voz fría, profesional—. Pero podría decirte muchas más cosas. —¿Quién corre en tu familia?

—Nadie. Bueno, Jacob un poco. Mis padres nos compraron una moto a mí y otra a Jacob cuando cumplimos dieciocho. Como no entienden de motos y nadie les aconsejó, compraron estas. Seis meses nos duraron. Participamos en algunas carreras clandestinas en polígonos; nunca nos pillaron, por suerte. Pero cuando la policía nos vio por la calle con estas motos, nos metieron una multa histórica y nuestros padres ya nunca nos dejaron volver a sacarlas del garaje.

—¿Todavía se hacen esas carreras?

—Sí. Jacob sigue yendo a veces a verlas y corre de vez en cuando; no se le da mal.

Me quedé mirando la moto. La adrenalina empezó a correr por mis venas, sustituyendo la tristeza por una resolución fría.

—Quiero ir. ¿Podemos ir con ellas esta noche? —hice un puchero suplicante, mirándole a los ojos.

—¿Tienes carné, Liv? ¿O al menos sabes conducir algo que no sea un coche? —Su tono de sorpresa fue exagerado, casi ofensivo.

—Ignoraré ese tono de sorpresa tan ofensivo, teniendo en cuenta que lo puse en la lista por un motivo —dije, desafiante, cruzándome de brazos—. Solo te diré una cosa: ¿Te atreves a correr contra mí en una de esas carreras esta noche?

—No, Liv. Ni hablar.

—¿Tienes miedo, Rubio? —le provoqué con una sonrisa ladina—. Venga, está en la lista. Es "hacer algo que nos dé miedo". A ti te da terror correr, y a mí me da terror... bueno, me da terror que me ganes.

—No es miedo, Liv. Pero tú no tienes dinero para apostar.

Supe que intentaba escaquearse.

—Yo se lo prestaré —ofreció la voz de Jacob, entrando en el garaje con una sonrisa de oreja a oreja—. Que corra con la mía. Yo le pediré una prestada a un amigo.

—Es de muy mala educación escuchar conversaciones ajenas, Jacob —le riñó Alex, fulminándolo con la mirada.

—¿Aceptas el trato o no? —me preguntó Jacob, ignorando a su hermano, extendiéndome la mano.

—Hecho —se la estreché con firmeza.

—Subid a comer algo. Necesitaréis energía. Las carreras son a medianoche en el polígono —dijo Jacob antes de salir del garaje silbando.

Alex se quedó mirándome, serio, preocupado.

—Livi, no es lo mismo saber conducir que saber correr. ¿Lo sabes, verdad? Es peligroso.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Rubio —sentencié, acariciando el depósito de la moto de Jacob.

CAPÍTULO 63.

Liv.

A las once en punto nos encontramos con Jacob en el garaje. Alex me tendió un casco integral y se subió a la moto, arrancando el motor.

—Vas flipado si crees que voy a ir de paquete. —Lo corté de raíz.

Bajó de la moto sin oponer resistencia y me cedió el puesto de piloto.

—Cómo se nota quién lleva las riendas —se mofó Jacob encendiendo la suya—. Sígueme si puedes.

Salió disparado hacia el exterior y lo seguí de inmediato. Si aquello era su máximo rendimiento, era un piloto bastante mediocre. Sin embargo, opté por no adelantarlo porque no conocía el trayecto. Llevaba más de un año sin conducir una moto y la añoranza me escocía en el pecho.

Tras media hora de ruta, aparcamos en una explanada enorme, a una distancia considerable de la ciudad. Desplegué la pata de cabra, esperé a que Alex bajara y me despojé del casco.

—Si no podías seguirme, lo vas a tener jodido. —Se burló Jacob.

Lo ignoré.

—El recorrido es sencillo. —continuó.

Se tomó unos minutos para señalar la salida, las características del circuito improvisado y el reglamento de aquella competición clandestina. Mientras hablaba, me dediqué a examinar las otras motos. Algunas de ellas eran increíbles; a mi hermano lo habrían

entusiasmado. Acompañamos a Jacob hasta el puesto de registro: una mesa custodiada por un sujeto tipo delgaducho escoltado por dos tipos que parecían armarios empotrados.

—Tres inscripciones —solicitó Jacob.

El tipo nos miró a los tres, se puso en pie y rodeó la mesa.

—No admitimos mujeres —sentenció, plantándose frente a mí.

¿Acababa de decir lo que yo acababa de escuchar?

—¿Por qué no? —intervino Alex al instante.

—Pagaré el doble por ella. —Se ofreció Jacob.

—No consentimos muestras de debilidad en la pista.

—¿Qué sabrás tú de su debilidad? —soltó Alex con tono hostil.

En un impulso visceral, enganché al tipo de los testículos con un agarre de hierro y apreté. Los dos armarios se dispusieron a caminar hacia nosotros y les advertí con la mirada.

Alex me observaba con orgullo indisimulado, mientras Jacob mantenía la mandíbula desencajada.

—¿Esto te parece una muestra de debilidad?

Fue incapaz de articular palabra; se limitó a apretar los dientes y cerrar los ojos, sofocado por el dolor.

—No te oigo —apreté con más firmeza.

—De acuerdo... que corra —bramó entre dientes—. Pero quiero el doble.

Lo liberé de golpe.

El sujeto se encogió sobre sí mismo antes de erguirse a duras penas.

—¿Cuánto es el doble?

—Cuatro mil.

Hice un esfuerzo consciente por disimular el impacto de la cifra.

—Si gano, me llevaré el premio y tú me darás otros cuatro mil. ¿Aceptas la apuesta? —reté al escuálido.

Alex me sujetó suavemente del antebrazo.

—¿Y por qué iba a hacer eso si no voy a ganar nada?

—Porque me has faltado al respeto y sería una buena disculpa.

El tipo vaciló un instante, pero terminó aceptando, más por no ceder ante mí mientras todos miraban que por otra cosa.

Nos retiramos del lugar y regresamos junto a las motos.

—¿Te has vuelto loca? —reclamó Jacob.

—No le hables en ese tono —lo reprendió Alex de inmediato.

—Si me hubieras dejado gestionar la situación, no habrías tenido que pagar el doble —le reproché a Jacob—. Si compito bajo las mismas condiciones que el resto, pagaré exactamente lo mismo que el resto.

—¿Has reparado en el tamaño de esos tíos?

—Me importan un bledo esos tipos. No voy a tolerar que nadie me pise la cabeza solo por ser una chica. ¿Te ha quedado claro?

Asintió en silencio, renunciando a rebatir.

Fuimos hasta la salida. Nos colocamos y Alex me sonrió con el casco en la mano. Coloqué el caballete de la moto y bajé. Me quité el casco y lo dejé sobre la moto. Fui hasta él y le di un beso en los labios tan profundo que me molestó que dijesen que los pilotos debíamos estar en las marcas y listos para salir. Me mordí el labio al separarme de él.

—Definitivamente estás zumbada —sonrió dichoso—. Gana esto y ciérrales la boca a todos.

Y ahí estaba el chico que confiaba en mí más que nadie en el mundo. La persona que tenía una fe ciega en mis capacidades. Horas antes dudaba de si poseía carné, pero al presenciar mi determinación, asumió que si me lo proponía, ganaría, a pesar de no haberme visto pilotar más allá del trayecto hacia allí.

—Suerte —musitó mientras me apartaba de él.

Instalaron dos paneles luminosos a ambos lados de la calzada, que al conectarlos a un generador encendieron la luz roja. Puse el motor en marcha, apreté el embrague, metí primera y lo solté de forma progresiva. En cuanto la luz cambió a verde, liberé la palanca por completo. Al trazar la primera curva hacia la derecha, ya encabezaba el grupo. Estiré la frenada al límite para tratar de tomar distancia. En la recta, vi que uno de los pilotos me seguía de cerca. Enrosqué el puño del gas y en la siguiente curva frené con excesiva prudencia, lo que le permitió adelantarme. Resultaba innegable: había perdido agilidad y, para colmo, desconocía las reacciones de la moto que pilotaba. La carrera era de tres vueltas, de modo que me mantuve a su rebufo hasta alcanzar ese mismo sector en la segunda vuelta, dedicándome a analizar su trazada y sus puntos débiles. Gestionaba bien las entradas en curva, pero tardaba demasiado en abrir gas cuando salía de ellas. Así que, al salir de esa curva, aceleré y le adelanté por el interior. Sacó la pierna para intentar darme un golpe, pero no lo consiguió. Me concentré en apurar cada frenada y acelerar lo antes posible, evitando cometer fallos técnicos. De repente, la rueda delantera de la moto de Jacob asomó por mi costado. Si contemplaba la posibilidad de adelantarme, lo llevaba claro. Me crucé para impedir el adelantamiento. A cada tentativa suya, le oponía una respuesta impecable. Recuperé de golpe las sensaciones de mi época de competición.

Faltando unas cuatro curvas para completar el segundo paso por meta, apuré la frenada con firmeza y supe que lo había dejado descolgado. Encaré la recta principal. Hasta ese instante no había exprimido todo el potencial del motor, pero en ese punto abrí gas al cien por cien. Afronté la tercera y última vuelta plenamente

concentrada en el asfalto; me constaba que la distancia con los otros pilotos era insalvable, pues había verificado el margen girando levemente la cabeza en el paso por meta anterior. Crucé la línea de meta con una ventaja aplastante sobre el resto de la parrilla. Volví a experimentar el torrente de adrenalina de antaño, aunque de inmediato me envolvió una punzada de melancolía. Danilo ya no estaría allí para estrecharme en un abrazo y celebrar el triunfo juntos. Las victorias habían dejado de ser compartidas.

Paré la moto y me quité el casco. Un montón de gente que no conocía se acercó a felicitarme. Muchos me miraban con recelo. Supuse que por las apuestas. Alex y Jacob aparcaron cada uno a un lado.

—¿Dónde demonios has aprendido a pilotar así? —inquirieron al unísono nada más despojarse de sus cascos.

Vi al tipo delgaducho dirigirse hacia mí.

—Luego os pongo al día.

Bajé de la moto y me dirigí hacia él. Me dio una caja con el dinero del premio y me tendió la mano. Se la estreché. Me soltó y se sacó el dinero de la apuesta del bolsillo. Le cogí la mano y se la aparté de un golpe que provocó que le golpease el pecho.

—Confío en que no vuelvas a subestimar a nadie. Y sobre todo, que no se te ocurra volver a apostar en mi contra —le guiñé un ojo.

Se oyó un "Uuh" generalizado de la gente que nos rodeaba, seguido de ovaciones y gritos.

Estuvimos por allí un rato y después volvimos a la casa de los Rubio. Dejamos las motos en el garaje y nos sentamos en el sofá del salón. Alex sacó la caja con el dinero de su mochila y me la tendió. Saqué el dinero que había usado Jacob para la inscripción de todos.

—Te lo has ganado. Quédatelo.

—No te lo estoy dando todo. Solo lo que has usado para inscribirnos. Guárdalo para la próxima vez. —Le sonreí.

—¿Piensas contarnos dónde aprendiste a correr así? —preguntó Alex.

—En mi pueblo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó Jacob.

—Sé conducir una moto prácticamente desde que camino. Pero empecé a correr a los doce. Aunque la verdad es que llevaba más de un año sin subirme a una moto.

CAPÍTULO 64.

Diez años antes. Septiembre.

Liv.

Escuché a Lan gritar y subir corriendo las escaleras hasta su habitación. Entró y cerró de un portazo. Salí del baño y llamé a su puerta.

—Déjame en paz, papá. —dijo enfadado desde el otro lado de la puerta.

—Soy yo. —dije.

—Pasa.

Abrí la puerta y lo vi tendido sobre la cama, llorando como si no hubiese un mañana.

—¿Qué pasa? —me acerqué a él y me senté a su lado en la cama.

—El tío me ha dicho que podía crear un equipo para el mundial, que como él es quien se encarga, no era necesario que pagara inscripción. Así podía aprender sobre mecánica y sobre motos. —Me contó con voz infantil.

En el pueblo se hacía un pequeño mundial de jóvenes. Se creaban equipos y se competía en el pequeño circuito de nuestro pueblo y en unos cuantos que había en los alrededores. Las categorías se formaban por edades. Una categoría eran los pilotos que tenían, por ejemplo, 6 y 7 años. Una vez llegabas a los dieciséis, ya corrías con los que tenían hasta veinticinco. Después había una liga más amateur. Los propios niños creaban su equipo y se encargaban de todo lo referente a la moto. Obviamente, había supervisores adultos explicándoles lo que debían hacer, procurando que no se hiciesen

daño, además de encargándose de que no hiciesen nada mal y de que todo estuviese correcto.

—¿Pero eso es bueno, no? —pregunté confusa.

—¡No! —exclamó llorando. —Porque no puedes crear un equipo sin piloto y nadie quiere ser el piloto del mío. Había conseguido que dos amigos se apuntaran, pero no tenemos corredor.

Me quedé callada un momento y empecé a decirle posibles candidatos. Ya se lo había preguntado a todos y o tenían equipo o no les interesaba o sus padres no les daban permiso.

Mi hermano no dejaba de llorar. Desde muy pequeño había mostrado interés por la mecánica y pasaba horas con mi tío. Mi tío era mecánico de motos de competición hasta que se cansó de viajar. Se retiró de ese mundo, montó su taller en el pueblo y empezó a organizar el pequeño mundial. Quería dar oportunidades a los jóvenes.

Ver así a Lan me rompía el corazón. Él sabía llevar la moto, pero no era eso lo que le interesaba. A Leb le daban miedo; sabía conducir, pero no era lo que le gustaba. Y entonces caí.

—Yo seré tu piloto. —Me ofrecí.

—¿Tú? —se sorprendió.

—Si tú quieres, sí. Sé conducir, igual que tú. Nuestro tío me enseñó. —Le recordé. —El año que viene buscaremos otro piloto, pero este año puedo ser yo tu corredora. ¿Quieres?

Mi tío nos enseñó a conducir a todos con unas mini motos que tenía. Prácticamente, aprendimos a la vez a caminar que a conducir. Incluso sabíamos cómo iban las motos de marchas. A mamá no le hacía mucha gracia, pero siempre queríamos ir con mi tío porque sabíamos que nos dejaba usar las motos. Siempre con seguridad y en el circuito, obviamente.

Mi hermano se abalanzó sobre mi cuello y me dio las gracias muy contento. Se secó las lágrimas mientras iba hacia la puerta de su

habitación. Abrió y salió corriendo.

—¡Papá! —gritó. —¡Ya tengo piloto!

Me reí al escuchar su entusiasmo. Corrimos juntos ese año y ya no dejamos de hacerlo nunca, hasta que murió. No es por presumir, pero nuestro equipo era el mejor y tengo el garaje de mi casa lleno de copas que lo demuestran.

CAPÍTULO 65.

Liv.

—¿Así que eres piloto? —preguntó Jacob.

—Lo era. —Le corregí. —Ganamos varios mundiales.

—¿Por qué ya no corres?

—Ya no tengo mecánico. —Respondí con tristeza.

—Por mecánicos será. —Bufó. —Seguro que consigues a uno mejor que un niño en prácticas.

—¡Cállate! —exclamó Alex a Jacob sin subir la voz.

—No pasa nada. —Le cogí de la mano.

Le agradecí infinitamente que hubiera descifrado al instante el trasfondo de mis palabras y que entendiera por qué me resultaba tan doloroso tocar el tema. Me reconfortaba que no me forzara a darle explicaciones a su hermano si yo no me sentía preparada para hacerlo.

—Mi mecánico era mi hermano —aclaré, mirando a Jacob a los ojos —. Falleció hace un año.

—¡Hostia!... Lo siento muchísimo, Liv. No tenía ni idea —se disculpó Jacob, demudado por la culpa.

—Descuida. No podías saberlo.

—Será mejor que me vaya a dormir —sentenció poniéndose en pie de inmediato—. No quiero seguir metiendo la pata y mañana me toca madrugar. Quiero tenerlo todo listo para cuando llegue Álvaro.

—No me habías dicho que venía —comentó Alex, cambiando su expresión protectora por una sonrisa cálida—. ¿Vas a necesitar condones? —se mofó.

—Dudo que con el ritmo que lleváis puedas dejarme tú alguno. —Levantó una ceja.

El rubor me ardió en el rostro mientras Alex le dedicaba una mueca divertida a su hermano.

—Se alegrará de verte. —Le dio un golpecito a Alex. —Y seguro que le encanta conocerte. —Se dirigió a mí. —Buenas noches.

Desapareció escaleras arriba y nos quedamos a solas en el salón.

—Álvaro es el novio de Jacob. —Me aclaró. —Llevan juntos ocho años, pero mi hermano se emociona como el primer día cada vez que lo ve. Lo adora. Es genial. Te gustará. —Hizo una pausa. —Además, sí que sabía que venía. Va a pedirle matrimonio a mi hermano.

—¿De verdad? —dije entusiasmada.

Asintió.

—Me alegro un montón por los dos —guardé silencio unos segundos, buscando las palabras exactas—. Alex, quería contarte algo.

Me prestó su atención de inmediato, expectante.

—He tomado la decisión de volver a terapia. En el pasado no funcionó porque yo me cerré en banda y no permití que me ayudaran, pero esta vez quiero intentarlo de verdad. Quiero estar bien. Tú me has recordado por qué merece la pena pelear por vivir la vida lo mejor que pueda.

Su rostro se iluminó con una sonrisa inmensa.

—Me parece una decisión increíble y me alegro de haber puesto un granito de arena. Pero lo que me hace inmensamente feliz es que

quieras sanar por ti misma y por tu futuro —me acarició el dorso de la mano.

—Gracias por todo, Alex. Por haberme ayudado y por haber respetado mis tiempos.

Negó con la cabeza.

—No tienes nada que agradecerme, Livi.

Nos quedamos un buen rato acurrucados en el sofá, conversando sin prisa. Me habló de la especialista de la ciudad a la que él había acudido en su momento y se ofreció a acompañarme él mismo a las sesiones y esperarme fuera si me hacía sentir más cómoda y tranquila. Me incliné para besarlo y él me rodeó con los brazos.

—¿Vamos a la cama? —preguntó.

—No tengo sueño. —Admití.

—Perfecto, porque no pensaba dejarte dormir —sonrió de forma pícara antes de volver a reclamar mis labios.

Una hora después estábamos abrazados en la cama. Mis dedos le acariciaban el pecho y le repasaban las pecas.

—Me las vas a borrar. —Se rió.

—¿Te molesta?

—Me encantaría que lo hicieses. Me las tatuaría de nuevo para que lo hicieses una y otra vez.

Le dejé un beso tierno en la comisura de los labios.

—¿Cómo eras de pequeño? —pregunté con curiosidad mientras repasaba las estanterías y las paredes de la habitación en la que se había criado.

—Revoltoso y desordenado. —Resumió.

—Como ahora vamos. —Me reí.

—¡Eh! —exclamó ofendido mientras me hacía cosquillas.

—Alex. —Me puse seria. —Quiero conocerte mejor. Tus partes buenas y tus partes malas. ¿Recuerdas la canción de anoche? Es lo que quiero contigo. Que me digas en voz alta las cosas que no te atreves a decirle a nadie. Las buenas y las malas.

—Fui un poco problemático. Nada grave, pero mis padres me castigaron mucho. Por suerte, Jacob siempre estaba conmigo para que los castigos no fuesen tan aburridos. Aunque nada de lo que hice en mi infancia se compara con lo que hice cuando murió mi exnovia.

Una sombra de culpa desgarradora le oscureció las pupilas.

—Cada uno se enfrenta a la pérdida como puede. No debes machacarte por eso.

Me acarició el pelo.

—Había roto con ella la semana anterior. Llevábamos mal un tiempo. Veía la relación de mi hermano con Álvaro y me daba cuenta de que lo mío con Fátima no iba como debía. Intenté arreglarlo durante mucho tiempo hasta que me cansé. —Suspiró. —Cuando murió me sentí culpable. Pensé que tal vez si no la hubiese dejado, en ese momento hubiese estado conmigo y todo habría sido diferente. Me convertí en alguien que pensaba que no merecía vivir; sentía que yo la había matado. Buscaba pelea a todas horas, quería que a alguien se le fuese la mano y me matara, porque yo no era capaz de hacerlo. —Reconoció con un nudo en la garganta. —Acabé en el hospital muchas veces. Mi familia ya no sabía qué hacer conmigo. Estaba descontrolado, solo quería hacerme daño, pero como yo no era capaz, buscaba quien me lo hiciese. Mi hermana Mara me llevó con ella porque mis padres, en lugar de ayudarme, me hundían más. Como te dije, invertimos en el negocio. En realidad, lo hice más por ella que por mí. La pobre Mara no sabía qué más hacer por mí. Cumplía con el trabajo, pero nada más. Parecía un espectro. Hasta que un día Jacob y Marco vinieron a hablar conmigo. Mi hermano estaba destrozado y mi mejor amigo acojonado. Después de esa conversación, decidí ir a terapia. No podía seguir viviendo la vida

que llevaba. Buscaba pelea sin ir borracho, porque sentía que eso solo podía aliviar un dolor que yo merecía sentir. Tenía ataques de ansiedad parecidos a los tuyos. Cuando fui a la psicóloga, me dijo que estaba deprimido y que me sentía tan culpable y tan triste que lo canalizaba todo de manera errónea. Me ayudó a entender que no era mi culpa y que era normal sentirse triste, porque aunque ya no estaba enamorado como antes, aún la quería. Era mi mejor amiga y, a pesar de haber roto y de saber que ambos necesitábamos tiempo, sabía que a la larga volveríamos a ser amigos. Puede que no como antes, pero nos tendríamos. —admitió. —Me costó un año de terapia aprender a gestionar mis emociones y entender que nada era mi culpa, porque si yo hubiese podido controlarlo, el final nunca hubiese sido ese. Cuando lo entendí, me sentí mal conmigo mismo por cómo había actuado. Entonces, me ayudó a entender que no podía juzgar a mi yo del pasado desde la perspectiva de mi yo del presente. Porque mi yo de ese momento sabía cosas que el del pasado desconocía. Había crecido, madurado, había aprendido a gestionarme… Y aunque todo eso pasó, me cerré en banda a volver a querer a alguien, como te dije, me daba miedo hacer daño a más gente. Estuve meses así. Espanté a compañeras de Marco porque no las quería cerca. Fui bastante capullo. Entonces llegaste tú y todo se fue a la mierda. Porque hablé contigo el primer día y se me despertó algo dentro que me asustó, pero que a la vez no quería soltar. Intenté meterme contigo, pero me miraste a los ojos y me hablaste con tanta seguridad que te vi hasta el alma. Lo que pensé en ese momento ya lo sabes. Además, he de reconocer que me lucí bastante los primeros días. Me ponías muy nervioso y no podía parar de pensar que alguien como tú nunca iba a querer a alguien como yo.

Había permanecido en absoluto silencio, escuchando cada una de sus palabras con el corazón encogido y los ojos anegados en lágrimas. Me resultaba desgarrador pensar que Alex hubiera llegado a considerar que merecía morir por un suceso fortuito ajeno a su control. Y de pronto, me reconocí a mí misma en su reflejo. Yo había actuado con la misma intransigencia, clausurando mis emociones

hasta que él irrumpió en mi vida. Y aunque intenté levantar murallas, Alex se me fue colando bajo la piel hasta obligarme a sentir de nuevo. Deseaba decirle mil cosas, pero las palabras se agolpaban en mi garganta formando un nudo que no las permitía salir.

—No merecías todo lo que pasaste. —Fue lo único que fui capaz de decir.

No dijo nada y nos quedamos en silencio durante un rato largo.

—Estoy orgulloso de ti, Livi. —Cambió de tema. —Hacía un año que no subías a una moto y te has enfrentado a eso y encima has ganado la carrera. Puedes con todo. Solo necesitas hacerlo en tu momento.

Levanté la cabeza de su pecho y lo miré. ¿Era real? ¿Ese chico existía? Poseía una luz interior genuina y tan extraordinaria que me costaba asimilar que no fuera un espejismo. De pronto, me envolvió una certeza arrolladora, una marea cálida que se apoderó de cada rincón de mi cuerpo. Fue una constatación física y emocional: estaba tan profundamente enamorada de Alex que no quedaba un solo átomo en mi cuerpo que no lo quisiera.

Le dediqué una sonrisa tonta y él me devolvió la sonrisa.

—Tienes muchas pecas. —Desvié el tema para que no se me escapara algo que podía asustarle.

—Lo sé. No me gustan. Nunca me han gustado.

—A mí sí que me gustan.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque mirarte es como mirar el cielo.

—Si yo soy el cielo, ¿tú qué eres? ¿El sol?

—El sol también es una estrella. —Sonreí.

—Forma parte del cielo. Así como tú, formas parte de mí. Es la estrella más cercana y la que más ilumina. Así como tú has iluminado mi vida.

Me quedé muda. Sentí el rubor encenderme el rostro y continué acariciándole el torso en silencio.

—Estás obsesionada con mis estrellas. —Se burló.

—Estoy obsesionada contigo. —Confesé.

—La obsesión es mutua, rubia. —Sonrió.

Nos acurrucamos el uno contra el otro hasta que el cansancio nos venció y nos quedamos plácidamente dormidos.

CAPÍTULO 66.

Liv.

El resto de la semana transcurrió con una calma casi irreal. Los padres de Alex pospusieron su regreso hasta el sábado, dejándonos vía libre. Tuve el placer de conocer a Álvaro, que resultó ser un tipo extraordinario. Me habló de Jacob con una devoción absoluta y terminó pidiéndole matrimonio en un callejón recóndito de la ciudad donde, según me contaron, se habían dado su primer beso años atrás. Había decorado el rincón de una forma mágica y se arrodilló frente al amor de su vida, extendiéndole una cajita. Jacob aceptó sin dudarlo un segundo y lo celebramos saliendo de fiesta.

Alex y yo continuamos tachando objetivos de la lista y añadiendo algunos más. Hacía muchísimo tiempo que no experimentaba la sensación de estar plenamente viva. La noche de la pedida tachamos "bailar en público" —a pesar de que el ritmo no figuraba entre mis grandes virtudes—. Aunque no fue la única casilla completada: para mi absoluta sorpresa, mis lecciones de inmersión musical surtieron efecto y terminamos en mitad de la pista cantando *Dharma*, de Sebastián Yatra a pleno pulmón.

Hay que reconocer que muchas de las estrofas que gritamos guardaban un significado demasiado literal para nosotros. Al concluir la canción, nos fundimos en un beso en el centro de la pista bajo la mirada atónita de Mara (que se había sumado a la fiesta esa misma tarde), Iraide, Ares y los recién prometidos. Duró tanto que perdí la noción del tiempo, hasta que Alex me tomó de la mano y me guio hacia la terraza buscando un poco de aire.

—No puedes pretender besarme así y que no me dé calor. —Se rio.

—¿Así cómo? —lo provoqué, volviendo a besarlo entre risas.

De repente, un tirón brusco en mi hombro me desestabilizó.

—¿¡Así que a esto dedicas el tiempo en lugar de dignarte a responder a mis llamadas?! —bramó una voz furiosa.

El mundo se me vino abajo al encontrarme cara a cara con mi exnovio.

—¿¡Andreas?! ¿¡Qué demonios haces aquí?! ¿¡Cómo me has localizado?!

—¡Tengo mis contactos! ¡Nos vamos! —me agarró la muñeca con fuerza e intentó arrastrarme hacia la salida.

Alex reaccionó al instante: rompió su agarre con un manotazo seco y se interpuso físicamente entre los dos.

—¡Déjala en paz! —le exigió con voz helada.

Antes de que pudiera reaccionar, Andreas le propinó un puñetazo directo a Alex en la cara, haciéndolo caer al suelo.

—¿¡Pero qué cojones te pasa?! —le grité fuera de mí.

Aprovechando mi desconcierto, Andreas me sujetó por las piernas, me levantó en el aire y me cargó sobre su hombro como un saco de patatas. Pataleé en vano, así que opté por morderle la espalda con toda la fuerza que pude. Soltó un alarido de dolor y me dejó caer bruscamente contra el pavimento. Me hice daño, pero me negué a mostrarlo. Me puse en pie de un salto para poner distancia. Estaba harta de su comportamiento.

Volvió a atraparme la muñeca y me dio un tirón violento que hizo crujir la articulación.

—¿¡A dónde te crees que vas?! —chilló fuera de sí—. ¿¡Ahora te acuestas con este tipo?!

—¡Suéltame! —grité forcejeando sin éxito—. ¡Me encantaría hacerlo todo con él, porque me gusta y lo quiero! —espeté con cada fibra de mi ser.

—¡Si no lo conoces de nada! ¡Lleva dos meses en tu vida!

—¡No me importa el tiempo! —forcejeé con rabia—. ¡Lo quiero!

Apretó su agarre hasta cortarme la circulación.

—¡No puedes quererlo! ¡Tú eres mía!

—¡Yo no soy de nadie, puto demente! ¡Suéltame!

Al comprender que no cedería por las buenas, decidí utilizar su propia fuerza en su contra. Ajusté el ángulo de mi muñeca atrapada, giré la cadera sobre su eje y me incliné hacia delante, proyectando su peso sobre mi espalda y haciendo que pasara por encima de la misma. Andreas se estrelló contra el suelo con un golpe seco. No estaba segura de haber ejecutado la técnica bien, pero había logrado el objetivo: derribarlo y liberarme de su agarre.

Al alzar la vista, descubrí a toda la familia de Alex a escasos pasos.

—¿También sabes artes marciales? —inquirió Jacob con la boca abierta.

Alex avanzó rápido hacia mi posición mientras Andreas se retorcía en el suelo soltando maldiciones.

Le examiné el pómulo de inmediato: presentaba un pequeño corte que goteaba sangre y una mancha violácea que amenazaba con volverse más oscura.

—Lo siento tanto... —Acaricié la zona con los ojos anegados en lágrimas.

Él negó suavemente con la cabeza, restándole importancia.

Me giré hacia Andreas, que intentaba ponerse en pie a duras penas.

—¡Como se te ocurra volver a acercarte a mí, llamaré a la policía! ¿¡Me has oído?! ¡Y si eso no te frena, desearás no haberte cruzado en mi camino! ¡Aún no conoces de lo que soy capaz cuando sobrepasan mi límite!

—Liv... —Su voz sonó suplicante mientras daba un paso hacia mí.

Jacob, Álvaro y Mara se cruzaron en su trayectoria, formando una barrera infranqueable.

—Ya has escuchado a la señorita —sentenció Álvaro con un matiz tan gélido en la voz que me provocó un escalofrío.

—¡Tengo información crucial que jamás vas a conseguir si no regresas conmigo! ¡Tiene que ver con el padre de Fer! —desesperó Andreas.

—¡Vete a la mierda!

Amagó con empujar a los chicos para alcanzarme, pero Alex desplazó a su familia y le asestó un puñetazo impecable en la nariz. Andreas se llevó las manos al rostro soltando un alarido de dolor.

—¡Me has partido la nariz, pedazo de animal!

—¿¡Es que eres sordo?! ¡Te ha dicho que te me largues! ¡Si te vuelves a acercar a ella, el golpe en la nariz será la menor de tus preocupaciones!

Derrotado y sangrando, Andreas terminó retirándose.

La familia de Alex decidió dar por concluida la noche y poner rumbo a la finca. Durante el trayecto de regreso, la culpa me devoraba por dentro.

—Lamento enormemente haberos arruinado la celebración —me disculpé con Jacob y Álvaro nada más cruzar el umbral de la vivienda.

—No tienes absolutamente nada por lo que disculparte, cielo —respondió Álvaro con calidez, dejándome un beso afable en la frente.

—Si me explicas de dónde has sacado esa llave, estamos en paz —propuso Jacob buscando rebajar la tensión.

—Leb lleva haciendo judo desde los cinco años —sonreí con nostalgia—. Solía practicar conmigo y terminé aprendiendo por inercia.

—¿Eras el saco de boxeo de tus hermanos o cómo va la cosa?

Negué con la cabeza.

—Simplemente respaldábamos las pasiones del otro.

—Tomad nota, panda de egoístas —les lanzó Iraide a sus hermanos.

—No voy a prestar mi culo para que practiques cómo poner inyecciones. —Protestó Jacob.

—Me alegra que por fin hayas asumido que eres un animal. —Se mofó Iraide.

Jacob comprendió su error y se cubrió el rostro con las manos.

—No me refería a eso...

—Prefieres las inyecciones de Álvaro antes que las mías, lo tenemos claro.

Álvaro le chocó los cinco a Iraide entre risas mientras Alex me tomaba con delicadeza de la mano para guiarme hacia la planta superior, dejando atrás las disputas familiares.

Extrajo el botiquín del baño y procedió a curarme la rodilla. Me había hecho un raspón considerable al caer contra el suelo durante el forcejeo con Andreas, pero ni me había percatado. Aplicó pomada sobre mi muñeca amoratada y, al concluir, fui yo quien tomó las gasas para desinfectarle el corte del pómulo.

—Perdóname —musitó—. No sé si hice bien al darle ese puñetazo. No es la clase de persona que quiero ser.

Negué con la cabeza. Conocía su naturaleza: Alex no era una persona violenta. Sabía que cargaba con la sensación de no haberme protegido a tiempo, a pesar de que había reaccionado al segundo.

—Livi, yo...

Le posé suavemente la yema del dedo sobre los labios, congelando la disculpa. Nos sostuvimos la mirada en penumbra.

—No te sientas culpable por lo que ha hecho tu yo del pasado. —Cité sus propias palabras con una sonrisa dulce.

Esbozó una mueca tímida y desvió la vista. Le sujeté el rostro con ambas manos, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Te quiero, Alex.

Sus pupilas se dilataron y, de pronto, una luz inmensa le inundó las facciones antes de desplegar una sonrisa radiante.

—Livi... —Susurró mi nombre con una devoción abrumadora.

En ese microsegundo cundió el pánico en mi pecho. Temí la respuesta: «Lo siento, Liv, pero no puedo corresponderte».

Desvié la mirada abatida, pero sus manos acunaron mis mejillas para obligarme a volver a él.

—Te quiero. Te quiero tanto como brillan las estrellas, sin descanso hasta que mueren. Y justo cuando más brillan es cuando están a punto de morir, que es cuando más te querré yo.

Aquellas palabras se me clavaron dentro, como lo más bonito que nadie me había dicho nunca. Se inclinó y me besó con una calidez que sentí cómo se me enraizaba en el alma. Lo amaba y él me correspondía y eso era mejor que nada que pudiera imaginar.

Esa noche nos entregamos el uno al otro con una delicadeza sanadora, cicatrizando temores antiguos y borrando las huellas del dolor. Me sentí plenamente amada y comprendida sin necesidad de articular palabra.

CAPÍTULO 67.

Liv.

Al despertar, descubrí a Alex dormido plácidamente a mi lado.

Lo contemplé durante un largo rato, sintiendo que el amor por él se multiplicaba a medida que pasaba más tiempo mirándolo. Su respiración pausada, sus facciones serenas, su cara radiante...

Me deslicé fuera de la cama, me vestí en silencio y salí a caminar por los jardines de la finca. La llegada de sus padres era inminente y preferí alejarme hacia la zona arbolada para despejar las ideas. La sola posibilidad de no gustarles me producía una leve inquietud. Hacía tiempo que no experimentaba la necesidad de buscar la aprobación de nadie; me bastaba con el lugar que ocupaba en la vida de Alex, pero su familia era muy importante para él y deseaba ganármela.

Un crujido de pisadas apresuradas rompió la calma a mi espalda. Al girarme, divisé dos figuras ataviadas con pasamontañas negros que avanzaban armadas directo hacia mí. Eché a correr entre la vegetación mientras marcaba el número de Alex con dedos temblorosos.

—Están aquí —musité sofocada, sin desacelerar el paso—. Los encapuchados están aquí.

—¿¡Dónde estás?! —la voz de Alex rota por el pánico sonó al otro lado de la línea.

—En el jardín. Zona arbolada. —dije. —Si me pasa algo, dile a mi familia que les quiero.

—¡Ni se te ocurra ponerte en lo peor, joder! —lo escuché jadear al otro lado; resultaba evidente que corría desesperado hacia el exterior—. ¡No te va a pasar nada! ¡Llego en un minuto!

—Gracias por haber confiado en mí desde el principio, Alex —murmuré con un nudo en la garganta—. Te quiero mucho.

El rumor de pasos pesados se acortó dramáticamente. Me escondí en el hueco de unos matorrales densos, conteniendo la respiración.

—¡No voy a permitir que te libres de mí tan fácilmente! —gritó la voz de Alex desde el otro lado del teléfono—. ¡Te lo advertí el día que intentaste echarme de tu piso! ¿Me estás escuchando, rubia? ¡Todavía tenemos una lista entera por completar!

A partir de ahí, los acontecimientos se precipitaron. Una mano enguantada me apresó bruscamente el brazo, haciendo que el teléfono saliera despedido contra la hierba. El tipo intentó inmovilizarme, pero el instinto de supervivencia me activó la memoria: apliqué una maniobra de proyección aprendida en mis jornadas con Leb, haciendo que tropezara hacia delante, y me escurrí por la única vía de escape entre los árboles. Entonces, un chasquido metálico me congeló el pulso.

—Si te mueves, te pego un tiro. —Sentenció una voz femenina, fría e inflexible.

Frené en seco y me giré despacio. La mujer me encañonaba a corta distancia con una pistola con silenciador. Jamás había visto un arma real, pero se parecía bastante a las de las películas.

—Si colaboras y vienes con nosotros, no te ocurrirá nada —aseguró —. Si te pones difícil, me veré obligada a apretar el gatillo.

—¿Qué garantías tengo de que vas a cumplir tu palabra? —la desafié, sosteniéndole la mirada.

—Ninguna. Pero al menos te dará unas horas más de vida. —dijo fríamente.

—Si vas a matarme, mejor hazlo ya.

—No estoy jugando —espetó.

Acto seguido, apretó el gatillo: la bala se incrustó en la corteza del roble situado a mi espalda.

El susto me sacudió por dentro, aunque me esforcé por mantener la compostura y proyectar una entereza que distaba mucho de mi estado real.

—Yo tampoco estoy jugando —sostuve el pulso.

En ese instante, su compinche se incorporó palpándose el hombro y recogió mi teléfono del suelo. Cortó la comunicación con Alex y avanzó hacia nuestra posición.

—Si no accedes a venir por las buenas y ese chico aparece, el tiro será para él. ¿Te parece buen trato? —propuso el hombre.

Sentí cómo se me helaba la sangre.

—¿Y bien? ¿Sigues con la idea de resistirte? —presionó la mujer.

—Si vais a cogerme, aseguraos de acabar conmigo. —Me llené de rabia. —Porque como consiga escaparme, os buscaré y acabaré con vosotros. Y no necesitaré mataros para hacerlo. —Sentencié.

—No me extraña que tengas tan fascinado al jefe; desde luego, carácter no te falta —reconoció la mujer con un matiz de turbia admiración en la voz.

Se aproximó a mí, me presionó un pañuelo impregnado de un olor químico en la cara y la oscuridad se apoderó de mí.

CAPÍTULO 68.

Fer.

—*«Atraparemos a la chica hoy mismo. Mandé a dos de mis mejores asesinos en su busca. En cuanto se quede sola, es nuestra».*

Miré a Gael con la boca seca. Él me devolvió la mirada, descolocado ante mi expresión de puro terror. El registro de audio correspondía a unas horas atrás.

—¡Pon rumbo al piso de Liv ya! ¡Van a por ella! —ordené fuera de mí, poniéndome en movimiento a toda prisa.

Gael frenó de golpe frente al portal del edificio de Liv.

Con el torbellino de pánico devorándome por dentro, se me había pasado por completo que ella estaba fuera de viaje. De todos modos, ignoraba dónde estaba. Mi única baza era esperar que Marco estuviera dispuesto a darme datos o que ella hubiera regresado antes de tiempo. Descarté el ascensor y salí disparado escaleras arriba como si el mismísimo demonio me pisara los talones. De alguna manera, así era.

Al alcanzar su rellano, aporreé la madera con rabia mientras gritaba su nombre. La puerta se abrió de par en par y sentí un alivio efímero que se evaporó de inmediato al encontrarme con la mirada desencajada de Marco.

Ahí lo comprendí todo.

—Dime qué está dentro —supliqué con la voz quebrada—. Dime que no la han atrapado.

—¿Cómo sabes tú que...?

—Dímelo —exigí, agarrándolo de la camiseta.

—Se la han llevado —soltó abatido.

—¿¡Qué?! ¿¡Cuándo?! ¿¡Cómo ha sido?! —estallé, cegado por la frustración.

No era por la sorpresa; era por la rabia punzante de haber llegado tarde. Alex se acercó a la puerta.

—Me llamaron desde su móvil —intervino con la voz helada—. El mensaje fue claro: «Si se lo cuentas a alguien, está muerta. Si metes a la policía, está muerta. Si intentas dar con ella, está muerta. Después iremos a por ti y a por la familia de cualquiera que esté al corriente. Si lo dejas correr, regresará contigo sana y salva. Tienes nuestra palabra».

Mi padre la tenía. Lo sabía de sobra. Era su castigo para mí, pero no solo eso. También sentía que tenía algo que ver con su obsesión por ella.

Giré sobre mis talones para marcharme de allí.

—¿A dónde crees que vas? —me frenó Alex.

—A remover tierra y cielo hasta encontrarla.

—¿No me has escuchado? —me miró con desprecio—. ¿Estás dispuesto a arriesgar su vida?

—La amo. Haré lo que sea necesario para recuperarla.

—¡No eres el único que siente algo por ella! —intervino Marco elevando el tono—. ¡Nosotros también la queremos!

—¡Pero si la conocéis desde hace unas semanas! —bramé fuera de mí.

—¡Solo necesité cinco minutos para enamorarme de ella! —exclamó Alex.

Me quedé helado. Tenía claro que Alex sentía cierta atracción por Liv, pero escucharlo verbalizar sus sentimientos de esa forma tan cruda lo convirtió en una realidad tangible.

—¡El amor no se construye en cinco minutos! —grité con rabia—. ¡Ni siquiera la conoces de verdad!

—¡Ella también me quiere!

Aquel dardo me atravesó el pecho como un disparo a quemarropa. Me aferré a que Liv lo quería; claro que lo hacía, ella era así, quería a la gente que la rodeaba. Pero eso no significaba que ella también estuviese enamorada de Alex. O al menos era a eso a lo que necesitaba aferrarme.

—Chicos, por favor, basta —terció Marco intentando mediar.

Eli se asomó desde la cocina con el rostro pálido.

—Nos va a escuchar todo el bloque —murmuró angustiada.

—No la conoces —insistí, apretando los puños para contener el temblor.

—¿Que no la conozco? —replicó Alex, bajando el tono a una gravedad amenazante—. ¿Sabías que le tiene miedo a los caballos?

Me quedé desarmado. No lo sabía.

—¿Sabías que quiere hacerse un tatuaje?

Eso resultaba previsible.

—¿Sabías que las pesadillas no la dejan dormir?

Tampoco era consciente de eso.

—¿Cómo murió su hermano? —preguntó secamente.

—Se quitó la vida —espeté.

—¿Cómo lo hizo?

El silencio se apoderó de la estancia. No fui capaz de articular respuesta.

—Ni siquiera te has dado cuenta de que la Liv que tú guardas en el recuerdo no tiene nada que ver con la chica que comparte techo con

nosotros. Así que no vengas a darnos lecciones sobre el amor. Para ti, ella solo es una chica hundida por la pérdida de un familiar. No has entendido que esa tragedia no solo sacudió su mundo: la cambió por completo.

Mantuve la boca cerrada, derrotado.

—No cometas ninguna locura, Fer —suplicó Marco—. Llamarán. Aseguraron que si cumplíamos nuestra parte, todo saldría bien. Puede que quieran dinero.

—Si creéis que esto puede resolverse con dinero, es que no tenéis la menor idea de en qué aguas estáis navegando —escupí con amargura.

Lo que sentía no solo tenía que ver con que ellos ignoraban que mi padre la tenía y que lo último que necesitaba era dinero. Nacía del dolor de asumir que ese chico la conocía de la misma manera que yo lo había hecho un día.

Ese pensamiento me fulminó como un rayo. Porque ahí, en mitad de ese pasillo, lo comprendí todo: ella lo amaba a él. Se había enamorado de Alex. Y yo la había perdido definitivamente, de forma irreversible, al margen de que lograra o no rescatarla.

Me di la vuelta y bajé las escaleras a zancadas. Gael continuaba aguardando con el motor encendido en doble fila. Me acomodé en el asiento y cerré la puerta de un golpe seco.

—Se la han llevado —informé con la vista clavada en el salpicadero —. Vamos a casa de mi padre.

—No, Fer. ¿No lo ves?

Lo miré sin comprender a dónde quería llegar.

—Es una advertencia directa para ti. Quiere cortar cualquier lazo entre vosotros. Si te plantas en su casa ahora, empeorarás las cosas y quemaremos la única ventaja táctica que conservamos. Si te mantienes al margen, asumirá que ignoras la situación porque no tenéis contacto y la liberará. Sabe que si la elimina, pierde su única

manera de chantajearte. Tu padre no es ningún idiota. Además, sabemos que está metido en cosas ilegales. Si lo encaras y localiza los micrófonos, nos quedaremos a ciegas. ¿Vas a tirarlo todo por la borda estando tan cerca de atraparlo? ¿Estando a un paso de recuperar tu vida?

La angustia me devoraba por dentro.

No me importaban los micrófonos y la posibilidad de recuperar mi antigua vida. Mi único pensamiento era garantizar la seguridad de Liv.

—Creo que deberíamos llamar a la policía y dar un chivatazo sobre la mercancía de tu padre. —Aventuró. —No sabe que lo sabemos, creerá que tiene un topo y, con lo controlador que es, no parará hasta encontrarlo. Se pondrá a la defensiva y así será más fácil que cometa un error.

Asentí en silencio. Su plan tenía sentido, pero el pánico por Liv me atenazaba el pecho. Me sentía maniatado: poseía la información, pero no podía hacer nada para salvarla.

—Llévame a mi casa —fue lo único que dije.

CAPÍTULO 69.

Fer.

Se cumplían cuatro días desde que mi padre se había llevado a Liv. Cuatro jornadas interminables en las que me había visto forzado a guardar las apariencias, continuando con mi rutina habitual luchando para no desmoronarme por la angustia.

Al menos el engaño estaba dando resultado: mi padre no tenía la menor sospecha sobre mi conocimiento de la situación.

Gael mantenía el contacto con Marco. El martes les comunicaron que Liv continuaba con vida. El miércoles recibieron otra llamada para refrescarles el trato. El jueves los captores aseguraron que la liberarían pronto. Rezaba a diario para que la promesa se cumpliera y ella regresara a su piso, fuera del alcance de mi padre y su grupo de matones.

Por su parte, mi padre, desquiciado tras la incautación de su cargamento, buscaba desesperadamente al topo dentro de su equipo. Había ordenado escudriñar a cada uno de sus empleados. Ignoraba que su nómina fuera tan extensa, pero disponía de un listado infinito de identidades y motes que él mismo me había facilitado de forma involuntaria al encomendarle las investigaciones pertinentes a Octavio.

Obviamente, no había sacado nada en claro, porque el topo que él buscaba no existía. No obstante, lo conocía. Su paranoia iba creciendo a medida que pasaban los días y su búsqueda desesperada no obtenía resultados.

Salí de mi despacho y me despedí de Clara. Le dije que ese día solo trabajaría un par de horas y me iría. Hice solo lo estrictamente necesario y ella canceló el resto de mis citas.

Subí al coche con Gael, que simplemente, como llevábamos haciendo los últimos cuatro días, conectó el móvil al dispositivo del coche.

La voz de mi padre comenzó a reproducirse por los altavoces. Sentí un estremecimiento violento en los músculos al escuchar el nombre de Liv. Había dedicado la semana entera a monitorizar las escuchas con la esperanza de averiguar cualquier cosa sobre ella. Tras cuatro jornadas de silencio, el dato finalmente llegó.

—«*Su hijo no ha cedido ni un ápice. —explicaba la voz de Octavio—. Es como si esa chica le diese fuerza.».*

—«*Hay que quebrarlo como sea. ¿Habéis intentado doblegarla a ella?*»

—«*Mordió a Fausto, le dio un rodillazo en la entrepierna al Erizo, le partió el labio de un codazo y le escupió la comida en la cara a la Serpiente. Casi todo con los ojos vendados. Nos ha amenazado a todos. Es más: incluso cuando iban a capturarla, les dijo que si pretendían matarla, lo hicieran de una vez».*

Se me formó un nudo denso en la garganta al procesar esa última frase.

—*«¿Entonces, nada?»*

—*«Negativo, señor. Ni con amenazas, ni con golpes... Nada funciona».*

Sentí una punzada de impotencia brutal al saber que la habían maltratado.

—*«¿Ni con golpes? —preguntó sorprendido mi padre, buscando confirmación».*

—*«Se reía mientras la golpeábamos, señor —aseguró Octavio».*

—*«¿De qué pasta está hecha para aguantar tanto? La gente común colapsa en cuanto ve la muerte de cerca».*

—«No lo sé, señor. A lo mejor su propia integridad le importa un bledo. Lo que sí le garantizo es que varios de sus hombres la temen y, por ello, la respetan».

—«Tendría que haber sido mi hija».

Se instaló un silencio denso. Transcurrieron unos segundos sin que ninguno de los dos articulara palabra. Mi padre pretendía distanciarme de Liv a toda costa; sin embargo, en el fondo lamentaba que no llevara su sangre.

A todo esto se sumaba que su otro hijo guardaba algún tipo de vínculo con ella. ¿Quién demonios era? Barajaba nombres constantemente, pero ninguno terminaba de encajar en el puzle.

—«Libérala».

—«Como ordene, señor».

El crujido de la puerta del despacho al cerrarse marcó el fin de la grabación.

—Hoy volverá a casa, Fer —resumió Gael.

—Después de que nosotros la hayamos dejado pasar por ese infierno —solté, invadido por el asco hacia mi propia inacción.

—Es más fuerte de lo que crees. —Aseguró Gael.

Negué con la cabeza en silencio. Liv podía proyectar una fachada dura, pero en su interior albergaba una fragilidad que yo conocía bien. Y por esa misma razón, mi único deseo era protegerla.

CAPÍTULO 70.

Liv.

Escuchaba voces indistintas y amortiguadas, acompañadas por unas manos que me sacudían con desesperación una y otra vez, pero era incapaz de abrir los ojos. Los párpados me pesaban como plomo y tenía la garganta completamente seca. Un dolor agudo e insoportable me azotaba el vientre.

—Livi... por favor —escuché susurrar la voz de Alex, rota por la angustia.

Reuní todas las fuerzas que me quedaban para entreabrir las pestañas y su silueta borrosa emergió entre la penumbra. Se me escapó un gemido de dolor.

—Mi hermano... —Musité a duras penas.

Y la oscuridad volvió a engullirme.

CAPÍTULO 71.

Cuatro días antes.

Liv.

Me martilleaba la cabeza con violencia. Intenté abrir los ojos, pero una venda apretada me lo impidió. De pronto, los recuerdos de la emboscada en el jardín me golpearon: me habían secuestrado.

Solté un gemido de dolor al intentar moverme y comprobar que estaba atada. Permanecía sentada en lo que parecía una silla rígida, con las muñecas amarradas a los reposabrazos. Un chirrido metálico anunció la apertura de una puerta cercana.

Unos pasos pesados avanzaron por la estancia, arrastrando a alguien con brusquedad.

—¿No querías verla? —soltó la voz hosca de uno de los captores—. Pues aquí la tienes.

Escuché el golpe sordo de un cuerpo al caer sobre otra silla contigua, seguido del sonido de cuerdas tensándose.

—¿Quién es? —pregunté al aire, con el corazón desbocado.

El hombre no se molestó en responder; sus pasos se alejaron y un portazo pesado resonó en la habitación.

—Hola... —Probé a decir hacia la penumbra.

—Mmm... mmm...

La persona enfrente de mí emitía gemidos angustiados y ahogados por lo que debía ser una mordaza o una cinta adhesiva. Se escuchaba el jadeo descontrolado y el llanto sofocado de alguien a punto de colapsar. ¿Quién era? ¿Y por qué lo habían amordazado y a

mí no? Intentaba articular palabras desesperadamente, pero solo le salían sollozos. Reconocí de inmediato el patrón: esa persona estaba al borde de un ataque de pánico. Y en eso, por desgracia, yo era casi una experta.

—Oye... —Suavicé el tono, hablando con la mayor dulzura posible—. Escúchame. Toma aire despacio por la nariz. Llena los pulmones y suéltalo poco a poco por la boca. Aunque sientas que el aire no te llega, te prometo que es solo una jugarreta de tu mente.

Noté cómo intentaba seguir las indicaciones entre sollozos y gemidos de frustración.

—Aunque no lo creas, me he visto en tu lugar más veces de las que me gustaría admitir. Sé que suena muy fácil de decir y que cuando estás dentro parece imposible de frenar, pero tienes que engañar al cerebro. A mí me sirve concentrarme en el recuerdo más feliz que tengo. Así consigo despistar a la angustia y vuelvo a respirar. Inténtalo conmigo.

—Mmm... mmm... —Volvió a intentar articular.

—¿Quieres que te cuente en qué momento pienso yo?

Un murmullo más pausado flotó en el aire.

Lo tomé como una confirmación.

—Pienso en una tarde muy concreta con mis hermanos. Creo que fue de las pocas veces que nos peleamos de verdad —esbocé una sonrisa amarga tras la venda—. Sé que resulta extraño, pero para mí ese día guarda una magia especial.

CAPÍTULO 72.

Agosto. Siete años antes.

Liv.

—Jo, Livi, nunca quieres venir a jugar con nosotros. —Me recriminó Danilo desanimado, asomado al marco de mi dormitorio junto a Caleb.

—Es que no me apetece jugar a eso hoy.

—¿En serio prefieres quedarte mirando ese libro antes que venir con nosotros? —insistió Caleb.

—Estoy leyendo —respondí, sintiendo una leve punzada de incomodidad.

La realidad era que solía ceder casi siempre por puro compromiso. Los juegos que elegían me resultaban soporíferos, pero evitaba negarme para no herir sus sentimientos. Sin embargo, esa tarde la regla me dolía y no me quedaban fuerzas para fingir un entusiasmo que no sentía.

—Eres un bicho raro, Liv —soltó Leb para picarme.

Sabía de sobra que tenía razón y tampoco me quitaba el sueño, pero por alguna razón la frase me dolió más de la cuenta.

—Déjala; si le apetece quedarse sola, la dejaremos sola —intervino Lan dirigiéndose a Leb—. Igual un día se queda sola para siempre porque nosotros no volvemos a hacerle caso.

—Estás intentando manipularme, Lan —protesté.

—Solo intento que dejes de ser una amargada, Olivia.

—¿¡Todo esto por no querer jugar a vuestro estúpido juego?! —salté fuera de mí—. ¿¡Tan poco os importo?!

—¡No cambies las tornas, la única a la que no le importamos es a ti! —reclamó Leb a voces.

—¿¡Cómo puedes decir eso?! —elevé el tono.

—¡Si desaparecieras, estaríamos mejor! ¡Solo eres una carga!

—Es verdad —remató Lan enfadado—. Al menos así no tendríamos que vivir preocupados por ti. Y mamá no nos obligaría a sacarte siempre de tu habitación.

Los ojos se me anegaron en lágrimas al instante.

Dejé caer el libro sobre las sábanas, me puse en pie de golpe, los aparté de un empujón y salí corriendo del cuarto.

En el jardín de casa había un nogal imponente donde nuestros padres nos habían construido una casa del árbol. Subí hasta ella y me dejé caer sobre el suelo de listones a llorar en silencio.

—No eres ninguna carga —escuché musitar a Lan con un hilo de voz triste.

—Y sí que nos importas —añadió Leb a su lado, visiblemente apurado.

Me limpié las mejillas con el dorso de la mano y me incorporé. Apoyé la espalda contra las maderas de la casita y me abracé las rodillas.

—Lamento no ser la hermana que os gustaría tener —solté un sorbo.

—No pasa nada —le restó importancia Leb, a lo que Lan le dio un codazo leve.

—Nos gusta la hermana que tenemos. —Afirmó Lan con rotundidad.

Caleb comenzó a asentir con la cabeza sin pausa. Ambos se acomodaron frente a mí cruzando las piernas. Danilo tomó la palabra primero:

—Es solo que... a veces da la impresión de que no te gusta estar con nosotros. Si no somos nosotros los que nos colamos en tu cuarto, tú jamás vienes a buscarnos.

—Es que yo no soy como vosotros.

—A nosotros nos da igual que seas una chica —se apresuró a aclarar Leb.

Danilo volvió a darle un codazo.

—No me refiero a eso —suspiré—. Digo que somos diferentes entre nosotros, pero vosotros tenéis gustos más afines.

Me observaron los dos con cara de no comprender a dónde quería llegar.

—A ver —tomé aire para articular la idea de forma sencilla—. A ti, Leb, te apasiona el judo.

Asintió sin dudarlo.

—Y a ti, Lan, te chiflan las motos. Te fascina pasar la tarde con el tío trasteando con las herramientas.

Lan asintió también.

—Leb, ¿tú entiendes que a Lan le gusten las motos?

El menor de mis hermanos volvió a asentir.

—¿A ti te gustan?

—Bueno, las motos molan un montón, pero pilotar no es lo mío —reconoció Leb.

—Lan, ¿tú comprendes que a Leb le guste el judo?

Mi hermano mediano asintió con la cabeza.

—¿A ti te gusta?

—Para soltar un par de llaves no está mal —sonrió Lan.

—Pero ninguno de los dos logra comprender que a mí me guste leer y escribir, porque es algo que a vosotros jamás os ha despertado curiosidad. Sin embargo, yo he aprendido cosas sobre mecánica y he sido tu piloto durante años. También he aprendido llaves de judo practicando con Leb, a pesar de que no son cosas que a mí me interesen. Lo he hecho por vosotros, para estar más cerca y comprender vuestro mundo.

Ambos me miraron con los ojos más brillantes que les había visto nunca.

—¿Cuántas tardes me has usado de sparring para ensayar llaves? —le pregunté a Leb.

—Decenas —admitió con una sonrisa tímida.

—¿Y cuántas veces te has sentado a leer una sola hoja de lo que escribo?

—Ninguna —bajó la vista avergonzado.

—Y tú, Lan... ¿Cuántas veces hemos madrugado para que esté en forma porque necesitabas un piloto? Semanas enteras levantándome a las seis de la mañana para salir a correr. Tardes infinitas encerrada en el taller del tío. He renunciado a planes de fin de semana para competir.

—Es verdad —reconoció en un susurro.

—¿Y cuántas veces te has leído un libro que a mí me haya gustado?

—Ninguna.

—¿Habéis visto al menos algún corto de los que he grabado?

Los dos negaron en silencio.

—Entonces... ¿Por qué juzgáis mi afición si ni os habéis molestado en probar? Quizá no os llame la atención, pero si le dierais una oportunidad, aprenderíais a respetarlo —respiré hondo—. Además, creo que hago muchas cosas con vosotros y por vosotros, como habéis visto.

Mis dos hermanos clavaron la mirada en el suelo, avergonzados. No quería hacerlos sentir culpables, pero la realidad era esa. Temí haberme pasado de dura; a fin de cuentas, tenían apenas trece y catorce años.

Cruzaron una mirada cómplice entre ellos y se regalaron una sonrisa el uno al otro. No alcancé a entender el gesto hasta que se abalanzaron sobre mí en un abrazo apretado. Empezaron a cubrirme la cara a besos hasta que las risas de los tres terminaron por romper la tensión.

—Eres la mejor hermana del mundo —sentenció Lan.

—Y nosotros somos un par de desastres —completó Leb.

—No —negué con firmeza—. Sois los mejores hermanos del universo. Os quiero muchísimo.

Nos fundimos en otro abrazo. Luego se acomodaron a mis lados: Leb a la derecha y Lan a la izquierda, apoyando sus cabezas en mis hombros.

—No pretendía haceros sentir mal —murmuré—. Solo busco que aprendamos a comprendernos sin tirarnos los trastos a la cabeza. Somos diferentes, pero eso es bonito, porque nos permite enriquecernos mutuamente.

—Siento lo que te he dicho antes. No lo pensaba de verdad. —Se disculpó el pequeño de mis hermanos.

—Ni yo —se sumó Lan.

—Está olvidado.

—¿Me dejarás leer la historia que estás escribiendo? —se interesó Lan.

Asentí con la cabeza. Leb, por su parte, hizo una mueca divertida.

—Leer no es lo mío, la verdad. Pero ver tus cortometrajes sí que me apetece.

A partir de aquella tarde en la casita del árbol, empezamos a hacer un esfuerzo real por entendernos.

Obviamente, no siempre lo conseguíamos, pero aprendimos a hablar.

Al ir creciendo, nuestras diferencias se hicieron más claras, pero lejos de distanciarnos, nos unieron. Disfrutábamos de los puntos en común y nos apoyábamos en lo que nos hacía únicos.

Mi hermano Lan terminó convirtiéndose en un lector voraz. Leía cada noche antes de dormir, especialmente si era algo escrito por mí. Se convirtió en mi crítico más mordaz y en mi admirador número uno; devoraba mis textos antes que nadie y me ayudaba a mejorar.

Por su parte, Leb se convirtió en un analista audiovisual autodidacta, devorando tutoriales y análisis cinematográficos sobre el encuadre, la narrativa del color y la dirección de actores. Terminé invitándolo a participar en uno de mis rodajes y acabó convirtiéndose en parte del equipo. Era un cámara de primera.

Lan y yo sacrificamos nuestros ahorros de mucho tiempo para comprarle su primera cámara profesional. Tiempo después, cuando empecé a trabajar de camarera, me compinché con Leb para comprarle a Lan las piezas necesarias para que restaurara su primera motocicleta por su cuenta. Al cumplir los dieciocho, entre los dos me sorprendieron regalándome un ordenador portátil; hasta ese momento escribía todo a mano y acudía a la biblioteca municipal para pasarlo a ordenador.

Todo lo que compramos fue de segunda mano. Nunca fuimos ricos, pero para nosotros esos regalos lo significaban todo, porque era una manera de decir sin palabras: Tus hermanos te apoyan, están contigo y, sobre todo, te quieren. Por algo sacrificamos más de una vez nuestros ahorros por los demás.

Y todo gracias a aquella tarde de agosto. El día en que aprendimos a escucharnos para comprendernos.

CAPÍTULO 73.

Liv.

El chico que compartía cautiverio conmigo continuaba sollozando sin descanso, o al menos eso deduje por sus sollozos y sorbos de nariz. Sin embargo, su respiración se había vuelto más pausada.

—Perdona si me he enrollado mucho —me disculpé en un murmullo.

No emitió respuesta alguna.

—Adoraba a mis hermanos. Aún los adoro. Es solo que ahora todo ha cambiado... —Respiré hondo—. ¿Estás un poco más tranquilo?

Un chasquido metálico rompió el silencio y el chico volvió a ahogarse en gemidos de angustia.

—¡Por hoy ya has tenido suficiente, chico! —sentenció una voz huraña.

Escuché cómo lo ponían en pie a tirones y lo arrastraban de nuevo por la sala.

—¡Si te sigues retorciendo así, no volverás a verla!

Un escalofrío me recorrió la columna de arriba abajo. ¿Quién era ese chico? ¿Sería Fer? Quizá su padre me mantenía retenida para exhibirme ante él como una advertencia de lo que ocurriría si no acataba sus órdenes.

—Tranquilízate —le pedí al chico levantando la voz tanto como me atreví—. Nos veremos muy pronto.

El prisionero dejó de emitir sonido y el portazo metálico retumbó en la sala. Transcurrieron horas interminables en la oscuridad absoluta. Sin agua, sin comida, despojada de cualquier noción del tiempo.

De pronto, la cerradura volvió a girar y arrastraron al chico al interior de nuevo, forzándolo a sentarse en la silla justo frente a mí.

—Como no te da la gana ceder y nos consta que esta chica te importa, te vamos a dar una muestra en vivo de lo que le podemos hacer.

Me desataron de la silla y me forzaron a colocar las manos a la espalda para amarrarlas de nuevo. Sin visibilidad alguna y tambaleándome en pie, recibí un impacto seco en mitad del vientre. El golpe me dobló por la mitad, pero me tragué el quejido y me erguí a la fuerza.

—Hagan lo que me hagan, ni se te ocurra ceder —le ordené al chico con firmeza.

Una bofetada sonora me cruzó la mejilla. En lugar de amedrentarme, dejé escapar una risotada amarga.

—¿¡Eso es todo lo que sabéis hacer?!

Alguien me agarró la cara por las mejillas y, aprovechando la proximidad, le mordí la mano con rabia ciega. El sujeto soltó un alarido violento e intentó soltarse, pero apreté la mordida hasta que el sabor metálico de la sangre me inundó la boca.

—¿¡Pero qué cojones te pasa, loca?! —chilló desencajado—. ¡Erizo, échame una mano!

Se escucharon pasos apresurados y alguien me sujetó por los brazos desde atrás. Sin calcular la trayectoria, lancé un rodillazo a ciegas hacia arriba. Impacté de lleno en la entrepierna y el tal Erizo soltó un taco sofocado por el dolor.

—¡Sacad al chico de aquí ahora mismo! —ordenó el hombre al que había mordido.

El chico intentaba articular palabras desesperadas a través de la mordaza, pero me resultaba imposible descifrar su mensaje. Sin embargo, el timbre de su voz despertaba un eco lejano que me erizaba la piel.

—¡No cedas! —le grité.

En ese instante recordé la frase que mis hermanos y yo habíamos convertido en nuestro lema tras devorar *Juego de Tronos*: «Nunca doblegado, nunca roto».

Arrastraron al chico fuera de la estancia. Apenas se cerró la puerta, alguien me descargó un golpe violento en el estómago. Y luego otro. Y otro más. Continuaron castigándome el vientre sin tregua, pero me negué a darles la satisfacción de verme quejarme. No sé de dónde saqué la fuerza, pero no se me escapó un solo gemido de dolor. Camuflé el sufrimiento tras una risa histérica y desgarrada que jamás me había escuchado. Fingí que la paliza me resultaba entretenida.

Cuando se cansaron, me sentaron de nuevo en la silla, amarrándome con rabia, y saliendo de la sala. El dolor en el vientre era tan agudo que me costaba respirar, pero no pensaba demostrarlo. Deseaba resistir, mantenerme firme, aunque ignoraba cuánto tiempo soportaría mi cuerpo antes de colapsar.

Por las punzadas del estómago calculé que llevaba más de un día sin probar bocado. Escuché a alguien deslizarse por la sala con pasos suaves y acomodarse en la silla frente a mí.

—¿Qué tienes que te hace tan especial?

—Ahora mismo lo que tengo es hambre. —Respondí con la voz más entera que pude proyectar.

Por dentro solo anhelaba romper a llorar y regresar a mi casa. Pero necesitaba descubrir la identidad del chico; me conocía y tenía la certeza de que debía sacarlo de allí a como diera lugar.

La mujer salió un segundo y regresó arrastrando la silla hasta pegarla a la mía.

—Abre la boca.

Negué con la cabeza. Me sujetó la mandíbula con brusquedad para forzarme a hacerlo e introdujo una cucharada en mi boca. Giré la

cabeza hacia donde intuía su rostro y le escupí la comida. La escuché resoplar indignada.

—Quiero ver lo que hay en el plato —exigí—. Y puedo alimentarme sola. No me quitaré la venda.

Desplazó el plato sobre una superficie a un metro escaso de mí. Me aflojó la venda un milímetro apenas para que pudiera atisbar la comida y volvió a cubrirme los ojos.

—Ya la has visto. Ahora come —me liberó las muñecas.

Comencé a comer a ciegas. Ella se acomodó a mi lado.

—¿Quién es el chico? —inquirí.

—No es asunto tuyo.

—¿Queda algo en el plato? —pregunté.

En cuanto se inclinó para verificarlo, le asesté un codazo certero en el pómulo y me despojé de la venda de un tirón. Me puse en pie dispuesta a abalanzarme hacia la salida. No pretendía huir; solo necesitaba cruzar la puerta para confirmar la identidad del prisionero.

Por desgracia, antes de dar dos zancadas, la mujer me agarró del pelo y me obligó a retroceder. El tirón ni siquiera me dolió; el verdadero infierno residía en mi vientre.

—¡Erizo! —vociferó ella.

Me revolví como una fiera: la arañé, le tiré del cabello y le propiné varios puñetazos mientras ella intentaba reducirme. Ambas terminamos rodando por el suelo. La tenía inmovilizada bajo mi peso cuando un tipo enorme irrumpió en la estancia, me cruzó el brazo por el abdomen y me levantó en el aire como a una muñeca de trapo. La presión en la zona lesionada me desató un chispazo de dolor insoportable, pero lo ignoré con mi mejor esfuerzo.

Una rabia abrasadora me inundó las venas. Había experimentado enfado contra Andreas o frustración en otros momentos de mi vida,

pero jamás una ira de esa magnitud. Estaba dispuesta a destruir lo que hiciera falta con tal de salirme con la mía.

—¡Suéltame, hijo de puta! —grité con la voz rasgada por la furia—. ¡Os juro por mi vida que vais a pagar por esto! ¡Podéis golpearme todo lo que os dé la gana, pero como salga viva de esta sala, desearéis no haber nacido!

El hombre de la mano mordida se aproximó y me cruzó la cara con una bofetada limpia. Solté una carcajada amarga. La rabia continuaba alimentándose de sí misma. Si me liberaban las manos, no respondía de mis actos.

—¡No vais a conseguir nada de mí! ¡Me enseñaron a morir matando! —chillé fuera de mí, riendo sin control.

El terror se había evaporado, sepultado por la ira. Desde el primer instante del secuestro me propuse fingir no tener miedo hasta que el miedo desapareciera; por desgracia, eso no ocurría. Pero había pasado, ya no quedaba rastro de miedo, solo un odio salvaje y un dolor abdominal que amenazaba con hacerme perder el conocimiento.

—¿¡Quién es el chico?!

Me colocaron de nuevo la venda en los ojos, me arrojaron al suelo y, tras golpearme, volvieron a amarrarme a la silla con una saña desmedida. Las cuerdas me cortaban la piel de las muñecas. Me asestaron un último impacto en el estómago. Llegó un punto en que la saturación de dolor era tan extrema que mi cuerpo simplemente se anestesió. No sentía dolor alguno.

—Traed al chico para que la vea —ordenó el hombre grande.

Escuché cómo arrastraban al chico al interior y cómo rompía a llorar de forma desconsolada al ver mi estado. Ese llanto convulso me resultaba dolorosamente familiar. Necesitaba transmitirle entereza. Por él y por mí.

—Tranquilo... Te aseguro que se ve mucho peor de lo que es —mentí con la voz lo más firme que pude.

No tenía idea del destrozo que llevaba en el rostro, pero a juzgar por la quemazón, debía dar miedo.

—Nos marchamos —sentenció la voz de Erizo.

—¡Aseguraos de cerrar bien la puerta! —les voceé con descaro—. ¡Yo siempre cumplo lo que prometo! —solté una última risa amarga.

La puerta de metal se cerró con estrépito y el chico se quedó sollozando frente a mí. Necesitaba establecer una vía de comunicación urgentemente.

—Escúchame con atención —le hablé en un susurro rápido—. Te voy a formular preguntas de sí o no. Si la respuesta es afirmativa, emite un sonido. Si es negativa, permanece en silencio. Si no lo sabes, da un golpe con el pie en el suelo. ¿De acuerdo?

—Mmm... mmm.

—Perfecto. ¿Me conoces?

—Mmm... mmm.

—¿Del pueblo?

—Mmm... mmm.

—¿Eres Fer?

Silencio absoluto.

—¿Me conoces más que Fer?

—Mmm... mmm.

¿Andreas? Él no me conocía mejor que Fer ni de lejos, pero en su cabeza estaría convencido de que sí.

—¿Eres Andreas?

Silencio de nuevo.

Tragué saliva con dificultad. Una sospecha descabellada que mi mente se negaba a procesar comenzó a tomar forma.

—¿Eres de mi familia?

—Mmm... mmm.

—¿Mi hermano?

—Mmm... mmm.

—¿Leb?

Silencio.

El corazón me dio un vuelco violento.

—¿Lan? —inquirí por puro descarte, con un hilo de voz tembloroso, sabiendo de antemano que la respuesta era imposible.

—Mmm... mmm.

Aquel sonido rasgó la penumbra con la fuerza de un rayo.

—¿Danilo?

—Mmm... mmm.

—Esto no tiene ninguna gracia —se me quebró la voz—. Mi hermano falleció hace un año.

Él rompió a llorar con una desesperación desgarradora y yo me quedé paralizada, incapaz de articular palabra.

¿Era mi hermano? Imposible. Alguien estaba jugando con mi salud mental de la forma más vil imaginable. Mi hermano estaba muerto y enterrado; yo misma había vivido ese infierno. Mantuve un silencio prolongado, incapaz de digerir la escena, mientras él intentaba aplacar los sollozos tras la mordaza.

Inspiró hondo por la nariz y, de pronto, empezó a entonar una melodía con la garganta: las notas de "*21 Guns*", de Green Day. La canción favorita de mi hermano. Acto seguido, el estribillo de "*Por amarte así*", de Cristian Castro, el tema que entonábamos a voces

en la cocina de casa mientras preparábamos la comida. Continuó sin pausas con "*This Is What It Takes*", de Shawn Mendes, la canción que escuché en bucle durante un verano entero. Luego desgranó los acordes de "*Una calle de París*", de Duncan Dhu, el tema preferido de mi madre. Y prosiguió con "*Keep Yourself Alive*", de Queen, la banda por excelencia de mi padre. Sin detenerse, continuó con la línea melódica de "*Amiga*", de Nach; el único en casa con oído para el rap era Leb. Y así continuó, desgranando una a una las canciones que vertebraban mi existencia. Los temas del coche en las vacaciones, la melodía que bailaron mis padres en su boda, las canciones que escuchábamos a solas en mi habitación cuando las palabras sobraban, la canción del ritual previo a cada carrera de motos...

A medida que la nostalgia me golpeaba, el dolor físico fue sofocado por un torrente de lágrimas incontenibles. Porque entonces lo supe con certeza absoluta: no era un engaño. Era mi hermano. Estaba vivo. O quizás era yo quien había cruzado al otro lado. No alcanzaba a encontrarle la lógica, pero era el mejor regalo del mundo entero. Un milagro.

La puerta volvió a abrirse con brusquedad. Se escucharon voces distantes que no logré procesar. De repente, un pañuelo impregnado de un químico que reconocí al instante me cubrió la boca y la nariz, y la penumbra volvió a tragarme por completo.

CAPÍTULO 74.

Fer.

Liv estaba ingresada en el hospital; me lo había confirmado Marco minutos antes. Tenía múltiples golpes y su aspecto era lamentable, pero al menos estaba de vuelta.

Fui incapaz de mantener la calma. Me importaba poco si mi padre llegaba a enterarse, necesitaba constatar con mis propios ojos que continuaba con vida. De modo que salí disparado hacia el hospital.

Al llegar, me informaron de que la evaluación médica inicial descartaba lesiones de riesgo vital inmediato, pero presentaba un cuadro ginecológico complejo en la zona pélvica. La inflamación severa en el útero impedía emitir un diagnóstico concluyente, aunque los especialistas me advirtieron de que, si la ecografía tras la remisión confirmaba sus sospechas, la probabilidad de que Liv pudiera tener hijos en el futuro sería prácticamente nula. No obstante, tenían que esperar para un diagnóstico definitivo.

Alex abandonó en ese instante la unidad de cuidados intensivos. Solo habían dejado que él entrara a verla.

—Ha recobrado el conocimiento unos segundos mientras la traíamos —anunció.

—¿Te ha dicho algo? —inquirí con la garganta seca.

—«Mi hermano». Esas han sido sus únicas palabras.

—¿Nada más?

Negó con la cabeza.

La mía se puso a funcionar. Me iba a mil por hora. Y entonces, todo tuvo sentido a medias. ¿El chico a quien tanto le importaba Liv era su hermano? Pero mi padre decía que era su hijo. Eso no tenía ningún sentido. Necesitaba hablar con ella.

—Tengo que pasar a verla.

—Le están haciendo más pruebas. Hasta mañana no permitirán visitas.

Permanecí de guardia la noche entera en la sala de espera con Alex como compañero. Trasladaron a Liv a planta, pero la mantuvieron sedada para minimizar los dolores y facilitar la desinflamación. La espera se prolongó durante días. En el preciso momento en que abrió los ojos de nuevo, Alex y yo nos encontrábamos al pie de la cama.

—Alex... —Susurró con un hilo de voz.

Él se incorporó de golpe y le sujetó la mano. Varios sollozos se le escaparon sin control. La ayudó a incorporar la cama para que estuviese inclinada y no hiciese ningún esfuerzo.

—Casi me matas del susto —se le quebró la voz, intentando esbozar una sonrisa entre lágrimas—. ¿Sabes que existen métodos menos drásticos para llamar mi atención?

Liv dejó escapar una risita débil que mutó de inmediato en una mueca de dolor mientras colocaba su mano en el vientre. Estiró la mano con lentitud, le acarició la mejilla y le secó un par de lágrimas con el pulgar.

—Te quiero mucho, chico de las estrellas —musitó en un soplo.

—Y yo a ti, rubia.

Me puse en pie despacio para abandonar la estancia y dejarles intimidad. No me sentía con fuerzas para presenciar las confesiones de amor de la chica a la que quería hacia otra persona.

—Fer —me frenó la voz de Liv—. Necesito hablar contigo un segundo.

Alex le depositó un beso tierno en la frente y se retiró al pasillo sin necesidad de que ella lo pidiera.

—Quería hablar contigo de todo esto —aclaró con voz pausada—. En su momento me propusiste intentarlo, pero no puedo. Estaba convencida de que debía corresponderte por Lan, porque pensaba que era lo que él deseaba, pero...

Guardó silencio, como si el puzle de su mente hubiera terminado de ensamblarse.

—Mi hermano está vivo, Fer —soltó con una lucidez repentina—. Lo tiene tu padre.

Se despojó de las cánulas de oxígeno con gesto decidido y observó la vía intravenosa del brazo. No llegó a retirársela, pero echó a un lado la manta y posó los pies en el suelo. Se encogió al instante con una punzada de dolor en el abdomen.

—Aún no tienes alta médica, Liv.

—Me importa una mierda, Fer. Mi hermano está vivo y voy a recuperarlo. Llama a alguien para que me quite esto. —Señaló la vía.

—Está bien —preferí no desgastarme en discusiones inútiles—. Espera aquí un segundo.

Salí al pasillo y me topé con Alex conversando con Marco y Eli.

—Quiere irse. —dije. —Deberías entrar.

Alex entró en el cuarto mientras yo iba a buscar al médico. Veinte minutos más tarde, tras un tira y afloja considerable con el equipo sanitario, la enfermera le retiró la vía y le entregaron el documento de alta voluntaria.

—Vamos a casa de tu padre —ordenó mientras plasmaba su firma en el impreso.

Liv y Alex me siguieron hasta el coche. Ella avanzaba a paso lento, apoyada en el hombro de Alex. Lucía una palidez extrema, conservando aún marcas moradas y cortes... Por no mencionar la inflamación evidente en el vientre y las costillas.

—Liv, hay muchas cosas que no sabes. —Confesé al volante.

Me buscó la mirada por el retrovisor, descolocada.

—Coloqué micros en la casa de mi padre. Sé que encabeza una red clandestina y que busca un sucesor. Si el chico que estaba contigo es tu hermano, eso significa que es su hijo. No sé cómo, pero lo es. Quiere que él se haga cargo de eso porque tú no eres su hija, que es lo que él desearía. Salió con tu madre un tiempo antes de que tú nacieras. Es lo único que he conseguido averiguar de momento. Es por eso que creo que te odia. Aunque hay muchas cosas que no tienen sentido.

Liv no articuló palabra; guardó un silencio denso durante el trayecto. Le desgrané cada fragmento de las escuchas hasta que detuve el coche frente a la casa de mi padre. Al cruzar el umbral, Fanny nos salió al paso.

—Notifique al señor Baviera que estamos aquí —la voz de Liv sonó con una firmeza aplastante.

Ya no sonaba para nada débil. No sabía de dónde sacaba las fuerzas. Fanny desapareció y volvió en pocos minutos.

—El señor solo la recibirá a usted.

Liv asintió sin dudarlo.

Nos echó una ojeada a Alex y a mí. Se aproximó a él y dio un beso cálido. Sentí que el corazón se me resquebrajaba en ese preciso instante. Había intentado digerir su declaración de amor en el hospital, pero presenciar la devoción de sus miradas me confirmó la dura realidad: estaba irremediablemente enamorada de otro.

—Tranquilo. Todo irá bien, rubio. —Lo tranquilizó.

Alex esbozó una sonrisa contenida y asintió. A continuación, Liv siguió los pasos de Fanny lentamente hacia el despacho.

Los minutos se pasaron como horas en el salón. El reloj avanzaba con una lentitud desesperante mientras Alex permanecía de pie, rígido por la tensión. Transcurrida más de media hora, el timbre de la puerta principal rompió el silencio. Fanny acudió a abrir y la figura de Danilo emergió en el vestíbulo. Se le veía visiblemente demacrado, más delgado, pálido y con marcadas ojeras.

Alzó la vista y su mirada colisionó con la mía.

—¿Fer?

Fui incapaz de formular palabra. Me abalancé sobre él y lo abracé. Estaba vivo.

El chasquido de la puerta del despacho anunció que Liv y mi padre aparecerían pronto. Al alcanzar el distribuidor, la mirada de Liv se cruzó con la de su hermano.

Danilo rompió a llorar al instante y ella se cubrió la boca con las manos mientras se precipitaba hacia él a una velocidad impropia de su estado físico. Se le colgó del cuello, abrazándolo y palpándole el rostro como si fuera un milagro hecho realidad.

Y en efecto, lo era. Sin embargo, me constaba que mi padre no entregaba una pieza de su juego sin exigir un alto pago a cambio. Danilo continuaba sollozando mientras Liv no dejaba de sonreír entre lágrimas.

—Te quiero tanto, Livi...

Ella no hablaba; se limitaba a tocarlo sin parar.

—Podéis retiraros —ordenó mi padre a sus escoltas.

Dejaron allí a Lan y Liv.

—Tomaos el tiempo que necesitéis. Si queréis algo, estaré en el despacho.

Mi progenitor se desvaneció por el pasillo. Aunque mi instinto me empujaba a pedirle cuentas, me quedé paralizado. La imagen de Liv me mantenía absorto. Reflejaba dicha pura a pesar de las magulladuras.

Tras varios minutos apretados en un abrazo interminable, intercambiando susurros y miradas incrédulas, se distanciaron apenas unos centímetros. Se acribillaron a preguntas atropelladas hasta que la vista de Lan se posó en Alex, que aguardaba a mi lado observando la escena.

—¿Quién es él?

—Alex —Liv le indicó que se aproximara.

Alex le tendió la mano a Lan con respeto.

—Un placer. Me han hablado mucho de ti.

—Es mi... —Liv vaciló un instante antes de sostener la mirada de su hermano—. Es el chico al que quiero, Lan.

Lan me dedicó una breve mirada a mí antes de volver la vista hacia Alex, rodeándolo en un abrazo sincero como si agradeciera su presencia allí.

Me sentí completamente fuera de lugar.

—Será mejor que nos marchemos —sugerí.

Nuestra presencia en esa casa carecía de sentido.

—¿Tengo permiso para marcharme? —preguntó Lan con un matiz de recelo.

—Por supuesto. Vámonos. —Liv inició la marcha hacia la salida, tambaleándose ligeramente en el primer paso.

Salimos de la casa y nos fuimos al apartamento de Liv. Nos esperaban conversaciones muy duras y muchas explicaciones a la familia Molina. Por mi parte, yo necesitaba hablar con Liv para saber qué trato había hecho. Después, hablaría con mi padre.

EPÍLOGO.

Olivia.

En la vida hay un momento para todo. Cada persona tiene sus tiempos, vive los sentimientos y los procesos de una manera diferente. El dolor, a veces, nos paraliza, nos frena, nos hunde, pero podemos convertirlo en un motor. Para ello, debemos abrirnos a sentir más allá, porque si no, ese dolor lo abarcará todo y nos consumirá.

Eso me lo enseñó Alex. Yo pensaba que no quería sentir nada. Nada que no fuese la angustia que me consumía. Pero él me ayudó a ver que en realidad quería sentir más, que había vida más allá.

Pero esa luz no siempre resulta visible. En realidad, por mucho que el mundo se empeñe en mostrarte lo que aguarda afuera, si uno mismo no toma la determinación de mirar, los discursos ajenos caen en saco roto.

A mí me daba igual. Quería hundirme.

Sin embargo, en ese preciso instante, mientras miraba a Alex dormir en el sofá de nuestra casa con su cabeza apoyada en mi regazo, mientras mi hermano descansaba en mi habitación, me di cuenta de que los milagros existían. Y si me hubiera hundido, jamás hubiese conocido el amor de verdad y mucho menos, hubiese recuperado a mi hermano.

Nadie recupera nunca a sus muertos. Pero yo sí. ¿Qué estaba dispuesta a dar a cambio de un milagro?

Estaba dispuesta a renunciar al amor. A todas las formas de afecto que había experimentado a lo largo de mi vida: el que profesaba por mi hermano, por mi familia, por mis amigos y por Alex. Y al que

cada uno de ellos me brindaba. Estaba dispuesta a sumergirme en algo infinitamente peor que el dolor; a entregarme a las exigencias de un monstruo al que apenas conocía. Estaba dispuesta a empeñar mi existencia entera, a dejar atrás cada logro, cada batalla ganada, cada sueño reconstruido... todo, a cambio de mantener ese milagro a salvo. Y lo cierto era que el sacrificio no me pesaba. ¿Acaso existe algo más valioso que devolverle la vida a quien creías perdido para siempre? ¿Qué puede importar más que regalarle una segunda oportunidad? Nada. De modo que el único sendero posible parecía el de la resignación.

Continué contemplando a Alex en la penumbra. Me dediqué a memorizar cada una de sus facciones, como si no las llevara ya grabadas a fuego en el corazón. Quizá solo necesitaba quedarme a su lado unos minutos más.

Transcurridas un par de horas, me puse en pie en silencio. Caminé hacia el dormitorio para velar el sueño de mi hermano. Y al observarlo respirar sobre el colchón, la resignación se disipó de golpe, sustituida por una furia indómita, por unas ganas salvajes de pelear. En ese microsegundo comprendí con absoluta claridad cuál era mi cometido.

Al amanecer, los dejé durmiendo y salí del apartamento con una única cosa en mente: Luchar y vencer.

CONTINUARÁ…

AGRADECIMIENTOS.

Nunca me imaginé animándome a publicar un libro y mucho menos llegando a escribir unos agradecimientos. Así que, si has llegado hasta aquí, seas quien seas, gracias por leerme; ni en mis mejores sueños pensé que alguien lo haría.

Llegados a este punto, tengo mucho que agradecer. Nadie escribe sin inspiración y, sin duda, las personas que me rodean han sido, son y siempre serán la mía.

Para empezar, mi mejor amiga, Bea, por escuchar todo de mí, incluso mis ideas más disparatadas. Por ser la primera persona en leerme y por recordarme que valía la pena seguir escribiendo cuando aparecían las dudas. Gracias por ser mi motor y mi faro.

A mi familia. Empezando por mis padres, María Dolores y Salva, que han soportado que les llene la casa de libros durante toda mi vida y que me han dejado escribir tal vez incluso más de lo que debería. Gracias por querer y aceptar mi extraño y caótico espíritu, y por darme las alas. Os quiero muchísimo.

A mi tío Ramón, por ser en quien pienso cada vez que necesito diversión en mis páginas. Y a mi tía Raquel, por sus consejos y su energía positiva. No puedo sentirme más afortunada por teneros.

A mi prima Adriana. Ella en sí misma es una inspiración: verla crecer y saber que estamos juntas en cada paso siempre me da ganas de intentarlo. Y a mi primo Carles, que aunque nunca sé muy bien qué decirle, tiene un hueco especial en mi corazón y su risa siempre será una de mis cosas favoritas del mundo. No os imagináis lo importantes que sois para mí.

A mi hermano Saül, por ser la persona a la que más quiero y querré siempre, lea o no mis libros. No importa qué pase, no hay nada que no haría por ti. Siempre serás la prueba de que tengo corazón.

A mi abuela Amparin, por enseñarme más que nadie en el mundo; tus palabras se han quedado ancladas en mí corazón y son parte fundamental de lo que me ha enseñado a volar. Gracias por ser mi lugar seguro.

A mi tío Dani y a mi abuelo Ramón, porque estén o no, la luz y el tiempo que me dieron los guardo dentro como un tesoro y me iluminarán en cada paso. Porque cuando el amor es infinito, el recuerdo es eterno.

A la familia Belvis, porque estemos lejos o cerca, haber crecido con ellos me ha hecho ser quien soy, y esos recuerdos formarán parte de mí para siempre. Y a la familia Miralles, porque los gatos siempre caen de pie y aprovechan cada una de sus vidas.

A mis amigas, Margarita, Carol, Marta y Àngels, por escucharme hablar de mis dramas reales y ficticios y ser mi mejor terapia. Sin importar lo lejos que estemos, siempre nos unirán las historias.

A Vicent, mi *compi bro,* por conocerme mejor que nadie y confiar en mí. Nuestras charlas siempre me darán vida y me llenarán el alma.

A todos los demás: Frans, Jose Carlos, Andreu, Giorgi, Jose Miguel, Andrea, Juan, Javi, Vega, Josep, Cristian, Borja, Alex… Vuestra presencia es un regalo. Todo lo que he compartido con vosotros es demasiado bueno para agradeceros lo suficiente.

Gracias a todos por creer en mí.

Por último, siento si hay alguna falta de ortografía o error de expresión. Lo he hecho lo mejor que he podido, pero nadie es perfecto. De nuevo, a cada persona que haya leído este libro. Gracias por entrar a esta aventura conmigo y por darle un hogar a esta historia.